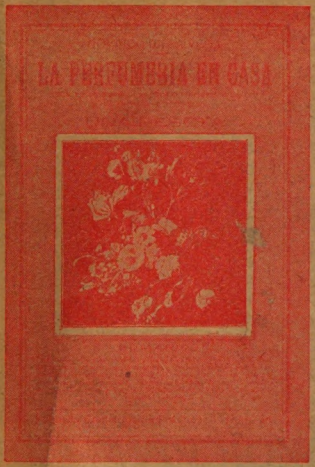
SCHOPENHAUER

EUDEMONOLOGIA



¿Conoce usted la

Pequeña Enciclopedia Práctica?

Pues es una primorosa colección de tomitos de 9 × 12 centímetros (tamaño de una novela corriente) impresos en excelente papel verjurado y artística cubierta con un fotograbado primoroso (vea la reproducción).

En ella se publican sólo materias de cultura e interés general, expuestas por modo claro, atrayente, ameno y al alcance de todas las inteligencias. Cada volumen viene a ser un perfecto tratadito, resumen y compendio de lo mejor que hasta la fecha se ha escrito en la materia sobre que versa. Van publicados 45 tomitos (sale uno nuevo cada mes); en su gran variedad seguramente encontrará usted muchos que le interesen.

Para que pueda usted conocerlos, estamos dispuestos a **REGALARLE A USTED UNO.** Valen a **PESETA** (precio ya verdaderamente excepcional); pero si llena usted debidamente con su nombre y dirección este vale, y nos le devuelve en unión de 0,30 céntimos en sellos (para los gastos de correo certificado y embalaje), recibirá usted el tomo de muestra que le ofrecemos—a nuestra elección—mas un catálogo de todos los publicados para que pueda escoger los que le convengan.

Sr. D. .....

Calle .....

Población .....

(Escriba las señas con toda claridad para evitar confusiones.)

Digitized by Google

¡LEA AQUI!

La BIBLIOTECA DE BOLSILLO viene a llenar una aspiración, hasta hoy insatisfecha, de los amantes de los libros. Muchas personas hay que, ávidas de lectura y deseosas de poseer una biblioteca propia, no podían realizar este noble deseo por no ser suficientemente ricas para atesorar las buenas ediciones, de coste, por lo general, muy elevado, y repugnarles, por otra parte, leer y guardar ediciones pésimas como suelen ser esas llamadas "económicas" (que en realidad son las más caras por lo feas, malas e incompletas), que suelen circular hoy día.

La **BIBLIOTECA DE BOLSILLO** dará lo mejor que ha producido el espíritu humano en todos los órdenes de las letras (Religión y Crítica religiosa, Filosofía, Didáctica, Oratoria, Poesía, Novela, Dramática, etc., etc.), en tomitos pequeños (¡aunque de mucho contenido!), amigos, fáciles de hacerlos nuestros compañeros, de llevarlos en el bolsillo, impresos esmeradamente, absolutamente íntegros (pues aun aquellos que por ridícula y falsa pudibundez suelen darse mutilados—"El Satiricón", "El asno de oro", "Dafnis y Cloe"...—, aquí aparecerán tales como fueron escritos), traducidos, de ser extranjeros, con toda honradez y esmero y a un precio (invariable para cada volumen, sea cual fuere su número de páginas y aunque en muchos pase de las quinientas), verdaderamente económico y al alcance de todas las fortunas: 2,50 en rústica y 4 pesetas encuadernados en simil-ante o tela fina flexible, a su elección. Se han publicado en 1931:

Mahoma.—EL KORAN.
Platón.—DIALOGOS.
Schopenhauer.—PARERGA Y PARALIPOMENA.
Nietzsche.—ASI HABLABA ZARATHUSTRA.
Homero.—LA ILIADA.
Marx y Engels.—EL CAPITAL. MANIFIESTO COMUNISTA. PRECIOS, SALARIOS Y GANANCIAS. (Los tres en un tomo.)

LAS CANCIONES DE BILITIS, de **Pierre Louys.** Edición en papel azul o rosado, 3,50; encuadernado en similiante, 5 pesetas.

Aparecerán en 1932:

LAS LEYES DE MANÚ; EL SATIRICON, de **Petronio; DON QUIJOTE DE LA MANCHA**, de **Cervantes; LA RELIGION AL ALCANCE DE TODOS**, de **Ibarreta** y **JESUCRISTO ES UN MITO**, de **Brandés** (las dos en un volumen); **LA ODISEA**, de **Homero; LOS DIALOGOS**, de **Platón**, segundo tomo (Protágoras, Gorgias, Fedro), y **LOS PENSAMIENTOS**, de **Marco Aurelio.**

Sucesivamente y sin interrupción irán apareciendo las mejores obras de la Literatura Universal, todas precedidas de una biografía de sus autores y de un interesante estudio crítico.

Pida el que guste acompañando su importe (más 0,25 para gastos de correo y embalaje si es para España; 0,50 si para Portugal, América o Filipinas, y 1,25 si para cualquiera otra parte del mundo) a la

LIBRERÍA BERGUA

Mariana Pineda, 9 - MADRID - Teléfono 19728

Digitized by Google

I-24

EUDEMONOLOGIA

Digitized by Google

X-53-320332-7

Digitized by Google

FH
1473

ARTURO SCHOPENHAUER

EUDEMONOLOGIA

PARERGA Y PARALIPOMENA

AFORISMOS SOBRE LA SABIDURIA DE LA VIDA

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE
5310742786

LIBRERIA BERGUA - MADRID
Mariana Pineda, 9 - Teléfono 19728

Digitized by Google

VERSION CASTELLANA DE JUAN B. BERGUA

Queda registrado y hecho el depósito que marca la ley.

Impreso en España.

Imp. Sáez Hermanos.—Martín de los Heros, 61.—Tel. 36327.

Digitized by Google

ARTURO SCHOPENHAUER

Arturo Schopenhauer nació en Dantzig, ciudad libre a la sazón, aunque bajo la tutela nominal de Polonia, el día 22 de febrero de 1788. Fué el primero de dos hijos (Adela, su hermana, nació nueve años más tarde, en 1797) que Enrique Floris Schopenhauer, rico negociante, tuvo con Johanna Trosiener, hija de un consejero de aquella ciudad, con la que se había casado en 1785. Enrique Floris, hombre muy estimado de sus conciudadanos y que, a causa de sus negocios había viajado mucho por Francia y Alemania, gustaba de la cultura clásica y de las ideas e instituciones liberales; tenía una viva y clara inteligencia y al mismo tiempo una voluntad tenaz, inflexible y muy predispuesta a determinarse por medio de decisiones tan rápidas como irrevocables. Por ello mismo, cuando en 1793 Polonia fué repartida y Dantzig privada de sus libertades y privilegios e incorporada a Prusia, Floris, republicano hasta la médula, que, cuando la toma de la Bastilla, se había entregado a las más vivas manifestaciones de entusiasmo, decidió emigrar al punto antes que volverse súbdito de una monarquía absoluta. Y realizando, aun a costa de grandes pérdidas, sus negocios, marchó con su mu-

Digitized by Google

jer y con su hijo a Hamburgo, donde estableció otra casa de comercio. Y en esta ciudad empezó la educación de Arturo.

A los nueve años su padre le envió a Francia, a El Havre, a casa de un armador corresponsal suyo llamado Gregorio de Blésimare, que tenía un hijo de la misma edad que él. Allí, en su estancia de dos años y dando ya prueba de una extraordinaria capacidad para los idiomas, aprendió el francés a la perfección, lengua cuya predilección conservó siempre.

A su vuelta a Hamburgo, su padre le hizo entrar en una de las escuelas más renombradas de la ciudad: en el Instituto Runge. En él pasó cuatro años interrumpidos por frecuentes viajes, durante los cuales visitó, en compañía de su padre, Hannover, Praga, Dresde, Leipzig y Berlín. Y, al revés de lo que se proponía su progenitor, estos viajes despertaron en él aficiones diametralmente opuestas a las comerciales que aquél le quería poco a poco inculcar. Precisamente durante estas agradables excursiones se aficionó a la contemplación y a la lectura y pronto la vida intelectual fué el más fuerte deseo de su espíritu.

No tardó en darse cuenta de esto su padre; pero, demasiado sagaz para ponerse abiertamente en contra de la voluntad de su hijo y, por otra parte, no dándose por vencido, pues era hombre que difícilmente cedía de sus propósitos, trató de ganarle tendiéndole un lazo, y le propuso, o que entrase inmediatamente en un colegio para seguir serios estudios clásicos, o que emprendiese con él y su madre un largo viaje a través de Europa, bien que con la condición de que al volver de él seguiría la profesión del comercio. Ni que decir tiene que Arturo escogió

Digitized by Google

esto último, y, aunque la primera etapa de la excursión, que duró dos años, fué la menos agradable (pues mientras sus padres visitaban Inglaterra y Escocia él permaneció nueve meses en Wimbledon, en una pensión regentada por el pastor Lancaster, donde aprendió el inglés con no menos perfección que años antes aprendiera el francés en El Havre), luego y después de dos meses en París, durante los cuales visitó ampliamente museos, teatros y toda suerte de espectáculos y diversiones, estuvo en Burdeos, Montpellier, Nimes, Marsella, Tolón, las Islas Hyeres, Lyon, Chamounix, Viena, Dresde y Berlín.

Desde Berlín, y mientras su padre volvía a Hamburgo, él y su madre se dirigieron a Dantzig, donde luego de rápida preparación fué confirmado en la misma iglesia en la que había recibido las aguas del bautismo. Este fué el último acto religioso de su vida, al cual, por cierto, ni él ni sus padres (que en esto de la indiferencia religiosa era quizá en lo único que estaban perfectamente de acuerdo) atribuyeron la menor importancia. De Dantzig fué a reunirse con su padre a Hamburgo, y, consecuente con lo que había prometido, en enero de 1805 entró en el despacho de un comerciante de la ciudad, del senador Jenisch. Pero no fué un empleado modelo, ni mucho menos. Su padre, tan experto conocedor de hombres, se equivocó de medio a medio con él. Los viajes, en lugar de despertar en el joven Arturo el gusto e instintos comerciales, habían servido tan sólo para desarrollar en él la afición por la libre contemplación de la Naturaleza y una insaciable curiosidad de ver, de saber, de comprender y de abarcar, que, naturalmente, no podía satisfacerse con los fríos e insípidos libros de caja y con las monótonas operaciones burocráticas.

Digitized by Google

En su Curriculum *declara, no sin vanidad, esta su aversión por los negocios y cuanto con ellos se relaciona*: Me pejor nullus unquam inventus est mercatorius scriba. *Ni que decir tiene que, con mil pretextos, abandonaba en cuanto podía su puesto. Así, en escapadas de esta clase, asistió por entonces a las famosas conferencias que sobre frenología dió Gall, su inventor, en Hamburgo.*

En abril de aquel mismo año, un accidente imprevisto vino a devolverle la libertad: la muerte de su padre. Floris Schopenhauer cayó desde la ventana del granero de su casa a un canal y se mató. No se pudo averiguar si el accidente fué casual o si fué suicidio; tal vez esto último es más probable. El hecho de que su fortuna hubiese disminuído grandemente a consecuencia de la liquidación desastrosa de los negocios de Dantzig, por las guerras del Consulado luego y, finalmente, por sus fastuosos viajes, hace pensar seriamente en ello. El hecho fué que todo cambió para él. Su madre, inteligencia abierta y cultivada, conversadora aguda, mujer, en fin, dotada de un vivo e insaciable sentimiento artístico, corrió con su hija Adela a establecerse en Weimar, donde la presencia de Goethe sostenía una sociedad literaria y elegante, muy en armonía con sus gustos y aspiraciones. El entonces, repetuoso aún con la voluntad de su padre, siguió en Hamburgo esforzándose en aficionarse a los negocios. Pero la empresa era más fuerte que su voluntad, de modo que, al cabo de algún tiempo de inútiles y penosos sacrificios, decidió, animado por los consejos de su madre y de un amigo de ésta, el bibliotecario Fernow, a emprender, aunque algo tardíamente (tenía a la sazón diez y nueve años), los estudios clásicos.

Digitized by Google

Al efecto, instalóse por orden de su madre, no en Weimar, donde ella se hallaba como el pez en el agua rodeada, mimada y adulada por lo mejor entre lo mejor de la ciudad, sino a algunas leguas de allí, en cierto gimnasio de Gotha. Pero unos versos satíricos en los que escarnecía a uno de los profesores, le indispusieron a los pocos meses con el director, Doring, quien le invitó a seguir instruyéndose en otra parte.

Esta decisión contrarió enormemente a su madre, cuyo salón en Weimar era el punto de reunión de todos los hombres eminentes y de todas las mujeres distinguidas de la ciudad y al que individuos como Fernow, Wieland y sobre todo Goethe daban inusitado esplendor, esplendor que ella temió empañase el carácter áspero y oscuro de su hijo. "No puedo—le escribía a propósito de sus diferencias—estar de acuerdo contigo, en algo de cuanto concierne a la vida externa". Consintió, no obstante, en que viniese a Weimar, pero no le llevó a vivir con ella, sino lejos de su casa, a la del profesor Pasow, e incluso haciéndole comprender que no se dejase ver por allí con frecuencia.

En Weimar se entregó el joven al estudio de las lenguas clásicas con tal ardor (más adelante había de aprender también a la perfección el español y el italiano), que en menos de dos años ganó el tiempo perdido tan cumplidamente, que al cabo de este período hallóse en condiciones de pasar del gimnasio a la Universidad.

Este hecho coincidió con su mayor edad: veintiún años (1809). Entonces, y luego de recibir la parte que le correspondía de la herencia paterna, se inscribió en la Universidad de Gotinga. Y empieza la época más fecunda de su vida: un período de

Digitized by Google

diez años durante el cual acabará la rápida formación de su espíritu y en el que estudiará incesantemente, pensará incesantemente y, en fin, en el cual escribirá la mayor y mejor parte de su obra.

Inscrito en la Facultad de Medicina de dicha Universidad, en un principio, pronto abandonó esta especialidad (luego de cursar la Anatomía con Hempel y la Fisiología y Anatomía comparada con el celebérrimo Blumenbach), para consagarrse a la Filosofía pura. No obstante, de estos primeros estudios, muy especialmente de la Biología, sacó gran partido para su teoría del querer-vivir.

El índice en donde eran anotados los libros prestados por la Universidad a sus alumnos, índice que se conserva y que da precioso testimonio de las oscilaciones de su inquieto espíritu, habla bien claramente de cómo la vocación de nuestro estudiante no era la Medicina, sino más bien las bellas letras, en un principio; y cómo en definitiva se fijó en la Filosofía. Durante el primer semestre de su estancia en la Universidad, en vez de libros científicos propiamente dichos, leyó a Tácito, Horacio, Lucrecio, Herodoto y Apuleyo. En la primavera de 1810 se inscribe en la Facultad de Filosofía, pero aún no está decidida su vocación; su espíritu, insatisfecho y enorme, va de un lado para otro antes de su cristalización definitiva. Del 1.º de mayo al 4 de agosto pide el Specimen archaeologiae telluris *de Blumenbach, la* Materia Médica *de Linneo, los* Epigramas *de Marcial y, al acabar el semestre, sólo entonces, lee a Schelling y a Platón. Son los momentos en que su vocación cuaja. Durante los dos semestres de 1810-1811, ya no lee, si se exceptúa a Shakespeare, sino obras de filosofía: Platón, Aristóteles, Kant, la* Historia de la Filosofía *de Tenneman y a Schulze.*

Digitized by Google

¿Quién era este Schulze a quien tuvo Schopenhauer por primer maestro de filosofía? Schulze era el autor de una defensa del escepticismo contra las pretensiones de la Crítica de la Razón pura, *de Kant, publicada en 1792 con el nombre de* Aenesidema.

Aunque en realidad filósofo mediocre, había mostrado Schulze clarividencia denunciando el punto débil, el lado inconsecuente del kantismo. Kant restringe al mundo de los fenómenos el uso del principio de la razón suficiente bajo su triple forma: principio de sustancia, de causa y de reciprocidad; pero abandona sus premisas al admitir una "afección", una verdadera causalidad del numen sobre la cosa en sí. Lógicamente, el criticismo debería, en lo que concierne a lo absoluto, conducir al escepticismo puro. Esta era la crítica de Schulze, crítica un poco simplista, pero por lo mismo más sorprendente y que valió a su autor el nombre de Schulze-Aenesidema, que ha conservado.

No obstante su fama, la impresión que Schulze hizo a su discípulo no fué muy favorable. En algunas de sus notas íntimas de aquel tiempo lo demuestra con excesiva violencia y hasta crudeza de tono. ("¡Qué bestia infernal. — ¡Qué bruto este Schulze!"). Sin embargo, más tarde le hizo la justicia de reconocer en él "al más penetrante de todos los adversarios de Kant". Y ciertamente que si Schulze no enseñó gran cosa a su impaciente y destemplado discípulo, sí le hizo dos favores inapreciables: El primero, trazarle un programa de estudios que influyó enormemente en el desenvolvimiento de sus ideas al aconsejarle que, para iniciarse en filofía, estudiase conjuntamente a Platón y a Kant. (Poco después escribía Schopenhauer en su cuaderno de notas lo siguiente, a propósito de Platón

Digitized by Google

y Kant: "La identidad de estas dos grandes y oscuras doctrinas es un pensamiento infinitamente fecundo que llegará a ser una de las bases esenciales de mi filosofía". En efecto, Platón, Kant y la antigua sabiduría india habían de ser en breve los elementos inspiradores de su sistema.) El segundo servicio fué el ponerle, gracias a las objeciones formuladas por Schulze contra el kantismo, sobre el camino firme de la crítica que debía unir más tarde, a guisa de comentarios, su propia doctrina.

De la Universidad de Gotinga pasó a la de Berlín, siguiendo la costumbre de los estudiantes alemanes de frecuentar en el curso de sus estudios más de una Universidad. Con él llevó a la capital una carta de Goethe, conseguida por mediación de su madre, para el gran filósofo Wolff.

Tres ilustres profesores de filosofía brillaban entonces en la Universidad de Berlín: Hegel, Schleimacher y Fichte. A los cursos de Hegel, cuyas doctrinas había de despreciar tan profundamente, no asistió. A las de Schleimacher y Fichte, sí. Con este último hasta sostuvo, en conversaciones privadas, vivas controversias. Al mismo tiempo, deseoso de completar su cultura literaria y científica, acudió a las conferencias de F. Aug. Wolff, célebre comentarista de Homero; a las del astrónomo Bode, a las del naturalista Lichtenstein, a las del fisiólogo Horkel, y, en fin, también y con asiduidad, al anfiteatro donde practicaba sus célebres disecciones Rosenthal.

Y se disponía a doctorarse, e incluso había ya empezado a escribir la tesis que había de servirle para la reválida, cuando los acontecimientos vinieron a interrumpir su labor. El Emperador francés, deseando tragarse a Europa entera, trataba primeramente, para más fácilmente romper el nudo de la triple

Digitized by Google

alianza, de aplastar a Prusia. Mas, no sintiendo Schopenhauer el menor entusiasmo militar, e indiferente a la fiebre patriótica que levantaba a Alemania entera contra Napoleón al calor de las arengas y manifestaciones inflamadas de Koener y de Fichte, huyó de la tormenta (contentándose con pagar un sable a un estudiante pobre), refugiándose en Rudolstadt, apacible aldehuela de Turingia, luego de una brevísima estancia en Weimar. Allí, mientras Alemania luchaba por su libertad, él terminó tranquilamente su tesis doctoral sobre La Cuádruple raíz del Principio de la Razón suficiente. *Ocurría todo esto en la primavera del 1813, y de entonces son las siguientes líneas, en las que, sin pretender excusarse de su conducta antipatriótica, revela claramente el estado de su espíritu: "Mi alma estaba por entonces invadida de angustia y de tristeza. La causa principal de esto era que veía cómo mi vida se deslizaba en medio de circunstancias que reclamaban otros motivos distintos de aquellos cuyos gérmenes yo sentía nacer en mí. En mi retiro de Rudolstadt, por el contrario, quedé seducido desde el primer instante por el encanto indescriptible del paisaje; detestando cuanto con la guerra se relacionaba, en este valle aislado por todas partes, gracias a sus desfiladeros, fuí feliz por no haber visto en época tan batalladora un solo soldado y por no haber oído ni una sola vez el repiqueteo del tambor".*

Terminada la tesis, la envió a la Universidad más próxima, a la de Jena (mandarla a Berlín en trance tan revuelto hubiera sido exponerse a perderla), y el 2 de octubre recibía su diploma de doctor. Pocos días después salía a la luz, impresa en el propio Rudolstadt.

Digitized by Google

Un mes más tarde, en noviembre de 1813, se trasladaba a Weimar, a casa de su madre, con quien quizá su flamante título habíale reconciliado. Allí permaneció hasta mayo de 1814, en que, disgustado con ella, se fué a Dresde. Y ya no se volvieron a ver; ni tampoco con su hermana Adela. Aquélla, después de gozar gran celebridad como novelista (muchas de sus novelas editadas por Brockhaus, fueron reimpresas varias veces. Sus obras completas en 24 volúmenes aparecieron en Leipzig en 1834), murió en 1838; ésta en 1849.

Lo más interesante de esta su estancia en Weimar fueron las relaciones que entabló con Goethe. Este se fijó en el joven filósofo a causa de la lectura de su tesis doctoral, y, habiéndose encontrado en los salones de su madre a principios de noviembre, hablaron, e interesado el gran poeta, le invitó a que fuese a verle. Consecuencia de la visita y de lo que charlaron, y prueba de cuán grata y vivamente le sorprendió el extraordinario y adusto joven, fueron las siguientes líneas relativas a él que el autor del "Fausto" escribía en una carta del 24 de aquel mismo mes a Knebel: "El joven Schoppenhauer (así, con esta ortografía) me parece un hombre bastante notable e interesante... Se ocupa con penetrante terquedad en embrollar el tinglado de nuestra filosofía moderna. Le creo con aptitudes y disposición para hacerlo. Veremos si los amos del cotarro le permiten entrar en su vedado. Por mi parte le encuentro muy espiritual".

Nótese cómo se comprobaba la afirmación que años después había de hacer el propio Schopenhauer de que nadie puede ver en los demás o en sus obras más de lo que él lleve en sí. Por ello él, espíritu genial, fué en seguida reconocido y apre-

Digitized by Google

ciado por el más grande de los poetas alemanes, por otro genio, bien que su talento aun estuviese en formación; en cambio, ¡cuántos años habían de transcurrir aún para que su grandeza fuese entrevista por la generalidad!

El nombre del joven doctor aparece, en efecto, nueve o diez veces en el diario del gran hombre, entre noviembre de 1813 y febrero del 14, a propósito de conversaciones científicas sostenidas entre ambos.

Y Goethe fué quien aconsejó a Schopenhauer que profundizase en la teoría de los colores, en la que él había ya hecho ensayos. Se cuenta también, y aunque no pase de ser una anécdota es, como dice el proverbio italiano ("si non e vero..."), si no verdad, capaz de serlo, que como cierto día un grupo de damas, en casa de su madre, se burlase de la actitud del joven filósofo, que se hallaba, como de costumbre, retirado de los corrillos y en actitud ensimismada y melancólica junto a una de las ventanas, el genial anciano las invitó a moderarse, asegurándoles que aquel joven taciturno sobresaldría un día muy mucho sobre los demás. En fin, una prueba de cómo el gran poeta había visto en él algo extraordinario, es testimonio claro la carta que Otilia de Goethe escribía años más tarde a Adela Schopenhauer participándole que su ilustre suegro se entregaba con el más vivo interés a la lectura de El mundo como voluntad y representación.

A punto Arturo de alejarse de Weimar para no volver, presentó a Goethe un cuaderno en blanco rogándole que, como recuerdo, estampase algo de su puño y letra. El poeta escribió en él este hermoso dístico, en el que su espíritu penetrante, amigo y bondadoso le quiso dar una lección paternal:

Digitized by Google

Willst du dich deines Werthes freuen,
So musst der Welt du Wert verleihen.

(*Si quieres disfrutar de tu propio valer, concede, a tu vez, algún valor a los demás.*)

La lección no fué escuchada, pero Schopenhauer debió a Goethe algo más que buenos consejos. Recibió de él, según declaraba después, "la gracia". Es decir, que la estimación del gran poeta no sólo le consoló de la ligereza y despego de su madre, sino que vino a confirmar su vocación y acabó de despertar en él la conciencia de su genio. De manos del "divino Goethe" salió filósofo.

El año 1813 puso, asimismo, a Schopenhauer en relación con el orientalista Majer, quien le hizo volver los ojos hacia los escritos de la India antigua recién revelados a Europa. Relación no menos decisiva que la amistad de Goethe para la evolución mental del joven pensador, pues al instante hizo suyas las místicas convicciones de las lejanas riberas del Ganges, que llegaron a ser como el asidero principal de sus doctrinas.

En fin, habiendo roto definitivamente con su madre a causa de Gerstemberg, se marchó a Dresde, donde pasó cuatro años y medio dedicado a la meditación del sistema filosófico que, poco a poco, iba cristalizando en su mente, al parecer sin intervención voluntaria y consciente de su parte. "Las hojas escritas en Dresde durante los años 1814-1818—anotaba en 1849 al margen de un manuscrito de aquella fecha—dan testimonio de la fermentación de mi pensamiento. Toda mi filosofía brotó entonces, avanzando poco a poco, como un hermoso paisaje aparece entre las brumas de la montaña. Es notable

Digitized by Google

que ya en 1814 (teniendo veintisiete años) todos los dogmas de mi sistema, incluso los secundarios, estuviesen ya establecidos." En efecto, ya en el segundo semestre de 1814 Schopenhauer consignaba en sus notas las ideas capitales que habían de constituir los pilares de su doctrina: la teoría del sujeto puro; primacía de la voluntad; identidad de la voluntad y de la cosa en sí; negación de la vida y liberación por la supresión del querer; ilusión del placer genésico... Todo cuanto más tarde había de cristalizar en El Mundo como voluntad y representación.

Este período fué el verdaderamente feliz y fecundo de su vida. No obstante, ni las alegrías que el arte le procura, ni las excursiones por la Suiza sajona, ni las amistades que hace o cultiva, son capaces de apartarle de su fin, que era pensar y escribir una filosofía nueva.

Desde luego, y siguiendo el consejo de Goethe, apenas alejado de Weimar se consagró al estudio de la teoría de los colores. Ya en 1815, y después de un año de solitarias meditaciones, creyó Schopenhauer poder lanzar al mundo sabio el primer fruto de su sistema, y, como una iniciación a la verdad total de que se sentía depositario, le brindó su trabajo titulado Sobre la visión y los colores. *Newton había enseñado que la luz blanca está compuesta de los siete colores del prisma. Pero ¿de dónde proviene esta escala de colores? Goethe, para resolver el problema, admitía que los colores no eran sino combinaciones de luz y de sombra, cuyas diferencias provienen de los medios atravesados. Esto era más bien una visión de poeta que una opinión de sabio; para afirmar hubiera sido preciso poderlo hacer mediante experimentos concluyentes. Pronto lo advir-*

Digitized by Google

tió Schopenhauer, y se inclinó, por su parte, hacia una opinión totalmente contraria. No era en los medios exteriores, sino en los medios de actividad de la retina donde él creyó advertir la causa de la diferenciación de los colores. Y ésta es la tesis que desarrolló en su segunda obra, Sobre la visión y los colores.

Y ni que decir tiene que, apenas dispuesto el manuscrito (julio de 1815), se lo envió a Goethe. Pero inútil e impacientemente esperó, pese a sus diferentes y perentorias cartas, a que el poeta de Weimar le diera su opinión sobre él. El ansiado juicio no llegó, y al fin, al siguiente año, hubo de darle a la estampa sin el placet que tanto deseaba. Quizá a causa de esto las relaciones entre los dos grandes hombres siguieron más frías, si bien siempre amistosas; pero poco a poco se fueron espaciando, hasta acabar hacia 1819.

Publicada la teoría de los colores, se entregó por entero a su gran obra, que en marzo de 1818 quedaba en manos del célebre editor Brockhaus. Y en septiembre de aquel mismo año, fatigado no sólo por el intensísimo trabajo pasado, sino por la excitación nerviosa que le producía la lentitud con que editábase su obra, escapó a Italia, llevando una carta de presentación de Goethe para Byron.

Al fin, en diciembre aparecía El mundo como voluntad y como representación.

Poco se sabe de este viaje. Su cuaderno de notas (Reisebuch) *es, más bien que un diario de viaje, lo que hubiera sido interesantísimo, un montón de notas filosóficas de carácter general, independientes unas de otras, de escaso valor, por consiguiente, y que no aportan luz alguna sobre la época, circunstancias en que fueron escritas y, por lo tanto, so-*

Digitized by Google

bre la vida e impresiones de su autor. Se sabe, sin embargo, por ellas, que alcanzó Venecia por Viena y Trieste; después, Florencia, Bolonia y Roma, en donde pasó parte del invierno. En marzo estaba en Nápoles, de donde volvió a la Ciudad Eterna en abril, y de ésta marchó a Venecia de nuevo.

No se ha conservado ninguna carta suya de esta época; en cambio, sí las respuestas a las que escribió a su hermana Adela. Por una de éstas sabemos que en esta ciudad amó a una joven "rica y de buena familia"; que la amó hasta sentirse celoso, y que, precisamente a causa de estos celos, no llegó a presentar a Byron la carta que para él tenía. El mismo refiere el sucedido del siguiente modo: "Me paseaba por el Lido con mi amada cuando mi Dulcinea (así exactamente en el original) exclamó, presa de la más viva excitación: "Ecco il poeta inglese!" Byron pasó delante de mí al galope de su caballo, y la "donna" no pudo ya en todo el día olvidar la impresión que le hizo su presencia. Entonces decidí no presentarle la carta de Goethe: "¡tuve miedo a los cuernos!"

De Venecia pasó a Milán, donde una carta de su hermana le participó una cuestión harto desagradable: la casa Bulh, de Dantzig, en donde la fortuna íntegra de su madre y hermana y buena parte de la suya estaban comprometidas, había quebrado. Arturo escribió inmediatamente a su hermana que estaba dispuesto a compartir con ellas lo que le restaba y que apresuraba su vuelta a Alemania. En efecto; se puso en camino, y, tras una corta estancia en Weimar, donde vió a Goethe dos veces, llegó a Dresde, dispuesto a arreglar su asunto con la casa quebrada. En efecto; tras empeñada discusión, se negó a entrar en la reunión de acreedores que acep-

Digitized by Google

taban como solución más favorable el recibir una tercera parte de sus haberes, y tan acertado estuvo que, repuesta la casa, dos años más tarde recobraba su capital intacto.

Pero mientras esto ocurría, y ante la considerable disminución de sus rentas, se dispuso a compensar la pérdida por el único procedimiento que estaba a su alcance: enseñando. A este fin, dirigió con fecha 31 de diciembre una petición a la Facultad de Filosofía de Berlín solicitando poder abrir en ella un curso privado. El 24 de marzo de 1820 sostenía su tesis de admisión, especie de lección de ensayo, que versó sobre "las cuatro diferentes clases de causas", prueba en la que triunfó refutando victoriosamente las objeciones de Hegel, y pocos días después inauguraba, con el título de profesor privado ("privatdocens"), un curso, privado también, de cinco horas semanales "sobre la filosofía en general, es decir, sobre la esencia del mundo y sobre el espíritu humano".

El resultado de esta tentativa no pudo ser más mortificante para su amor propio. Fué un fracaso completo. Tanto, que sus enseñanzas no duraron más que un semestre. Desesperado entonces al ver que sus revelaciones filosóficas no triunfaban ni en el libro (pues de su gran obra, que no se vendía, nadie, si se exceptúa a Juan Pablo Ritcher, que le consagró algunas líneas entusiastas, se había ocupado) ni en la cátedra, emprendió, una vez recuperada la parte comprometida de su fortuna en la casa Bulh, un viaje hacia el Sur, volviendo otra vez a Italia. Esto era en 1822.

A su regreso, estando en Munich, donde pasó el invierno de 1824, sufrió una crisis de salud bastante grave.

Digitized by Google

Al año siguiente, 1825, fué llamado a Berlín con motivo de un proceso, del que hablaré más adelante. En 1827 volvió a sufrir un revés de fortuna, esta vez sin enmienda, a causa de la bancarrota del gobierno mejicano, de donde precisamente acababa de adquirir algunos títulos por consejo de un conocido poco avisado, sin duda, en materias financieras. Este año y los siguientes, hasta el año 1830, continuó en Berlín, sin que nada nuevo, ni por su parte ni por la ajena, viniese a turbar la monotonía de su vida.

Es, pues, este período de 1820 a 1830, en su vida, un período estéril. No es que permanezca inactivo, no; sus cuadernos de notas demuestran que todos los días y en todas partes, en Berlín como en Florencia, en Dresde como en Francfort o en Mannheim, su espíritu estaba alerta, leía incesantemente e incesantemente reflexionaba. Pero estas reflexiones y lecturas no cristalizaron en obra nueva alguna. Es más, prueba de su incesante actividad intelectual son hasta sus propósitos de traducir obras extranjeras. En 1824 escribe desde Dresde a un editor proponiéndole traducir The natural History of Religion *y los* Dialogues on natural Religion, *de Hume, y* Della causa, principio ed uno, *de Giordano Bruno. Y hasta se brindaba ¡a traducir novelas inglesas! Esta tentativa no le dió resultados. Años más tarde, en 1829, la lectura de cierto artículo de la* Foreign Review, *en el que su autor manifestaba su sentimiento porque la obra de Kant siguiese inaccesible al público inglés, le sugiere la idea de traducir a este idioma las principales obras del gran filósofo, y envía con tal propósito una extensa y magnífica carta a Francis Haywood, autor de dicho artículo. Esta tentativa no obtuvo más éxito que la precedente. Entonces emprendió y dió fin, sin en-*

Digitized by Google

contrar tampoco editor que quisiera imprimírsela, una obra de nuestro compatriota Gracián, El oráculo manual y arte de la prudencia. *Al año siguiente ofrece sus servicios a Aubert de Vitry, deseoso de colaborar en la traducción de las obras de Goethe al francés. Nuevo fracaso. Total: que la única publicación que señala este período de su vida es una edición latina, revisada y corregida, de su opúsculo sobre "la teoría de los colores", edición publicada por Justus Radius.*

En el año 1831, habiendo estallado el cólera en la capital prusiana hacia la primavera, Schopenhauer decidió abandonarla, y en agosto se instalaba en Francfort-sur-le Mein, ciudad que, según le dijeron, jamás había sido visitada por tan terrible mal. Y en esta ciudad, cuyo clima juzgó favorable a su salud, fijó su residencia para los treinta años que le quedaron de vida, pues un intento de trasladarse a Mannheim, en 1832-1833, no le dió resultado.

Y en Francfort fué donde encontró un biógrafo (Gwinner); donde hizo los primeros discípulos; donde, al cabo, la atención pública se fijó en él, y, en fin, donde, tras tantos años de impaciente espera, la fama le abrió bruscamente sus brazos. Allí, renunciando definitivamente "al demonio de los viajes", al amor, a la familia y a la enseñanza, se dedicó apasionadamente a acabar su obra y a esperar a que la popularidad le trajese las tardías pero dulces reparaciones que tanto anhelaba. Allí transcurrió su vida sin incidentes durante largos años. En 1836 cambió de casa por última vez, yendo a instalarse en uno de los muelles de la orilla derecha del Maine, llamado Bellevue, en un piso bajo bastante modesto, que no abandonó ya. El año anterior había hecho una excursión por las orillas del Rhin. En

Digitized by Google

adelante ya no abandonó Francfort sino raramente y durante cortas ausencias de un día. Ni siquiera fué hasta Bonn, en donde vivían retiradas su madre y su hermana. Así fué transcurriendo su vida, monótona e invariable: reflexiones, lecturas, escribir; todos los días, hiciese el tiempo que hiciese, salía después de comer, daba un largo paseo por el campo, siempre solo; comía en el hotel de Inglaterra, leía los periódicos en el casino, y el resto de la jornada lo pasaba en su despacho, al que había adornado con un busto de Kant, los retratos de Goethe y Descartes y una estatuílla tibetana, a la que atribuía un gran valor. Un perrillo, "Atma", era su único compañero; porque amaba a los animales, los perros sobre todo, tanto como parecía detestar a los hombres. Así, siempre solo en aquel gabinete, desde donde se veían correr mansamente las turbias aguas del río, leía, meditaba o escribía. Otras veces tomaba su flauta y modulaba en ella algún aire de Haydn o de cualquier cancioncilla italiana aprendida al azar en tiempos pasados.

Veamos ahora su obra en estos años. En 1833 ya inquietaba su mente la idea de hacer una segunda edición de El mundo como voluntad y como representación. *Desde la publicación de la primera había leído mucho, especialmente obras de Historia Natural, Medicina y Biología, y, a medida que leía, se había ido convenciendo de la perfecta correlación entre la ciencia positiva y su metafísica. Pero ¿cómo intentar la nueva impresión, cuando el editor había tenido que destruir la primera tirada en vista de que no se vendía? Lo que hizo, pues, por lo pronto, fué reunir una parte de las notas que durante quince años había ido acumulando y publicar en*

Digitized by Google

1836 el brillante opúsculo titulado La voluntad en la Naturaleza.

Pero pronto circunstancias imprevistas atrajeron su actividad.

Al enterarse de que dos profesores de Koenigsberg, Rosenkranz y Schubert, pensaban dar a luz la primera edición completa de las obras de Kant, y sabedor de que en ellas figuraría el texto de la Crítica de la razón pura *tal cual estaba en la segunda edición, publicada poco antes de morir su autor, les escribió en términos tan convincentes y tan apasionados demostrándoles que Kant había "inutilizado, deformado, estropeado" su propia obra en esta segunda edición, que les decidió a valerse de la primera* (1). *Les ofrecía, además, poner a su disposición el estudio que para él mismo había hecho de ambas ediciones, línea por línea, y hasta un índice de las erratas y faltas de imprenta de los* Prolegómenos *y de la* Crítica del juicio. *Todas sus correcciones y observaciones fueron aceptadas, y con gran satisfacción de su amor propio de escritor, pudo decirse que la primera edición de las obras completas del gran filósofo salió más perfecta que hubiera salido de otro modo, gracias a su intervención.*

La segunda alegría no se hizo esperar. En el año 1839 la Academia de Ciencias de Noruega abrió un concurso para premiar un trabajo sobre el tema "La libertad de la voluntad". Schopenhauer envió una disertación; fué premiada, y, al mismo tiempo, recibió el título de miembro de la Sociedad. En cambio, otra memoria sobre los fundamentos de la mo-

(1) *Esta interesantísima correspondencia puede leerse en el prólogo a la* Crítica de la Razón pura, *de Kant, publicada en esta misma colección.*

Digitized by Google

ral que envió a otro concurso abierto por la Sociedad danesa de Ciencias, fué rechazada por, según le dijeron, haber relegado a segundo plano la cuestión principal, y haberse dejado llevar, en cambio, de inexcusables violencias de lenguaje hacia los filósofos más respetables (Schelling y Fichte). Ambos trabajos, el premiado y el rechazado, aparecieron al año siguiente bajo el título común de Los problemas fundamentales de la Etica.

Después de esto, durante tres años, de 1840 a 1843, prepara en silencio el segundo volumen de El Mundo como voluntad y representación. *Era este nuevo tomo una especie de colección de pruebas sacadas de sus lecturas, que venían a confirmar la tesis fundamental de su gran obra. Y todo dispuesto ya, escribe a Brockhaus, que, naturalmente, se niega a imprimirle la obra nuevamente. Insiste; se cruzan varias cartas, y consiguiendo vencer al fin su resistencia, en 1844 aparece en Leipzig la segunda edición, enriquecida con un volumen de complementos.*

Tres años más tarde reedita también su tesis doctoral (La cuádruple raíz del principio de la razón suficiente); *pero ni ésta ni aquélla logran romper el hielo, bien que el nuevo volumen de la primera le procura algunos adeptos, con los que, feliz, entra en correspondencia. Y no se entrega: pensando que el aparato dialéctico de sus obras anteriores, por ligero que fuese, era muy superior a las posibilidades del gran público, idea escribir algo a modo de ensayos, pensamientos, aforismos breves; es decir, dar los principales problemas y las más variadas cuestiones filosóficas en forma amena, grata y accesible a todos. Y en 1845 empieza a clasificar y a hilvanar las notas y reflexiones que la vida, la*

Digitized by Google

observación y las lecturas le han ido brindando en tantos años. Empieza a escribir sin prisa, en estilo claro y limpio, procurando atraer a fuerza de concisión y de originalidad, y poco a poco va levantando los agradabilísimos Parergas, *que quedan dispuestos en 1850, y que ni Brockhaus ni Hermann, demasiado escarmentados ya, quisieron editar; pero que al fin, en 1851, gracias a uno de sus primeros entusiastas y abnegados discípulos, Frauenstaedt, apareció en Berlín.*

Y con esta obra, acopio de amarga, aguda y amena experiencia, le llega de pronto el éxito, la gloria, la fama. Y los discípulos y admiradores se multiplican y esparcen a porfía su nombre y sus obras; y las revistas, tanto alemanas como extranjeras, empiezan a proclamar sus excelencias; y la Facultad de Filosofía de Leipzig abre un curso para explicar su filosofía; y artistas afamados acuden a Francfort a plasmar sus rasgos; y Elisabeth Ney, que modela su busto; y Wagner, que le dedica un ejemplar de su Ring *con "veneración" y "gratitud"; y protestas de admiración a todas horas, y regalos y flores en sus aniversarios, y la curiosidad general, tanto tiempo dormida e indiferente, que ahora se emboba a su paso por las calles de Francfort; y viajeros que llegan expresamente por verle, por oírle, por sentarse a la mesa redonda donde él sigue sentándose diariamente en el hotel de Inglaterra... La gloria, en fin, que, tras largos años de amarguras y de espera, viene a la postre a coronar a aquel hombre que, sin servilismos, adulaciones ni bajezas, había sabido imponer su obra a la meditación de los hombres de su tiempo.*

Arturo Schopenhauer murió el día 4 de septiembre de 1860, de una congestión pulmonar. Se ex-

Digitized by Google

tinguió sin un sufrimiento estando echado en su sofá bajo el retrato de Goethe. Le creían dormido en su lecho, y al entrar le encontraron muerto.

En el cementerio de Francfort, donde fué enterrado, una sencilla lápida de mármol negro—tal fué su voluntad—ofrece a la curiosidad del emocionado visitante estas dos solas palabras:

ARTURO SCHOPENHAUER

Digitized by Google

EL HOMBRE

Se ha dicho y repetido, quizá con exceso, que Schopenhauer es el filósofo del "pesimismo", y deduciendo el pesimismo de su obra del pesimismo de su vida, hay tendencia entre sus biógrafos y comentaristas a considerarle punto menos que como un verdadero desequilibrado. Y en verdad que un examen poco profundo de su vida daría pie para creer tal cosa. Gwinner, autoridad en este asunto a causa de haber sido su amigo personal durante muchos años, nos le describe repetidamente como víctima toda su vida de terrores anormales y de verdaderas "fobias". Una porción de detalles parecen inducir, asimismo, a desconfiar de su perfecto equilibrio mental. Véanse algunos: Muy niño aún, la casualidad hace que cierto día se halle solo en ocasión de ir con sus padres de paseo, y al punto imagina que éstos desean perderle para deshacerse de él; ya hombre y estudiante en Berlín, maniático de su salud, que supone comprometida a cada paso, cree estar tuberculoso, y al estallar la guerra, dicha idea se suma al temor y repugnancia que ésta, a su vez, le inspira, y huye a refugiarse en un saludable y apartado pueblecillo. Estando en Nápoles, la noticia de una probable existencia de cierta epidemia de vari-

Digitized by Google

cela le hace escapar, pese a su poca importancia, a toda prisa. Con no menos premura huye del cólera en Berlín y se refugia donde le dicen no haber hecho jamás el terrible mal su aparición. Temeroso, sobre todo de noche, el menor ruido le inquieta y le aterra; por miedo a los asesinos, tiene siempre en su alcoba un par de pistolas cargadas al alcance de la mano, y el terror a los ladrones le hace devanarse los sesos con el fin de guardar bien ocultos sus valores, que disimula hábilmente entre papeles inútiles y cartas atrasadas. Continuamente desconfiado y alerta, teme en todo instante ser engañado, encuentra doble sentido a todas las palabras, cree ver lazos arteros en los actos con él relacionados, y, en fin, no se fía ni confía en persona alguna. Pero ¡no escribe sus propias cuentas en inglés, latín y hasta en griego, para que nadie pueda estar al tanto de sus intimidades! ¡No traduce la tardanza natural, durante la impresión de su gran obra, como mala voluntad y envidia de aquellos a quienes se la ha confiado, y temiendo le sean robadas sus ideas escribe a Brockhaus cartas insolentes y hasta insensatas, que se conservan! Luego ¿no se cree víctima de una tácita pero verdadera persecución de parte de los demás? No siéndole fácil abrirse el camino de la popularidad, que llega a detestar a fuerza de ansiarla en vano, jura y asegura que si los estudiantes no acuden a sus lecciones ni el público lee sus obras es porque los "profesores", envidiosos de una gloria que sólo él ve, por entonces, han organizado contra él la conspiración del silencio...

En verdad que todo esto hace pensar, no ya en que era un inquieto, como él mismo declara en la Nueva Paralipomena *("Cuando no tengo nada que me inquiete, escribe, esto mismo me inquieta, pues*

Digitized by Google

me parece entonces que debe haber algo que precisamente se me oculta"), sino en algo más grave. Según Karl von Seidlitz, obraba como un verdadero loco, y como tal habría que juzgarle al verle huir del cólera dando crédito a un ensueño. (La noche del 31 de diciembre de 1830 tuvo, en efecto, un ensueño, que consideró profético, según el cual moriría antes de terminar el año que iba a entrar.) Y en verdad que argumentos no faltan para abonar esta tesis, pues sus antepasados, tanto por línea paterna como por la materna, ofrecen casos de perturbaciones mentales perfectamente caracterizados. Su abuela paterna, Ana-Renata Coermans, fué, a la muerte de su marido, declarada loca y sometida a tutela. De sus tres hijos, el más cuerdo parece haber sido el padre de nuestro filósofo (pues el mayor fué casi un imbécil y el segundo un medio loco furioso, según testimonio de Johanna), siendo, no obstante, muy difícil considerar como perfectamente equilibrado a un hombre de carácter violento, obstinado y tan impetuoso e inflexible como para comprometer su seguridad económica y el porvenir de su familia, cual lo hizo al liquidar sus prósperos negocios de Dantzig por un simple cambio de régimen que tan escasamente podía afectarle. Si buscamos por el lado materno, los antecedentes no son menos sospechosos. El padre de Johanna, su madre, era de tal irascibilidad que sus cóleras hacían temblar a cuantos le rodeaban; y en cuanto a esta misma, su viveza y sensibilidad artística y su manera, sobre todo, de comportarse con su hijo no son las de una madre normal.

Es decir, que Schopenhauer tuvo sobrados motivos que justificasen su innegable irritabilidad y su inquietud mental, no menos cierta; pero de esto a

Digitized by Google

que fuese un loco hay un abismo. A menos que consideremos como tales a todos aquellos que de algún modo se salen de lo normal; y en este caso, y luego de establecer el patrón-tipo "normal" (que no sería empresa baladí), más serían los que cayesen fuera que los que quedaran dentro. De modo que aquilatando hechos y despreciando detalles (como el citado de dormir con las pistolas al alcance de la mano, lo que pudo ser cierto en la juventud, cuando por estarse formando su espíritu tal vez fuese presa de terrores y dudas que desaparecerían más tarde—pues ¿no vivió siempre solo, y hubiera podido ser así de ser en realidad un perseguido y un cobarde?—, y más frecuentes, por otra parte, de lo que pudiera creerse) voy a tratar de reconstituir lo que pudiera llamar su retrato psicológico, explicando lo que en su manera de obrar y de vivir hubo debido a la herencia y lo que la vida misma fué determinando. Pero siempre después de haber sentado que entre sus inquietudes, irritabilidades y aun manías y la locura hay un abismo. El abismo infranqueable que separa al genio que resplandece en la cúspide, del loco que gesticula en la oscuridad; y no digo nada de quienes abajo, en la llanura, le miran, cuando ya han alcanzado a verle, con respetuoso entusiasmo, cuando no con estúpida impotencia.

Los primeros motivos que debieron contribuir a empujar a Schopenhauer por los senderos del pesimismo, a los que ya por naturaleza se inclinaba, fueron, sin duda, los disgustos familiares. Sus padres no debieron ser muy felices en su matrimonio. Al casarse, Floris Schopenhauer doblaba exactamente la edad a su mujer; tenía treinta y ocho años, y ella, diecinueve. Además, es fácil adivinar que no fué la pasión la que los unió. El, rico e influyente;

Digitized by Google

ella, distinguida, egoísta y de viva inteligencia, debieron, a falta de ilusión, calcular lo que cada uno de ellos ganaba en el enlace: Johanna, comodidades y, tal vez, el salir de la tutela violenta de su padre; Floris, fastuoso por temperamento, encontraría bien emparentar con una joven inteligente y distinguida. Dejando, pues, a un lado las exigencias sentimentales y sólo dando satisfacción a su recíproca vanidad, unieron sus destinos, y, claro, al punto vinieron las contrariedades. Johanna habla muchas veces en sus cartas de su "juventud sacrificada"; su marido no dejó cartas amargas, pero ¡para qué mayor prueba de su infelicidad que su trágico fin!

Y en este ambiente hostil y frío nació y se crió Schopenhauer. No es extraño, pues, que trayendo como trajo al mundo una natural tendencia al pesimismo, una hipersensibilidad que le hacía percibir vivísimamente el sentido doloroso de las cosas y un agudo e irreprimible instinto crítico, en aquel medio opuesto diametralmente al de paz, dulzura y cariño que él hubiese necesitado para templar sus inclinaciones naturales, se enconasen y exacerbasen sus naturales predisposiciones al punto de dar pábulo a toda clase de negros presentimientos, de volverle tristón, melancólico, agrio, sombrío, como se mostraba en plena juventud, en los salones de su madre en Weimar, y de hacerle engendrar su obra maestra en tales condiciones que acabe con la negra afirmación de que vida y felicidad son términos contradictorios.

Poco se sabe de las impresiones que le causaron sus viajes de niño y adolescente; ni siquiera de la gran excursión de dos años por Europa, cuyo itinerario se conserva bastante detallado, gracias al diario de su madre. Pero entre estas escasas noti-

Digitized by Google

cias está comprobado que su imaginación ardiente y precoz era un molde viviente en que lo triste y grandioso quedaba profundamente grabado; así el horror que le inspiró la vista del presidio de Tolón, la serena majestad de los paisajes alpinos y la triste solemnidad del Rhin descendente. En cambio, la vuelta a Hamburgo y el tener que encerrarse en el escritorio en casa del senador Jenisch fué deplorable para su espíritu. La idea de que sus ansias (que sentía algo muy imperioso dentro de él, si bien muy vagamente manifestado, y en modo alguno por las empresas comerciales) y que su vocación podrían quedar ahogadas en aquella profesión que detestaba, le causó un aburrimiento doloroso y un tedio infinito. Y lo que en otro temperamento sólo hubiera sido una crisis de impaciencia, un desagradable compás de espera, para él fué un verdadero tormento. Y esta lucha entre el deber de obedecer a su padre, deber al que no quiso faltar, y la insoportable angustia de cumplirle, empezó a dibujar con vivos trazos los rasgos dominantes de su carácter; es decir, su melancolía incurable, su humor vidrioso y agrio. Aquel carácter que le hacía "áspero y desagradable para con los demás", y que él mismo achaca más de una vez al hecho de verse de aquel modo "descarriado" de su destino.

Y en estas circunstancias y estado de ánimo aconteció el hecho que puso fin a la vida de su padre. Este incidente, casual o intencionado, de cualquier modo tristemente trágico, le afectó mucho. Arturo respetaba profundamente a su padre. Su voluntad firmísima, su energía organizadora y su escrupuloso cuidado en el cumplimiento de sus deberes familiares suplían, en gran parte, a la ternura, al cariño hondo y afectuoso, que hubiese sido una dulce brida

Digitized by Google

para su carácter y que indudablemente no encontró en él. En todo caso, entre su padre y su madre, su devoción fué siempre hacia aquél, pues el carácter de ésta, en mucho idéntico al suyo, tuvo a madre e hijo, desde muy temprano, en continua pugna. Por lo mismo, la muerte de Floris fué para él un golpe rudo. "Esta pena, escribía años después, acreció mi tristeza, que degeneró, o poco menos, en inmensa melancolía." Y es que a la muerte de su padre se encontró solo en el mundo; es que le hacía falta cariño, y la muerte de su padre le vino a arrancar el poco calor, el único lazo afectivo que le ataba a la vida; fué que, no pudiendo contar con su madre, se vió solo, y ¡cuánta amargura, cuánto desengaño, cuánto frío hasta aferrarse, como único recurso de su existencia amargada, a aquella misma soledad, luego su eterna y única compañera!

Porque, en efecto, Johanna, apenas libre, indiferente a cuanto no fuese los impulsos de su vocación, sin preocuparse (pero ¿es que lo había hecho hasta entonces?) de las inquietudes, de las angustias y de cuanto reclamaba calladamente el alma en formación de su hijo que iba cristalizando oscuramente falta de una mano tierna y amorosa, corrió a establecerse en Weimar, donde una brillante sociedad culta y aliteratada y donde, sobre todo, la presencia de Goethe le ofrecía ancho campo para dar pábulo a sus ilusiones.

Y en Hamburgo quedó Arturo solo, desamparado, triste, aburrido. Ni las facilidades que una ciudad viciosa y cosmopolita pueden ofrecer a un joven a los diecinueve años, ni las pasiones vulgares a las que su mismo hastío y desesperación le empujaron frecuentemente, pudieron acallar las amarguras de su alma. Día tras día y carta tras carta, escribe

Digitized by Google

a su madre, volcando en sus epístolas su espíritu torturado. Estas cartas no se conservan; pero sí las respuestas de Johanna, y por ellas se puede juzgar de la amargura de sus justas quejas. Al fin, ablandada ésta, más por los consejos de Goethe y de Fernow que por las súplicas de su hijo, accede a que abandone el escritorio y a que continúe sus estudios clásicos. Pero, temiendo instalar junto a ella a aquel hijo sombrío, crudamente sincero y siempre dispuesto a la crítica franca y brutal de cuanto no le parece justo o no se acomoda a su temperamento y manera de pensar (¡y mucho distaba de ello la elegante frivolidad de quienes frecuentaban los salones de Johanna!), le prohibe ir a Weimar y le instala en el gimnasio de Gotha.

Después de haberle escrito (1807): "Conozco tu corazón, y sé que pocos habrá mejores que tú. No obstante, te haces insoportable en tal modo, que tengo por imposible la vida en tu compañía. Y es que todas tus buenas cualidades quedan anuladas y oscurecidas por esa especie de "supersabiduría", de infatuación, por ese furor de querer saber todas las cosas mejor que nadie, de descubrir en todos, menos en ti, defectos, y de pretender continuamente dominar y dirigir a quienes te rodean. Esto basta para que nadie esté a gusto a tu lado, pues a nadie le agrada ser advertido tan continua y rudamente como tú sueles hacerlo. Y, sobre todo, cuando estas advertencias inoportunas llegan de persona tan insignificante como tú hasta ahora eres... Nadie soporta, no, ser censurado por un muchacho que, en resumidas cuentas, tanto tiene él mismo de censurable; y mucho menos en la forma desdeñosa que das a tus juicios, pronunciándolos en tono de oráculo, cual si ni sospechases la posibilidad de ser con-

Digitized by Google

trariado. Sí; esto es lo que ocurre contigo. Si fueses menos de lo que en realidad eres, resultarías simplemente ridículo; siendo lo que eres, llegas a resultar desesperante"; después de haberle escrito esto, decía, se comprende que no le consintiera ir a vivir a su lado; pero también se comprende la nueva y terrible amargura que sería para el alma torturada e hipersensible de Arturo sentirse tratado así por su propia madre. Esta carta (y varias del mismo o parecido tono y frase, que se podrían citar) arroja, por otra parte, vivísima luz no sólo sobre los hechos inmediatos del futuro y amargado filósofo, sino sobre el verdadero porqué de su tirantez de relaciones con su madre.

Mas, pese a lo de "persona tan insignificante como tú, hasta ahora eres" (palabras que hiriendo en lo más vivo su orgullo inmenso le hicieron aplicarse con tal ardor deseando ser algo y alguien, al estudio, que en menos de dos años pudo pasar del gimnasio a la Universidad), en el fondo, ella reconocía muy bien que bajo aquel carácter "insoportable" hervía un talento nada común ("si fueses menos de lo que en realidad eres", como confesaba) y, seguramente debió someter sus primeros ensayos literarios al juicio de Arturo. A éste le parecerían deleznables, haría de ellos una crítica justa y demoledora que el tiempo, pese al efímero fulgor que alcanzaron un día, ha venido a confirmar, y ella, herida en lo más vivo, en su vanidad. ("Nadie soporta ser censurado por un muchacho que, en resumidas cuentas, tanto tiene él mismo de censurable..." que le escribía sangrando aún), empezó a considerar con ojos de aumento lo que ya en sí tenía el joven de considerable en su natural y áspera manera de proceder y de juzgar.

Digitized by Google

Seis meses después, cuando Doring, el director del gimnasio de Gotha, le invita, molesto por sus sátiras, a seguir instruyéndose en otra parte, sólo obligada por las circunstancias consiente Johanna en que vaya a Weimar; pero, lejos de traerle a su lado, le aloja lo más distante que puede de élla y aun le significa ¡que no se deje ver con demasiada frecuencia por su casa!

Para olvidar tan humillante amargura y para dejar de ser "insignificante", se entrega furiosa, ardorosamente al estudio, y año y medio más tarde, en octubre de 1809, ya en disposición de cursar estudios superiores y al mismo tiempo mayor de edad, se aleja de Weimar, adonde no volverá sino ya doctor, y se matricula en la Universidad de Gotinga. Pero se aleja lleno de ideas tan sombrías como orgullosas. Para cualquiera, pero mucho más para carácter tan puntilloso como el suyo, ¿cómo no iba a ser la fría y egoísta conducta de su madre un manantial de amarguras? Así, poco a poco, la vida iba enconando aquel temperamento tan predispuesto por naturaleza hacia lo sombrío y pesimista.

Y en la Universidad, tanto en Gotinga como en Berlín, sigue estudiando sin descanso. Estudiando furiosamente, ávidamente de todo: medicina, ciencias naturales, filosofía, idiomas... Entonces, su espíritu, ya enorme y enormemente seguro de sí mismo, pues sólo en sí mismo se sacia, empieza a encontrar mediocres cuantas enseñanzas y aun hombres se ofrecen a su consideración: Schulze, al que ve pigmeo; Fichte, cuyas doctrinas sólo le inspiran un irónico desdén; Hegel y Schelling, a quienes desenmascara y desprecia. De ser menos de lo que era, como su madre pese a todos los pesares reconocía, todo esto hubiera sido insensato; llevando lo

Digitized by Google

que él llevaba dentro era disculpable. Su orgullo era justicia. Ruda, brutal, despiadada justicia, pero simple justicia, como el tiempo ha demostrado.

En cuanto a su vida particular, aunque refiriéndose a los días pasados en Gotinga, llama él mismo en una carta a Osann, "los más hermosos días de mi vida", no parece que su melancolía y su humor agrio y oscuro hubiesen cambiado gran cosa, no obstante hallarse dueño de sí y en un medio completamente de su gusto. Aún puede leerse en el Frendenbuch *de un castillo en ruinas que no lejos de la ciudad se levanta a orillas del Werra, sitio que solía frecuentar en sus solitarios paseos, una cuarteta cuyos últimos versos dicen:*

"Wohl manches Mal saht ihr mich einsam wandern
Und ernstuund einsam geh ich jetzt zu andern."

"Muchas veces me habéis visto vagar solitario; ahora, no menos ensimismado y solitario, me voy a otra parte." Estos versos llevan la siguiente inscripción a modo de firma: "Arturo Schopenhauer, Philos, stud., 5 sep. 1888. p. p. c." Es decir, que aunque en Gotinga debió conocer algunas horas felices y aunque en ella nacieron varias de las amistades que perduraron en su vida (Osann, Lewald, Bunsen y Aster), ni se entregó a ellas hasta el punto de perder su independencia ni siquiera debió de frecuentar tanto a estos amigos como para romper la soledad que ya iba siendo cada día más su verdadera, su única compañera inseparable. En su Curriculum *se lee, a propósito de esto: "Mi edad más madura, mi experiencia más rica y mi carácter muy diferente, me tenían siempre apartado y hacían que la soledad reinase a mi alrededor". En los tres se-*

Digitized by Google

mestres que luego pasó en Berlín, no sólo vivió solitario como en Gotinga, sino desdeñosamente alejado de la fiebre nacionalista que agitaba la Universidad y que había de conducir más tarde a la liberación de Alemania.

Porque ¿qué hay para el genio fuera de su propia obra? Por ello, en 1813, cuando toda su generación empuñó las armas contra Napoleón al grito de libertad, él se encoge de hombros y, seguro de que la verdadera libertad no es nunca hija de las armas, sino de las ideas, y de que su misión es servir no sólo a su país, sino a la Humanidad entera de un modo menos brutal e inconsciente, se va a buscar un lugar tranquilo donde poder pensar y acabar su tesis doctoral. Y se instala en Rudolstadt.

Poco después, la terminación de sus estudios universitarios le aproximaba un instante a su madre. Sólo un instante. Los cuatro años de separación únicamente sirvieron, pronto se dieron cuenta ambos, para agrandar el abismo que les separaba y para que el choque del orgullo de él y de la vanidad de ella, fuese más violento y rudo. "Wir bede sind zwei". ("Tú y yo, sumados, dos"), la repetía frecuente y sarcásticamente. Y en verdad, ¿cómo iba a soportar pacientemente el severo e inquieto carácter de Arturo el lujo superfluo y excesivo de aquella casa, el continuo entrar y salir de los invitados, la palabrería elegante y frívola de las conversaciones, el insustancial pierdetiempo de los saraos, el éxito mismo de las insignificantes novelas de Johanna, el deseo inmoderado y escandaloso de ésta de vivir y de triunfar que ultrajaba a sus ojos la tragedia del padre muerto y menos que todo esto su vergonzosa intimidad con Gerstemberg?

En 1814, Schopenhauer, a invitación expresa de

Digitized by Google

su madre, salía para Dresde. Nunca volvería a verla. ¿Qué había quedado en su alma y en su memoria de aquellos días de Weimar? Nada; nada a excepción de su amistad con Goethe, única persona de cuantas estuvieron a su lado que acertó a vislumbrar su genio.

Y en buena hora se refugió en Dresde. Los cuatro años pasados en esta población fueron un verdadero oasis en su vida e influyeron profunda y beneficiosamente en su obra haciéndole abarcar y concebir la filosofía, cual ya lo había hecho Platón, como un arte y no como una ciencia; secreto y acierto admirables de ambos filósofos que les ha valido la gloria más pura y les valdrá el no envejecer.

Dresde era a principio del siglo XIX la ciudad artística por excelencia de Alemania. Un museo en el que los príncipes de la casa de Sajonia habían acumulado maravillas del arte flamenco e italiano; cenáculos literarios, teatros, estudios de artistas afamados, ópera tal vez la mejor de Europa... En este ambiente preñado de arte, de exquisitez y de cultura, al que él, sin abandonar la soledad, que ya le era inseparable y necesaria, frecuenta, marcan una etapa rosa en su vida apartada y sombría. En Dresde hasta hace nuevas amistades, amistades que conserva. Tales como las del pintor Luis Segismundo Rhul (antiguo camarada de Gotinga, que llega a ser su compañero inseparable y que le hace un retrato al óleo que se conserva y otro moral bien diferente del que su pesimismo nos pone continuamente ante los ojos, describiéndonosle como "un joven doctor aún lleno de esperanzas e ilusiones de todas clases") y Gottlob von Quandt, a quien, en cambio, la melancolía de Arturo inspira una especie

Digitized by Google

de afectuosa compasión y que reconoce en él ser "por naturaleza tierno y sentimental".

En Dresde, Schopenhauer parece haber ejercido verdadera seducción entre un escogido grupo de íntimos y, en general, haber sorprendido a los artistas y literatos con los que se codeaba en la terraza de Bruhl, por la extensión y seguridad de sus conocimientos y lecturas, la autoridad de sus juicios, la precisión y justeza de sus apreciaciones y la áspera franqueza de sus críticas: crítica "exteriormente muy acerba y ruda". No obstante, y, como decía y comprobaba Grisebach al decir que la mayor parte de su tiempo lo pasaba "entregado a sus libros y estudios", ni sus amistades ni sus diversiones y viajes por la Suiza sajona le apartaron mucho de su vivísima vida interior, a la sazón muy fecunda, como he dicho.

En seguida viene su primer viaje a Italia, y, a propósito de éste y de su aventura amorosa, se pone de manifiesto una vez más aquel su indomable orgullo que, como un arado gigante, fué marcando un surco indeleble en su vida. No dejó en manos de Byron la carta que para él le había dado Goethe, por celos, como confiesa, sino por despecho. La impresión que el poeta inglés hizo en el ánimo de su amada fué una verdadera ducha para su amor. El entusiasmo de ella a la vista del celebrado vate, al lastimar su orgullo, acabó con su pasión, si es que la sentía. Aun, desdeñando ir de menos a más a él, él que en su fondo no reconocía superioridad en hombre alguno, rompió amor y carta y siguió su camino. ¡Cómo iba a reconocer superior el hombre que había escrito a Goethe con orgullosa seguridad, ¡al inmenso Goethe!, párrafos como los siguientes a propósito de una materia, "La teoría de los colores",

Digitized by Google

en la que el genial poeta tenía a su vez las mayores pretensiones personales!: "Sé con certeza absoluta, sé que he dado la "primera" teoría verdadera sobre los colores; la primera de todas por lejos que nos empeñemos en buscar en el pasado de la historia de las ciencias... No obstante, salvo durante algunas semanas, este estudio ha sido para mí puramente accesorio, pues he tenido en la cabeza otros secretos y asuntos distintos de éste... Sinceramente, no puedo concebir que Vuestra Excelencia tenga ni siquiera la tentación de poner en duda la exactitud de mi teoría, pues "sé" que la verdad ha hablado por mi boca a propósito de esta pequeña cosa, ¡como hablará pronto en otras mucho más grandes!" Años después (1822) escribía a su camarada de Gotinga, al filósofo Osann, la siguiente y no menos orgullosa carta, a propósito de su Mundo, *del que, como he dicho, nadie o casi nadie había hecho caso: "El metal de que tanto mi libro como yo estamos hechos no es metal frecuente en este planeta. Pero acabará por ser estimado en su justo valor y por ser consagrado una vez examinado bien. Lo preveo con toda claridad hace mucho tiempo, con tanta que no me engaño; no se trata, no, de una ilusión de mi espíritu. Es decir, que aunque tuviese que esperar aún diez años de persistente inatención, no por ello perdería esta inquebrantable confianza en mí mismo que tengo".*

Estas líneas fueron escritas desde Italia, adonde había vuelto, no por el placer de viajar, pues ya para él, solitario y aislado a los treinta y dos años, hasta el viajar era "un placer incómodo del que pronto nos hartamos", sino huyendo de su país; de su país "harto de tinta y chamarileador de palabras", en donde no había encontrado ni lectores para sus

Digitized by Google

obras ni auditores para sus lecciones y en donde, en cambio, triunfaban aquella pléyade de ineptos en los que no podía pensar sin coraje y desprecio. Huyó, pues, del "árido desierto arenoso" que era para él Berlín, y como el fenómeno de la acción y reacción iguales y contrarias no es privativo de lo físico, sino que dase asimismo en lo moral, la patria del Dante por lógico contraste llena esta vez su espíritu de insospechado lirismo, lirismo que se desborda en una carta a Osann llena de entusiasmo y alegría. Y de tal modo trata de empaparse de estos sentimientos nuevos en él y de tal modo trata de engañarse y ahogar al verdadero yo que implacable lleva dentro, que, vuelto súbitamente sociable, frecuenta la sociedad aristocrática de Florencia y la nutrida y elegante colonia inglesa de la bella ciudad, lo que sirve, no para cambiarle, sino, al contrario, para hacerle reconocer una vez más cómo los privilegiados por el nacimiento y por la fortuna pasan, por lo general, una miserable y agobiadora vida a fuerza de ser torturados por invencible aburrimiento.

Y vuelve a Alemania. En el fondo de su odio y de su desdén, algo se agita que le atrae irresistiblemente hacia su país. Este algo se sobrepone a todo, hasta a sus negros pensamientos pesimistas, y enciende sobre ellos una lucecita de esperanza que le dice siempre que espere; y espera. Vuelve a Alemania, se detiene en Munich, donde grave enfermedad le obliga a pasar el invierno; luego, repuesta el alma con la crisis del cuerpo que la ha servido de desahogo, sube por Stuttgart, Heidelberg y Mannheim, pasa otro invierno en Dresde, donde entra en relaciones (para enfadarse al punto) con Tieck, y en fin, en 1825, reclamado a causa de un proceso

Digitized by Google

que originó años antes en uno de sus momentos de nerviosidad, vuelve a caer en Berlín.

La causa de este proceso no deja de ser curiosa e instructiva para comprender aquella irritabilidad casi constante de su espíritu. En 1821, en la temporada que pasó en la capital tratando inútilmente de hacerse notar a propósito de sus cursos en la Universidad, habitó un modesto piso, delante del cual había, por lo visto, un pequeño rellano común a su departamento y al contiguo. Pues bien; un día, parece ser que en dicho vestíbulo encontráronse la inquilina del cuarto inmediato, una tal señorita Marquet, costurera entrada ya en años, con otra vecina, y que, prendiendo la hebra, empezaron a platicar sin tasa. No hace falta ser muy avisado para comprender el cúmulo de critiquillas, chismes, vaciedades y tonterías que saldrían a poco de sus bocas, ni para darse cuenta de que Schopenhauer, prestamente irritado por la estúpida e inacabable charla, saltase de su asiento e invitase, como invitó a las cotorras, a llevar sus cuentos algo más lejos de sus oídos. Y, no habiendo sido atendido, botó de nuevo instantes después y, ya en altercado con la más lenguaraz y atrevida, con la costurera, pasando de las palabras a los hechos, la cogió por el talle y la obligó por fuerza a lo que de grado no quería consentir; es decir, la echó escaleras abajo. Entonces, la víctima reclamó a los tribunales so pretexto de que había sido lastimada e imposibilitada para ganarse la vida, y, aunque en un principio fué desoída, tornáronse al fin las cosas en su favor y tras largo proceso fué condenado el irritable filósofo a pasarla una renta anual de sesenta táleros. Veinte años después, cuando al fin murió la costurera, Schopenhauer libró su espíritu, al mismo tiempo que

Digitized by Google

su bolsillo del recuerdo de la impertinente mujer con el siguiente ingenioso juego de palabras: "Obit anus, abit onus", que pudiera muy bien traducirse por: "Muerto el burro se acabó la carga".

Cuando, luego de pasar varios años en la odiada y fría ciudad (Berlín), fijó definitivamente, tras algunas dudas, su residencia en Francfort, era ya no solamente de inclinación, sino de hecho, un "solitario". Las contrariedades (¡qué mayores contrariedades que aquel continuo y desesperado esperar!) habían acabado de ennegrecer su fisonomía moral, ya de por sí muy inclinada a la misantropía. Lo que de niño y joven fué una simple tendencia natural, era ya entonces, en el hombre, determinación firmísima y voluntaria. "Llegado a la edad en que nos sentimos hombres—escribía—, me he vuelto sistemáticamente insociable". Tan insociable que cuanto con los hombres se relaciona es por él desdeñado profundamente. ¿Qué tiene él que ver con los insignificantes y necios "bípedos" que le rodean por todas partes?

No es, pues, extraño que por esta época en que sus conciudadanos le veían cruzar la ciudad invariablemente sombrío, invariablemente ensimismado, invariablemente acompañado de su perrillo Atma, hablando solo, dispuesto a disputar violentamente por la menor cuestión y al hacerlo, casi a gritos y apoyando sus terribles y demoledoras afirmaciones con gestos vehementes, escribiese desahogos como éste en sus cuadernos íntimos: "La importancia en mí del hombre inteligente destinado a la inmortalidad ha llegado a ser tan enormemente considerable en relación a lo que hay en mí, por el contrario, de individualidad perecedera, que muchas veces he olvidado los múltiples cuidados personales que me

Digitized by Google

acuciaban, apenas un pensamiento filosófico empezaba a germinar en mi cerebro". Ni es extraño tampoco que se rebele contra todo como contra todos se rebela: La familia: La tentativa de Osann para reconciliarle con su hermana es duramente rechazada; El matrimonio: Si nunca ha pensado en él, entonces aún menos. "Matrimony — Ward and want": "El matrimonio—¡guerra y miseria!", exclama; Las relaciones sociales: Si alguna vez frecuentó a sus semejantes es para amontonar más pruebas de su inferioridad y robustecer el desprecio mayor que cada vez le inspiran: "Cuidado con echar al viento—escribe—los ejemplos que nos dan los hombres de su maldad y de su estupidez; al contrario, aprovechémonos de ellos como de utilísimos "alimenta misantrophropiae". En el cuaderno intitulado Specilegia *escribía, en 1837: "Es utilísimo tener siempre vivo en el alma el desprecio que merecen los hombres en general, y para ello conviene meditar constantemente sobre su insuficiencia intelectual y sobre su bajeza moral... Que nuestras palabras y actitudes den a entender continuamente a quienes nos rodean poco más o menos lo siguiente: Yo no soy vuestro semejante y me repugna el comportarme como si en realidad juzgase serlo... Los monarcas no conservan el respeto y la dignidad que les son debidos sino a condición de no hablar jamás a sus cortesanos y grandes oficiales cual si fuesen semejantes a ellos, sino siempre de arriba a abajo". "Apenas empecé a pensar—escribe en otra ocasión—me sentí en oposición con el mundo. Siendo joven, esto me inquietaba frecuentemente conjeturando que la mayoría pudiese muy bien tener más razón que yo. Pero Helvecio me sosegó pronto. Luego, a medida que han ido pasando los años y pre-*

Digitized by Google

sentándose los roces inevitables, el mundo ha ido perdiendo a mis ojos y, en cambio, yo he ido creciendo ante mí mismo. Y al llegar a los cuarenta he comprendido que había ganado este asunto en última instancia; por ello me he visto y me veo y considero más alto de lo que nunca me pude imaginar". Seguro, pues, de sí mismo, tan seguro como de la inferioridad e insignificancia de los demás, he aquí cómo aconsejaba que debía de tratárseles: "El tono que conviene adoptar respecto a quienes nos rodean, es la ironía; pero una ironía tranquila, sin afectación alguna; una ironía que apenas se trasluzca al exterior y que ni tan siquiera vaya demasiado directamente contra el que va dirigida. Yo considero como uno de mis éxitos el que jamás se haya separado este tono y modo de trato de mí... En las horas de fría reflexión pensaremos siempre con sentimiento de triunfo en nuestras pasadas ironías, y, por el contrario, con remordimiento, en todas las intempestivas efusiones del corazón".

Como vemos, habíase despojado de toda idea conciliadora respecto a la familia, al matrimonio y a las relaciones sociales que para los demás son imprescindibles, y, consecuente con sus convicciones, obraba del mismo modo en lo que a la amistad respecta. Así se observa que va abandonando poco a poco a sus mejores amigos, pues las pocas cartas que se conservan dirigidas a ellos en este período, tan sólo son inspiradas y motivadas por la necesidad de obtener de ellos algún servicio. En fin, en lo que a otros sentimientos se refiere, tales que el amor a la patria, en esto jamás se creyó obligado en algo con respecto a ella. "La patria alemana —apuntaba en 1840—no ha conseguido desarrollar en mí el menor patriotismo".

Digitized by Google

Tal es el hombre que se encerró en Francfort. Pero ¿qué tiene de extraño su modo de proceder? ¿No acaba el primer libro de El Mundo, *escrito veinte años antes (¡cuando aún no había cumplido treinta años y los fracasos no le habían endurecido!) con la triste afirmación de que vida y felicidad son términos contradictorios, condenación de la vida que ya se siente venir de la tesis principal de su sistema? Este es el hombre que escribe, a propósito de sus contemporáneos, cuando trata de que le publiquen la segunda edición de su gran obra, conceptos cuales los siguientes: "Mis contemporáneos han sido para mí "como todos los contemporáneos". Lo que esta fórmula significa no tengo, claro está, necesidad alguna de explicársela a "mis iguales"; demasiado lo saben ciertamente. Una feliz consecuencia de esta actitud del público, en lo que a mí respecta, ha sido que mi editor destruya una gran parte de esta primera edición, pues ello me ha llevado a hacer un segundo trabajo, al que he dedicado gran parte de mi vida, redactándola personalmente y enriqueciéndola con todo lo que aún he pensado y descubierto en el transcurso de una existencia ignorada, es decir, libre de preocupaciones y cuidados. No obstante, que no imaginen mis contemporáneos que ahora continúo trabajando para ellos. Nada "tenemos que hacer" ya juntamente: no nos conocemos: paso a su lado y pasan junto a mí perfectamente extraños. Escribo tan sólo para unos pocos espíritus, muy pocos, "iguales a mí", que aquí y allá en el transcurso de las edades viven y pasan solitarios comunicándose entre ellos tan sólo por los monumentos que han dejado ¡y consolándose recíprocamente gracias a sus obras!"*

Tal es, en fin, el hombre que hasta que los pri-

Digitized by Google

meros clamores de la fama vinieron a endulzar su sombría existencia, no tuvo durante muchos años otros interlocutores ni otros amigos asiduos que los grandes genios de todas las civilizaciones.

Que a muchos parecerá insensata esta egolatría sin límites, esta ciega confianza en sí mismo y en sus obras, este orgullo del yo y este desprecio y menosprecio de los demás que caracteriza e ilumina no ya su madurez, sino su vida toda (recuérdese la carta a Goethe a propósito de la Teoría de los colores, *y véase como nueva prueba de la absoluta confianza que tenía en él mismo en las siguientes líneas que le enviaba el 23 de julio de 1818 al mandarle* El mundo como voluntad y como representación, *que acababa de ver la luz: "Mi obra... es el fruto, no tan sólo de mi estancia aquí, sino en cierto modo de mi vida. Pues seguro estoy de que jamás produciré algo mejor y más logrado y completo. Creo, pues, que Helvecio tiene razón al decir que hasta los treinta años o cuando más hasta los treinta y cinco, el espectáculo del mundo despierta en el hombre todos los pensamientos de que es capaz y que cuanto hace después no es sino el desenvolvimiento de estos pensamientos". Poco después, en 13 de diciembre de 1819, decía a Lichtenstein: "Con mi última obra he alcanzado el fin esencial de mi vida"); que a muchos parecerá insensata esta egolatría, decía, es indudable; pero ¿es que sin ella hubiera podido perseverar tantos años? Una de las flores del genio, ¿no es la paciencia? ¿Y qué significa en el genio la paciencia sino esta firmeza inquebrantable para proseguir a través de contrariedades, dificultades, sinsabores, escaseces, amarguras, incomprensiones e indiferencias, la obra que es como el porqué de su vida toda? Hoy, pues,*

Digitized by Google

que ya le podemos juzgar después de juzgado, ¿no vemos que tenía razón en el pensar, en el hacer y en el esperar? "El valor y la importancia de mi obra son tales... que no me atrevo a expresar esta importancia tal como me siento inclinado a hacerlo, ¡pues tan grande es que nadie sería capaz de creer en ella!": inmensamente orgulloso, pero exacto.

Esta fe admirable en sí, esta fe soberana y alentadora es la que le sostiene, anima y consuela en sus años de trabajos oscuros: de 1835, en que definitivamente se instala en Francfort, hasta 1850, en que a causa de la publicación del segundo tomo de El Mundo, *empieza a granjearse partidarios y con ellos y sus plácemes, homenajes de admiración y cálidas alabanzas, las primeras, esperadas y dulcísimas alegrías. Durante ellos, tan sólo el premio de Noruega por su trabajo* La libertad en la voluntad, *vino a hacerle un instante feliz. Bastó esta alegría para hacerle olvidar todas sus amarguras pasadas y para que, cobrando nuevos bríos, se levantase tonante en los* Fundamentos de la moral *contra los vacuos filósofos en candelero, muy especialmente contra los de la escuela hegeliana.*

Pero si el segundo tomo de El Mundo *le proporcionó algunos adeptos (el abogado Becker, de Wiesbaden; Dorguth, magistrado de Magdeburgo; Julio Frauenstaedt, doctor en Filosofía; el jurista Adam von Doss, de Munich; E.-O. Lindner, periodista berlinés; David Asher, profesor de inglés de Leipzig; Bahnsen, de gimnasia; Carlos Baehr, estudiante de Derecho de Dresde, etc.), la verdadera popularidad no llegó hasta después de 1851, luego de publicados los* Parergas. *Esta especie de exposición filosófica (en la que enlodaba con más furia y encarnizamiento que nunca a los "tres sofistas", es*

Digitized by Google

decir, a los tres grandes filósofos alemanes postkantianos, Fichte, Schelling y Hegel) "para uso de todo el mundo" vino a completar y a valorizar su obra toda "El ciclo queda cerrado", que escribió Frauenstaedt.

Entonces estalla verdaderamente en Schopenhauer aquel deseo tanto tiempo reprimido, aquella avidez de popularidad y de gloria que durante tantos años le había atormentado. Desde 1853 muchos de sus discípulos, animados por el éxito fulminante de su ídolo, se entregan a una propaganda ardiente, vivísima, incansable. Entre ellos, principalmente Dorguth, Lindner y el israelita Frauenstaedt, quien, sin tener en cuenta la tendencia abiertamente antisemita de la filosofía de su maestro, tanto hizo por su triunfo decisivo.

Dorguth, ya en 1843, había alabado la filosofía de Schopenhauer en un pequeño escrito (Die falsche Wurzel des Idealismus) *como el primer pensador realmente sistemático de toda la historia literaria. Dos años más tarde consagraba al filósofo un folleto intitulado* Schopenhauer en su verdad (Schopenhauer in seiner Wahrheid). *Por su parte, Lindner, redactor de* La Gaceta de Voss, *podía, gracias a su condición y situación privilegiada para la propaganda, hacer a Schopenhauer un reclamo de primer orden, y en verdad que a él se debe el mérito de haber despertado la atención del gran público sobre los* Parergas. *Pero ningún celo es comparable al del "archiapóstol", al del "archievangelista" (como el propio maestro le llamaba), Frauenstaedt. Este, sobre dedicarle en 1854 un libro enteramente inspirado en su doctrina y de escribir las* Cartas sobre la filosofía de Schopenhauer (Briefe über die Schopenhauer sche Philosophie), *libro que inundó*

Digitized by Google

de placer al filósofo, aún no satisfecho, se convirtió en el Argos de la prensa para su maestro, devorando revistas y periódicos, husmeando por bibliotecas y salas de lectura en busca de posibles libros, artículos, noticias o meras alusiones a su ídolo o a su flamante doctrina. Por su parte, Schopenhauer seguía sus pesquisas con febril impaciencia. "Mi tormento—escribía a Asher en carta fechada el 2 de julio de 1858—es no poder conocer ni la mitad de lo que sobre mí se escribe". En su locura, en su borrachera de gloria, olvidándose de todo menos del culto de sí mismo, cuyo altar al fin había quedado abierto a todos, ¡con qué entusiasmo y solicitud contestaba a su sabueso si la caza y el acúmulo de noticias había sido bueno!; pero, también, ¡con qué hiriente sequedad, con qué desdén, de ser escasas o de imaginar que languidecía en sus incesantes pesquisas! Tanto que al fin, hacia 1856, Frauenstaedt, vejado, dejó de escribirle. Entonces fué cuando Asher, lector infatigable, asumió el papel de aprovisionador de noticias. Y él fué hasta última hora quien tuvo al corriente al maestro de los menores ecos de su popularidad.

Mucho se había hecho esperar la gloria, pero, al llegar, llegó esplendorosamente. En 1856 hasta recibió la mayor satisfacción que tal vez podía esperar. La "conjuración" que, según él, había levantado la Universidad alemana contra su filosofía quedaba al fin vencida. Sin rencor alguno abrió sus puertas a las doctrinas de aquel pensador que en tantos años no había dejado de injuriarla. La Facultad de Filosofía de Leipzig abrió un concurso para premiar la mejor exposición de la nueva doctrina (el premio se lo llevó un detractor, pero el accésit le fué concedido a un partidario entusiasta,

Digitized by Google

al joven Baehr, cuyo concienzudo trabajo llenó de júbilo al maestro). Casi al mismo tiempo, profesores privados (Knoodt, en Bonn; Koerber, en Breslau) empezaron a explicar cursos sobre ella.

Este fué también el período en que los pintores y escultores a porfía se empeñaban en perpetuar su imagen, en que los hombres más ilustres buscaban su amistad y su correspondencia, en que todos, hasta muchos desconocidos, le enviaban con motivo de sus cumpleaños regalos y flores, y en que, en fin, de todas partes, y muy particularmente del extranjero, llegaban curiosos diariamente al Hotel de Inglaterra, a cuya mesa redonda se sentaba hacía veinte años, tan sólo por sentarse a su lado, por verle, por contemplarle, por atraer su atención, por oirle. A estos días infatigables para él se refería el artículo que poco después de su muerte publicó Challenal-Lacour en la Revue des Deux-Mondes, *y en el que cuenta que, oyéndole, sintió pasar en su interior algo como "un soplo de hielo a través de la puerta entreabierta de la nada". De aquellos días también es el siguiente interesantísimo retrato debido a Foucher de Careil, que, tan sólo por verle y sentarse a su lado en la célebre mesa redonda del Hotel de Inglaterra, hizo un viaje a Francfort: "Era un viejo de ojos de un vivísimo y limpio azul, de labios delgados, agudamente sarcásticos, y cuya vasta frente, esfumada por dos mechones, a los lados, de cabellos blancos, revelaba un sello natural de nobleza y de distinción en aquella fisonomía chispeante de espíritu y de malicia. Su traje, su chorrera de encajes, su corbata blanca hacían pensar en un viejecillo de los de la época de Luis XV; sus modales, en los de un hombre de buena crianza. Reservado por naturaleza y temeroso hasta la desconfianza, no se*

Digitized by Google

franqueaba sino con sus íntimos o con los extranjeros de paso por Francfort. Sus movimientos eran vivos y en la conversación adquirían una petulancia extraordinaria. Rehuía las discusiones y los inútiles empeños de palabras, pero ello tan sólo para poder disfrutar mejor de los encantos de la charla íntima. Cuando hablaba, su verbo bordaba en la pesadez del alemán una infinidad de arabescos a fuerza de citas en griego, latín, francés, inglés e italiano. Era una animación, una cantidad de agudezas, una riqueza y abundancia de citas, una exactitud de detalles que hacían olvidar las horas. Algunas veces el pequeño círculo de sus íntimos le escuchaba hasta bien entrada la medianoche, sin que su rostro diese la menor muestra de fatiga y sin que el fuego de sus ojos se amortiguase un solo instante."

Así, brillantemente, gloriosamente, felicísimamente, transcurrieron los últimos años de aquella vida consagrada a la realización de su obra. "Contrariando a la Naturaleza y a los derechos del hombre—escribió él mismo—, me ha sido preciso substraer mis fuerzas del servicio de mi persona y del aumento mismo de mi bienestar para consagrarlas al servicio de la Humanidad". Por ello, una vez que estuvo seguro de haber cumplido su misión, se llenó de aquel inmenso orgullo hacia ella; no precisamente por ser suya, sino por creerla reveladora y portadora de verdades insospechadas y beneficiosísimas.

Y por ello también defendió esta obra con un tesón y un coraje que ninguna contrariedad pudo disminuir. Así, por ella rompió armas desde los primeros instantes con los filósofos más en boga, con sus colegas de la Universidad, con sus amigos, con su familia, con el mundo entero, al que quiso

Digitized by Google

servir, pero sin inclinarse ante él, sin servilismos ni adulaciones. Y (¡temple y seguridad admirables!), ni los fracasos pudieron inclinarle a las concesiones, ni la necesidad de esperar fué capaz de mitigar la dureza de sus críticas ni el ardor enconado de sus reproches. Del principio al fin le bastó y se contentó con ofrecer al público su obra desnuda, tal cual era y por ella misma, sin acudir a los indignos y serviles procedimientos del bajo reclamo. En una palabra, y como muy bien dice Ruyssen, practicó siempre y en todo momento las virtudes intelectuales, de las que en el Parerga *había hecho tan magnífico elogio: la sinceridad desinteresada del esfuerzo, la impaciencia irresistible por descifrar el enigma de las cosas, la profunda seriedad del pensamiento que se esfuerza y aniquila, si preciso es, para llegar a penetrar hasta lo más íntimo de los seres, en fin, el amor entusiasta a la verdad.*

Teniendo esto en cuenta se comprende cómo su obra es la expresión fiel de su personalidad. Es decir, que no son las amarguras y desengaños de la vida quienes le inspiraron, pues al escribir su obra maestra no había sufrido otras contrariedades que la muerte de su padre y las querellas domésticas, y puesto que sólo más tarde debió conocer las enfermedades, el aislamiento y las amarguras de verse incomprendido, sino lo que llevaba dentro de grande y de sincero. Que es pesimista es indudable, y, sin embargo, ni Platón ni Kant, verdaderos inspiradores de sus doctrinas, lo son. Su pesimismo no provenía, pues, de los filósofos, sino en parte de su naturaleza, en parte de su vida, en parte de su ascetismo religioso, en parte de sus lecturas de poetas y moralistas (Voltaire, La Rochefoucauld, Helvecio, Chamford, Gracián...), en los que encontró

Digitized by Google

un eco y un estimulante de su propia misantropía; también de su frecuentación a los cenáculos románticos, en el budismo, en el que más que una filosofía vió una patética lamentación sobre la inutilidad de la vida; en fin y postreramente, en sus fracasos y, en una palabra, en el fondo mismo de su carácter. Aquel carácter producto de una melancolía apasionada, exasperada por una visión aguda de lo real y dulcificada gradualmente por la ironía, una percepción infinitamente clarividente de la ilusión de las apariencias, una imaginación de artista atajada por una razón exigente, una sinceridad absoluta enardecida por la fe entusiasta y la creencia en las excelencias de la obra cumplida.

Que el pesimismo de Schopenhauer no se puede defender filosóficamente, es indudable. Tan indudable que ni él mismo trató de hacerlo. Por ello mismo insistió tan poco sobre su fundamento teórico y, en cambio, multiplicó las pruebas empíricas. (¡Cómo había de defenderlo si no se puede suponer en la Voluntad pura ninguna inclinación que la mueva a realizar el mal de preferencia al bien y puesto que estos mismos no se diferencian sino al aparecer en la conciencia, ya que en una metafísica de la Voluntad irracional mal y bien son meros incidentes!) Pero, concediendo al dolor realidad continua y palpitante, se comprende por qué conserva toda su fuerza aun fuera del sistema que le da vida, y por qué, hoy y siempre, emocionará a todas aquellas almas que se sientan sitiadas por el dolor en la vida. De aquellas almas que alguna vez se sientan atraídas hacia la de aquel hombre grande que asignó a la suya un fin infinitamente elevado: resolver el "enigma del mundo" y librar a sus semejantes de la ilusión de querer vivir.

Digitized by Google

LA OBRA

Schopenhauer definió la filosofía como "el conocimiento incondicionado de la esencia del mundo", concepto mucho más amplio que el que de ella tenían Locke y Hume al reducirla a la teoría del conocimiento; es decir, al dar de lado a los dos problemas que con más fuerza, con mayor imperio se imponen a la reflexión: el de la naturaleza y génesis de las cosas y el del sentido y valor de la vida. Por lo mismo, por esta enorme amplitud, la filosofía de Schopenhauer es, como con precisión ha definido Volket, "una verdadera metafísica de punta a cabo". Lo es, en efecto, en la teoría de la representación que se relaciona punto tras punto con la de la voluntad; lo es en la moral, y lo es hasta en los detalles de la estética. Ningún discípulo de Kant ha levantado más atrevidamente frente a la Crítica el derecho y el deber de "el animal metafísico" a sondear lo absoluto.

Los trazos esenciales de esta filosofía, los caracteres generales del sistema de Schopenhauer pueden definirse en tres palabras, a saber: subjetivismo, intuicionismo y voluntarismo. Todos los demás que pudieran señalarse se relacionan y condicionan fácilmente a éstos. El primero, el subjetivismo, lleva

Digitized by Google

aparejado el pesimismo. No siendo el mundo sino la representación de cada sujeto ("El Mundo es mi representación", primera premisa que establece nuestro filósofo en su obra fundamental), es, en definitiva, una mera ilusión. Un sueño más rico en cosas imaginadas que en cosas reales. Y si es cierto que la filosofía empieza por el asombro, este asombro "resulta esencialmente consternador y desolador". Ninguna actitud es más antifilosófica que la del optimismo que se venda los ojos y oídos para no ver ni oír cosa alguna del dolor universal; cobarde actitud de esclavo que besa la mano que le pega.

Precisamente, gracias al voluntarismo y al pesimismo, tiene la filosofía de Schopenhauer su carácter profundamente moral. Si el optimismo es cobarde, el pesimismo es, por el contrario, la actitud de los bravos. No solamente se niega a transigir con el mundo, sino que, por el contrario, procura librar de él a sus víctimas procurando denunciar a la inteligencia la ilusión de ser, y de vencer en la voluntad la ilusión de querer vivir. Como consecuencia, exalta inmediatamente el ascetismo y la piedad como a dos excelsas virtudes liberadoras. En sí, es, pues, esta filosofía una doctrina de salvación.

Pero no es tan sólo la vía dolorosa la que conduce a la liberación; el pesimismo de Schopenhauer está templado, endulzado, suavizado por la admiración, por el "ataísmo", debiéramos decir más bien. Si como objeto de deseo el mundo es malo, en cambio, ofrece a la contemplación el espectáculo tranquilizador de las formas generales mediante las cuales se traduce la idea. De este modo el intuicionismo hace que el pesimismo no se anegue en la desesperación. De este modo colora la resignación de

Digitized by Google

un reflejo de hermosura. Y ¿no es esto bastante para dejar adivinar la magnífica amplitud de su doctrina?

No podemos, sería hacer este prólogo ya demasiado largo, excesivo, entrar por el momento en un estudio minucioso de la obra de Schopenhauer. Pero sí, y para dejar iniciado el camino por si la ocasión se ofrece, como introducción a tomitos sucesivos, dedicaremos ligeras consideraciones al método en que bebió y se apoyó Schopenhauer para levantar su obra.

Pero, se nos dirá, ¿es que se puede hablar de método tratándose de Schopenhauer?; ¿no manifestó siempre, a propósito de esta cuestión, un desprecio sistemático?; ¿no llegó hasta burlarse de los filósofos que se preocuparon de definir su método antes de pensar, comparándolos a aquellos poetas que, antes de concebir sus creaciones, tratasen de imaginar una estética para ajustarse a ella? "El espíritu que piensa — decía — debe buscar su camino guiado tan sólo por su intuición espontánea". Y en verdad que en los grandes pensadores el método surge a medida que surge la obra. Además, el método, un método, es decir, una unidad de plan y un orden de marcha, es necesario a las filosofías dialécticas que pretenden alcanzar la verdad mediante un riguroso encadenamiento de conceptos. En este caso sí, en este caso el método es el guía seguro e imprescindible, y no presuponerle y carecer de él es perderse en seguida en complicado laberinto. Pero el caso de Schopenhauer es distinto; nuestro filósofo no ve en el concepto sino una abstracción de la experiencia, es decir, un empobrecimiento de la realidad. Gracias a ello pudo ufanarse de haber construído una filosofía no demostrativa; más aún; de

Digitized by Google

no haberse preocupado ni de la correlación exterior de las proposiciones que en ella se establecen. Y, ciertamente, que en él no se encuentra por parte alguna, como puede hacerse, por el contrario, en Hegel o en Fichte, esas interminables cadenas de razonamientos en que un concepto engendra otro concepto sin necesidad de recurrir a la experiencia. Su filosofía "descansa inmediatamente sobre la intuición del mundo". Y el método evocador de la intuición está aún por encontrar. Para la intuición no hay otro ni mejor guía que el genio, y el genio no conoce ni se ajusta a método alguno; mejor dicho, sí admite uno: aquel que consiste en ir directamente a las cosas por encima de libros, abstracciones y teorías. Precisamente por ello los grandes genios han sido, no dialécticos, sino contemplativos y han vivido en inmediata y directa relación con la Naturaleza misma.

Claro que se dirá que tanto la observación como las ciencias naturales desempeñaron, como más adelante se comprueba, un papel importantísimo en la elaboración del sistema de Schopenhauer; pero en él la observación no fué sino la ocasión para su espíritu, mediante la cual advirtió lo esencial bajo lo accidental, lo general en lo particular; y esto no por un análisis abstracto que disolviese la realidad, sino por un esfuerzo de intuición intelectual. En cuanto al método, éste no intervino casi sino tras la intuición y a título de comprobante. Y su misión se redujo a verificar si en la intuición entraba algún elemento extraño, alguna señal de pensamiento abstracto o de saber puramente verbal.

¿Quiere esto decir que no encontremos en su filosofía ni conceptos ni razonamientos? En modo alguno. Forzosamente, dada la constitución del enten-

Digitized by Google

dimiento, todo filósofo ha de traducir sus intuiciones en sistemas de ideas y estas ideas forzosamente las ha de manifestar mediante sistemas de signos. Pero sí hemos de decir que el razonamiento en Schopenhauer es siempre claro, directo; es el tipo de razonamiento propio del sentido avisado, despierto, bueno, claro, exigente; pero al mismo tiempo de un sentido limitado y que sólo trata de traer el espíritu a la intuición. Por ello mismo se observa que el argumento favorito de Schopenhauer es el ejemplo; el ejemplo que se ve aparecer en todas las etapas de la demostración; el ejemplo preciso, luminoso; el ejemplo que a veces abunda de tal modo que a punto está de fatigar al lector.

Y es por este carácter intuitivo, concreto, por lo que la filosofía de Schopenhauer ocupa un lugar intermedio entre la ciencia y el arte. Tal vez hasta tenga más de éste que de aquélla. Ya se alababa él en 1814 de ello: "Mi filosofía ha de distinguirse de todas las precedentes, si se exceptúa la de Platón... en que no es precisamente una ciencia, sino más bien un arte". "Y como el arte, más bien que demostrar, muestra; como el arte despoja las cosas de su aspecto representativo, aspecto que la ciencia analiza y explica, para llegar a la idea pura, al modelo eterno; como el arte, en fin, entraña una parte de inspiración, facultad que, lejos de ser, como la razón, una de las cosas del mundo bien repartidas, es, por el contrario, privilegio del genio que, sin preocuparse del método o de los métodos se eleva de un salto a la intuición de lo absoluto".

En cuanto a las fuentes inspiradoras de la filosofía de Schopenhauer, o más bien, los grandes surcos por los que parece discurrir y levantarse, son, aparte de los que traza en todo momento su tem-

Digitized by Google

peramento y que dan a sus obras ese acento personalísimo mezcla de trágico y de irónico, el romanticismo, la religión, el indianismo, las ciencias naturales y las influencias de otros filósofos. Vamos a examinarlos brevemente.

El siglo XVIII fué un enamorado de la física. El recuerdo de Descartes, Huyghens y Newton le dominó por completo de tal modo, que Kant expresa aún la creencia unánime de su tiempo al ver en la física newtoniana el tipo acabado de una ciencia mecánica y enteramente racional de la materia. Sin embargo, la última mitad de este siglo había visto nacer dos ciencias nuevas, la química y la biología. Y, si bien no era fácil que advirtiesen de momento el íntimo parentesco de ambas ciencias, sí ambas ofrecían un carácter común que era el de hacer penetrar a la curiosidad humana hasta profundidades en que la física, tan sólo preocupada de los cambios exteriores de los cuerpos, no podía alcanzar. Por el contrario, ellas hacían entrever fuerzas desconocidas, afinidades moleculares, flúidos vitales, correlaciones orgánicas. Ahora bien; para explicar todo esto el mecanismo cartesiano era insuficiente. Un espeso bosque se levantaba al otro lado del jardín geométrico de los físicos. Esto sorprendió enormemente a la generación contemporánea de la Revolución. Y no fueron sólo los románticos los que se volvieron con ansiedad curiosa hacia los problemas de la vida; fácil sería demostrar lo que el panteísmo natural de Goethe debe a las ciencias naturales de su tiempo; pero, indudablemente, aquéllos fueron quienes más se preocuparon de la "filosofía de la Naturaleza", y quienes fueran más profundamente penetrados del sentimiento de la universalidad de la vida. A este propósito, Schopenhauer pertene-

Digitized by Google

ce enteramente a la generación de Novalis y de Scglegel. Pero también es verdad que no se contentó con recoger el eco lejano de las nuevas teorías, sino que quiso aprenderlas y conocerlas a fondo. Recuérdese que en Gotinga lo primero que hizo fué inscribirse en la Facultad de Medicina; como en Berlín frecuentó asiduamente los laboratorios de los naturalistas, mucho más asiduamente que las lecciones de los filósofos; sus lecturas es este sentido (Linneo, Buffón, De Luc, Cuvier, Oken), y que hasta manejó el escalpelo. Luego, toda su vida estuvo curiosamente al corriente de las últimas novedades científico-naturales. Y aunque descubre tardíamente a Bichat, por quien se llena de entusiasmo, en cambio, conoció a medida que iban apareciendo los trabajos de los más eminentes fisiólogos franceses e ingleses de la primera mitad del siglo XIX, sobre todo los de Cabanis, Geoffroy Saint-Hilaire, Magendie, Flourens, Milne-Edwards, Charles Bell y Marshall Hall. De tal modo le entusiasman las ciencias naturales, y en primer término la fisiología, que en 1852 escribía a Frauenstaedt: "La fisiología es la cúspide de toda ciencia de la Naturaleza y al mismo tiempo su más oscuro dominio. Para poder hablar algo de ella es preciso empezar por seguir en la Universidad los cursos enteros de todas las ciencias naturales, y luego tener estas ciencias ante los ojos toda la vida. Solamente así se sabe verdaderamente por dónde se anda en estas materias; si no, no". Pero ¿tiene La Voluntad en la Naturaleza *otro objeto que demostrar las concordancias de su doctrina con la ciencia de su tiempo? ¿Hará, pues, falta más demostración para poner en evidencia la influencia de las ciencias naturales en su obra?*

Schopenhauer hubiérase indignado a buen segu-

Digitized by Google

ro de haberle dicho que el romanticismo había influído en su obra. A primera vista, en efecto, nada más distante de él y de su filosofía que el romanticismo. Schopenhauer, en efecto, no es romántico ni por temperamento (pues las rarezas y melancolías de su carácter nada tienen de románticas), ni por el género de vida que hizo (nada bohemio, muy por el contrario, en todo burgués y filisteo), ni por sus inclinaciones y gustos literarios (las innumerables citas que esmaltan y abrillantan sus escritos prueban hasta la saciedad de qué modo sus gustos y su cultura eran netamente clásicos), ni por su estilo sobrio y puro (defendió con gran tesón la lengua alemana contra las impurezas de los malos escritores), es romántico. Tampoco es romántico por su temperamento intelectual. La propia intuición es en él severamente reglada; cuando parece más inspirado él mismo hiela en fuego que parece devorarle descendiendo bruscamente del terreno de la fantasía al de la razón pura. Hasta en los puntos que, como veremos en seguida, le acercan más al romanticismo, difiere de él, pues suele colocar la intuición por sobre el conocimiento discursivo y respeta invariablemente los derechos de la razón (dentro de los límites que él mismo la señala, o sea en la conquista y conocimiento de lo sensible) sin posponerlos a otros algunos. Como Séneca, hubiera podido decir en justicia: "Si vis tibi omnia subjicere, te subjice rationi". En fin, hasta su pesimismo, romántico de acción, no lo es en la teoría. El pesimismo de los románticos no es, en el fondo, sino un puro desaliento de la vida; pesimismo que aspira a la voluptuosidad, que idealiza la sensualidad, que alaba y ensalza los derechos de la pasión, que levanta, en suma, un altar al amor. El de Schopenhauer es más

Digitized by Google

profundo, más lógico y, desde luego, más radical. El pesimismo de Schopenhauer quiere aniquilar la vida: es la voluntad de la nada.

No obstante todo lo apuntado, el romanticismo que llenaba la época y la tierra que pisó Schopenhauer, influyó sobre él y, por consiguiente, en sus obras. Para comprobarlo basta recordar los trazos esenciales de este romanticismo en Alemania que son: el "subjetivismo", el "intuicionismo" y la "melancolía".

"El secreto de nuestra poesía romántica—decía Hettner—es el subjetivismo". En efecto, el poeta romántico puro no recibe nada del exterior; sus creaciones no son sino imágenes de un mundo interior que él se crea y en el que su fantasía reina de modo soberano y absoluto. "Yo soy—decía Tieck—la única ley de la Naturaleza". Después de esto salta a la vista lo que hay de subjetivista en una filosofía que empieza sentando, como la de Schopenhauer, la siguiente proposición: El mundo es mi representación.

El segundo carácter del romantismo alemán es el intuicionismo. Pues bien; este intuicionismo constituye una de las bases fundamentales del sistema filosófico de Schopenhauer. Schopenhauer distingue dos momentos en la intuición: el de las cosas sensibles en el sentido en que Kant lo entendía y en el que el espacio y el tiempo son las "formas generales", y la intuición de las cosas en sí, en su más alta objetivación, tal cual se produce cuando el conocimiento se substrae del servicio de la voluntad. Según Schopenhauer, si separamos bruscamente el conocimiento de sus fines utilitarios, el espíritu, libertándose del principio de la razón suficiente en virtud del cual iba dividiendo la experiencia en enlaces

Digitized by Google

particulares, reconoce libremente la "idea" en lo que tiene de más esencial, de universal y de real a la vez. "La cosa particular llega a ser la idea de su especie." De este modo, la intuición percibe de una sola vez la regla en el caso particular y la esencia en el accidente. Es decir, que no es solamente, como para Kant, la materia del conocimiento, sino "el conocimiento por excelencia, el único absolutamente verdadero... Unicamente él da una "visión" verdadera de las cosas". Alcanza la verdad con más seguridad que cualquier dialéctica. Es más: la intuición sensible nos permite incluso percibir, sin necesidad de razonamiento discursivo, ciertas verdades matemáticas elementales. En su virtud, Schopenhauer no tiene inconveniente alguno en escribir la siguiente fórmula, que hubiese hecho escandalizarse a Kant: "Toda intuición es intelectual". Así se explica que este retoño mimado de la Enciclopedia y del criticismo haya podido escribir contra la razón una requisitoria tan apasionada como la de Pascal. La inteligencia no es para él sino una facultad secundaria, "esclava" ciega de los oscuros de la voluntad, potencia "hembra" que únicamente engendra cuando es previamente fecundada. Al pensador intuitivo, el razonamiento no da más que lo que una "muleta" daría a un hombre sano; las intuiciones son un "numerario" para el cual "los conceptos tan sólo son billetes". De aquí, naturalmente, llega a la apología del genio, bien del artista, bien del filósofo, potencia esencialmente aristocrática, desdeñadora de los minúsculos procedimientos de la lógica y capaz de alcanzar de un salto la cima desde la cual, únicamente, pueden contemplarse "las formas persistentes y esenciales del mundo". He aquí por qué Schopenhauer siente hacia el "filisteo" el soberbio des-

Digitized by Google

precio del romántico. En una nota de 1816 puede leerse el siguiente aviso que se daba a sí mismo: "Tú, amigo mío, no olvides jamás que eres filósofo, vocación hacia la cual, y con exclusión de toda otra, has sido llamado por la Naturaleza. Líbrate, pues, de seguir los caminos que siguen los filisteos..." Y en fin, completamente, enteramente romántica será la teoría que profese cuando defina el arte como una altísima revelación, como una revelación procedente de otro plano superior y, por ello, como una potencia liberadora, y cuando salude a la música como el arte por excelencia, arte al que no limita la materia, y cuando describa el efecto sedante de los juegos de luz y hasta la melancólica dulzura de los claros de luna.

La melancolía es, precisamente, el tercer rasgo romántico de su fisonomía. En vano el romántico se forja el mundo en que desearía vivir; este mundo no será jamás concebido por él con alegría. Es un "sueño"; pero un sueño doloroso, una triste pesadilla. La Naturaleza, a la que pretende unirse por la intuición, está poblada para él de fuerzas monstruosas, de pasiones imaginarias. El poeta es de este modo abrumado por sus propias visiones. Nótese, desde luego, que los románticos han sido una generación mórbida. Entre ellos apenas ha habido sino tuberculosos de veinte años, neurasténicos, tal vez fumadores de opio. De este modo, su concepto de la vida no podía menos de ser doloroso. No sabían gozar de la hora presente; la voluptuosidad satisfecha, sentían renacer ya la amargura del nuevo deseo. "Todo amor es insaciable", dice Lucinda; "No hay goces que llenen completamente nuestro corazón", repite Tieck. Por ello, los románticos no entrevén la salvación al final de una vida dolorosa sino en

Digitized by Google

"la autosupresión del instinto", con Novalis, o con Tieck en el exceso mismo de un dolor que no se agota sino a fuerza de usarle.

Esta concepción de la vida como un sueño monstruoso, y del placer como el reverso embustero del dolor, esta aspiración a la nada liberadora, todo ello se encuentra tan en seguida en Schopenhauer que prueba, sin necesidad de insistir, de qué fuente ha bebido para muchos de sus pesimismos.

Si paradójico parecía hablar de fuentes u orígenes románticos tratando de Schopenhauer, más lo parecerá el hacerlo de lo religioso, pues en verdad que es difícil encontrar sistema filosófico más franca y abiertamente ateo. En lo que a su vida respecta, ya hemos visto que, salvo el bautismo y la confirmación, ningún otro acto religioso exterior revela. Educado por un padre volteriano y una madre indiferente, Schopenhauer vivió siempre en la más amplia libertad de pensamiento. En cuanto a su muerte, no hay que insistir que murió impenitente. Y si se tiene en cuenta el punto de vista interior, nadie sería capaz de decir que experimentase emoción alguna marcadamente religiosa, cual la adoración, el amor o la resignación. La intuición tan clarividente en él del dolor universal, está entremezclada de excesiva ironía, impregnada de demasiada amargura; es demasiado desesperada, en fin, para dar cabida a un sentimiento religioso. Y, sin embargo, sus doctrinas deben mucho a las religiones, sobre todo al budismo y, casi tanto, al cristianismo.

Leyó y conocía el Antiguo Testamento, bien que apenas nombre de él sino el más sombrío de los libros de la Biblia, el Eclesiastés. *Justo es decir que su odio a los judíos le cerró la inteligencia del judaísmo y de las Escrituras en general. Así no vió*

Digitized by Google

en la religión de los hebreos sino el tipo acabado de la metafísica que más le repugna entre todas: el teísmo; es decir, aún peor, el monoteísmo, con el creacionismo y el optimismo, que son sus corolarios lógicos. En cambio, leyó y releyó largamente los Evangelios, incluso los Apócrifos y la Epístola a los Romanos. Precisamente se lamenta de encontrar en ellos dogmas con los cuales su propia moral "concuerda enteramente". Al contrario de la moral helénica, ¿no ha enseñado el Evangelio que la Naturaleza es radicalmente mala y que es preciso libertarse de ella; que salvar la vida es, en realidad, perderla, y que no hay salvación sino en el renunciamiento, en la abnegación y en la castidad? En una palabra, por una afinidad completamente espontánea, lo que Schopenhauer ha admirado en el cristianismo son los lados más sombríos de esta doctrina, los que el luteranismo puso en primera línea: el dogma de la caída, la predestinación, el ascetismo; más aún: el irracionalismo y la creencia en las vías misteriosas de la gracia. Por ello, los libros cristianos que maneja más frecuentemente, después del Evangelio, no son los de los Santos Padres ni los de los Escolásticos, la metafísica cristiana le parece un tejido de "absurdos" torpemente sacados del judaísmo, sino los de los ascetas y de los místicos, estos grandes practicantes de la intuición. Plotino, Eckar, Tauler, la "Deutsche Theologia", Angelo Silesio, Giordano Bruno, Jacobo Boheme, Bunyan y madame Guyon le son familiares, según se deduce de su lectura.

Y de las fuentes cristianas a las indianistas es fácil seguir el camino en el pensamiento de Schopenhauer. El pesimismo y el ascetismo cristiano son para él idénticos, en cuanto al fondo, a la metafí-

Digitized by Google

sica y a la moral de los Vedas y de Buda. Y del mismo modo que sospecha que Platón tomó de los judíos su teísmo optimista, conjetura que es preciso remontarse hasta la India, pasando por el Egipto, para encontrar las verdaderas fuentes de los Evangelios; es más, espera que la ciencia no tardaría en demostrarlo. En todo caso, la influencia que Schopenhauer recibió del indianismo es tan decisiva como innegable. El mismo escribió en 1816 la siguiente nota, tanto más sincera cuanto que no estaba destinada a recibir publicidad: "No creo, lo confieso, que mi doctrina hubiera podido tomar cuerpo antes de que los Upanichads, Platón y Kant arrojasen juntamente sus luminosos rayos en el espíritu de los hombres". Esta confesión es preciosa; demuestra que dos años antes de acabar El Mundo, *Schopenhauer ponía ya los himnos de la India antigua al mismo nivel que los dos únicos filósofos cuya influencia y genialidad reconoció siempre. Es más: aun pudiéramos remontarnos en la búsqueda de los orígenes de su devoción por el indianismo; otra nota de 1814 prueba que ya ha hecho suya esta sentencia del "Upnekhat", que más tarde llegará a ser el tema de su obra fundamental: "Tempore quo cognitio simul advenit, amor e medio supersurrexit". ("Cuando la inteligencia llega, el amor se aleja.") En otros términos: cuando el saber descubre la ilusión que es vivir, ilusión en la cual el querer se objetiva, éste se aniquila a sí mismo. Toda la teoría de las relaciones de la representación y del querer está en germen en estas líneas.*

Nuestro filósofo debe, pues, mucho al indianismo; mucho más que al cristianismo, del cual su sistema excluía lógicamente sus dos tesis esenciales: la existencia de un Dios paterno y la inmortalidad

Digitized by Google

personal. No obstante, no hay que exagerar esta influencia. Schopenhauer encontró en la literatura india una extraordinaria riqueza de temas sobre los cuales filosofar; pero no una filosofía. Puede decirse de todos estos escritos lo que él mismo decía de los Vedas: "No tienen forma científica; no hay en ellos ni progreso, ni desarrollo ordenado, ni tan siquiera unidad... Son, por decirlo así, oráculos llenos de profunda sabiduría; pero, al mismo tiempo, oscuros, aislados, alegóricos". Esta oscuridad había que sustituirla por la "suprema claridad"; esta dispersión, por la unidad sistemática; de aquellas brillantes imágenes, extraer deducciones racionales. Y esta forma verdaderamente filosófica no pudo tomarla ni del romanticismo, ni de las religiones, sino de los filósofos propiamente dichos, de los cuales vamos a exponer brevísimamente las influencias principales que recibió.

Pero la cuestión, al llegar a este punto, se vuelve extremadamente delicada, pues así como Schopenhauer estaba dispuesto a reconocerse tributario de las ciencias, del cristianismo y del indianismo, muy por el contrario, se revolvía contra haber sido inspirado por todo otro filósofo que no fuese Platón o Kant. La lectura de una obra de Crusius, con la que recibió la desagradable sorpresa de darse de manos a boca con dos de las principales tesis de su sistema, le arrancó esta furiosa exclamación, que se ha encontrado en uno de sus cuadernos correspondientes al año 1821: "Pereant qui ante nos nostra dixerunt!" ("¡Perezcan aquellos que antes de mí dijeron lo mío!") Y cuando, más tarde, uno de sus últimos discípulos, David Asher, acertó a encontrar los antecedentes de la filosofía de la voluntad, el maestro acogió con manifiesto desagrado el

Digitized by Google

celo de su discípulo. No obstante, en 1816 había escrito, reconociendo la influencia de sus numerosas lecturas en sus nacientes ideas: "Se encuentran rastros de mis doctrinas en casi todas las filosofías de todos los tiempos: no solamente en los Vedas, Platón y Kant, en la materia viva de Bruno, Glisson y Spinoza y en las apagadas monaditas de Leibnitz, sino absolutamente en todas las filosofías, tanto en las más antiguas como en las más modernas". Y se alababa tan sólo de haber separado su doctrina de los "absurdos", de las "formas extravagantes", bajo las que estaba disimulada en quienes le habían precedido.

¿Hay contradicción entre estas dos actitudes? En modo alguno; pues una cosa son los antecedentes de una filosofía y otra las sendas por donde ella realmente discurre. Mas ¿hemos de dar entero crédito a su afirmación de que tan sólo los Vedas, Platón y Kant fueron sus maestros? ¿No sorprende que no haya reservado en esta lista un puesto siquiera para Goethe? Y, sin embargo, se sabe la impresión que el gran poeta le hizo; el recuerdo imborrable que de él guardó siempre; la admiración y el respeto con que de él hablaba; que siempre le consideró como uno de los poquísimos elegidos, como uno de los contados hombres en quienes no observó ni estupidez, ni perversidad, ni bajeza; que no hay otro escritor, a juzgar por las citas innumerables que de él hace (infinidad de versos tomados del Fausto, *y sobre todo de sus* Poemas, *esmaltan sus libros y sus escritos particulares), que le sea más familiar; de tal modo, que con un poco de paciencia encontraríase sin dificultad ideas comunes en Goethe y en* El Mundo, *y en los sarcasmos de los* Parerga *no es difícil tampoco escuchar de lejos*

Digitized by Google

las carcajadas de Mefistófeles. Esto no quiere decir que, como ha tratado de demostrar Harph, todo Schopenhauer está en Goethe; no, Schopenhauer tan sólo vió al gran poeta en esto, es decir, como poeta. Lo que de él tomó fueron, como de Horacio o de Shakespeare, epigramas, máximas morales, picantes aforismos o reflexiones melancólicas; no otra cosa. El mismo indicó claramente lo que en su tan admirado amigo veía: "Era un poeta, no un filósofo; es decir, que no estaba animado—o poseído, como se quiera—del deseo de alcanzar el último principio de la íntima unión de las cosas". Aun precisó más: lo que detenía a Goethe en el camino de la explicación filosófica era "esta asombrosa "objetividad" de su espíritu, que imprimía a todas sus poesías el sello del genio", pero que a la vez le impedía colocarse en el punto de vista del filósofo, que es esencialmente subjetivo. El poeta se coloca en la cosa misma para mejor apoderarse de ella; el filósofo la trae a él. Esta divergencia puede observarse perfectamente en la opinión que ambos escritores tenían de la teoría de los colores; divergencia tan neta que de ella precisamente data el enfriamiento de sus relaciones.

En cuanto a las fuentes propiamente filosóficas de su sistema, apresurémonos a decir que entre las que no reconoció hay una que es preciso citar ante todo: Spinoza. Spinoza es, con Platón y Kant, el filósofo que más estudió. Le cita, asimismo como a Platón y Kant, frecuentemente, y si el geometrismo exagerado, si el teísmo, si el optimismo judaico de la Ética *le inspiran violenta aversión, no deja por ello de reconocer a su autor el mérito de haber roto abiertamente con el doble dualismo cartesiano de la materia y del pensamiento, del mundo y de Dios; es*

Digitized by Google

decir, de haber preparado, en una palabra, la vía al monismo.

Mas, a pesar de haber reconocido en la doctrina de Spinoza lo que tiene "de verdadero y de excelente", su influencia en él tan sólo fué secundaria. Más decisiva fué, sin duda, pese a todo, la de Schelling, a quien leyó en Gotinga, y la de Fichte, a quien escuchó en Berlín. Veamos lo que conservó de las enseñanzas de uno y otro.

Léese en una nota escrita después de 1832: "Fichte y Schelling están en mí, pero yo no estoy en ellos; es decir, que lo poco de verdad que encierran sus doctrinas está contenido en lo que yo he dicho". Veamos la veracidad de esta afirmación. En lo que a Schelling concierne, es indudable que le leyó con la mayor atención, como lo prueban las notas—unas cincuenta páginas—sobre él publicadas por Grisebach. En su filosofía de la Naturaleza encontró más de un tema, que más tarde habían de desarrollar su propio sistema; y, ante todo, la idea capital: el fondo del ser es voluntad. *"Wollen ist Ursein", había dicho Schelling en las* Rebuscas filosóficas sobre la esencia de la libertad humana *(1809). Más aún: Schelling considera el cuerpo como el objeto inmediato de la voluntad. En su* Boceto de un sistema de filosofía natural *(1799) sostiene que el espíritu humano está colocado en el centro de un doble organismo: el cuerpo, objeto de experiencia inmediata, y la naturaleza, mediatamente percibida a través del cuerpo; con lo que el cuerpo aparece como el organismo visible del espíritu. Schelling esbozaba también la teoría de los diversos "grados de lo absoluto"; veía en la pesantez la "primera potencia" de la materia; en la luz, la segunda; en los organismos, la tercera. Afirmaba también*

Digitized by Google

que lo orgánico volvía a lo orgánico, y, con Cuvier, contra Lamarck, admitía que entre los diversos escalones de la clasificación de los vivos hay progreso absoluto. Todas estas concepciones las encontramos en Schopenhauer, y aun otras, tales que la famosa "ley de polaridad" y la concurrencia de las "ideas" entre ellas; en una palabra: todo el naturalismo místico en que se emborracharon los románticos, y que luego se advierte más claro, más enjuiciado, más nutrido de ciencia en El Mundo *y en la* Voluntad en la Naturaleza. *No obstante estos puntos de contacto, la diferencia entre los sistemas de ambos filósofos se notan hasta en sus semejanzas. La reacción de Schopenhauer contra Schelling, cuyas "confusiones", "abusos de concepto", "mentiras cínicas" y "sofismos imprudentes" hizo notar hasta la saciedad, fué vivísima; de tal modo, que la influencia de éste sobre aquél, a pesar de lo apuntado, puede reducirse a bien poca cosa.*

***En cuanto** a Fichte, es menor aún. Schopenhauer oyó a Fichte en Berlín precisamente cuando ya había desenmascarado a Schelling, y las mismas razones que le volvieron contra la filosofía de la Naturaleza le impidieron sufrir la influencia de la Teoría de la Ciencia. Y, sin embargo, llegó a Berlín favorablemente dispuesto en su favor. Lo prueba no sólo que se hizo inscribir en todos los cursos del célebre profesor, sino las reflexiones personales apuntadas al margen de las primeras notas tomadas en las lecciones sobre los "Hechos de la conciencia", que demuestran un vivo deseo de comprender el pensamiento del maestro. Pero pronto el tono de las notas cambia; el estudiante se irrita contra la oscuridad, la desagradable abstracción de las lecciones de Fichte, a quien le dan ganas "de poner una*

Digitized by Google

pistola al cuello". La misma impaciencia le inspiran sus escritos. "Rebuscas insensatas, procedimientos groseros, contradicciones, mal gusto", no son los epítetos más violentos que lanza contra él. Entre los dos espíritus se levantó en seguida una infranqueable barrera. ¿Cómo, pues, Wapler admite aún la influencia de Fichte sobre él? ¿Qué tiene que ver que el yo de Fichte sea voluntad, si es voluntad en la misma fuente e idéntica a la razón, quedando en todo su desarrollo iluminada por ésta?

En resumen: podemos decir que, dada la enorme cantidad de lecturas de Schopenhauer, no es difícil, sobre todo si se toman las citas y recuerdos en sentido de influencias, hallar coincidencias y vestigios que pudieran hacer creer que tomó de una y otra parte más de lo que en realidad tomó. Y lo que es indudable en todo caso es que su espíritu claro, sintético y poderoso supo construir un sistema filosófico todo suyo, original y fuerte, pues aun lo bebido en extrañas fuentes sufrió al instante la acción y dominio de su genio tan original, poderoso e interesante, que tan sólo con el de sus verdaderos maestros, Platón y Kant, merece compararse.

Digitized by Google

EUDEMONOLOGIA

INTRODUCCIÓN

Tomo ahora la noción de la sabiduría de la vida en su acepción inmanente, o sea que entiendo por ella el arte de hacer la vida tan agradable y feliz como sea posible. Este estudio podría llamarse también *Endemonología,* es decir, un tratado sobre la vida dichosa. Esta, a su vez, podría definirse como una existencia que, considerada desde el punto de vista puramente exterior después de fría y madura reflexión (pues se trata aquí de una apreciación subjetiva), es preferible a la no-existencia. La vida feliz, así definida, nos apegaría a ella misma, y no tan sólo por temor a la muerte; de donde resultaría que desearíamos verla durar indefinidamente. Si la vida humana corresponde o puede corresponder a la noción de semejante existencia, cuestión es a la cual ha respondido negativamente mi *Filosofía;* por el contrario, la eudemonología presupone una respuesta afirmativa. Esta, en efecto, se basa en el error innato que he combatido en mi gran obra *(El Mundo como voluntad y representación),* al comienzo del capítulo XLIX del segundo volumen. Por con-

Digitized by Google

siguiente, para poder tratar la cuestión, he tenido que apartarme por completo del punto de vista elevado, metafísico y moral a que conduce mi verdadera filosofía. Todas las reflexiones que siguen están fundadas, pues, y en cierto modo, en una verdadera acomodación, ya que se examinan desde el punto de vista habitual y empírico y conservan aquel error. Su valor, por lo tanto, sólo puede ser condicional, desde el momento en que la palabra eudemonología no es ella misma sino un eufemismo. No aspiran tampoco a ser completas, y esto no tan sólo porque el tema es inagotable, sino por cuanto, para intentarlo, me hubiera sido preciso repetir lo que otros han dicho ya sobre el mismo asunto.

Como obra digna de leerse que trate de la misma materia que estos aforismos, sólo recuerdo, por otra parte, el libro de Cardanus *De utilitate ex adversis capienda;* ella podrá servir para completar lo que aquí ofrezco. También Aristóteles, en el capítulo V del libro I de su *Retórica,* ha intercalado una breve eudemonología; pero no produjo sino una obra harto menguada. Por supuesto, yo no he recurrido a estos predecesores; no es mi oficio compilar, y tanto menos cuanto que así se pierde la unidad de perspectiva, que es el alma de las obras de esta clase. En general, los sabios de todas las épocas han dicho siempre lo mismo, y los necios, esto es, la inmensa mayoría de todos los tiempos, han dicho y hecho también lo mismo, y siempre seguirá siendo así. Por eso escribió Voltaire con mucha razón: "Nous laisserons ce monde ci aussi sot et aussi mechant que nous l'avons trouvé en y arrivant". (Al marcharnos del mundo, le dejaremos tan tonto y tan malo como le encontramos al llegar a él.)

Digitized by Google

CAPÍTULO PRIMERO

DIVISIÓN FUNDAMENTAL

Aristóteles ha dividido *(Morale; a Nicomaco.* I, 8) los bienes de la vida humana en tres clases: los exteriores, los del alma y los del cuerpo. No conservando de esta división sino el número, diré que lo que diferencia la suerte de los mortales puede reducirse a tres cosas fundamentales. A saber:

1.ª Lo que uno *es:* o sea, la personalidad en su sentido más lato. Por consiguiente, se comprende aquí la salud, la fuerza, la belleza, el temperamento, el carácter moral y la inteligencia y sus manifestaciones.

2.ª Lo que uno *tiene:* es decir, las propiedades y bienes de todas clases.

3.ª Lo que se *representa:* por esta expresión se entiende, según es sabido, la manera como los demás consideran a un individuo. Es decir, en su opinión sobre él, y se divide en honores, categoría y gloria.

Las diferencias de la primera clase, de las que

Digitized by Google

voy a ocuparme, son las que la misma Naturaleza ha establecido entre los hombres, de donde ya se puede inferir que su influencia sobre la felicidad o la desgracia será más esencial y decisiva que la de las diferencias derivadas de las reglas humanas que he mencionado en las dos clases siguientes. Las *ventajas verdaderamente personales*, como, por ejemplo, una gran inteligencia o un gran corazón, son con respecto a todas las ventajas que proporciona el rango o el nacimiento, aunque éste sea la misma realeza, a las concedidas por las riquezas y a todas otras, lo que los reyes verdaderos son a los reyes de teatro. Ya Metrodoro, primer discípulo de Epicuro, había intitulado un capítulo: μειζονα είναι την παρ' ήμας αίτιαν προς ευδαιμονιαν της εκ των πραγματων. (*De cómo las causas que provienen de nosotros mismos contribuyen más a nuestra felicidad que las que nacen de las cosas exteriores.* — V. Clemente de Alej. Atrom. II, 21, p. 362, en la ed. de Wurtzbourg de las *Opp. polem.*)

Y, sin duda alguna, para el bienestar del individuo y hasta para toda su manera de ser, lo principal es lo que se encuentra o se produce en él. Allí reside inmediatamente, en efecto, su bienestar o su malestar; bajo esta forma, en definitiva, se manifiesta primero el resultado de su sensibilidad, de su voluntad y de su pensamiento; todo lo que acontece fuera de él sólo tiene una influencia indirecta. Por ello, las mismas circunstancias, los mismos acontecimientos exteriores, afectan a cada individuo de manera diferente, y por ello también, aunque colocados en un mismo ambiente, cada uno vive en un mundo distinto. Y esto, porque tan sólo con sus propias percepciones, sus propios sentimientos y las inclinaciones de su propia voluntad, se relaciona di-

Digitized by Google

recta e inmediatamente; mientras que las cosas exteriores no ejercen influencia sobre él sino cuando son la causa determinante de aquellos fenómenos internos. El mundo en que cada uno vive depende de la manera de concebirlo, manera que es distinta en cada individuo; así, según la naturaleza de las inteligencias, parecerá pobre, insípido y monótono, o rico, interesante y variado. Cuando uno, por ejemplo, envidia a otro las aventuras notables que le han ocurrido durante su vida, debiera envidiarle más bien la facultad de concepción que ha prestado a estos acontecimientos la importancia que adquieren saliendo de su boca; pues el mismo acontecimiento que en el cerebro de un hombre de talento adquiere matices tan interesantes, concebido por un espíritu vulgar, no pasaría de ser una escena insípida de la vida cotidiana. Esto se manifiesta con toda evidencia en muchas poesías de Goethe y de Byron, cuyo asunto se basa, indudablemente, en un hecho real; sólo un tonto, leyéndolas, es capaz de envidiarles la agradable aventura, en lugar de envidiarles la poderosa imaginación que, de un asunto trivial y corriente, ha sabido hacer algo tan grande y tan hermoso. De igual manera, el melancólico verá una tragedia allí donde el sanguíneo no ve sino un conflicto interesante, y el flemático, un hecho sin importancia.

Todo esto deriva de que cualquier realidad, es decir, toda *actualidad cumplida* se compone de dos mitades, el sujeto y el objeto, pero mitades tan necesarias y tan estrechamente unidas como lo están el oxígeno y el hidrógeno en el agua. Por eso, aunque la parte subjetiva u objetiva sean idénticas, si varían las objetivas o subjetivas correspondientes, la realidad actual será totalmente distinta; la mejor

Digitized by Google

y más hermosa mitad objetiva, si la subjetiva es obtusa y de mala calidad, no proporcionará nunca sino una actualidad y realidad malas; es decir, que vendrá a ser como un bello paisaje visto con mal tiempo o reflejado por una cámara oscura defectuosa. Hablando más vulgarmente: cada uno está tan embutido en su conciencia como en su piel, y sólo vive inmediatamente en ella, por lo que desde fuera es difícil socorrerle. En el teatro, uno hace los papeles de príncipe, otro los de ministro, otro los de lacayo o los de soldado o los de general, y así sucesivamente. Pero tales diferencias no existen sino exteriormente; al interior, como núcleo del personaje, el mismo ser aparece en todos, es decir, un pobre cómico lleno de miserias y preocupaciones.

En la vida ocurre otro tanto. Las diferencias de categoría y de riqueza dan a cada uno un papel al cual en modo alguno corresponde una diferencia interior de dicha y de bienestar; en ella, igualmente, en cada uno va el mismo pobre diablo con sus preocupaciones y sus miserias que pueden variar por lo que al fondo respecta, pero que en cuanto a la forma, es decir, en lo que hace referencia al ser mismo, son poco más o menos idénticas en todos ellos; es decir, que hay, seguramente, diferencias de grado, pero estas diferencias no dependen en modo alguno de la condición o de la riqueza, o sea del papel desempeñado en la vida.

Como todo lo que ocurre, todo lo que existe para el hombre no ocurre y no existe inmediatamente sino en su conciencia, es evidente que la cualidad de la conciencia será la más inmediatamente esencial y que en la mayor parte de los casos todo dependerá mucho más de ella que de las imágenes que en ella se representen. Todo fausto, todos los go-

Digitized by Google

ces son pobres reflejados en la conciencia obtusa de un mediocre si se compara ésta con la de un Cervantes, que sumido en lóbrega cárcel, imaginaba el *Quijote*.

La mitad objetiva de la actualidad y de la realidad está en manos de la suerte, y es, por consiguiente, variable; la mitad subjetiva está en nosotros, somos nosotros mismos, y es, por consecuencia, innumerable en su parte esencial. Por ello, a pesar de todos los cambios exteriores, la vida de cada hombre va marcada por el mismo carácter desde el principio al fin; se la puede comparar a una serie de variaciones sobre el mismo *tema*. Nadie puede salir de su individualidad. Sucede con el hombre lo que con el animal; éste, cualesquiera que sean las condiciones en que se coloca, permanece confinado en el círculo estrecho que la Naturaleza ha trazado irrevocablemente alrededor de su ser, lo cual explica por qué, por ejemplo, todos nuestros esfuerzos por hacer la felicidad de un animal que amamos deben mantenerse forzosamente en límites muy restringidos, precisamente a causa de esos límites de su ser y de su conciencia; de igual modo, la individualidad del hombre ha establecido de antemano la medida de su felicidad posible. Son, especialmente, los límites de sus fuerzas intelectuales los que han determinado, de una vez para siempre, su aptitud para los goces elevados. Si son reducidas, todos los esfuerzos exteriores, todo lo que los hombres o la fortuna hagan por él, todo eso será impotente para transportarla más allá de la felicidad y del bienestar humano ordinario; animal en parte, ha de contentarse con los goces sensuales de una vida íntima y alegre en su familia, de una sociedad de baja estofa o de pasatiempos vulgares. La instrucción mis-

Digitized by Google

ma, aunque tenga cierto influjo, no puede ensanchar mucho este círculo, porque los goces más elevados, más variados y más duraderos son los del espíritu, por falsa que pueda ser durante la juventud nuestra opinión a este respecto; y esos goces dependen especialmente de la fuerza intelectual. Fácil es, pues, ver claramente cómo nuestra felicidad depende de lo que *somos,* de nuestra individualidad, mientras a menudo no se tiene en cuenta sino lo que *tenemos* o lo que *representamos.* Cierto que la suerte puede mejorarse; además, el que posee la riqueza interior, no le exigirá gran cosa; pero un mediocre seguirá siendo un mediocre; un palurdo seguirá siendo un palurdo hasta su fin, aunque le coloquen en el Paraíso y rodeado de huríes. Goethe dijo:

Volk und Knecht und Ueberwinder
Sie gestehn, zu jeder Zeit,
Köchstes Glück der Erdenkinder
Sei nur die Personlickeit.

(Pueblo y lacayo y conquistador—reconocen siempre—que el supremo bien de los mortales—es sólo la personalidad. *El Diván.*)

Que lo *subjetivo* sea incomparablemente más esencial a nuestra felicidad y a nuestros goces que lo *objetivo,* esto se comprueba en todo, desde el hambre, que es el mejor cocinero, hasta el anciano, que mira con indiferencia la diosa que el joven idolatra, y muy especialmente por la salud, bien que excede de tal manera a los dones exteriores, que en realidad un mendigo sano es más feliz que un rey enfermo. Un temperamento tranquilo y jovial, nacido de una salud perfecta y de una feliz organización;

Digitized by Google

una razón lúcida, viva, penetrante y exacta; una voluntad moderada y dulce, y, como resultado, una buena conciencia, son dones que ninguna categoría, ninguna riqueza puede reemplazar. Lo que un hombre es en sí mismo, lo que le acompaña en la soledad y lo que nadie puede darle ni quitarle, es indudablemente más esencial para él que todo lo que puede poseer o lo que puede ser a los ojos de los demás. Un hombre de talento, en la soledad más absoluta, encuentra en sus propios pensamientos y en su propia imaginación con qué divertirse agradablemente, mientras el ser limitado, por más que varíe de fiestas, de espectáculos, de paseos y de diversiones, no llegará a sofocar el tedio que le atormenta. Un carácter bueno, moderado y dulce podrá estar contento en la indigencia, mientras que todas las riquezas no pueden satisfacer a un carácter ávido, envidioso y perverso. En cuanto al hombre dotado continuamente de una individualidad extraordinaria, espiritualmente superior, puede prescindir de la mayoría de los goces a que el hombre aspira por lo general, goces que, además, no son para él más que un trastorno y un peso. Horacio dice de sí mismo:

Gemmas, marmor, ebur, Thyrrhena sigilla, tabellas,
argentum, vestes Gaetulo murice tinctas,
sunt qui habeant, est qui non curat habere;

(Hay quien tiene perlas, mármol, marfil, estatuíllas tirrenas, tablilla, plata, ropas teñidas de púrpura getuliana, y hay quien le importa poco no tenerlas. Horacio, II, L. II, vrs. 180 y siguientes.)

y Sócrates decía, viendo los objetos de lujo expues-

Digitized by Google

tos para la venta: "¡Cuántas cosas hay que yo no necesito!"

Así, pues, la condición primera y más esencial para la felicidad en la vida es lo que *somos*, la personalidad; aun cuando no fuese sino porque obra constantemente y en todas las circunstancias, esto bastaría para explicarla; pero, además, no está sometida a la muerte, como los bienes de las otras dos categorías, por lo que no puede sernos arrebatada. En este sentido, su valor puede pasar por absoluto, por oposición al valor puramente relativo de las otras dos. De aquí resulta que el hombre es menos susceptible de ser modificado por el mundo exterior de lo que generalmente se supone. Sólo el tiempo omnipotente ejerce también aquí su poder; las cualidades físicas e intelectuales sucumben insensiblemente bajo sus ataques; únicamente el carácter moral permanece inaccesible para él.

Bajo este aspecto, los bienes de las dos últimas categorías tienen una ventaja sobre los de la primera, por ser de aquellos que el tiempo no los arrebata directamente. Una segunda ventaja es que, estando colocados fuera de nosotros, son accesibles por su naturaleza, y que cada cual tiene, por lo menos, la posibilidad de adquirirlos, mientras que lo que está en nosotros, lo subjetivo, se sustrae a nuestro poder; establecido *jure divino*, se mantiene invariable durante toda la vida. Así, los versos siguientes de Goethe contienen una inexorable verdad:

Wie an den Tag, der dich der Welt verlichen,
Die Sonne stand zum Grusze der Planeten,
Bist alsobald und ford und ford gediehen,
Nach dem Gesetz, wonach du angetreten.
So murzt du seyn, dir kanust du nicht ent fiehen,

Digitized by Google

So sagten schon Sybillen, so Propheten;
Un keine Zeit und keine Macht zerstückel
Geprägte Form, die lebend sich entwichelt.

(Así como el día que saliste al mundo el Sol estaba allí creciendo para saludar a los planetas, así tú has crecido también continuamente, con arreglo a la ley, conforme a la cual has comenzado. Tal es tu destino; no puedes librarte de ti mismo. Así hablaban ya las sibilas, así los profetas; ningún tiempo, ninguna potencia destruye la forma impresa que se desarrolla en el transcurso de la vida.)

Lo único que podemos hacer, por nuestra parte, es emplear esta personalidad, tal como se nos ha dado, en provecho nuestro; por consiguiente, no perseguir sino las aspiraciones que le corresponden; no buscar sino el desarrollo que le es apropiado, evitando cualquier otro; no escoger, por lo tanto, sino el estado, la ocupación, el género de vida que le convienen.

Un atleta dotado de una fuerza muscular extraordinaria, forzado por las circunstancias exteriores a dedicarse a una ocupación sedentaria, a un trabajo manual, meticuloso y pesado, o bien al estudio y a ocupaciones cerebrales; ocupaciones que reclaman fuerzas muy distintas, que no están desarrolladas en él y dejan precisamente sin empleo las fuerzas por las cuales se distingue; un hombre así se sentirá desgraciado toda su vida; pero aun será mucho más desgraciado aquel en el cual las fuerzas intelectuales dominan y que se ve obligado a dejarlas inertes y sin empleo para ocuparse en un cargo vulgar que no las reclama, o bien en un trabajo corporal para el cual no es suficiente su fuerza física. No obstante, en esto hay que huir, principalmente en la juven-

Digitized by Google

tud, del escollo de la presunción y no atribuirse fuerzas que no se tienen.

De la preponderancia bien marcada de nuestra primera clase sobre las otras dos, resulta que es más cuerdo trabajar por conservar la salud y por desarrollar las facultades que por adquirir riquezas; sin embargo, no ha de interpretarse esto en el sentido de que deba desdeñarse la adquisición de lo necesario y de lo conveniente. Mas la riqueza propiamente dicha, esto es, lo superfluo, contribuye poco a nuestra felicidad; así que muchos ricos se sienten desgraciados porque están desprovistos de cultura real del espíritu, de conocimientos, y, por consiguiente, de todo interés objetivo que pueda hacerles aptos para una ocupación intelectual. Porque lo que la riqueza puede proporcionar, aparte de la satisfacción de las necesidades reales y naturales, ejerce una mínima influencia sobre nuestro verdadero bienestar; éste es, al contrario, perturbado por las verdaderas e innumerables inquietudes que trae consigo la conservación de una gran fortuna. No obstante, los hombres se ocupan mil veces más de adquirir la riqueza que la cultura intelectual, aunque seguramente lo que uno *es* contribuye mucho más a nuestra felicidad que lo que uno *tiene*. ¡Cuántos vemos, diligentes como hormigas, y ocupados desde la mañana hasta la noche en aumentar una riqueza ya adquirida! No conocen nada más allá del limitado horizonte que encierra los medios de conseguir eso; su espíritu está vacío, y en consecuencia, inaccesible a cualquier otra ocupación. Los goces más elevados, los goces intelectuales son inabordables para ellos; en vano tratan de reemplazarlos por goces fugitivos, sensuales, ligeros, pero costosos de adquirir, que se permiten de cuando

Digitized by Google

en cuando. En el término de su vida se encuentran como resultado, cuando la fortuna les ha sido favorable, un gran montón de dinero, que dejan a sus herederos, encargándose éstos de aumentarlo o de disiparlo. Esa existencia, aunque en apariencia sea muy seria y muy importante, es tan insensata como lo sería la que enarbolase por enseña el cetro de la locura.

Así, pues, lo esencial para la felicidad de la vida es lo que uno *tiene en sí mismo*. Y únicamente porque la dosis es de ordinario tan reducida, es por lo que la mayoría de los que han salido ya victoriosos de la lucha contra la penuria se sienten en el fondo tan desgraciados como los que aun están en la refriega. Su vacío interior, la insipidez de su inteligencia, la pobreza de su espíritu, les inducen a buscar la compañía de otros, pero la compañía de otros iguales a ellos, porque *similis simili gaudet*. Entonces comienza en común la caza del pasatiempo y de la diversión, que buscan primero en los goces sensuales, luego en los placeres de todas clases y, por último, en el desenfreno. La causa de esta funesta disipación que en un tiempo a veces increíblemente corto hace dilapidar grandes herencias a tantos hijos de familia que han entrado ricos en la vida, no es otra, en verdad, que el tedio resultante de esta pobreza y de este vacío del espíritu que acabamos de describir. Un joven así lanzado al mundo, rico en el exterior y pobre por dentro, inútilmente se esfuerza en reemplazar la riqueza interior por la exterior; quiere recibirlo todo de *fuera*, como esos ancianos que tratan de apurar nuevas fuerzas en el aliento de las jóvenes. De esta manera, la pobreza interior acaba por producir también la pobreza exterior.

Digitized by Google

No encareceré la importancia de las otras dos categorías de bienes de la vida humana, porque la fortuna es hoy demasiado universamente apreciada para necesitar que se recomiende. La tercera categoría es de una naturaleza muy etérea comparada con la segunda, toda vez que no consiste sino en la opinión de los demás. Sin embargo, cada cual está obligado a aspirar al *honor,* es decir, a un buen nombre; a una *posición* sólo pueden aspirar los que sirven al Estado, y, por lo que atañe a la *gloria,* son infinitamente pocos los que pueden pretenderla. El honor se considera como un bien inapreciable, y la gloria, como la cosa más exquisita que el hombre pueda adquirir; es el vellocino de oro de los elegidos; por el contrario, sólo los necios preferirán la posición a la riqueza. La segunda y la tercera categoría ejercen, además, una sobre otra, lo que se llama una acción recíproca; así, el adagio de Petronio: *habes, habeberis* (tienes, tendrás) es cierto, y, en sentido inverso, la buena fama de otro en todas sus formas, nos ayuda muchas veces a adquirir la riqueza.

Digitized by Google

CAPITULO II

DE LO QUE UNO ES

Ya hemos reconocido de una manera general que lo que uno *es* contribuye más a la felicidad que lo que uno *tiene* o lo que uno *representa*. Lo principal es siempre lo que un hombre es, por consiguiente, lo que posee en sí mismo; porque su individualidad le acompaña en todo tiempo y en todo lugar y tiñe con su matiz todos los acontecimientos de su vida. En toda cosa y en toda ocasión, lo que le afecta primero es él mismo. Esto es cierto aun para los goces materiales, y, con mayor razón, para los espirituales. Así, pues, la expresión inglesa *to enjoy one's self* es muy exacta; no se dice en inglés: "París le gusta"; se dice: "Disfruta en París" *(He enjoys himself at Paris)*.

I.—La salud del espíritu y del cuerpo.

Mas si la individualidad es de mala calidad, todos los goces serán como un vino generoso en una boca impregnada de acíbar. Así, pues, en la buena como en la mala fortuna, salvo la eventualidad de una gran desgracia, lo que sucede a un hombre en su vida es de menos importancia que la manera como

Digitized by Google

él lo *siente,* es decir, la naturaleza y el grado de sensibilidad bajo todos los aspectos. Lo que tenemos en nosotros mismos y por nosotros mismos, en una palabra, la personalidad y su valor, ése es el único factor inmediato de nuestra felicidad y de nuestro bienestar. Todos los demás obran indirectamente; así, pues, su acción puede anularse, pero la de la personalidad, nunca. De ahí viene que la envidia más irreconciliable y, al mismo tiempo, la más cuidadosamente disimulada, es la que origina las ventajas personales. Además, la cualidad de la conciencia es la única cosa permanente y persistente; la individualidad obra conscientemente, continuamente, y, más o menos, en todo instante; todas las demás condiciones sólo influyen temporalmente, ocasionalmente, pasajeramente, y pueden cambiar o desaparecer. Aristóteles dice: η γαρ φνσις βεβαια, ον τα χρηματα. (La Naturaleza es eterna; las cosas, no. *Mor. a Eudemo,* VII, 2.) Por eso soportamos con más resignación una desgracia cuya causa es puramente exterior que aquella de que somos culpables nosotros mismos; porque el destino puede variar, pero nuestro propio carácter es inmutable. Por consiguiente, los bienes subjetivos, tales como un carácter noble, un cerebro poderoso, un humor alegre, un cuerpo bien organizado y en perfecta salud, o, de una manera general, el *mens sana in corpore sano* (Juvenal, *Sat.,* X, 356), ésos son los bienes supremos y más importantes para nuestra felicidad; así, pues, debiéramos dedicarnos más bien a su desarrollo y a su conservación que a la posesión de los bienes exteriores y de la honra exterior.

Pero lo que más que nada contribuye directamente a nuestra felicidad es un humor jovial, porque esta buena cualidad encuentra inmediatamente su

Digitized by Google

recompensa en sí misma. En efecto; el que es alegre tiene siempre motivo para serlo, por lo mismo que lo es. Nada puede reemplazar a todos los demás bienes tan completamente como esta cualidad, mientras que ella misma no es reemplazable por nada. No importa que un hombre sea joven, hermoso, rico y considerado; para poder juzgar de su felicidad habría que saber si, además, es alegre; en cambio, si es alegre, entonces poco importa que sea joven o viejo, bien formado o contrahecho, pobre o rico: es feliz. En mi primera juventud, leí un día en un libro antiguo la frase siguiente: *Quien ríe mucho es feliz, y quien llora mucho es desgraciado;* nota muy vulgar, pero que yo, a causa de su verdad tan sencilla, no he podido olvidar, aunque sea el superlativo de un *truism.* (Palabra inglesa muy expresiva, que no tiene traducción fiel en español; viene a equivaler a perogrullada.) Así, pues, debemos abrir puertas y ventanas a la alegría, siempre que se presente, porque nunca llega a destiempo, en vez de vacilar en admitirla, como a menudo hacemos, queriendo primero darnos cuenta de si tenemos motivos para estar contentos por todos conceptos, o por miedo de que nos aparte de meditaciones serias o de graves preocupaciones; y, sin embargo, no es muy seguro que éstas puedan mejorar nuestra situación, al paso que la alegría es un beneficio inmediato. Ella sola es, por decirlo así, el dinero contante y sonante de la felicidad; todo lo demás no son más que el billete de banco; porque sólo ella nos da la felicidad en cada momento; así, pues, es el bien supremo para los seres cuya realidad tiene la forma de una actualidad indivisible entre dos tiempos infinitos. Debiéramos, pues, aspirar, ante todo, a adquirir y conservar este bien, ya que es induda-

Digitized by Google

ble, que nada contribuye menos a la alegría que la riqueza, y nada tanto como la salud. Precisamente en las clases inferiores, entre los trabajadores, y particularmente entre los trabajadores de la tierra, se observan los rostros más alegres y contentos; en cambio, entre los ricos y los grandes dominan las figuras melancólicas. Por consiguiente, debiéramos dedicarnos, ante todo, a conservar este estado perfecto de salud, cuya floración es la alegría. Para ello, sabido es que deben evitarse todos los excesos y desenfrenos, toda emoción violenta o penosa, así como toda satisfacción excesiva o muy prolongada; hay que tener cada día dos horas, por lo menos, de ejercicio rápido al aire libre, darse baños frecuentes de agua fría y otras medidas higiénicas del mismo género. No hay salud si no se hace todos los días suficiente movimiento; todas las funciones de la vida, para efectuarse adecuadamente, exigen el movimiento de los órganos en los cuales se verifican y del cuerpo todo. Por eso ha dicho Aristóteles, con razón: ὁ βιος εν τη νινησει εστι ("La vida está en el movimiento.")

La vida consiste en el movimiento, y en él tiene, en efecto, su esencia. En el interior de todo organismo reina un movimiento incesante y rápido; el corazón, en su doble movimiento, tan complicado, de sístole y de diástole, palpita impetuosa e infatigablemente; 28 pulsaciones le bastan para precipitar la masa entera de la sangre en el torrente de la circulación grande y pequeña; el pulmón da a la bomba sin cesar como una máquina de vapor; las entrañas se contraen continuamente en un movimiento peristáltico; todas las glándulas absorben y secrecionan sin interrupción; el mismo cerebro tiene un doble movimiento para cada latido del co-

Digitized by Google

razón y para cada aspiración del pulmón. Si, como ocurre en el género de vida completamente sedentario de tantos individuos, el movimiento falta casi en absoluto, resulta una desproporción notable y perniciosa entre el reposo exterior y el interior tumulto. Porque este perpetuo movimiento en el interior exige que sea ayudado en parte por el del exterior; este estado desproporcionado es análogo al en que nos encontramos cuando nos vemos forzados a no manifestar nada al exterior mientras una emoción cualquiera nos hace hervir interiormente. Hasta los árboles, para florecer, necesitan ser agitados por el viento. Esta es una regla absoluta que se puede enunciar de una manera más concisa en latín: *Omnis motus, quo celerior, eo magis motus* ("Un movimiento, cuanto más acelerado, tanto más movimiento es").

Para darnos cuenta de cómo nuestra felicidad depende de una alegre disposición de ánimo, y ésta del estado de salud, no tenemos más que comparar la impresión que producen sobre nosotros las mismas circunstancias exteriores o los mismos acontecimientos durante los días de salud y de vigor, con la que se produce cuando un estado de enfermedad nos vuelve torpes e inquietos. No es lo que son objetivamente y en realidad las cosas, sino lo que son para nosotros, en nuestra percepción, lo que nos hace felices o desgraciados. Esto lo expresó bien Epicteto: Ταρασσει τους ανδρωπους ου τα πραγμτα, αλλα τα περι των πραγματων δογμα. ("Conmueven a los hombres no las cosas, sino sus apreciaciones sobre las cosas"). En general, las nueve décimas partes de nuestra felicidad se fundan en la salud. Con ella, todo se convierte en manantial de placer; sin ella, por el contrario, no podríamos disfrutar bien alguno exterior,

Digitized by Google

de cualquier naturaleza que sea; hasta los demás bienes subjetivos, tales como las cualidades de la inteligencia, del corazón y del carácter, disminuyen y se echan a perder por la enfermedad. Así, pues, no sin razón, nos informamos mutuamente del estado de nuestra salud y nos deseamos recíprocamente el estar bien; porque eso es, en realidad, lo más importante que hay para la felicidad humana. Síguese, pues, de aquí, que es la más grave locura sacrificar la salud a cualquier otra cosa: riqueza, carrera, estudios, gloria y, especialmente, a la voluptuosidad y a los goces fugitivos; por el contrario, todo debe cederle el puesto.

Por grande que sea la influencia de la salud sobre esa alegría tan esencial a nuestra felicidad, ésta no depende únicamente de aquélla, porque, con una salud perfecta, se puede tener un temperamento melancólico y una disposición predominante a la tristeza. La causa reside, seguramente, en la constitución primitiva y, por consiguiente, inmutable del organismo, y más especialmente en la relación más o menos normal de la sensibilidad con la irritabilidad y la reproductividad. Una preponderancia anormal de la sensibilidad producirá la desigualdad de humor, una alegría periódica exagerada y una melancolía temporal excesiva. Precisamente porque el genio está determinado por un exceso de la fuerza nerviosa, es decir, de la sensibilidad, Aristóteles ha observado rectamente que todos los hombres ilustres y eminentes son melancólicos: παντες οσοι περιττοι γεγονασιν ανδρες, η κατα φιλοσοφιαν, η πολιτικην, η ποιησιν, η τεχνας, φαινονται μελαγχολικοι οντες. ("Todos los hombres que se han distinguido en la filosofía, en la política, en la poesía o en la ciencia, han sido melancólicos", *Prob.*, 30, 1). Este pasaje ha tenido, sin

Digitized by Google

duda, a la vista Cicerón en aquella frase tan citada: *Aristóteles ait, omnes ingeniosos melancholicos esse* ("Aristóteles dice que todos los hombres de talento han sido melancólicos". *Tusculanae,* I, 33). Shakespeare ha descrito muy graciosamente esta diversidad de los temperamentos:

> Nature has fram'd strange fellows in her time:
> Some that will evermore peep through their eyes,
> And laugh, like parrots, at a bag-piper;
> And others of such vinegar aspect,
> That they'll not show their teeth in way of simile,
> Though Nestor swear the jest is laughable.

("La naturaleza ha formado a veces extraños individuos: unos que eternamente están guiñando los ojos y que ríen como los papagayos ante un tocador de flauta; y otros de tan avinagrado aspecto que no enseñarían sus dientes, sonriendo, aunque el grave Nestor jurase que lo que oían era de una gracia desbordante. *Merchater of Venise,* Escena I.)

Esta misma variedad la designa Platón con los nombres de δυσκολος (De humor, difícil), y ευκολος (De humor fácil). Y puede referirse a la susceptibilidad, muy distinta en los diferentes individuos, para las impresiones agradables o desagradables, a consecuencia de la cual uno se ríe de lo que a otro le desespera. La susceptibilidad para las impresiones agradables es tanto menor cuanto mayor es la susceptibilidad para las desagradables y viceversa. En iguales circunstancias de éxito o de fracaso en una empresa, el δυσκολος se enfadará por el fracaso y no se regocijará por el éxito; el ευκολός, por el

Digitized by Google

contrario, no se disgustará por el fracaso y se alegrará del éxito. Si el δυσκολος tiene éxito en sus proyectos, de diez veces, nueve no se alegrará de las nueve veces en que ha tenido éxito, sino que se enfadará por la décima en que ha fracasado; en el caso inverso, el ευκολος se consolará y regocijará con este éxito único. Pero no es fácil encontrar un mal sin compensación alguna; así ocurre que los δυσκολος, es decir, los caracteres sombríos e inquietos tendrán que soportar más desgracias y sufrimientos reales que los caracteres alegres y despreocupados, porque el que lo ve todo negro, el que siempre piensa en lo peor y, por consiguiente, toma sus determinaciones, no tendrá desengaños tan frecuentes como el que ve todas las cosas con los colores y las perspectivas risueñas. Sin embargo, cuando una afección mórbida del sistema nervioso o del aparato digestivo viene a recrudecer una δυσκολια innata, entonces ésta puede llegar a ese alto grado en que el disgusto permanente produce el tedio de la vida, de donde resulta la inclinación al suicidio. Este puede entonces provocarse por las más mínimas contrariedades; en un grado superior del mal, no se necesita siquiera motivo; la sola permanencia del mal basta para determinarlo. El suicidio se lleva a cabo entonces con una reflexión tan fría y una resolución tan inflexible, que el enfermo, en esta etapa, puesto ya, generalmente, bajo cierta vigilancia, con el espíritu constantemente fijo en esta idea, se aprovecha del primer momento en que se descuide la vigilancia para recurrir, sin vacilación, sin lucha y sin espanto, a ese medio de alivio para él tan natural y tan oportuno en aquel momento. Este estado lo ha descrito muy concienzudamente Esquirol en su tratado *Des maladies mentales*. Claro que es cier-

Digitized by Google

to que el hombre más sano, más alegre, podrá también, en ciertas circunstancias, determinarse al suicidio; esto sucederá cuando la intensidad de los sufrimientos o de una desgracia próxima e inevitable sea más fuerte que los terrores de la muerte. No hay diferencia más que en la fuerza mayor o menor del motivo determinante, la cual está en relación inversa con la δυσκολια. Cuanto mayor es ésta, más insignificante podrá ser el motivo, hasta llegar a ser nulo; por el contrario, cuanto mayor sea la κολια, así como la salud, que es su base, más grave debe ser el motivo. Habrá, pues, grados innumerables entre los dos casos extremos de suicidio, entre el provocado puramente por una recrudescencia enfermiza de la δυσκολια innata y el del hombre sano y alegre, originado por causas meramente objetivas.

II.—La belleza.

La belleza es en parte análoga a la salud. Esta cualidad subjetiva, aunque sólo contribuya indirectamente a la felicidad por la impresión que produce sobre los demás, tiene, con todo, gran importancia, aun para el sexo masculino. La belleza es una carta abierta de recomendación, que nos gana los corazones de antemano; a ella se aplican principalmente aquellos versos de Homero:

Όντοι αποβλητ' εστι δεων ερικυδεα δωρα,
Όσα κεν αυτοι δωσι, εκων δ'ουκ αν τις ελοιτο.

(No deben desdeñarse los dones gloriosos de los dioses, que sólo ellos pueden dar y que nadie puede aceptar o rehusar a capricho.)

Digitized by Google

III.—El dolor y el tedio. La inteligencia.

Una simple ojeada nos hace descubrir dos enemigos de la felicidad humana: el dolor y el tedio. Además, podemos observar que, a medida que conseguimos alejarnos del uno, nos acercamos al otro, y recíprocamente; de manera, que nuestra vida representa, en realidad, una oscilación más o menos marcada entre ambos. Eso proviene del doble antagonismo en que cada uno de ellos se encuentra respecto del otro, un antagonismo exterior u objetivo y otro interior o subjetivo. En efecto, exteriormente la necesidad y la privación engendran el dolor; en cambio, el bienestar y la abundancia hacen brotar el tedio. Por eso vemos a la clase baja del pueblo en lucha incesante contra la necesidad, y, por consiguiente, contra el dolor; y a la clase rica y elevada, empeñada en una lucha permanente y a veces desesperada contra el tedio. Interiormente o subjetivamente el antagonismo se funda en que, en todo individuo, la facilidad para impresionarse por uno de estos males está en relación inversa con la de impresionarse por el otro; porque esta susceptibilidad está determinada por la medida de las fuerzas intelectuales. En efecto, un espíritu obtuso va siempre acompañado de impresiones obtusas y de una falta de irritabilidad, lo que hace al individuo poco accesible a los dolores y a los disgustos de toda especie y de todo grado; pero esta misma cualidad obtusa de la inteligencia produce, por otra parte, ese vacío interior que se revela en tantos semblantes, y que se manifiesta por una atención siempre despierta hacia todos los acontecimientos, aun los más insignificantes del mundo exterior; ese vacío es la

Digitized by Google

verdadera causa del tedio, y el que lo sufre aspira, con avidez, excitaciones exteriores, a fin de llegar a poner en movimiento su espíritu y su corazón por cualquier medio. Así que no es difícil la elección de medios: bien se nota en la lamentable mezquindad de las distracciones a que se entregan los hombres, en el género de sociedades y conversaciones que buscan, no menos que en el gran número de desocupados y badulaques que por el mundo andan. Ese vacío interior es lo que principalmente les induce a la persecución de toda especie de reuniones, de diversiones, de placeres y de lujo; persecución que a tantas personas conduce a la disipación y, finalmente, a la miseria. Nada pone más en guardia contra estos extravíos que la *riqueza interior,* la riqueza del espíritu; porque cuanto más se aproxima éste a la superioridad, menos lugar deja al tedio. La actividad incesante de los pensamientos, su ejercicio siempre renovado en presencia de las manifestaciones diversas del mundo interior y exterior, la fuerza y la capacidad de las combinaciones siempre variadas, ponen a un cerebro eminente fuera del alcance del tedio, salvo en los momentos de fatiga. Mas, por otra parte, una inteligencia superior tiene por condición inmediata una sensibilidad más viva, y por causa una impetuosidad mayor de la voluntad y, en consecuencia, de la pasión; de la unión de estas dos condiciones resulta una intensidad más considerable de todas las emociones y una sensibilidad exagerada para los dolores morales y hasta para los dolores físicos, como también una impaciencia mayor enfrente de todo obstáculo y hasta frente a un simple trastorno.

Lo que contribuye aún más poderosamente a todos estos efectos es la vivacidad producida por la

Digitized by Google

fuerza de la imaginación. Lo que acabamos de decir se aplica, en las debidas proporciones, a todos los grados intermedios que llenan el vasto intervalo comprendido entre el imbécil más obtuso y el mayor genio. Por consiguiente, tanto objetiva como subjetivamente, todo ser se aproxima tanto más a uno de los manantiales de las desgracias humanas cuanto más se aleja del otro. Su inclinación natural le llevará, pues, en este respecto, a compaginar lo mejor posible lo objetivo con lo subjetivo, es decir, a precaverse lo mejor que pueda contra la causa de sufrimientos que más fácilmente le afecten. El hombre inteligente aspirará, ante todo, a evitar cualquier dolor, cualquier molestia y a encontrar el reposo y los gratos y útiles entretenimientos; buscará, pues, una vida tranquila, modesta, defendida de los importunos; después de haber mantenido durante algún tiempo relaciones con los hombres, como suele decirse, preferirá una existencia retirada, y si es un espíritu superior, escogerá incluso la soledad. Porque cuanto más posee en sí mismo un hombre, menos necesidad tiene del mundo exterior y menos útiles le pueden ser los demás. Así, pues, la superioridad de la inteligencia conduce a la insociabilidad. ¡Ah!, si la calidad de la sociedad pudiera sustituirse por la cantidad, entonces merecería la pena de vivir en el gran mundo; pero desdichadamente cien necios puestos en montón no equivalen a un hombre de talento. El individuo colocado en el extremo opuesto, desde el momento en que la necesidad le da tiempo para tomar aliento, buscará a toda costa pasatiempos y sociedad; se acomodará a todo, sin huir de nada más que de sí mismo. Es en la soledad, allí donde cada uno se ve reducido a sus propios recursos, en donde se revela lo que

Digitized by Google

se posee *por sí mismo;* en ella, el imbécil cubierto de púrpura suspira aplastado por el fardo eterno de su miserable individualidad, mientras que el hombre de altas dotes puebla y anima con sus pensamientos la región más desierta. Por eso dijo Séneca con razón: *Omnis stultitia laborat fastidio sui* (La tontería hasta a sí mismo se es desagradable. Ep. 9); así también la sentencia de Jesús, hijo de Sirach: "La vida del necio es peor que la muerte". Por consiguiente, vemos, en resumen, que todo individuo es tanto más sociable cuanto más pobre de espíritu, y, en general, cuanto más vulgar es. Porque en el mundo apenas hay término medio entre el aislamiento y la sociedad. Se supone que los negros son los más sociables de todos los hombres, como son también, sin duda alguna, los más atrasados intelectualmente. Informes enviados de la América del Norte y publicados por periódicos franceses *(Le Commerce,* 19 octubre 1837), cuentan que los negros, sin distinción de libres o esclavos, se reúnen en gran número en el local más reducido, porque no se cansan de contemplar sus caras negras y abultadas tan semejantes unas a otras.

Del mismo modo que el cerebro parece ser el parásito o inquilino del organismo entero, así también los ocios adquiridos por cada uno, dándole el libre goce de su conciencia y de su individualidad, son, por este motivo, el fruto y el rédito de toda su existencia, que, para los demás, no es más que trabajo y dolor. Pero ahora veamos lo que dan por resultado los ocios de la mayoría de los hombres: pues tedio e idiotización, siempre que no se encuentran goces sensuales o tonterías para llenar estos ocios. Lo que demuestra precisamente que esos ocios no tienen valor alguno, es la manera de ocuparlos:

Digitized by Google

son el *ozio lungo d'homini ignoranti* de que habla Ariosto.

El hombre vulgar sólo se preocupa de *pasar el tiempo;* el hombre de talento, de *aprovecharlo.* La razón de que los espíritus limitados estén tan expuestos al tedio, es que su inteligencia no es absolutamente otra cosa que *el intermediario de los motivos* para su voluntad. Si en un momento dado no hay *motivos* que tener en cuenta, entonces la voluntad reposa y la inteligencia huelga, porque la primera, lo mismo que la otra, no puede entrar en actividad por su propio impulso; el resultado es, pues, un terrible estancamiento de todas las fuerzas en el individuo entero: el tedio. Para combatirlo, se insinúan socarronamente a la voluntad motivos insignificantes, provisionales, escogidos indiferentemente a fin de estimularla y de poner con ello de igual modo en actividad a la inteligencia que debe percibirlos: esos motivos son, pues, con relación a los motivos reales y naturales, lo que el papel-moneda es con respecto al dinero, ya que su valor es puramente convencional. Tales motivos son los *juegos* de naipes u otros, inventados precisamente con el fin que acabamos de indicar. A falta de éstos, el hombre vulgar se pondrá a tamborilear en los cristales o a juguetear con todo lo que caiga en sus manos. El cigarro es también un sustituto voluntario del pensamiento. Por eso en todos los países los juegos de naipes han llegado a ser la ocupación principal en toda sociedad; esto es, la medida del valor de esas reuniones y la bancarrota declarada de todo pensamiento. No teniendo ideas que cambiar, se cambian cartas y se trata de sustraerse mutuamente algunos florines. ¡Oh, lastimosa especie! Para no ser injusto, no quiero omitir el argumento que se puede

Digitized by Google

invocar para justificar el juego de naipes; puede decirse que es una preparación a la vida del mundo y de los negocios, en cuanto que se aprende a aprovecharse con prudencia de las circunstancias invariables establecidas por el azar (las cartas) para sacar de ellas todo el partido posible; con este fin, se habitúa uno a conservar el decoro social poniendo buena cara al mal juego. Pero por eso mismo los juegos de cartas ejercen una influencia desmoralizadora. En efecto, el espíritu del juego es sustraer a otro lo que posee, por cualquier rodeo o cualquier ardid. Mas la costumbre de proceder así, contraída en el juego, se arraiga, predomina en la vida práctica y se llega insensiblemente a proceder de la misma manera cuando se trata de lo tuyo y de lo mío, y a considerar como permitida toda ventaja que de momento se tiene entre manos, desde que se aprende a hacerlo legalmente. En la vida vulgar se dan pruebas de esto todos los días.

Puesto que los ocios son, como hemos dicho, la flor, o más bien el fruto de la existencia de cada cual, ya que sólo ellos le ponen en posesión de su *yo* propio, debemos juzgar felices a los que, al ganarse, ganan algo que tenga valor; siendo así que la mayoría de los hombres no encuentran en los ocios más que un pretexto para no tener nada que hacer, aburriéndose mortalmente y siendo una carga para sí mismos. Felicitémonos, pues, *oh, hermanos míos, de ser hijos, no de esclavas, sino de madres libres* (Ep. a los Galath., 4, 31).

Además, del mismo modo que el país más feliz es aquel que tiene menos necesidad de importación o no tiene necesidad ninguna, así también es feliz el hombre a quien basta su riqueza interior y que exige para su diversión muy poco o nada al mundo

Digitized by Google

exterior, supuesto que esa importación es cara, esclavizadora y peligrosa, expone a desengaños y, en definitiva, nunca es más que un mal sucedáneo para las producciones del propio suelo. Porque no debemos esperar gran cosa de otro y del exterior en general. Lo que un individuo puede ser para otro, es cosa muy estrictamente limitada; cada cual acaba por quedar solo y *quien* está solo es entonces la gran cuestión. Goethe ha dicho a este propósito, hablando de una manera general, que en todas las cosas cada cual en definitiva está reducido a sí mismo (Poesía y verdad, vol. III). Oliverio Goldsmith dice asimismo:

> Still to ourselves in ev'ry place consign'd,
> Our own felicity we make or find.

(Reducidos en cualquier lugar a nosotros mismos, nosotros somos quien creamos o encontramos nuestra felicidad. *The Traveller,* 431 y sig.)

Cada cual debe proporcionarse y ser para sí lo mejor y más importante. Cuanto más sea así, más encontrará en sí mismo el individuo las causas de sus placeres y más feliz será. Con gran razón dijo, pues, Aristóteles: ἡ ἐνδαιμονια των αυταρχων εστι (*Mor. a Eud.,* VII, 2). (La felicidad pertenece a los que se bastan a sí mismos.) En efecto, todas las causas exteriores de la felicidad y del placer son, por su naturaleza, eminentemente inciertas, equívocas, fugitivas, aleatorias, y, por tanto, sujetas a detenerse fácilmente hasta en las circunstancias más favorables, y esto es inevitable, puesto que no podemos tenerlas siempre en nuestra mano. Además, con la edad casi todas se agotan fatalmente, porque en-

Digitized by Google

tonces amor, jolgorio, goce de los viajes y de la equitación, aptitud para figurar en el mundo, todo eso nos abandona; la muerte nos quita hasta los amigos y parientes. En este momento es cuando es más importante que nunca saber lo que se posee en sí mismo. En efecto, sólo ello resistirá más tiempo. No obstante, en toda época, sin distinción, eso es y sigue siendo la única causa verdadera y permanente de la felicidad. Porque no hay mucho que ganar en este mundo; la miseria o el dolor lo ocupan, y a los que los han esquivado el tedio les acecha por todos los rincones. Además, la perversidad es la que en este mundo gobierna, y la tontería la que domina. El destino es cruel, y los hombres son dignos de lástima. En un mundo así organizado, el que posee mucho en sí mismo es semejante a una habitación en donde hay un maravilloso árbol de Navidad, habitación iluminada, cálida, alegre, en medio de las nieves y de los hielos de una noche de diciembre. Por consiguiente, tener una individualidad rica y superior, y especialmente mucha inteligencia, constituye, indudablemente, en la tierra, la suerte más feliz, por distinta que pueda ser de la suerte más brillante. Así, pues, qué de sabiduría y de prudencia hay en la siguiente opinión que la reina Cristina de Suecia, emitió a los diez y nueve años escasos, sobre Descartes, a quien sólo conocía por lo que se le había dicho de él y por una sola obra suya que había leído, y el cual vivía entonces en la más profunda soledad en Holanda: *Mr. Descartes es le plus heureux de tous les hommes, et sa condition me semble digne d'envie* ("Descartes es el más feliz de todos los mortales, y su condición me parece digna de envidia"). (Baillet, *Vie de Descartes,* VII, 10). Sólo que es necesario, y eso era

Digitized by Google

lo que le sucedía a Descartes, que las circunstancias exteriores sean bastante favorables para permitir *poseerse* y estar contento de sí mismo; por eso el *Eclesiastés* (7, 12) decía ya: *La sabiduría es buena con un patrimonio y nos ayuda a disfrutar de la vista del sol.*

El hombre a quien se le ha concedido esta suerte por favor de la naturaleza velará con un cuidado celoso de que el manantial interior de su felicidad le sea siempre accesible; para eso se necesita independencia y ocio. Los adquirirá de buen grado por la moderación y el ahorro, y tanto más fácilmente cuanto que no se ve reducido, como los demás hombres, a los recursos exteriores de los placeres. Por eso la perspectiva de los cargos, del oro, del favor y la aprobación del mundo, no le inducirán a renunciar a sí mismo para acomodarse a las perspectivas mezquinas o al mal gusto de los hombres. Vencido el apuro, hará lo que Horacio en su epístola a Mecenas (libro I, ep. 7). Es una gran locura perder en el *interior* para ganar en el *exterior;* en otros términos: cambiar, en su totalidad o en parte, el reposo, el ocio y la independencia por el fausto, la aristocracia, la pompa, los títulos y los honores. No obstante, Goethe lo ha hecho. Por lo que a mí toca, mi genio me ha arrastrado enérgicamente por el camino opuesto.

La verdad, examinada aquí, de que la causa principal de la felicidad humana viene del interior, está confirmada por la justa observación de Aristóteles en su *Moral a Nicomaco* (I, 7; y VII, 13, 14); dice que todo goce supone una actividad, y, por consiguiente, el empleo de una fuerza, y no puede existir sin ella. Esta doctrina aristotélica de hacer consistir la felicidad del hombre en el libre ejercicio de sus

Digitized by Google

facultades predominantes está reproducida igualmente por Estobeo en su *Exposición de la moral peripatética* (Ecl. et. II, ch. 7); he aquí un pasaje: ενεργειαν ειναι τη εὐδαιμονιαν κατ' ἀρετην ἐν πραξεσι προηγουμεναις κατ' εὐλην (La felicidad consiste en ejercer las facultades de cada uno por medio de trabajos capaces de aquel resultado); explica también que por ἀρετην designa toda facultad fuera de lo vulgar. Ahora bien; el destino primitivo de las fuerzas de que la naturaleza ha provisto al hombre es la lucha contra la necesidad que le oprime por todas partes. Cuando la lucha hace tregua por un momento, las fuerzas sin empleo se convierten en una carga para él; entonces debe *jugar* con ellas; esto es, emplearlas sin objeto; si no, se expone a la otra causa de las desgracias humanas, al tedio. Así, pues, el tedio atormenta a los grandes y a los ricos más que a los otros, y Lucrecio ha hecho una descripción de su miseria, cuya sorprendente verdad hay ocasión de comprender cotidianamente en las grandes ciudades.

Exit sæpe foras magnis ex ædibus ille,
Esse domi quem pertæsum est, subitoque reventat;
Quippe foris nihilo melius qui sentiat esse.
Currit, agens mannos, ad villam præcipitanter,
Auxilium tectis quasi feree ardentibus instants:
Oscitat exemplo, tetigit quum limina villæ;
Aut abit in somnun gravis, atque oblivia quærit;
Aut etiam properans urbem petit, atque revisit.

(Uno, abandona su espléndido palacio para huir del aburrimiento; pero al instante vuelve, no hallándose fuera más dichoso. Otro corre a toda prisa hacia sus tierras, diríase que va a extinguir un incendio; pero apenas ha

Digitized by Google

llegado a ellas cuando ya tropieza con el aburrimiento; se entrega entonces al sueño buscando olvidarse a sí mismo: pronto le veréis volver a la ciudad con no menor prisa.)

En tales individuos, mientras son jóvenes, las fuerzas musculares y genitales deben hacer el gasto. Pero más tarde no quedan sino las fuerzas intelectuales; si ellas faltan o faltan materiales aprovisionados para su actividad, la miseria es grande. Siendo la *voluntad* la única fuerza inagotable, se trata entonces de estimularla excitando las pasiones; se recurre, por ejemplo, a los grandes juegos de azar, ese vicio verdaderamente degradante. Por lo demás, todo individuo sin ocupación escogerá, según la naturaleza de las fuerzas predominantes en él, una diversión que le ocupe, tal que juego de bolos o de ajedrez; la caza o la pintura; las carreras de caballos o la música; los juegos de naipes o la poesía; la heráldica o la filosofía, etc.

Podemos tratar esta materia con método, refiriéndonos a la raíz de las *tres fuerzas fisiológicas fundamentales,* que estudiaremos aquí en su juego inútil; entonces se nos presentan como el manantial de tres especies de goces posibles, entre los cuales cada hombre escogerá los que le son proporcionados, según que una u otra de esas fuerzas predomine en él.

Así encontramos, en primer lugar, los goces de la *fuerza reproductiva*: estos goces consisten en la comida, la bebida, la digestión, el reposo y el sueño. Existen pueblos a quienes se atribuye el hacer gloriosamente de esos goces placeres nacionales. En segundo lugar, los goces de la *irritabilidad*: éstos son los viajes, el baile, la esgrima, la equitación y los juegos atléticos de todas clases, así como tam-

Digitized by Google

bién la caza y hasta los combates de la guerra. En tercer lugar, los goces de la *sensibilidad*: tales como contemplar, pensar, sentir, hacer poesía, escultura o música, estudiar, leer, meditar, inventar, filosofar, etcétera. Sobre el valor, el grado y la duración de estos distintos goces, habría que hacer muchas observaciones; dejamos este cuidado al lector. Pero todo el mundo comprenderá que nuestro placer, constantemente motivado por el empleo de nuestras fuerzas propias, como también nuestra felicidad, resultado de la repetición frecuente de ese placer, serán tanto mayores cuanto de más noble especie sea la fuerza productora. Nadie podrá negar tampoco que la primera categoría, bajo este respecto, pertenece a la sensibilidad, cuyo predominio decidido establece la distinción entre el hombre y las demás especies animales; las otras dos fuerzas fisiológicas fundamentales, que existen en el animal en el mismo grado o tal vez en grado más enérgico que en el hombre, vienen en segunda fila. A la sensibilidad pertenecen nuestras fuerzas intelectuales; por eso su predominio nos hace aptos para disfrutar de los goces que residen en el *entendimiento;* de lo que se llaman los placeres *espirituales;* estos placeres son tanto mayores cuanto más acentuado es su predominio (1). El hombre normal, el hombre vulgar no

(1) La naturaleza va elevándose constantemente, desde la acción mecánica y química del reino inorgánico, hasta el reino vegetal con sus sordos goces de sí mismo; de aquí al reino animal, en el cual surge la aurora de la *inteligencia* y de la conciencia; luego, a partir de estos débiles comienzos, subiendo grado por grado, cada vez más arriba, para llegar, finalmente, por un último y supremo esfuerzo, al *hombre,* en cuya inteligencia alcanza

Digitized by Google

puede tomar vivo interés por una cosa si no excita su *voluntad,* si no le ofrece interés personal. Ahora bien; toda excitación persistente de la voluntad está, por consiguiente, combinada con dolor. Los juegos de naipes, esa ocupación habitual de la "buena so-

---

el punto culminante y el fin de sus creaciones, dando así lo más perfecto y difícil que puede producir. Sin embargo, aun en la especie humana, el entendimiento presenta todavía gradaciones numerosas y sensibles, y muy rara vez llega hasta el grado más elevado, hasta la inteligencia realmente eminente. Este es, pues, en su sentido más estricto y riguroso, el producto más difícil, el producto supremo de la naturaleza, y, por consiguiente, es lo más raro y precioso que el mundo puede ofrecer. En una inteligencia así, se presenta el conocimiento más lúcido, y en ella se refleja el mundo más clara y completamente que en cualquier otro objeto. Así, el ser que está dotado de ella, posee lo más noble y delicado que hay en la tierra: un manantial de placeres en comparación de los cuales todos los demás son ínfimos, de tal manera, que nada tiene que pedir al mundo exterior más que ocio para disfrutar sin molestia de su bien y tallar acabadamente su diamante. Porque todos los demás placeres no intelectuales son de baja naturaleza; todos tienen por objeto movimientos de la voluntad, tales como ansias, esperanzas, temores, deseos realizados, cualquiera que sea su naturaleza; todo eso no puede verificarse sin dolores, y además, una vez conseguido el fin; se tienen, por lo general, más o menos decepciones: mientras que con los goces intelectuales la verdad se hace cada vez más clara. En el dominio de la inteligencia está ausente todo dolor: todo es conocimiento. Pero los placeres intelectuales no son accesibles al hombre sino por el camino y en la medida de su propia inteligencia. Porque *tout l'esprit, qui est au monde est inutile à celui*

Digitized by Google

ciedad" en todos los países (1), son un medio de excitar intencionalmente la voluntad, y eso por inte-

qui n'en a a point (*). Sin embargo, hay una desventaja que nunca deja de acompañar a este privilegio: es que, en toda la naturaleza, la facilidad de ser impresionado por el dolor aumenta a medida que se eleva el grado de inteligencia y que, por consiguiente, llegará a su apogeo en la inteligencia más elevada.

(1) En el fondo, la *vulgaridad* consiste en que el *querer* domina totalmente en la conciencia al *entendimiento;* por lo cual las cosas llegan a tal grado, que el entendimiento se pone al servicio de la voluntad: cuando ese servicio no reclama inteligencia, cuando no existen motivos ni pequeños ni grandes, el entendimiento cesa por completo y sobreviene una vacuidad absoluta de pensamientos. Ahora bien; el *querer,* desprovisto de entendimiento, es lo más ínfimo que hay; un tronco lo posee y lo manifiesta, aun cuando no fuese más que cuando cae. Este estado constituye, pues, la vulgaridad. Aquí los órganos de los sentidos y la mínima actividad intelectual, necesaria para la aprehensión de sus datos, quedan solos en acción; de ahí resulta que el hombre vulgar siempre está propicio a todas las impresiones, y percibe instantáneamente todo lo que pasa a su alrededor; hasta el punto de que el sonido más ligero, cualquier circunstancia, por insignificante que sea, despierta inmediatamente su atención, lo mismo que ocurre en los animales. Todo eso se manifiesta en su semblante y en todo su exterior, y de ahí viene la apariencia vulgar, apariencia cuya impresión es tanto más repulsiva cuanto que, como ocurre con frecuencia, la voluntad, que ocupa entonces por sí sola la conciencia, es baja, egoísta y mala.

(*) **"Todo el talento que hay en el mundo es inútil para el que no lo tiene." En francés, en el texto alemán.**

Digitized by Google

reses tan ínfimos que no pueden ocasionar más que dolores momentáneos y ligeros, no dolores permanentes y serios; de tal manera, que se les puede considerar como simples cosquilleos de la voluntad. El hombre dotado de las fuerzas intelectuales predominantes es capaz, al contrario, de interesarse vivamente de las cosas por el camino de la *inteligencia* pura, sin inmiscuirse para nada el *querer;* es más; siente la necesidad de hacerlo. Este interés le transporta entonces a una región en la cual el dolor es esencialmente extraño, por decirlo así, en la atmósfera de los dioses de vida fácil, δεων ῥεια ξωοντων. Mientras la existencia de los demás hombres transcurre en el entorpecimiento, y sus sueños y sus aspiraciones se dirigen hacia los intereses mezquinos del bienestar personal con sus miserias de todas clases; mientras que un tedio insoportable se apodera de ellos desde el momento en que no están ocupados en perseguir estos proyectos y quedan reducidos a sí mismos, siendo así que sólo el ardor salvaje de la pasión puede agitar esta masa inerte; el hombre dotado de facultades intelectuales preponderantes posee, por el contrario, una existencia rica en pensamientos, siempre animada y siempre importante; objetos dignos e interesantes le ocupan en cuanto tiene ocio para dedicarse a ellos, y lleva en sí un manantial de los goces más nobles. El impulso exterior le viene de las obras de la naturaleza y del aspecto de la actividad humana y, además, de las producciones tan variadas de los espíritus eminentes de todos los tiempos y de todos los países, producciones que sólo él puede disfrutar por completo, porque sólo él es capaz de comprenderlas y de sentirlas plenamente. Por consiguiente, para él es, en realidad, para quien han vivido; a él se han

Digitized by Google

dirigido en verdad; mientras que los demás, como oyentes de ocasión, no comprenden más que a medias. Es cierto que por eso mismo el hombre superior adquiere una necesidad de más que los otros hombres: la necesidad de aprender, de ver, de estudiar, de meditar, de ejercer, y, por consiguiente, también la necesidad de tener ocios disponibles. Ahora bien; como Voltaire ha observado exactamente, puesto que "*il n'est de vrais plaisirs qu'avec de vrais besoins*" (No hay verdaderos placeres sino con verdaderas necesidades). Esta necesidad del hombre inteligente es precisamente la condición que pone a su alcance goces cuyo acceso nunca estará permitido a los demás; para éstos las bellezas de la naturaleza y del arte, las obras intelectuales de toda especie, aun cuando se rodean de ellas, no son en el fondo sino lo que son para un viejo las cortesanas. En cambio, un ser privilegiado de aquel modo, además de su vida personal, vive una segunda existencia, una existencia intelectual que gradualmente llega a ser su verdadero fin, no considerándose la otra más que como *medio;* para el resto de los hombres es su existencia misma, insípida, vana y desolada, la que debe servirles de fin. Esa vida intelectual será la principal ocupación del hombre superior; aumentando sin cesar su tesoro de juicio y de conocimiento, adquiere constantemente una unidad y una perfección cada vez más pronunciadas, como una obra de arte en vías de formación; en cambio, la vida de los demás, puramente práctica, está dirigida únicamente hacia el bien personal, aumentando sólo en longitud, no en profundidad, y destinada, no obstante, a servirse de fin a sí misma, mientras que la otra, que es un simple medio, forma un contraste penoso con ésta.

Digitized by Google

Nuestra vida práctica, real, cuando las pasiones no la agitan, es aburrida y monótona; cuando la agitan, se hace muy pronto dolorosa; por eso sólo son felices aquellos que han recibido en patrimonio una suma de inteligencia que excede la medida que reclama el servicio de su voluntad. Así, además de su vida efectiva, pueden vivir una vida intelectual que les ocupa y les divierte *sin dolor,* pudiendo mantenerla vivaz y atareada. El simple *ocio,* es decir, *la inteligencia desocupada al servicio de la voluntad,* no basta; para eso es preciso un excedente de *fuerza* positivo que nos haga aptos para una ocupación puramente espiritual y no dedicada al servicio de la voluntad; al contrario, *"otium sine litteris mors est et hominis vivi sepultura"* (El reposo sin el estudio es una especie de muerte que lleva el hombre vivo a la tumba. Séneca, *Epístola* 82). En la medida de este excedente, la vida intelectual que existe al lado de la vida real presentaría innumerables gradaciones, desde los trabajos del coleccionador que describe los insectos, los pájaros, los minerales o las monedas, hasta las más elevadas producciones de la Poesía y de la Filosofía.

Una vida intelectual como ésta protege, no sólo contra el tedio, sino también contra sus perniciosas consecuencias. Resguarda, en efecto, contra las malas compañías y contra los numerosos peligros, las desgracias, las pérdidas y las disipaciones a que uno se expone al buscar su felicidad en la vida real. Así a mí, por ejemplo, mi filosofía no me ha dado a ganar nada, pero me ha ahorrado mucho.

El hombre normal, al contrario, está limitado para los placeres de la vida, a las cosas *exteriores,* tales como la riqueza, la posición, la familia, los amigos, la sociedad, etc.; en eso se funda la felicidad de su

Digitized by Google

vida; así que esta felicidad se desmorona cuando pierde esas cosas o experimenta decepciones. Para caracterizar este estado del individuo, podemos decir que su centro de gravedad está *fuera* de él. Por eso sus deseos y sus caprichos son siempre variables: cuando sus medios se lo permitan, tan pronto comprará quintas como caballos, o bien dará fiestas, luego emprenderá viajes, y, sobre todo, llevará una vida fastuosa; todo eso precisamente porque busca en cualquier parte una satisfacción venida *de fuera;* así el hombre extenuado espera encontrar en caldos y en drogas la salud y el vigor, cuyo verdadero manantial es la fuerza vital propia. Para no pasar inmediatamente al extremo opuesto, tomemos ahora un hombre dotado de una potencia intelectual que, sin ser excesiva, excede, sin embargo, a la medida ordinaria y estrictamente suficiente. Veremos a este hombre, cuando las fuentes exteriores de placeres lleguen a agotarse o no le satisfagan, cultivar como aficionado alguna rama de las bellas artes, o bien alguna ciencia, tal como la botánica, la mineralogía, la física, la astronomía, la historia, etc., y encontrar en ella un gran fondo de goce y de recreo. Con este motivo, podemos decir que su centro de gravedad está ya en parte *en él.* Mas el simple dilettantismo en el arte está aún muy alejado de la facultad creadora; por otra parte, las ciencias dejan en pie las relaciones de los fenómenos entre sí, no pueden absorber al hombre íntegro, colmar todo su ser, ni, por consiguiente, entrelazarse tan estrechamente en el tejido de su existencia que se haga incapaz de tomar interés por todo lo demás. Esto está exclusivamente reservado a la suprema eminencia intelectual, a la que se llama comúnmente el genio; sólo ella toma por norma, íntegra y absolutamente,

Digitized by Google

la esencia y la existencia de las cosas; después de lo cual tiende, según su dirección individual, a expresar sus profundas concepciones por medio del arte, la poesía o la filosofía.

Sólo para un hombre de este temple es una necesidad irresistible la ocupación permanente consigo mismo, con sus pensamientos y con sus obras; para él, la soledad es la bienvenida, el ocio es el bien supremo; de lo demás puede prescindir, y cuando lo posee le sirve muchas veces de carga. Sólo de ese hombre podemos decir que su centro de gravedad está todo *dentro de él*. Esto nos explica al mismo tiempo cómo es que esos hombres de una especie tan rara no prestan a sus amigos, a su familia, al bien público ese interés íntimo y sin límites de que son capaces muchos de los otros, porque pueden, en último caso, prescindir de todo, con tal de que se posean a sí mismos. Existe, pues, en ellos un elemento aislativo, cuya acción es tanto más enérgica cuanto que los demás hombres no pueden satisfacerles plenamente; así, pues, no pueden ver en esos otros a sus iguales, y aun sintiendo constantemente la desemejanza de su naturaleza en todo y por todo, se habitúan insensiblemente a vagar entre los demás hombres como seres de especie distinta, y a servirse, cuando sus meditaciones se fijan en ellos, de la tercera y no de la primera persona de plural.

Considerado desde este punto de vista, el hombre más feliz será el que mejor esté dotado intelectualmente por la naturaleza, de tal manera, que tanta más importancia tiene lo que existe *en nosotros* cuanta menos tiene lo que existe fuera de nosotros; esto, es decir, lo objetivo, de cualquier manera que obre, nunca obra sino por intermedio de lo otro; es

Digitized by Google

decir, de lo subjetivo; la acción de lo objetivo es, pues, secundaria. Esto es lo que explican los hermosos versos siguientes:

Πλουτος οτης ψνχης πλουτος μονος εστίν αληδης,
Τ'αλλα δ'εχει ατην πλειονα των κτεανων.

(La riqueza del alma es la única riqueza; los demás bienes son fecundos en dolores. Luciano, *Antol*, I, 67.)

Un hombre de este modo rico en el interior no pide al mundo exterior más que un don negativo, a saber: ocio para poder perfeccionar y desarrollar las facultades de su espíritu y para poder disfrutar de sus riquezas interiores; reclama, pues, únicamente, toda su vida, todos los días y a todas horas, ser él mismo. Para el hombre llamado a imprimir la huella de su espíritu en la humanidad entera, no existe más que una sola felicidad y una desgracia; poder perfeccionar su talento y completar sus obras o no poder hacerlo. Todo lo demás es para él insignificante. Por eso vemos a los grandes espíritus de todos los tiempos conceder el mayor valor al ocio; porque, tanto como vale el hombre, tanto vale el ocio Δοκει δε ή ευδαιμονια εν τη σχολη ειναι (La felicidad está en el ocio), dice Aristóteles (Mor. a Nic. X, 7). Diógenes Laercio (II, 5, 31) refiere también que: Σωκρατης επηει σχολην, ως καλλιστον χρηματων (Sócrates alababa el ocio como lo más hermoso de las riquezas). Eso es lo que entiende también Aristóteles (Mor. a Nic., X, 7, 8, 9) cuando declara que la vida más bella es la del filósofo. Dice igualmente en la *Política* (IV, II) Τον εκδαίμονια βιον ειναι τον κατ' αρετην ανεμποδιστον (Ejercer libremente su talento; he aquí la verdadera dicha). Goethe dice también en *Wilhelm Meister*:

Digitized by Google

"Wer mit eniem Talent, zu einem Talent geboren ist, findet in dem selben sein schoenstes Daseyn" (El que ha nacido con talento, por este talento halla la existencia más bella).

Mas poseer ocio no sólo está fuera del destino común, sino también de la naturaleza común del hombre, porque su destino natural es emplear el tiempo en adquirir lo necesario para su existencia y para la de su familia. Es el hijo de la miseria; no es una inteligencia libre. Así el ocio llega muy pronto a ser un peso, luego un martirio, para el hombre vulgar, desde el momento en que no puede ocuparlo con medios artificiales y ficticios de todas clases, con el juego, con pasatiempos o con bagatelas de cualquier género. Por eso mismo, el ocio trae también peligros para él, porque se ha dicho con razón: *Difficilis in otio quies* (Difícil es la quietud en el ocio). Por otra parte, sin embargo, una inteligencia que excede en mucho a la medida normal, es igualmente un fenómeno anormal, y, por consiguiente, contra naturaleza. Cuando se da, el hombre que está dotado de ella, para encontrar la felicidad, necesita precisamente ese ocio que para los demás es tan pronto importuno como funesto; en cuanto a él, sin ocio, no sería más que un Pegaso bajo el yugo; en una palabra, sería desgraciado. Sin embargo, si estas dos anomalías, una exterior y otra interior, se encuentran reunidas, su unión produce un caso de suprema felicidad, porque el hombre así favorecido llevará entonces una vida de orden superior; la vida de un ser sustraído a los dos orígenes opuestos del sufrimiento humano: la necesidad y el tedio; estará libertado igualmente del cuidado penoso de dedicarse a subvenir a su existencia y de la incapacidad para resistir el ocio (es decir, la exis-

Digitized by Google

tencia libre propiamente dicha); de lo contrario, el hombre no puede esquivar esos dos males sino por el hecho de que se neutralizan y se anulan recíprocamente.

En relación con todo lo que antecede, debemos considerar, por otra parte, que a consecuencia de una actividad preponderante de los nervios, las grandes facultades intelectuales producen una sobreexcitación de la facultad de sentir el dolor bajo todas sus formas; que, además, el temperamento apasionado que tiene esta condición, así como la vivacidad y la perfección mayores de toda percepción, que son inseparables de él, dan a las emociones producidas por ello una violencia incomparablemente más fuerte; ahora bien; sabido es que hay muchas más emociones dolorosas que agradables; por último, debemos recordar también que las elevadas facultades intelectuales hacen del que las posee un hombre extraño a los demás hombres y a sus agitaciones, en vista de que, cuanto más posee en sí mismo, menos puede encontrar en ellos. Mil objetos, en los cuales sienten aquéllos un placer infinito, le parecen insípidos y repugnantes. Tal vez de esta manera la ley de compensación, que reina en todo, domina igualmente aquí. ¿No se ha supuesto muy a menudo, y con alguna apariencia de razón, que en el fondo el hombre más limitado de espíritu era el más feliz? Sea comoquiera, nadie le envidiará esta felicidad. No quiero anticipar al lector la solución definitiva de esta controversia, tanto más cuanto que Sófocles mismo ha emitido dos juicios diametralmente opuestos: Πολλω το φρονειν ενδαιμονιας πρωτον υπαρχει (El saber es, con mucho, la parte principal de la dicha); y en otra parte dice: Εν τω φρονειν γαρ μηδεν ηδιστος βιος (La vida del sabio no es la más agradable). Los

Digitized by Google

filósofos del Antiguo Testamento no se entienden tampoco entre sí; Jesús, hijo de Sirah, ha dicho: "La vida del loco es peor que la muerte"; el *Eclesiastés,* por el contrario, dice: "Quien añade sabiduría, añade dolor".

Y ahora, quiero mencionar lo que se designa particularmente con una palabra exclusivamente propia de la lengua alemana: la de *Philister* (burgués, tendero, filisteo). Por tal se entiende al hombre que, a causa de la medida estrecha y estrictamente suficiente de sus fuerzas intelectuales, no tiene *necesidades espirituales;* esta expresión pertenece a la vida estudiantil y se ha empleado después en una acepción más elevada, pero análoga a su sentido primitivo, para calificar al que es lo contrario de un hijo de las Musas (es decir, al hombre prosaico). En efecto; ése es, y sigue siendo, el «αμουσος ἀνηρ» (hombre vulgar). Colocándome en un punto de vista aún más elevado, quisiera definir a los *filisteos,* diciendo que son personas constantemente ocupadas, con la mayor seriedad del mundo, de una realidad que no es tal. Pero esta definición de una naturaleza ya transcendental no está en armonía con el punto de vista popular en que me he colocado en esta disertación; podría, de consiguiente, no ser comprendida por todos los lectores. La primera admite, por el contrario, más fácilmente un comentario específico y caracteriza bastante bien la esencia y la raíz de todas las propiedades características del *filisteo.* Así, pues, como hemos dicho, es *un hombre sin necesidades espirituales.*

De aquí se desprenden muchas consecuencias: la primera, *con respecto a él mismo,* es que nunca tendrá *goces espirituales,* según la máxima ya citada: *il n'est de vrais plaisirs qu'avec de vrais besoins.*

Digitized by Google

Ninguna aspiración a adquirir conocimientos y juicio para estas cosas en sí mismas anima su existencia, como tampoco ninguna aspiración a los placeres estéticos, porque estas dos aspiraciones están estrictamente unidas. Cuando la moda o alguna otra violencia le impone esos goces, se desprende de ellos lo más prontamente posible, como un condenado a galeras despacha su trabajo forzado. Los únicos placeres para él son los sensuales; en ellos se harta. Comer ostras, sorber champaña: ése es para él el fin supremo de la existencia; proporcionarse todo lo que contribuya al bienestar material: ése es el fin de su vida. ¡Y qué satisfecho cuando este fin le ocupa íntegramente! Porque, si esos bienes ya le han sido otorgados de antemano, es inmediatamente víctima del tedio; entonces, para evitarle, intenta todo lo que se puede imaginar: bailes, teatros, sociedades, juegos de naipes, juegos de azar, caballos, mujeres, vino, viajes, etc. Y sin embargo, todo eso no basta cuando la ausencia de necesidades intelectuales hace imposibles los placeres intelectuales. Así, pues, una seriedad lúgubre y seca, semejante a la del animal, es lo propio del *filisteo* y lo que le caracteriza. Nada le regocija, nada le conmueve, nada despierta su interés. Los goces materiales se agotan rápidamente; la sociedad, compuesta de *filisteos* como él, se le hace pronto fastidiosa; el juego de naipes acaba por fatigarle. Le quedan, en rigor, los goces de la vanidad, que consistirán en exceder a los demás en riqueza, en posición, en influencia o en poder, lo que le vale entonces su estima, o bien tratará de codearse, al menos, con los que brillan por esas ventajas y a calentarse al reflejo de su esplendor (que es lo que en inglés se llama ser *snob*).

Digitized by Google

La *segunda* consecuencia resultante de la propiedad fundamental que hemos reconocido al *filisteo* es que, *en relación a los demás,* como está privado de necesidades intelectuales, y como está limitado a las necesidades materiales, buscará a los hombres que puedan satisfacer a estas últimas y no los que pudieran subvenir a las primeras. Así, pues, nada de exigirles altas cualidades intelectuales; muy al contrario, cuando las encuentra, excitan su antipatía y hasta su odio, porque no siente en su presencia más que un sentimiento importuno de inferioridad y una envidia sorda, secreta, que oculta con el mayor cuidado, que trata de disimularse a sí mismo, pero que, precisamente por eso, se convierte a veces en una rabia muda. No piensa nunca en tasar su aprecio o su consideración por las facultades del espíritu; los reserva exclusivamente a la posición y a la riqueza, al poder y a la influencia, que pasan a sus ojos por las únicas cualidades verdaderas, las únicas en que aspiraría a rodar. Todo eso deriva de que los *idealistas* no le dan ningún recreo, y de que, para esquivar el tedio, debe recurrir siempre a las positivistas. Ahora bien; éstas, por una parte, se agotan al punto, y entonces, en lugar de divertir, fatigan; por otra parte, arrastran tras sí a desastres de toda especie, mientras que los idealistas son inagotables y, en sí mismos, inocentes.

En toda esta disertación sobre las condiciones personales que contribuyen a nuestra felicidad, he tenido en cuenta las condiciones físicas y, principalmente, las cualidades intelectuales. En mi memoria sobre *El Fundamento de la Moral* expuse cómo la perfección moral, a su vez, influye directamente sobre la felicidad: a esta obra remito al lector.

Digitized by Google

CAPITULO III

DE LO QUE UNO TIENE

Epicuro, el gran doctor en felicidad, ha dividido admirable y juiciosamente las necesidades humanas en tres clases:

En primer lugar, las necesidades *naturales y necesarias*: que son las que, no satisfechas, producen dolor; éstas se reducen al "victus" y el "amictus" (alimentos y vestidos), y son fáciles de satisfacer.

En segundo lugar, las necesidades *naturales, pero no necesarias*: así la necesidad de la satisfacción sexual, aunque Epicuro no la enuncia en la relación de Laercio (claro que yo reproduzco, en general, toda esta doctrina ligeramente modificada y corregida). Esta necesidad es ya más difícil de satisfacer.

En tercer lugar, las que no son *ni naturales ni necesarias*: son las necesidades del lujo, de la abundancia, del fausto y del esplendor; su número es infinito y su satisfacción muy difícil. (V. Diog. Laercio I. X, c. 27, § 149 y 127; Cicerón, De fine, I, 13.)

El límite de nuestros deseos razonables en relación con la fortuna es muy difícil, si no imposible, de determinar. Porque el límite de cada uno en esta cuestión no reposa en una cantidad absoluta, sino relativa, a saber, en la relación entre sus deseos y

Digitized by Google

su fortuna; así, pues, esta última, considerada en sí misma, está tan desprovista de sentido como el numerador de una fracción sin denominador. La ausencia de los bienes a los cuales nunca un hombre ha pensado en aspirar, no puede privarle de ningún modo; quedará perfectamente satisfecho sin esos bienes mientras que otro que posee cien veces más que el primero se considerará desgraciado, porque le falta un solo objeto que codicia. Cada cual tiene también, respecto de los bienes que le está permitido conseguir, un horizonte propio, y sus pretensiones no llegan a los límites de este horizonte. Cuando un objeto, situado dentro de sus límites, se le presenta de tal manera que pueda estar seguro de conseguirlo, se sentirá feliz; se sentirá, por el contrario, desgraciado, si, sobreviniendo obstáculos, se le arrebata aquella perspectiva. Lo que está más allá no ejerce ninguna acción sobre él. Por eso la gran fortuna del rico no molesta al pobre, y por eso también todas las riquezas que ya posee no consuelan al rico, cuando recibe un desengaño (La riqueza es como el agua salada: cuanto más se bebe, más sed da; lo mismo ocurre también con la gloria).

De ahí que después de la pérdida de la riqueza o del bienestar, y tan pronto como se domina el primer dolor, nuestro humor habitual no diferirá mucho del que antes nos era propio; éste se explica, porque habiendo disminuído por la suerte el factor de nuestro haber, reducimos al punto, por nosotros mismos considerablemente, el factor de nuestras pretensiones. Eso es lo que hay propiamente doloroso en una desgracia; una vez verificada esta operación, el dolor se hace cada vez menos sensible y acaba por desaparecer; la herida se cicatriza. En el orden inverso, en presencia de un acontecimiento

Digitized by Google

feliz, la carga que comprime nuestras pretensiones se remonta y les permite dilatarse; en eso consiste el placer. Pero éste igualmente no dura más que el tiempo necesario para que esta operación se termine, pues nos habituamos a la escala así aumentada de las pretensiones y nos hacemos indiferentes a la posesión correspondiente de riquezas. Eso es lo que explica la estrofa de Homero (Od., XVIII, 130, 137), cuyos dos últimos versos pongo aquí:

Τοιος γαρ νοος εστιν επιχδονιων ανὅρωπων
'Οιον εφ' ημαρ αγει πατηρ ανδρων τε, δεων τε.

(Tal es el espíritu de los hombres terrestres, semejantes a los días variables que trae el Padre de los hombres y de los dioses.)

El origen de nuestros descontentos está en nuestros esfuerzos siempre renovados para elevar el factor de las pretensiones, mientras el otro factor se le opone por su inmovilidad.

No hay que asombrarse de ver en la especie humana, pobre y llena de necesidades, a la riqueza más alta y sinceramente considerada y hasta más venerada, que cualquier otra cosa; el poder mismo no se estima sino porque conduce a la fortuna; no hay que sorprenderse tampoco de ver a los hombres dar de lado o pasar por encima de cualquier otra consideración cuando se trata de adquirir las riquezas y al ver, por ejemplo, a los profesores de filosofía malbaratar la filosofía para ganar dinero. Se acusa con frecuencia a los hombres de fijarse más que nada en el dinero y de amarlo más que a todo en el mundo. Sin embargo, es muy natural, casi inevitable, amar lo que, semejante a un Prometeo infa-

Digitized by Google

tigable, está dispuesto en todo instante a tomar la forma del objeto actual de nuestros deseos tan cambiantes o de nuestras necesidades tan diversas. Cualquier otro bien, en efecto, no puede satisfacer más que un solo deseo, más que una sola necesidad; los alimentos no valen sino para el que tiene hambre, el vino para el que está sano, los medicamentos para el enfermo, un gabán durante el invierno, las mujeres para la juventud, etc. Todas esas cosas no son, pues, más que αγαθα προς τι, es decir, buenas, sólo relativamente. El dinero sólo es lo bueno absoluto, porque no provee únicamente a *una sola* necesidad *in concreto,* sino a la necesidad en general, *in abstracto.*

La fortuna de que se dispone debe considerarse como un baluarte contra el gran número de males y desgracias posibles, y no como un permiso y aún menos como una obligación de tener que procurarse los placeres del mundo. Las personas que, sin tener fortuna patrimonial, llegan por sus talentos, sean éstos cual fueren, a ponerse en condiciones de ganar mucho dinero, caen casi siempre en la ilusión de creer que su talento es un capital estable y que el dinero que les produce ese talento es, por consiguiente, el interés del dicho capital. Así, pues, no reservan nada de lo que ganan para consolidar un capital duradero, sino que gastan en la misma medida que ganan. Síguese que caen, de ordinario, en la pobreza, cuando sus ganancias se detienen o cesan por completo (en efecto, su talento mismo, pasajero por su naturaleza como lo es, por ejemplo, el talento para casi todas las bellas artes, se agota), o bien cuando las circunstancias especiales o las conjeturas que le hacían productivo desaparecen. Algunos artesanos pueden, en rigor, llevar esta existen-

Digitized by Google

cia, porque las capacidades exigidas para su oficio no se pierden fácilmente o pueden suplirse por el trabajo de sus obreros; además, sus productos pueden ser objetos de necesidad, cuyo curso está siempre asegurado; un proverbio alemán dice, con razón: "Ein Handwerk hat einen goldenen Boden"; es decir: un buen oficio es oro puro.

No ocurre lo mismo con los artistas y con los *virtuosi* de toda especie. Precisamente por eso se les paga tan caros; pero también, y por la misma razón, debieran capitalizar el dinero que ganan; en su presunción, le consideran como si no fuesen más que los intereses, y corren así a su pérdida.

En cambio, las personas que poseen una fortuna patrimonial saben muy bien, desde un principio, distinguir entre un capital y los intereses. Así, pues, la mayoría tratarán de colocar su capital con garantías, no lo mermarán en ningún caso y hasta reservarán, si es posible, una octava parte por lo menos de los intereses para remediar una crisis eventual. De este modo suelen conservar su bienestar. Nada de todo lo que acabamos de decir se aplica a los comerciantes; para ellos, el dinero es en sí mismo el instrumento de la ganancia, el utensilio profesional, por decirlo así; de donde se sigue que, aun cuando lo han adquirido por su propio trabajo, buscarán en su empleo los medios de conservarlo o de aumentarlo. Así, pues, la riqueza es más frecuente en esta clase que en otra alguna.

En general, se observará que, por lo común, los que ya están aferrados a la verdadera miseria y necesidad, las temen menos y están más inclinados a la disipación que los que no conocen esos males más que por referencia. A la primera categoría pertenecen todos los que, por cualquier casualidad o por

Digitized by Google

habilidades especiales, han pasado rápidamente de la pobreza al bienestar; a la otra, los que han nacido con fortuna y la han conservado. Todos éstos se preocupan del porvenir más que los primeros y son más económicos. De aquí se podría deducir que la necesidad no es una cosa tan mala como parece serlo vista desde lejos. Sin embargo, la verdadera razón debe ser más bien la siguiente: para el hombre nacido con una fortuna patrimonial, la riqueza parece algo indispensable, como el elemento de la única existencia posible, lo mismo que el aire; así que cuidará de ella como de su propia vida, y será, generalmente, ordenado, previsor y económico. Por el contrario, para el que desde su nacimiento ha vivido en la pobreza, ésta le parecerá la condición natural; la riqueza que por cualquier camino pueda tocarle en suerte más tarde, le parecerá una cosa superflua, buena solamente para disfrutar de ella y despilfarrarla; se dice asimismo que, cuando la haya perdido, sabrá salir del apuro sin ella lo mismo que antes, y que, además, se descargará de un peso. Aquí viene bien decir, con Shakespeare:

> The adage must be verified:
> That beggars mounted run their horse to death.
> (*Enrique VI*, p. 3, A. 1.)

(Debe cumplirse el adagio: que el mendigo a caballo hace que éste galope a la muerte.)

Agreguemos que estas personas poseen, no tanto en su cabeza como en su corazón, una firme y excesiva confianza por una parte en su suerte, y por otra en sus propios recursos, que otras veces les han ayudado a salir de la necesidad y de la indi-

Digitized by Google

gencia; no consideran la miseria, como hacen los ricos de nacimiento, como un abismo sin fondo, sino como el cieno de un pantano, que les basta pisar con el pie para que suba a la superficie. Por esta misma particularidad humana se puede explicar cómo algunas mujeres, pobres antes de su matrimonio, son, muy a menudo, más exigentes y más derrochadoras que las que han llevado un buen dote; en efecto, la mayor parte de las veces, las muchachas ricas no sólo llevan fortuna, sino también más celo y, por decirlo así, más instinto hereditario para conservarla que las pobres. No obstante, los que quisieran sostener la tesis contraria encontrarán una autoridad en la primera sátira del Ariosto; en cambio, el doctor Johnson se adhiere a mi opinión: "A woman of fortune being used to the handling of money, spends it judiciously; but a woman who gets the command of money for the first time upon her marriage, has such a gust in spending it, that she throws it away with great profusion". (Véase Boswell, Life of Johnson, vol. III, p. 199, ed. 1821.) ("Una mujer rica que está acostumbarda a manejar dinero, lo gasta con cordura; pero una mujer que a su matrimonio toma por primera vez a su cargo la administración de la fortuna, tiene tal gusto en gastarla que derrama el dinero con gran profusión.") En todo caso, yo aconsejaría a quien se casa con una muchacha pobre que le legase, no un capital, sino una simple renta, y, sobre todo, que velase por que la fortuna de los hijos no cayera en sus manos.

No creo en manera alguna hacer nada que sea indigno de mi pluma al recomendar aquí el cuidado de conservar la fortuna, adquirida o heredada; porque es una ventaja inapreciable poseer una fortuna

Digitized by Google

adquirida, aun cuando no bastase más que para permitir vivir cómodamente, solo y sin familia, en una verdadera independencia, es decir, sin tener necesidad de trabajar; en eso consiste la inmunidad que exime de las miserias y de los tormentos anejos a la vida humana; ésa es la emancipación de la esclavitud general, que es el destino de los hijos de la Tierra. Sólo por este favor es uno verdaderamente hombre nacido *libre;* con esta condición es uno realmente *sui juris,* señor de su tiempo y de sus fuerzas, y puede decir cada mañana: "La jornada es mía" (1). Así, pues, entre el que tiene mil escudos

(1) De acuerdo con estas ideas, y por ser verdaderamente interesante, traduzco a continuación la sincera y conmovedora dedicatoria que hizo Schopenhauer de su obra maestra *El Mundo como voluntad y como representación* a la memoria de su padre:

"Piis Patris Manibus:

Te debo el haber podido dedicar mi vida al servicio de la verdad sin llegar por ello a ser un mártir. Si pude seguir mi inclinación nativa hacia el estudio, la meditación y las investigaciones sabias sin verme por ello obligado a padecer, mendigar o arrastrarme, sin sucumbir a la tentación de rebajar la Filosofía hasta hacerla instrumento de los intereses más vulgares, sin tener que someter a estos intereses mi doctrina, en fin, ¡sin tener que llegar hasta venderme a los satélites del oscurantismo, a los tartufos y a los santurrones!; si mi destino no ha sido tener que afrontar mediocre y servilmente una lucha desigual; si siempre he podido levantar orgullosamente la cabeza y seguir el noble consejo de Voltaire: "Apenas vamos a vivir dos días: no vale, pues, la pena pasarlos arrastrándonos a los pies de bribones despreciables"; si mi frugalidad, que

Digitized by Google

de renta y el que tiene cien mil, la diferencia es infinitamente menor que entre el primero y el que no tiene nada. Pero la fortuna patrimonial alcanza su más subido valor cuando le toca en suerte al que, dotado de fuerzas intelectuales superiores, persigue proyectos cuya realización no se aviene con el trabajo necesario para ganarse la vida; colocado en estas condiciones, este hombre está doblemente dotado por la suerte; podrá vivir al servicio de su genio, y pagará al céntuplo su deuda hacia la humanidad, produciendo lo que ningún otro pudiera producir y creando lo que constituirá el bien y al

---

de buen grado me hizo renunciar a toda otra ventaja que no fuese la libre disposición de mí mismo, me aseguró al menos esta libertad toda mi vida, de tal modo que cada mañana al despertarme he podido decirme: "¡El día de hoy me pertenece!"; si la absoluta indiferencia de mis compatriotas ante el espectáculo de mis esfuerzos no pudo colocarme en estado de no poder acabar mi obra, ¡a la cual estuve por ello en condiciones de dedicar mi vida entera!; todo ello, tantas y tan grandes cosas, a ti solo y no a algún otro las debo que a ti en este mundo, mi inolvidable padre, y, tal cual lo habías previsto, cada día te doy gracias por ello.

Nam Coesar nullus nobis haec otia fecit!

Ocupa, por ello, en adelante, esta plaza de honor al frente de mi monumento, como recompensa a tu mecenado. Que cada hombre a quien mi obra ofrezca alegrías o enseñanzas sepa que esta obra pudo ver la luz tanto por ti como por mí, y que, por lo tanto, tu nombre debe ir unido al mío hasta donde éste sea capaz de ir. ¡Y esto es lo más, lo mejor que puedo hacer para reconocer y remunerar tan considerables beneficios como de él he recibido!"

Digitized by Google

mismo tiempo el honor de la sociedad humana. Otro, colocado en una situación tan favorable, merecerá el agradecimiento de la humanidad por sus obras filantrópicas. En cuanto al que, poseyendo un patrimonio, no produce nada semejante, aunque sea a título de ensayo, o que por medio de estudios serios no se crea al menos la posibilidad de hacer progresar una ciencia, éste es un haragán despreciable. No será feliz tampoco, porque el hecho de redimirse de la necesidad le transporta a otro polo de la miseria humana, el tedio, que le martiriza de tal manera que sería mucho más feliz si la necesidad le hubiese impuesto una ocupación. Este tedio le hará lanzarse fácilmente a extravagancias que minarán esa fortuna de que no era digno. En realidad, una multitud de personas están en la indigencia por haber gastado el dinero cuando lo tenían, a fin de proporcionarse un alivio momentáneo al tedio que los consumía.

Muy otra cosa ocurre cuando el fin que se persigue es elevarse en el servicio del Estado, cuando se trata, por consiguiente, de obtener favor, amigos, relaciones, por medio de los cuales se pueda subir de grado en grado y llegar acaso algún día a los puestos más elevados; en tal caso, vale más en el fondo haber venido al mundo sin la menor fortuna. Para un individuo que no es de la aristocracia y que tiene algún talento, ser un pobre indigente constituye una ventaja real y una recomendación. Porque lo que cada cual busca y ama ante todo, tanto en la simple conversación como en el servicio público, es la inferioridad del otro. Ahora bien; sólo un miserable está convencido y penetrado de su inferioridad profunda, íntegra, indiscutible, omnilateral, de su completa insignificancia y de su nulidad,

Digitized by Google

en el grado exigido por las circunstancias. Sólo un miserable se inclina muy a menudo y por mucho tiempo, y sabe encorvar su espina dorsal en reverencias de 90 grados bien contados; sólo él lo sufre todo con la sonrisa en los labios; sólo él reconoce que los méritos no tienen valor alguno; sólo él pregona como obras maestras, públicamente, en alta voz o en gruesos caracteres impresos, las inepcias literarias de sus superiores o de los hombres influyentes en general; sólo él sabe mendigar; por consiguiente, sólo él puede iniciarse a tiempo, es decir, desde su juventud, en esa verdad oculta que Goethe nos ha descubierto en estos términos:

Ueber's Niederträchtige
Niemand sich beklage:
Denn es ist das Mächtige,
Was man dir auch sage.

(Que nadie se queje de la bajeza, porque es la fuerza, dígase lo que se quiera. W. O., *Diván.*)

Aquel que, por el contrario, hereda de sus padres una fortuna suficiente para vivir será, por lo general, recalcitrante; está acostumbrado a caminar con la cabeza erguida; no ha aprendido las argucias serviles; acaso se vanagloria de ostentar ciertas habilidades que posee y cuya insuficiencia debiera comprender al ver lo que pasa con los mediocres y rastreros; es capaz, también, de observar la inferioridad de los que están colocados sobre él; y por último, cuando las cosas llegan a ser indignas, se hace ensimismado y misántropo. Pero con todo ello no se triunfa en el mundo, y es más, fácilmente tiene que acabar por decir como el desaprensivo Voltaire:

Digitized by Google

Nous n'avons que deux jours à vivre; ce n'est pas la peine de les passer à ramper sous des coquins meprisables. Desgraciadamente, dicho sea de paso, este *coquin meprisable* es un atributo que se puede aplicar a muchos individuos en este mundo. Podemos, pues, decir que lo de Juvenal

Hauld facile emergunt, quorum virtutibus obstat
res angusta domi,

(Difícilmente el mérito se abre camino cuando lucha con la necesidad.)

se aplica más bien a la carrera de las personas ilustres que a la de las gentes mundanas.

Entre las cosas *que uno posee* no he contado mujer e hijos, porque más bien es uno poseído por ellos. Con más razón se podría incluir a los amigos; pero también aquí el propietario debe ser, en la misma proporción, propiedad del otro.

Digitized by Google

CAPITULO IV

DE LO QUE UNO REPRESENTA

I.—De la opinión de otro.

Lo que representamos, es decir, nuestra existencia en la opinión de otro, se aprecia demasiado, por lo general, a causa de una debilidad particular de nuestra naturaleza, aunque la menor reflexión pueda enseñarnos que no tiene en sí la menor importancia para nuestra felicidad. Así, pues, cuesta trabajo explicar la gran satisfacción interior que experimenta todo hombre desde el momento en que observa un rastro de la opinión favorable de los demás respecto a él, y en cuanto halagan su vanidad, comoquiera que sea. Tan infaliblemente como el gato se pone a runrunear de placer cuando se le acaricia el lomo, así se ve reflejarse un dulce éxtasis en el semblante del hombre a quien se elogia, especialmente cuando el elogio cae en el dominio de sus pretensiones y aun cuando sea una mentira palpable. Los signos de aprobación de los demás consuélanle, a veces, de una desgracia real o de la parsimonia con que manan para él las dos fuentes principales de la felicidad de que hemos tratado hasta ahora. Recíprocamente, es asombroso ver có-

Digitized by Google

mo se disgusta de una manera infalible, y muchas veces se siente dolorosamente afecto por cualquier lesión a su ambición, en cualquier grado o bajo cualquier respecto, por todo desdén, por toda negligencia, por la menor falta de consideración. En cuanto que sirve de base al sentimiento del honor, esta propiedad puede ejercer una influencia saludable sobre la buena fortuna de muchas personas, como sucedáneo de su moralidad; pero en cuanto a su acción sobre la verdadera felicidad del hombre y especialmente sobre la paz del alma y sobre su independencia, estas dos condiciones tan necesarias para la felicidad, es más bien perjudicial y perturbadora que favorable. Por eso, desde nuestro punto de vista, es prudente fijarle límites; y por medio de cuerdas reflexiones y una apreciación exacta del valor de los bienes, moderar esa gran susceptibilidad respecto a la opinión de otro, tanto cuando se le acaricia como cuando se le hiere, porque ambos casos tienen el mismo origen. De lo contrario, permanecemos esclavos de la opinión y del sentimiento de los demás.

Sic leve, sic parvum est, animum quod laudis avarum
Subruit ac reficit.

(De tal manera lo que abate o reconforta un alma ávida de alabanza puede ser insignificante y pequeño.)

Por consiguiente, una justa apreciación del valor de lo que uno es *en* y *por sí mismo,* comparado con lo que uno es a los ojos *de otro,* contribuirá mucho a nuestra felicidad. El primer término de la comparación comprende todo lo que ocupa el tiempo de nuestra propia existencia, el contenido íntimo de ésta, y, por lo tanto, todos los bienes que hemos

Digitized by Google

examinado en los capítulos intitulados: *De lo que uno es* y *De lo que uno tiene*. Porque el *lugar* donde está la esfera de acción de todo eso es la propia conciencia del hombre. Por el contrario, el *lugar* de todo lo que somos *para los demás* es la conciencia de otro; es la figura bajo la cual nos aparecemos a ella, así como las nociones que a ella se refieren (1). Ahora bien; ésas son cosas que directamente no existen en absoluto para nosotros; todo eso no existe más que indirectamente, es decir, en cuanto que determina la conducta de los demás para con nosotros. Y esto mismo no entra, realmente, en consideración, sino en cuanto que influye sobre lo que pudiera modificar lo que somos *en* y *por nosotros mismos*. Aparte de eso, lo que pasa en una conciencia extraña nos es perfectamente indiferente por este motivo, y, a la vez, nos haremos indiferentes a medida que conozcamos bastante bien la superficialidad y la futilidad de los pensamientos, los límites reducidos de las nociones, la mezquindad de los sentimientos, lo absurdo de las opiniones y el número considerable de errores que se cobijan en casi todos los cerebros, y a medida que aprendamos por experiencia con qué desprecio se habla en ciertas ocasiones de cada uno de nosotros, cuando se cree que no lo sabremos, y, sobre todo, cuando hayamos oído una vez con qué desdén hablan del hombre más distinguido media docena de imbéciles. Entonces comprenderemos que atribuir

(1) Las clases más elevadas, en su fausto y su esplendor, en su magnificencia y su ostentación de toda especie, pueden decirse: Nuestra felicidad está completamente fuera de nosotros; su lugar está en el cerebro de los demás.

Digitized by Google

mucho valor a la opinión de los hombres es hacerles demasiado **honor.**

En todo caso, es estar bien apurado de recursos el no poder encontrar la felicidad en las clases de bienes de que ya hemos hablado y el tener que buscarla en esta tercera, es decir, en lo que somos, no en la realidad, sino en la imaginación de otro. En tesis general, nuestra naturaleza animal es la base de nuestro ser, y, por consiguiente, de nuestra felicidad también. Lo esencial para el bienestar es, pues, la salud, y después, los medios necesarios para nuestra manutención, o sea una existencia libre de cuidados. El honor, el esplendor, la grandeza, la gloria, por mucho valor que se les atribuya, no pueden hacer competencia a esos bienes esenciales ni reemplazarlos; muy al contrario, en circunstancias adversas, no se vacilaría ni un momento en cambiarlos por los otros. Será, pues, muy útil para nuestra felicidad conocer a tiempo este hecho tan sencillo: que cada cual vive principal y efectivamente en su propio pellejo, y no en la opinión de los demás, y que, como es natural, nuestra situación real y personal, tal como está determinada por la salud, el temperamento, las facultades intelectuales, la renta, la mujer, los hijos, la habitación, etc., es cien veces más importante para nuestra felicidad que lo que los demás puedan pensar de nosotros. La ilusión contraria hace desgraciado. Gritar con énfasis: "El honor es antes que la vida", es decir en realidad: "La vida y la salud no son nada; lo que los demás piensan de nosotros, ésa es la cuestión". A lo sumo, esa máxima puede considerarse como una hipérbole, en el fondo de la cual late la prosaica verdad de que, para avanzar y brillar entre los hombres, el *honor*, es decir, su opinión respecto a nosotros, es a

Digitized by Google

veces de una utilidad indispensable. Volveré más adelante sobre este asunto. Cuando se ve, por el contrario, cómo casi todo lo que los hombres persiguen durante su vida entera, a costa de esfuerzos incesantes, de mil peligros y de mil sinsabores, tiene por último objeto elevarlos en la opinión, porque no sólo los empleos, los títulos y las condecoraciones, sino también la riqueza y hasta la ciencia (1) y las artes se buscan principalmente con este único fin, cuando se ve que el resultado definitivo que se trata de conseguir es obtener más respeto de los demás, todo ello no hace sino probar la enormidad de la tontería humana.

Conceder demasiado valor a la opinión es una superstición universalmente dominante; tenga sus raíces en nuestra naturaleza misma o haya seguido al nacimiento de las sociedades y de la civilización, es lo cierto que ejerce en toda nuestra conducta una influencia desmesurada y hostil a nuestra felicidad. Esta influencia podemos perseguirla desde el punto en que se revela bajo la forma de una deferencia ansiosa y servil hacia el *qué dirán*, hasta el punto en que su influencia hace que Virginio clave en el pecho de su hija el puñal, o bien arrastra al hombre a sacrificar a su gloria póstuma su reposo, su fortuna, su salud y hasta su vida. Este prejuicio ofrece un recurso cómodo, verdad es, al que está destinado a reinar sobre los hombres en general y a guiarles; así, pues, el precepto de mantener en guardia o estimular el sentimiento del honor ocupa una parte principal en todas las ramas del arte de dirigir a los hombres; pero respecto de la verdadera felicidad

(1) *Scire tuum nihil est, nisi te ascire hoc scia alter.* (Nada es tu saber si no sabes que lo saben los demás.)

Digitized by Google

del individuo, y de eso nos ocupamos aquí, ocurre otra cosa muy distinta, y debemos, por el contrario, disuadirle de que conceda demasiado valor a la opinión de los demás. No obstante, si, como nos enseña la experiencia, el hecho se presenta cada día; si lo que la mayoría de las personas estiman más es precisamente la opinión de otro sobre ellas, y si se preocupan más de eso que de lo que, puesto que pasa *en su propia conciencia,* existe inmediatamente para ellos; si, por un trastorno del orden natural, la opinión parece ser la parte real de su existencia, pareciéndoles la otra la parte ideal; si hacen de lo que es derivado y secundario el objeto principal, y si la imagen de su ser en el cerebro de los demás les satisface más que su ser mismo, esta apreciación directa de lo que no existe directamente para nadie constituye esa locura a la cual se ha dado el nombre de *vanidad, "vanitas",* para indicar con esto lo vacío y lo quimérico de esta tendencia. Así, pues, fácilmente se comprende por qué hemos dicho antes que pertenece a esa categoría de errores que consisten en olvidar el fin por los medios, como la avaricia.

En efecto, el valor que concedemos a la opinión y nuestra constante preocupación a este respecto van más allá de lo racional, de tal manera que esta preocupación puede considerarse como una especie de *manía* extendida por todas partes o, más bien, innata. En todo lo que hacemos, como en todo lo que nos abstenemos de hacer, tenemos en cuenta antes que toda otra cosa la opinión de los demás, y de esta preocupación veremos nacer, a poco que reflexionemos, la mitad, por lo menos, de las angustias y preocupaciones que hemos sufrido. Realmente, esta preocupación es la que encontramos en

Digitized by Google

el fondo de todo nuestro amor propio, tantas veces herido por ser tan torpemente quisquilloso, y en el fondo de todas nuestras vanidades y de todas nuestras pretensiones, como en el fondo de nuestra suntuosidad y nuestra ostentación. Sin esta preocupación, sin este furor, el lujo no sería la décima parte de lo que es. En ella se funda todo nuestro orgullo, *point d'honneur* y *puntiglio,* de cualquier especie que sea y a cualquier esfera que pertenezca; ¡y cuántas víctimas exige a veces! Revélase ya en el niño, luego en cada edad de la vida; pero alcanza toda su fuerza en la edad madura, porque en esa época, como la aptitud para los goces sensuales se ha agotado, la vanidad y el orgullo no tienen que compartir su reino más que con la avaricia. Este furor se observa más nítidamente en los franceses, en los cuales reina endémicamente y se manifiesta a veces por la ambición más necia, por la vanidad nacional más ridícula y por la fanfarronería más desvergonzada; pero sus pretensiones se anulan por eso mismo, porque las entregan a la irrisión de las otras naciones y han hecho un apodo grotesco del nombre de *grande nation.*

Para explicar más claramente todo lo que hemos expuesto hasta aquí sobre lo insensato que es preocuparse desmesuradamente de la opinión de otro, quiero referir un ejemplo sorprendente de esa locura arraigada en la naturaleza humana; este ejemplo está favorecido por un efecto luminoso resultante del encuentro de circunstancias propicias y de un carácter apropiado; eso nos permitirá calcular en toda su intensidad la fuerza de ese ridículo motor de las acciones humanas. Es el pasaje siguiente del informe detallado publicado por *The Times* del 31 de marzo de 1846, sobre la ejecución

Digitized by Google

reciente del llamado Thomas Wix, un obrero que había asesinado a su patrón por venganza: "En la mañana del día marcado para la ejecución, el reverendo capellán de la cárcel se presentó en su habitación. Pero Wix, aunque muy tranquilo, no escuchaba sus exhortaciones; su única preocupación era conseguir demostrar un valor extremo en presencia de la multitud que iba a asistir a su ignominioso fin... Y lo ha conseguido. Llegado al patio de la cárcel que había de atravesar para subir al patíbulo, elevado junto a ella, exclamó: "¡Pues bien, como decía el doctor Dodd, voy a conocer el gran misterio!"

"Aunque tenía los brazos atados, subió sin ayuda las gradas del cadalso; llegado a la cúspide, hizo a derecha e izquierda saludos a los espectadores, y la multitud reunida respondió, en recompensa, con aclamaciones formidables, etc." Tener la muerte a la vista, bajo la forma más espantosa, y la eternidad detrás de ella, y preocuparse únicamente del efecto que iba a producir sobre la masa de idiotas congregados y de la opinión que iba a dejar en sus cerebros, ¿no es un ejemplo magnífico de ambición estúpida? Lecomte, que fué guillotinado el mismo año en París por tentativa de regicidio, lamentaba principalmente, durante su proceso, no poder presentarse vestido decentemente ante la Cámara de los Pares, y, aun en el momento de la ejecución, su gran pesar era que no se le hubiese permitido cortarse antes el pelo. Lo mismo sucedía antaño; podemos verlo en la introducción *(declaración)* (1) de que Mateo Alemán hace preceder su célebre novela *Guzmán de Alfarache*, donde refiere que muchos

(1) En castellano en el texto alemán.

Digitized by Google

criminales extraviados roban sus últimas horas al cuidado de la salvación de su alma, en el cual debieran emplearlos exclusivamente, para terminar y aprender de memoria un sermoncito que quisieran pronunciar desde lo alto del patíbulo.

En esos rasgos podemos ver reflejada nuestra propia imagen; porque son los ejemplos de talla colosal los que dan las explicaciones más evidentes en todas las materias. Para todos nosotros, nuestras preocupaciones, nuestros disgustos, los cuidados roedores, nuestras cóleras, nuestras inquietudes, nuestro esfuerzo, etc., tienen en cuenta, las más de las veces, la opinión de los demás, y son tan absurdas como las de los pobres diablos antes citados. La envidia y el odio derivan en gran parte de la misma raíz.

Nada contribuye tanto, indudablemente, a nuestra felicidad, compuesta principalmente de tranquilidad de ánimo y de contento, como el limitar la fuerza de este móvil, rebajarlo a un grado que la razón pueda justificar (al uno y medio, por ejemplo), y arrancar así de nuestra carne esta espina que le desgarra. No obstante, la cosa es muy difícil; tenemos que habérnoslas con una debilidad natural e innata: *Etiam sapientibus cupido gloriae novissima exuitur,* dijo Tácito. (Hist., IV, 6.) (La pasión de gloria es la última de la que hasta los sabios se despojan.) El único medio de librarnos de esta locura universal sería reconocerla resueltamente como una locura, y, a este efecto, darnos cuenta muy claramente hasta qué punto la mayoría de las opiniones, en el cerebro de los hombres, son las más de las veces falsas, erróneas y absurdas; cómo la opinión de los demás ejerce poca influencia real sobre nosotros en la mayoría de los casos y de las cosas; cómo, en general,

Digitized by Google

es mala, de tal manera que no hay nadie que no se pusiese enfermo de cólera si oyese en qué tono se habla y todo lo que se dice de él; cómo, por último, el honor mismo no tiene, propiamente hablando, más que un valor indirecto y no inmediato, etcétera. Si pudiésemos obtener la curación de esta locura general, ganaríamos infinitamente en tranquilidad de ánimo y de contento, y adquiriríamos, al mismo tiempo, un porte más firme y más seguro, mucho más suelto y más natural. La influencia bienhechora de una vida retirada sobre nuestra tranquilidad de alma y sobre nuestra satisfacción proviene, en gran parte, de que nos sustrae la obligación de vivir constantemente bajo las miradas de los demás, y, por consiguiente, nos quita la preocupación incesante de su opinión posible; lo cual tiene por efecto volvernos a nosotros mismos. De esta manera evitaremos, igualmente, muchas desgracias reales, cuya única causa es esta aspiración puramente ideal o, más correctamente dicho, esta deplorable locura; nos quedará también la facultad de prestar más atención a los bienes reales, que podremos disfrutar entonces sin distraernos. Pero, como ya hemos dicho, «χαλεπα τα καλα».

Esta locura de nuestra naturaleza, que acabamos de describir, hace brotar tres vástagos principales: la ambición, la vanidad y el orgullo. Entre estos dos últimos, la diferencia consiste en que el *orgullo* es ya la convicción firmemente adquirida de nuestro gran valor propio bajo todos los respectos; la *vanidad,* por el contrario, es el deseo de hacer nacer esta convicción en los demás, y, por lo general, con la secreta esperanza de poder más tarde apropiárnosla también. Así, pues, el orgullo es la elevada estima de sí mismo, procedente del *interior,* es

Digitized by Google

decir, directamente; la vanidad, por el contrario, es la tendencia a adquirir la estima del *exterior,* es decir, indirectamente. Por eso la vanidad hace hablador y el orgullo taciturno. Pero el vanidoso debiera saber que la elevada opinión de otro, a la cual aspira, se obtiene mucho más pronto y más seguramente guardando un silencio continuo que hablando aun cuando habría que decir las cosas más bellas del mundo. No es orgulloso quien quiere; a lo sumo puede afectarlo quien quiera; pero este último olvidará muy pronto su papel, como todo papel plagiado. Porque lo que hace realmente orgulloso es únicamente la firme, la íntima, la inquebrantable convicción de méritos superiores y de un valor aislado. Esta convicción puede ser errónea o bien fundarse en méritos simplemente exteriores y convencionales; poco importa al orgullo, con tal de que aquélla sea real y seria. As, pues, como el orgullo tiene su raíz en la *convicción,* estará, como toda noción, fuera de nuestra *voluntad libre.* Su peor enemigo, quiero decir, su mayor obstáculo es la *vanidad,* que mendiga la aprobación de otro para fundar después sobre ésta la elevada opinión de sí mismo, mientras que el orgullo supone una opinión ya firmemente establecida.

Aunque el orgullo se execre y repruebe en general, estoy, no obstante, tentado a creer que eso proviene principalmente de los que no tienen nada de que puedan enorgullecerse. Vista la impudencia y la estúpida arrogancia de la mayoría de los hombres, todo ser que posee algunos méritos hará muy bien en ostentarlos, a fin de no dejarlos caer en un olvido completo; porque el que benévolamente no trata de prevalerse de ellos y se porta con las personas como si fuese en todo su semejante, no tar-

Digitized by Google

dará en ser considerado con toda sinceridad como uno de sus iguales. Quisiera recomendar que obrasen así principalmente aquellos cuyos méritos son de orden más elevado, méritos reales y, por consiguiente, puramente personales, supuesto que éstos no pueden, como las condecoraciones y los títulos, recordarse en cada instante a la memoria por su impresión sobre los sentidos; de otro modo verán muy a menudo realizarse el *sus Minervam* (el puerco que daba lecciones a Minerva) (1).

Un excelente proverbio árabe dice: *Si bromeas con el esclavo, le verás volverte la espalda muy pronto.* No debe desdeñarse tampoco la máxima de Horacio: *Sume superbian quaesitam meritis.* (Conserva el noble orgullo que debes a tus méritos.) La modestia es una virtud inventada principalmente para uso de los pícaros, porque exige que cada cual hable de sí como si fuese uno de tales; esto establece una igualdad de nivel admirable y produce la misma apariencia que si no hubiese, en general, más que pícaros.

Sin embargo, el orgullo más bajo y barato es el orgullo nacional. Revela, en el que está atacado de él, la ausencia de otras cualidades *individuales* de que pudiera enorgullecerse, porque sin ello no recurriría a las de que participan tantos millones de individuos. Todo el que posee méritos personales distinguidos reconocerá, por el contrario, más claramente los defectos de su propia nación, toda vez que siempre la tiene muy presente. Pero todo imbécil miserable, que no tiene en el mundo nada de que pueda enorgullecerse, se refugia en este último

(1) Apólogo latino en que se alude al ensoberbecimiento de los mezquinos.

Digitized by Google

recurso de vanagloriarse de la nación a que pertenece por casualidad; en ello se ceba, y, en su gratitud estúpida, está dispuesto incluso a defender πυξ χα λαξ (con manos y pies) todos los defectos y todas las tonterías propias de su nación.

Así, de cincuenta ingleses, por ejemplo, apenas se encontrará uno solo que eleve la voz para aprobaros cuando habléis con justo desprecio del fanatismo estúpido y degradante de su nación; pero este solo individuo será seguramente un hombre inteligente. Los alemanes no tienen orgullo nacional, y demuestran así esa honradez cuya reputación tienen; en cambio, todo lo contrario es lo que demuestran aquellos de los alemanes que profesan y afectan ridículamente este orgullo, como lo hacen principalmente los *Deutschen Brüder* y los demócratas, que halagan al pueblo a fin de seducirlo. Se suele creer que los alemanes han inventado la pólvora; pero yo no soy de esa opinión. Lichtenberg plantea también la cuestión siguiente: "¿Por qué un hombre que no es un alemán raramente se hace pasar por tal? ¿Por qué, en cambio, cuando quiere hacerse pasar por algo, simula ser francés e inglés?" Por lo demás, la individualidad en todo hombre es cosa algo más importante que la nacionalidad, y merece ser tomada en consideración mil veces más que esta última. Honradamente nunca se podrá decir mucho bueno de un carácter nacional, ya que "nacional" quiere decir que pertenece a la multitud. Es más bien la mezquindad de espíritu, la sinrazón y la perversidad de la especie humana lo que resalta en cada país, bajo una forma distinta, y a esto es a lo que se suele llamar el carácter nacional. Disgustado de uno, elogiamos a otro, hasta el momento en que

Digitized by Google

éste nos inspira el mismo sentimiento. Cada nación se burla de la otra, y todas tienen razón.

La materia de este capítulo puede clasificarse, como hemos dicho, en *honor, posición* y *gloria.*

II.—La posición.

En cuanto a la *posición,* por importante que parezca a los ojos de la multitud y de los *filisteos,* y por grande que pueda ser su utilidad como rodaje en la máquina del Estado, la echaremos a tierra en pocas palabras en confirmación de nuestra tesis. Se trata de un valor convenido, o más correctamente, de un valor simulado; su acción tiene por resultado una consideración simulada, y el todo es una pura comedia para la multitud. Las condecoraciones son letras de cambio giradas sobre la opinión pública; su valor se funda en el crédito del girador. Entretanto, y sin hablar de toda la plata que ahorran al Estado sustituyendo a las recompensas pecuniarias, no dejan de ser una institución de las más felices, suponiendo que su distribución se haga con discernimiento y equidad. En efecto, la multitud tiene ojos y oídos, pero apenas tiene tacto; tiene, sobre todo, infinitamente poco juicio, y su misma memoria es limitada. Ciertos méritos están fuera del alcance de su comprensión; hay otros a los que comprende y aclama al aparecer, pero que muy pronto olvida. Siendo así, encuentro muy conveniente, dondequiera y siempre, gritar a la multitud mediante una cruz o una estrella: "¡Este hombre que veis no es de vuestros semejantes; tiene méritos!" Sin embargo, en una distribución injusta, no lógica o excesiva, las condecoraciones pier-

Digitized by Google

den su valor; así, los príncipes debieran tener tanta circunspección en concederlas como un comerciante en firmar letras de cambio. La inscripción *Pour le mérite* (Por el mérito) en una cruz, es un pleonasmo; toda condecoración debiera ser "pour le mérite, ça va sans dire". (Ni que decir tiene que por el mérito.)

III.—El honor.

La discusión del *honor* será mucho más difícil y más larga que la de la posición. Ante todo, tendremos que definirlo. Si a este efecto yo dijese: "El honor es la conciencia exterior, y la conciencia es el honor interior", esta definición pudiera tal vez agradar a algunos; pero sería más bien una explicación brillante que clara y fundada. Así, pues, diré: "El honor es, objetivamente, la opinión que tienen los demás de nuestro valor, y subjetivamente, el temor que nos inspira esta opinión. En este último respecto ejerce a menudo una acción muy saludable, aunque de ningún modo fundada en pura moral, sobre el hombre de honor".

La raíz y el origen de este sentimiento del honor y de la vergüenza, inherente a todo hombre que no está corrompido por completo, y el motivo del gran valor atribuído al honor, van a exponerse en las consideraciones que siguen. El hombre por sí solo puede muy poco; es un Robinsón abandonado; únicamente en sociedad con los otros es y puede mucho. Se da cuenta de esta condición desde el momento en que su conciencia comienza, por poco que sea, a desarrollarse, e inmediatamente se despierta en él el deseo de ser contado como un miembro útil de

Digitized by Google

la sociedad, capaz de concurrir "pro parte virili" a la acción común, y de tener por ello derecho a participar de las ventajas de la comunidad humana. Lo consigue, desprendiéndose primero de lo que se exige y espera de él en la posición especial que ocupa. Pero reconoce al punto que lo que importa no es ser un hombre de este temple en su propia opinión, sino en la de los demás. Ese es el origen del ardor con que mendiga la *opinión* favorable de otro y del valor elevado que le atribuye.

Estas dos tendencias se manifiestan con la espontaneidad de un sentimiento innato, que se llama el sentimiento del honor, y en ciertas circunstancias, el sentimiento del pudor *(verecundia)*. Ese es el sentimiento que hace subir la sangre a las mejillas en cuanto se cree amenazado de perder en la opinión de los demás, aunque se sepa inocente, y aun cuando la falta revelada no sea más que una infracción relativa, es decir, relacionada con una obligación benévolamente asumida. Por otra parte, nada fortifica más en él el valor de vivir que la certeza adquirida o renovada de la buena opinión de los hombres, porque le asegura la protección y el socorro de las fuerzas reunidas del conjunto, lo que constituye un baluarte infinitamente más poderoso contra los males de la vida que sus solas fuerzas.

De las relaciones diversas, en las cuales un hombre puede encontrarse con respecto a otros individuos y que ponen a éstos en el caso de concederle la confianza, por consiguiente, de tener, como se dice, buena opinión de él, nacen muchas especies de honor. Las principales de estas relaciones son lo mío y lo tuyo, los deberes a los cuales se obliga a uno, y, en fin, la relación sexual, a las cuales corresponden el *honor burgués,* el *honor del cargo* y el

Digitized by Google

honor sexual, cada uno de los cuales presenta aún subdivisiones.

El *honor burgués* posee la esfera más extensa; consiste en la presuposición de que respetaremos absolutamente los derechos de cada uno, y que, por consiguiente, no empleamos jamás en provecho nuestro medios injustos o ilícitos. Es la condición de la participación en todo comercio pacífico con los hombres. Basta, para perderlo, una sola acción que sea franca y manifiestamente contraria; como consecuencia, toda pena criminal nos le quita igualmente, a condición de que dicha pena haya sido justa. El honor reposa siempre, sin embargo, en último análisis, sobre la convicción de la inmutabilidad del carácter moral, en virtud de la cual, una sola mala acción garantiza una cualidad idéntica de moralidad para todas las acciones ulteriores, en cuanto se presentan circunstancias semejantes; es lo que indica también la expresión inglesa *character,* que significa renombre, reputación, honor. Por eso también la pérdida del honor es irreparable, a menos de que se deba a una calumnia o a falsas apariencias. Así, pues, hay leyes contra la calumnia, contra los libelos y contra las injurias también; porque la injuria, el simple insulto, es una calumnia sumaria, sin indicación de motivos; en griego se pudiera muy bien reproducir así este pensamiento: «Εστι ἡ λοιδορια διαβολη συντομος» ("La injuria es una calumnia abreviada"); máxima que no se encuentra, sin embargo, expresada en ninguna parte. Es evidente que el que injuria no tiene nada real ni verdadero que producir contra el otro, sin lo cual lo enunciaría en forma de premisas y abandonaría tranquilamente a los que le escuchan el cuidado de sacar la conclusión, pero sucede lo contrario: da la conclusión y deja

Digitized by Google

entrever las premisas; cuenta con la suposición hecha en el espíritu de los oyentes de que procede así por abreviar solamente.

El honor burgués toma su nombre, verdad es, de la clase burguesa; pero su autoridad se extiende a todas las clases indistintamente, sin exceptuar siquiera las más elevadas; nadie puede prescindir de él; es una cuestión de la más serias, que debe uno guardarse muy bien de tomar a la ligera. Todo el que viola la fe y la ley, es para siempre un hombre sin fe y sin ley, haga lo que haga y sea lo que sea; los frutos amargos que esta pérdida trae consigo, no tardarán en producirse.

El *honor* tiene, en cierto sentido, un carácter *negativo* por oposición a la gloria, cuyo carácter es *positivo,* porque el honor no es la opinión que se apoya sobre ciertas cualidades especiales, pertenecientes a un solo individuo, sino en otras, de ordinario presupuestas, que este individuo se ve obligado a poseer igualmente. El honor se contenta, pues, con asegurar que tal sujeto no forma excepción, mientras la gloria afirma, al contrario, que lo es. La gloria debe, pues, adquirirse; el honor, a la inversa, sólo necesita no perderse. Por consiguiente, ausencia de gloria es oscuridad, algo *negativo;* ausencia de honor es vergüenza, algo *positivo.* Pero no hay que confundir esta condición negativa con la pasividad; muy al contrario, el honor tiene un carácter puramente activo. En efecto, procede únicamente de aquel sobre quien recae; está fundado en su *propia* conducta y no sobre las acciones de otro o sobre hechos exteriores; es, pues, «των εφ'ημιν» (una cualidad interior). En seguida veremos que esto distingue el verdadero honor del honor caballeresco o falso honor. De fuera no hay ataque posible contra

Digitized by Google

el honor más que por la calumnia; y el único medio de defensa es una refutación acompañada de la publicidad necesaria para desenmascarar al calumniador.

El respeto que se tributa a la edad parece fundarse en que el honor de los jóvenes, aunque admitido por suposición, no se ha puesto todavía a prueba, y, por consiguiente, no existe, propiamente hablando, más que a crédito, al paso que por lo que atañe a los hombres de más edad se ha podido comprobar en el curso de la vida si por su conducta han sabido conservar su honor. Porque ni los años en sí—los animales llegan también a una edad avanzada, y a veces más avanzada que el hombre—, ni tampoco la experiencia como simple conocimiento más íntimo de la marcha del mundo, justifican el respeto de los más jóvenes por los más viejos, respeto que se exige universalmente; la simple debilidad senil daría más bien derecho a las atenciones y miramientos que a la consideración. Es notable, sin embargo, que haya en el hombre cierto respeto innato, realmente instintivo, por los cabellos blancos. Las arrugas, signo mucho más infalible de la vejez, no inspiran ese respeto. Nunca se ha hecho mención de arrugas respetables; se dice siempre: los venerables cabellos blancos.

El honor sólo tiene un valor indirecto. Porque, como he demostrado al comienzo de este capítulo, la opinión de los demás respecto a nosotros no puede tener valor para nosotros sino en cuanto que determina o puede determinar eventualmente su conducta para con nosotros. Esto es, en verdad, lo que sucede mientras vivimos con los hombres o entre ellos. En efecto; como en el estado de civilización sólo a la sociedad debemos nuestra seguridad y nuestra

Digitized by Google

propiedad, como además necesitamos de los otros en cualquier empresa, y como debemos captarnos su confianza para que entren en relación con nosotros, su opinión será de gran valor a nuestros ojos; pero ese valor será siempre indirecto, y no podría admitir yo que pueda tener un valor directo. Tal es también la opinión de Cicerón *(De fin.,* III, 17): *De bona autem fama Chrysippus quidem et Diogenes, detracta utilitate, ne digitum quidem, ejus causa, porrigendum esse dicebant. Quibus ego vehementer assentior.* (De la buena reputación decían Crisipo y Diógenes que, quitada la utilidad, no merecía la pena de que se alzase un dedo por ella. Tal es también mi opinión.) Helvecio desarrolla extensamente en su obra maestra *Del espíritu* (disc. III, capítulo 13) esta verdad, y llega a la conclusión siguiente: *Nous n'aimons pas l'estime pour l'estime, mais uniquement pour les avantages qu'elle procure.* (No amamos el aprecio por el aprecio, sino tan sólo por las ventajas que procura.) Ahora bien; no pudiendo valer el medio más que el fin, la pomposa máxima *el honor es antes que la vida,* es, como ya hemos dicho, una hipérbole.

Esto por lo que atañe al honor burgués.

El *honor del cargo* es la opinión general de que un hombre revestido de un empleo posee, efectivamente, todas las cualidades exigidas, y cumple puntualmente, y en cualquier circunstancia, las obligaciones de su cargo. Cuanto más importante y extensa es la esfera de acción de un hombre en el Estado, más elevado e influyente es el puesto que ocupa, y mayor debe ser también la opinión que se tiene de las cualidades intelectuales y morales que lo hacen digno de ese puesto; por consiguiente, el grado de honor que se le tributa y que se manifiesta por

Digitized by Google

títulos, condecoraciones, etc., ha de elevarse, y la humildad en la conducta de los demás para con él debe acentuarse progresivamente. La posición de un hombre es la que constantemente determina, medido en la misma escala, el grado particular de honor que se le debe; este grado puede modificarse, sin embargo, por la mayor o menor facilidad de las masas en comprender la importancia de esta posición. Mas siempre se atribuirá más honor al que tiene obligaciones especiales que cumplir, como, por ejemplo, las de un cargo, que al simple burgués cuyo honor se funda principalmente en cualidades negativas.

El honor del cargo exige, además, que el que ocupa un puesto lo haga respetar a causa de sus colegas y de sus sucesores; para conseguirlo debe cumplir puntualmente sus deberes, como hemos dicho; pero, además, no debe dejar impune ningún ataque contra el puesto o contra sí mismo, en cuanto funcionario; nunca permitiría, por consiguiente, que se llegue a decir que no cumple escrupulosamente los deberes de su cargo, o que éste no es de ninguna utilidad para el país; por el contrario, haciendo castigar al culpable por los tribunales, ha de demostrar que esos ataques eran injustos.

Como subdivisiones de este honor encontramos el del empleado, el del médico, el del abogado, el de todo profesor público, el de todo graduado, breve, de todo aquel que, en virtud de una declaración oficial, ha sido proclamado capaz de algún trabajo intelectual que, por ello, se ve obligado a ejecutar; en una palabra, el honor en esta cualidad común a todos los que se pueden comprender bajo la denominación de *empleados públicos*. En esta categoría debe incluirse también el verdadero *honor militar*, que

Digitized by Google

consiste en que todo hombre que se ha comprometido a defender la patria común posee realmente las cualidades requeridas, muy especialmente el valor, la bravura y la fuerza, y que está realmente dispuesto a defenderla hasta la muerte y a no abandonar en modo alguno la bandera, a la cual ha prestado juramento. He dado aquí al *honor del cargo* una significación muy amplia, porque, en la acepción ordinaria, esta expresión designa el respeto debido por los ciudadanos al cargo mismo.

El *honor sexual* me parece que exige ser examinado más de cerca, y sus principios deben ser indagados hasta en su raíz; eso vendrá a confirmar al mismo tiempo que todo honor se funda, en definitiva, en consideraciones de utilidad. Considerado en su naturaleza, el honor sexual se divide en honor de las mujeres y honor de los hombres, y constituye, por ambas partes, un *esprit de corps* (espíritu de clase) bien entendido. El primero es el más importante de los dos, porque, en la vida de las mujeres, las relaciones sexuales son lo principal. Así, pues, el *honor femenino* es, cuando se habla de una muchacha, la opinión general de que no se entrega a ningún hombre, y tratándose de una mujer casada, de que no se entrega sino al que está unida en matrimonio. La importancia de esta opinión se funda en las consideraciones siguientes: el sexo femenino lo reclama y espera absolutamente todo del sexo masculino, todo lo que desea y todo lo que le es necesario; el sexo masculino no exige al otro, ante todo y directamente, más que una sola cosa. Ha habido, pues, que arreglarse de tal manera que el sexo masculino no pudiese obtener esta única cosa sino con la condición de cuidarse de todo, y más que nada de los hijos que han de nacer; en este arreglo

Digitized by Google

se basa el bienestar de todo el sexo femenino. Para que el arreglo pueda llevarse a cabo, es necesario que todas las mujeres se mantengan firmes y demuestren ese *esprit de corps* de que he hablado. Se presentan para ello como un todo, en filas compactas, ante la masa entera del sexo masculino, como ante un enemigo común que estando, por naturaleza y en virtud de la preponderancia de sus fuerzas físicas e intelectuales, en posesión de todos los bienes terrestres, debe ser vencido y conquistado, a fin de llegar, por su posesión, a poseer al mismo tiempo todos los bienes terrestres. Con este fin, la máxima de honor de todo el sexo femenino es que toda cohabitación fuera del matrimonio será prohibida en absoluto a los hombres, a fin de que cada uno de ellos se vea forzado a tomar matrimonio como a una especie de capitulación, y así sean mantenidas todas las mujeres. Este resultado sólo puede conseguirse plenamente por la observación rigurosa de la máxima susodicha; así, pues, todo el sexo femenino vela con verdadero *esprit de corps* para que todos sus miembros la cumplan fielmente. En consecuencia, toda muchacha que, por el concubinato, se hace culpable de traición hacia su sexo, es rechazada por el gremio entero y marcada con estigma de infamia, porque el bienestar de la sociedad peligraría si el procedimiento se generalizase. Entonces es cuando se dice: ha perdido su honor. Ninguna mujer debe tratarla; se la evita como a una atacada de peste. La misma suerte espera a la mujer adúltera, porque ha violado la capitulación consentida por el marido, y porque ese ejemplo disuade a los hombres de celebrar contratos, de los cuales depende la salvación de todas las mujeres. Pero, además, como una acción así implica un engaño y una gro-

Digitized by Google

sera falta a la palabra, la mujer adúltera pierde no sólo el honor sexual, sino también el honor burgués. Por eso se puede decir: "una joven caída"; pero nunca se dirá: "una mujer caída"; el seductor puede rehabilitar a la primera por el matrimonio, pero nunca el adúltero a su cómplice, después del divorcio. Luego de esta exposición tan clara, se reconocerá que la base del principio del honor femenino es un *esprit de corps* saludable, hasta necesario, aunque bien calculado y fundado en el interés; podrá atribuírsele la más elevada importancia en la vida de la mujer, se podrá concederle un gran valor relativo, pero nunca un valor absoluto, superior al de la vida con sus destinos; nunca se admitirá tampoco que este valor deba pagarse aun a costa de la existencia. Nunca se podrá aprobar ni a Lucrecia ni a Virginia, con su exaltación, degenerando en farsas trágicas. La peripecia, en el drama de Emilia Fallotti (De W. Lessing), tiene algo tan repulsivo que se siente uno mal al salir del espectáculo. En cambio, y a despecho del honor sexual, no puede uno menos de simpatizar con la Clärchen del *Egmont*. Esta manera de llevar al extremo el principio del honor femenino pertenece, como tantos otros, al olvido del fin por los medios; se atribuye al honor sexual, con tales exageraciones, un valor absoluto, siendo así que, con más razón que ningún otro honor, sólo lo tiene relativo; es más, se siente uno inclinado a decir que es puramente convencional cuando se lee a Thomasius en su obra *De concubinatu;* allí se demuestra que, hasta la reforma de Lutero, en casi todos los países y en todos los tiempos, el concubinato ha sido un estado permitido y reconocido por la ley, y la concubina seguía siendo respetable; sin hablar de la Mylitta de Babilonia (véase

Digitized by Google

Herodoto, I, 199), etc. Hay también conveniencias sociales que hacen imposible la formalidad exterior del matrimonio, especialmente en los países católicos donde el divorcio no existe; pero en todos los países existe este obstáculo para los soberanos; a mi juicio, sin embargo, tener una querida es, de parte suya, una acción mucho más moral que un matrimonio morganático; los hijos nacidos de esas uniones pueden reclamar sus derechos en el caso en que llegase a extinguirse la descendencia legítima, de donde resulta la posibilidad, aunque muy remota, de una guerra civil. A lo sumo, el matrimonio morganático, es decir, celebrado a despecho de todas las conveniencias exteriores, es en definitiva una concesión hecha a las mujeres y a los sacerdotes, dos clases a las cuales hay que tener la precaución de conceder lo menos que se pueda. Consideremos también que cualquier hombre, en su país, puede casarse con la esposa que elija; hay uno solo a quien se arrebata ese derecho natural; ese pobre hombre es el soberano. Su mano pertenece al país; no la puede dar a nadie si no tiene en cuenta la razón de Estado, es decir, el interés de la nación. Y, sin embargo, ese príncipe es hombre; por ello mejor quisiera seguir las inclinaciones de su corazón. Es injusto e ingrato tanto como burguesamente vulgar defender o prohibir que el soberano pueda vivir con su querida según le conceda o no influencia sobre los negocios públicos. Por su parte, esta querida, con respecto al honor sexual, es una mujer excepcional, por decirlo así, fuera de la regla común. No se entrega más que a un solo hombre; ama y es amada de ese hombre, que nunca podrá tomarla por esposa. Esto demuestra que el honor femenino no tiene un origen puramente natural; el

Digitized by Google

infanticidio y el suicidio de las madres le tributan numerosos y sangrientos sacrificios. Una joven que se entrega ilegítimamente viola, verdad es, su fe hacia el sexo entero; pero esta fe sólo ha sido aceptada tácitamente; no ha sido jurada. Y como en la mayoría de los casos su propio interés es el que más directamente se resiente de esto, su locura es entonces infinitamente mayor que su depravación.

El honor sexual de los hombres está provocado por el de las mujeres, a título de espíritu de cuerpo opuesto; todo hombre que se somete al matrimonio, es decir, a esa capitulación tan ventajosa para la parte adversa, contrae la obligación de velar en lo sucesivo por lo que respecta a la capitulación, a fin de que este mismo pacto no llegue a perder su solidez si se tomase la costumbre de guardarlo con negligencia; no conviene que los hombres, después de haberlo entregado todo, lleguen a no asegurarse de la única cosa que han estipulado en cambio, a saber: la posesión exclusiva de la esposa. El honor del marido exige entonces que vengue el adulterio de su mujer y lo castigue al menos con la separación. Si lo sufre, aunque tenga conocimiento de él, la sociedad masculina le cubre de vergüenza; pero ésta no es tan penetrante como la de la mujer que ha perdido su honor sexual. Es, a lo más, una *levioris notae macula* (una mancha de escasa importancia), porque las relaciones sexuales son un asunto secundario para el hombre, dada la multiplicidad y la importancia de las demás relaciones. Los dos grandes poetas dramáticos de los tiempos modernos han tomado dos veces cada uno por asunto este honor masculino: Shakespeare, en *Otelo* y el *Cuento de una noche de invierno,* y Calderón, en *El médico de su honra* y *A secreto agravio, secreta vengan-*

Digitized by Google

za. Por lo demás, este honor no exige más que el castigo de la mujer y no el del amante; el castigo de este último es *opus super erogationis* (cuestión de más), lo cual confirma que su origen está en el *esprit de corps* de los maridos.

El honor, tal como lo he considerado hasta ahora en sus especies y en sus principios, reina generalmente en todos los pueblos y en todas las épocas, aunque se puedan descubrir algunas modificaciones locales y temporales en los principios del honor femenino. Pero existe un género de honor completamente distinto del que se ha propagado generalmente y por dondequiera, honor de que no tenían la menor idea ni los griegos ni los romanos, como tampoco los chinos, los indios, ni los mahometanos hasta hoy. En efecto, ha nacido en la Edad Media, y sólo se ha aclimatado en la Europa cristiana; aquí mismo no ha penetrado sino en una fracción mínima de la población, a saber: entre las clases superiores de la sociedad y entre sus émulos. Es el *honor caballeresco* o el *point d'honneur.* Su base difiere totalmente de la del honor de que hemos tratado hasta ahora; en algunos puntos es opuesto a él, puesto que aquél da lugar al *hombre honorable,* y éste, por el contrario, al *hombre de honor.* Voy, pues, a exponer aquí separadamente sus principios bajo la forma de código o espejo del honor caballeresco:

1.° El honor no consiste en la opinión de otro sobre nuestro mérito, sino únicamente en las *manifestaciones* de esta opinión; poco importa que la opinión manifestada exista o no, y menos que sea o no fundada. Por consiguiente, el mundo puede tener la peor opinión sobre nosotros, puede despreciarnos, puede pensar de nosotros lo que le parezca;

Digitized by Google

eso no perjudica en nada a nuestro honor, con tal de que nadie se permita decirlo en alta voz. Pero, a la inversa, si nuestras cualidades y nuestras acciones obligasen a todo el mundo a estimarnos mucho (porque eso no depende más que de su libre arbitrio), bastará un solo individuo—aunque sea el más malvado o el más imbécil—que enuncie su desdén sobre nosotros para que, de repente, nuestro honor se sienta lastimado, perdido para siempre, si no lo reparamos. Un hecho que demuestra bien a las claras que no se trata de la *opinión* misma, sino únicamente de su *manifestación* exterior, es que las *palabras ofensivas* pueden retirarse, que, en caso de necesidad, puede pedirse perdón, y que entonces es como si no se hubiesen pronunciado; la cuestión de saber si la opinión que las había provocado ha variado al mismo tiempo y por qué se ha modificado, no importa nada para el asunto; no se anula más que la manifestación, y entonces todo está en regla. El resultado a que se aspira no es, por consiguiente, merecer el respeto, sino arrebatarlo.

2.° El honor de un hombre no depende de *lo que hace,* sino de *lo que le hacen,* de lo que le sucede. Hemos estudiado antes el honor que reina en todas partes; sus principios nos han demostrado que depende exclusivamente de lo que un hombre dice o hace; en cambio, el honor caballeresco resulta de lo que otro dice o hace. Está puesto en la mano o simplemente colgado en la punta de la lengua del primero que llega; por poco que éste suelte la mano, el honor está a cada instante en peligro de perderse para siempre, a menos que el ofendido lo recobre por la violencia. Hablaremos al punto de las formalidades que han de cumplirse para rehabilitarlo. Sin embargo, este procedimiento sólo puede

Digitized by Google

seguirse con el peligro de la vida, de la libertad, de la fortuna y del reposo del alma. Aunque la conducta de un hombre fuese la más respetable y más noble, su alma la más pura y su cerebro el más eminente, todo eso no impedirá que su honor pueda perderse, en cuanto le plazca a un individuo cualquiera injuriarle; y, bajo la única reserva de no haber violado aún los preceptos del honor en cuestión, este individuo podrá ser el pícaro más vil, el bruto más estúpido, un holgazán, un jugador, un hombre cargado de deudas, breve, un ser que no es digno ni de que el otro lo mire. Es más, por lo general, a una criatura de esta especie es a quien agradará insultar, porque Séneca *(De constantia,* II) ha observado exactamente que *ut quisque contemplissimus et ludibrio est, ita solutissimae linguae est* (cuanto más despreciable es un hombre, cuanto más sirve de ludibrio, menos freno tiene su lengua); y precisamente en el hombre eminente que hemos descrito más arriba se cebará con preferencia el vil, porque los contrarios se odian y la vista de las cualidades despierta habitualmente una sorda rabia en el alma de los miserables; por eso, Goethe dijo:

Was Klagst du über Feinde?
Sollten Solche je werden Freunde,
Denen das Wessen, wie du bist,
Im Stillen ein eweiger Vorwurf ist?

(¿Por qué quejarte de tus enemigos? ¿Podrían ser jamás amigos tuyos unos hombres para los cuales una naturaleza como la tuya es, en secreto, una acusación eterna?)

Se observa cómo las personas de esta clase deben gratitud al principio del honor que les pone al nivel

Digitized by Google

de las que les son superiores por todos conceptos. Que un individuo así lance una injuria, es decir, atribuya al otro alguna cualidad mala; si éste no borra inmediatamente el insulto con sangre, pasará provisionalmente tal injuria por un juicio objetivamente cierto y fundado, por un decreto con fuerza de ley; la afirmación podrá incluso seguir siendo para siempre verdadera y válida. En otros términos, el insultado sigue siendo a los ojos de todos los "hombres de honor" lo que el insultante (aunque éste sea el último de los hijos de Adán) dijo que era, porque ha "dejado intacta la afrenta". (Ese es el *terminus tecnicus.*) Desde entonces "los hombres de honor" le despreciarán profundamente; huirán de él como si tuviese peste; se negarán, por ejemplo, en alta voz y públicamente, a ir a una reunión donde se le recibe, etc. Creo poder hacer remontar con certeza a la Edad Media el origen de ese loable sentimiento. En efecto, C. W. de Wachter (V. *Beiträge zur deutschen Geschichte, besonders des deutschen Strafrechts,* 1845) nos hace saber que hasta el siglo XV, en los procesos criminales, no era el denunciante quien había de probar la culpabilidad, sino el denunciado quien había de probar su inocencia. Esta prueba podía hacerse por el juramento de purgación, para el cual se necesitaban testigos *(consacramentales)* que jurasen estar convencidos de que era incapaz de un perjurio. Si no podían encontrarse testigos, o si el acusador los recusaba, entonces intervenía el juicio de Dios, que consistía, por lo general, en el duelo. Porque el denunciado se convertía entonces en un "insultado", y debía purgarse del insulto. He aquí, pues, el origen de esa noción del "insulto" y de todo ese procedimien-

Digitized by Google

to, tal como aun hoy se practica entre los "hombres de honor", salvo el juramento.

Eso nos explica también la profunda indignación obligada que sienten los "hombres de honor" cuando se oyen acusar de mentira, así como la venganza sangrienta que toman; lo cual parece tanto más extraño cuanto que la mentira es una cosa de todos los días. En Inglaterra especialmente, el hecho se ha elevado a la altura de una superstición profundamente arraigada (todo el que amenaza de muerte al que le acusa de mentira debiera, en realidad, no haber mentido nunca en su vida). En aquellos procesos criminales en la Edad Media había un procedimiento aún más rápido; consistía en que el acusado replicaba al acusador: "Has mentido"; después de lo cual se apelaba inmediatamente al juicio de Dios; de ahí deriva en el código del honor caballeresco la obligación de acudir inmediatamente a las armas en cuanto existe el reproche de haber mentido. Todo esto por lo que a la injuria concierne. Pero existe algo peor que la injuria, algo de tal modo horrible que debo pedir perdón a los "hombres de honor" tan sólo por osar mencionarlo en este código del honor caballeresco; no ignoro que, nada más que pensar en ello, sus cabellos se erizarían sobre sus cabezas, porque esta cosa es el *summum malum*, el mayor de todos los males de la tierra, más terrible que la muerte y la condenación. Puede suceder, en efecto, *horribile dictu*, puede suceder que un individuo aplique a otro una bofetada o un golpe. Y esto es la terrible catástrofe; esto produce una muerte tan completa del honor que, si se pueden curar en rigor por simples sangrías todas las demás lesiones del honor, éste, para una curación radical, exige que se mate irremediablemente.

Digitized by Google

3.° El honor no se preocupa de lo que puede ser el hombre en sí y por sí, ni de la cuestión de saber si la condición moral de un ser no puede modificarse algún día y otras pedanterías de escuela semejantes. Cuando el honor ha sido lastimado o se ha perdido por un momento, puede ser rehabilitado pronta e íntegramente, pero a condición de que se rehabilite lo más pronto posible; esta única panacea es el duelo. No obstante, si el autor del perjuicio no pertenece a las clases sociales que profesan el código del honor caballeresco, o si ha violado ese código en alguna ocasión, hay una operación infalible que emprender, especialmente cuando la lástima ha sido causada por vías de hecho y aunque la ofensa sólo haya sido de palabra; hay, decimos, una operación infalible que emprender: ésta consiste, si se está armado, en hundirle inmediatamente, o, en rigor, una hora después, el arma en el cuerpo; de esta manera, el honor queda restablecido. Pero a veces se quiere evitar esta operación, porque se comprenden las molestias que de aquí podrían resultar; entonces, si no se está seguro de que el ofensor se someta a las leyes del honor caballeresco, se ha recurrido a un remedio paliativo que se llama *la ventaja*. Este consiste, cuando el adversario ha sido grosero, en serlo mucho más que él; si por eso las injurias no bastan, se recurre a los golpes; y aun aquí hay un climax, una gradación en el tratamiento del honor: se curan las bofetadas por bastonazos, éstos por latigazos en el rostro; contra estos últimos hay personas que aún recomiendan, como de una eficacia probada, escupir a la cara. Pero, en los casos en que no se llegue a tiempo con esos remedios, es preciso, sin falta, proceder a las operaciones sangrientas. Este método de tratamiento

Digitized by Google

paliativo se basa, en el fondo, en la máxima siguiente:

4.° Del mismo modo que ser insultado es una vergüenza, así también insultar es un honor. Así, pues, aunque la verdad, el derecho y la razón estén de parte de mi adversario, si yo le injurio, al punto se va al diablo con todos sus méritos; el derecho y el honor están de mi parte, y él, por el contrario, ha perdido el suyo provisionalmente, hasta que lo restablezca; ¿por el derecho y la razón creéis? No; por la pistola o la espada. Luego, desde el punto de vista del honor, la grosería es una cualidad que suple o domina a todas las demás; el más grosero tiene razón siempre: *quid multa?* Cualquier necedad, cualquier inconveniencia, cualquier infamia que se haya podido cometer, una grosería les quita ese carácter y los legitima al punto. Que en una discusión o en una simple conversación otro despliega un conocimiento más exacto de la cuestión, un amor más severo de la verdad, un juicio más sano, más razón, en una palabra, que saca a la luz méritos intelectuales que nos hunden en la sombra, nos basta para borrar de un golpe todas esas superioridades disfrazar nuestra indigencia de espíritu y hacernos de golpe superior volviéndonos groseros u ofensivos. Porque una grosería derriba cualquier argumento y eclipsa a todo ingenio. Si, pues, nuestro adversario no se pone también en el mismo tono y no replica con una grosería aún mayor, en cuyo caso llegamos al noble asalto por la *ventaja,* nosotros somos los victoriosos y el honor está de nuestra parte; verdad, instrucción, juicio, inteligencia, espíritu: todo eso debe replegarse y huir ante la divina grosería. Así, pues, los "hombres de honor", desde el momento en que alguien emite una opinión

Digitized by Google

distinta de la suya o despliega más razón de la que ellos pueden poner en ejercicio, harán el gesto de montar inmediatamente a horcajadas sobre ese caballo de combate; cuando, en una controversia, carecen de argumentos que oponeros, buscarán alguna grosería, lo que hace el mismo oficio y es más fácil de encontrar, luego de lo cual se marchan triunfantes. Después de lo que acabamos de exponer, ¿no se tiene razón para decir que el principio del honor ennoblece el tono social?

La máxima de que acabamos de ocuparnos se funda, a su vez, en la siguiente, que es, propiamente dicho, el fundamento y el alma del presente código:

5.° El tribunal supremo de justicia, aquel ante el cual en todas las diferencias tocante al honor se puede apelar de toda instancia anterior, es la fuerza física, es decir, la animalidad. Porque toda grosería es, a decir verdad, una apelación a la animalidad, en el sentido de que evidencia la inutilidad de la lucha de las fuerzas intelectuales o del derecho moral, a quienes reemplaza por el de las fuerzas físicas. En la especie *hombre,* que Franklin definió como un *Toolmaking animal* (animal que fabrica utensilios), esta lucha se efectúa por el duelo, mediante las armas especialmente confeccionadas con ese fin, y produce una decisión inapelable. Esta máxima fundamental está designada, como es sabido, por la expresión *derecho de la fuerza,* que envuelve una ironía, como en alemán la palabra *Aberwitz* (absurdo), que indica una especie de "Witz" (espíritu) que está muy lejos de ser tal "Witz"; asimismo, el honor caballeresco debiera llamarse el *honor de la fuerza.*

6.° Al tratar del *honor burgués,* lo hemos en-

Digitized by Google

contrado muy escrupuloso en los capítulos de lo tuyo y de lo mío, de las obligaciones contraídas y de la palabra dada; en cambio, el código natural profesa en todos esos puntos los principios más noblemente liberales. En efecto, sólo hay una *palabra* a la cual no se debe faltar: es la "palabra de honor", es decir, la palabra por la cual se ha dicho: "por el honor", de donde resulta la presunción de que se puede faltar a cualquier otra palabra. Pero, aun en el caso en que se hubiera violado la palabra de honor, el honor puede necesariamente salvarse por medio de la panacea en cuestión: el duelo; entonces nos vemos forzados a batirnos con los que sostienen que hemos dado nuestra palabra de honor. Además, no existe más que *una sola deuda* que haya que pagar sin falta: es la deuda de juego, que, por ese motivo, llámase "una deuda de honor". En cuanto a las demás deudas, aunque se mezclasen judíos y cristianos, eso no perjudicaría en nada al honor caballeresco.

Todo espíritu de buena fe reconocerá a primera vista que ese código extraño, bárbaro y ridículo del honor no puede tener su origen en la esencia de la naturaleza humana o en una manera sensata de examinar las relaciones de los hombres entre sí. Esto es lo que confirma también el dominio muy limitado de su autoridad; ese dominio, que data de la Edad Media, se limita a Europa, y aquí mismo no abarca más que la nobleza, la clase militar y sus émulos. Porque ni los griegos, ni los romanos, ni los pueblos eminentemente civilizados del Asia, ni en la antigüedad, ni en los tiempos modernos, han sabido ni saben la primera letra de ese honor y de sus principios. Todos esos pueblos no conocen más que lo que hemos llamado honor burgués. Entre ellos,

Digitized by Google

el hombre no tiene otro valor que el que le da su conducta íntegra, y no la que le da lo que agrada a una mala lengua decir por su cuenta. Entre todos esos pueblos, lo que dice o hace un individuo puede aniquilar *su propio* honor, pero nunca el de otro. Un golpe, en todos estos pueblos, no es otra cosa que un golpe, tal como puede darlo cualquier caballo o cualquier asno, y más peligroso aún; un golpe podrá, en ocasiones, despertar la cólera o inclinar a vengarse inmediatamente, pero no tiene nada de común con el honor. Esas naciones no tienen libros donde se enumeren los golpes o las injurias, así como las *satisfacciones* que se han dado o que se ha desdeñado de dar. Por lo que atañe a bravura y desprecio de la vida, no ceden en nada a la Europa cristiana. Los griegos y los romanos eran seguramente héroes acabados, pero ignoraban plenamente el "point d'honneur". El duelo no era en ellos asunto de las clases nobles, sino de viles gladiadores, de esclavos abandonados y de criminales condenados, a quienes excitaban a batirse, haciéndoles alternar con bestias feroces, para la diversión del pueblo. Con la introducción del cristianismo, los juegos de gladiadores fueron abolidos; pero en su lugar, y en pleno cristianismo, se ha iniciado el duelo por intermedio del juicio de Dios. Si los primeros eran un sacrificio cruel ofrecido a la curiosidad pública, el duelo es también un sacrificio muy cruel, al prejuicio general, sacrificio en que no se inmolan criminales, esclavos o encarcelados, sino hombres libres y nobles.

Una multitud de rasgos que la Historia nos ha conservado demuestran que los antiguos ignoraban en absoluto ese prejuicio. Cuando, por ejemplo, un jefe teutón provocó a Mario en duelo, este héroe

Digitized by Google

le respondió que "si estaba cansado de la vida, no tenía más que colgarse", proponiéndole, sin embargo, un meritísimo gladiador con el cual pudiera batallar a su gusto. (Freinsh Suppl. in Lir., tomo LXVIII, c. 12.) Leemos en Plutarco (Tem., 11) que Euribíades, comandante de la flota, en una discusión con Temístocles, alzó el bastón para pegarle sin que éste sacase por ello su espada, sino que se limitó a decir: «Ηατα ξον μεν ουν, ακουσν δε» (Pega, pero escucha). ¡Qué indignación debe sentir el lector que sea "hombre de honor" al no encontrar en Plutarco la mención de que el cuerpo de oficiales atenienses declarase inmediatamente no querer servir más a las órdenes de Temístocles! Así dice, con razón, un escritor francés moderno: "Si quelqu'un s'avisait de dire, que Démosthene fût un homme d'honneur, on sourirait de pitié... Ciceron n'était pas un homme d'honneur non plus". (Si alguien se aventurase a decir que Demóstenes fué un hombre de honor, se sonreiría de compasión... Cicerón no era tampoco un hombre de honor. C. Durand, *Soirées litteraires.)* Además, el pasaje de Platón (De leg. IX) sobre los αχια , es decir, las vías de hecho, prueba bastante que en esta materia los antiguos no sospechaban siquiera ese sentimiento del puntillo de honor caballeresco. Sócrates, a consecuencia de sus numerosas disputas, estuvo muchas veces expuesto a recibir golpes, que soportaba con tranquilidad; un día recibió una patada, la aceptó sin incomodarse, y dijo a uno que se extrañó de ello: "Si un asno me hubiese pegado, ¿iría a pedirle satisfacciones?" (Dióg. Laercio, II, 21.) Otra vez, como alguien le dijese: "Ese te insulta; ¿no te injuria?", le respondió: "No, porque lo que dice no se me puede aplicar a mí". (Ibíd., 36.) Stobeo (Florileg.) nos ha

Digitized by Google

conservado un largo pasaje de Musonio que permite darse cuenta de la manera como los antiguos afrontaban las injurias; no conocían otro medio de obtener satisfacción que acudiendo a los tribunales, y los sabios hasta desdeñaban éste. Puede verse en el *Georgias*, de Platón, que, en efecto, ésa era la única reparación exigida para una bofetada; allí encontramos también reproducida la opinión de Sócrates. Esto se evidencia también en lo que cuenta Aulo Gelio (N. Aticas, XX, 1) de un tal Lucio Veracio, que se entretenía, por jugueteo y sin motivo ninguno, en dar una bofetada a los ciudadanos romanos que encontraba por la calle; para evitar muchas formalidades, se hacía acompañar, a este efecto, de un esclavo portador de un saco de monedas de cobre y encargado de pagar inmediatamente, al transeúnte asombrado, la indemnización legal de 25 ases. Crates, el célebre filósofo cínico, había recibido del músico Nicodromo una bofetada tan terrible, que su rostro estaba tumefacto y esquimosado; entonces se grabó en la frente una planchita con esta inscripción: «Νικόδρομος ἐποίει» (Nicodromo ha hecho esto); con lo que cubrió de vergüenza a aquel tocador de flauta por haber cometido tal brutalidad (D. Laercio, VI, 89) con un hombre a quien Atenas reverenciaba al igual de un dios lar (Apul., Flor). A este propósito tenemos también una carta de Diógenes de Sinopes, dirigida a Melesipo, en la cual, después de haber contado que fué apaleado por atenienses beodos, agrega que no le importa absolutamente nada. Séneca, en su libro *De constantia sapientis*, desde el capítulo X hasta el fin, trata detalladamente del ultraje *(contumelia)* para establecer que el sabio lo desprecia. En el capítulo XIV dice: *At sapiens colaphis percussus, quid faciet?*

Digitized by Google

Quod Cato, cum illi os percussum esset: non excanduit, non vindicavit injuriam: nec remisit quidem, sed factam negavit. (Mas el sabio que recibe una bofetada, ¿qué hará? Lo que Catón cuando le golpearon en el rostro: no se encendió en cólera, no vengó la injuria; ni la perdonó siquiera, sino que negó que se le hubiera hecho.)

"¡Sí, exclamáis; pero eran sabios!"

¿Y vosotros sois necios? De acuerdo.

Veremos, pues, que todo ese principio del honor caballeresco era desconocido de los antiguos, precisamente porque examinaban las cosas bajo su aspecto natural sin prevenciones y sin dejarse mantear por siniestras y necias chirigotas de esa especie. Así, pues, en un golpe en la cara no veían nada más que lo que es en realidad: un perjuicio físico, mientras que para los modernos es una catástrofe y un tema de tragedias, como, por ejemplo, en el *Cid*, de Corneille, y en un drama alemán más reciente, intitulado *La fuerza de las circunstancias*, pero que debiera llamarse más bien *La fuerza del prejuicio*. Es decir, que si un día se da una bofetada en la Asamblea Nacional de París, entonces Europa entera se agita. Las reminiscencias clásicas, así como los ejemplos de la antigüedad, referidos más arriba, deben haber puesto en muy mala disposición a los "hombres de honor"; les recomendamos, como antídoto, que lean en *Jacques, le fataliste*, la obra maestra de Diderot, la historia de monsieur Desglands (1); encontrarán un tipo excepcional de

(1) Véase cómo el propio Schopenhauer resume esta historia: "Dos hombres de honor, uno de los cuales se llamaba Desglands, cortejan a la misma mujer; están sentados a la mesa, uno junto a otro y enfrente de la dama,

Digitized by Google

honor caballeresco moderno que podrá deleitarles y edificarles a la vez.

De todo lo que precede, resultan pruebas suficientes de que el principio del honor caballeresco no es un principio primitivo, basado en la naturaleza propia del hombre; es artificial, y su origen es fácil de descubrir. Es hijo de esos siglos en que los puños estaban más ejercitados que los cerebros, y en que los sacerdotes tenían la razón encadenada; finalmente, de esa Edad Media tan ensalzada y de su caballería. En efecto, en aquella época, Dios no sólo tenía la misión de velar por nosotros; debía también juzgar por nosotros. Así, las causas judiciales delicadas se decidían por las *ordalias* o juicios de Dios, que consistían, con pocas excepciones, en los combates singulares, no sólo entre caballeros, sino hasta

---

cuya atención trata de atraerse Desglands con los más animados discursos; entretanto, los ojos de la persona amada buscan constantemente al rival de Desglands, y oye distraída lo que éste dice. Los celos provocan en Desglands, que tiene en la mano un huevo, una contracción espasmódica; el huevo estalla, y el contenido salta a la cara del rival. Este hace un gesto con la mano, pero Desglands la coge y le dice al oído: *la tengo por recibida.* Se hace un profundo silencio. Al día siguiente, Desglands se presenta con la mejilla derecha cubierta por un gran retal de tafetán negro. Verificóse el duelo, y el rival de Desglands fué herido gravemente, pero no mortalmente; Desglands disminuyó entonces su tafetán negro en algunas líneas. Después de la cura del rival, segundo duelo; Desglands le hirió de nuevo, y acortó su emplasto. Así cinco o seis veces seguidas; después de cada duelo, Desglands disminuía el retal de tafetán, hasta la muerte del rival".

Digitized by Google

entre burgueses, como lo demuestra un lindo pasaje del *Enrique VI*, de Shakespeare (segunda parte, acto II, escena III). El combate singular o juicio de Dios era una instancia superior, a la cual se podía apelar de toda sentencia judicial. De esta manera, en lugar de la razón, era la fuerza y la destreza físicas, o dicho de otra manera, la naturaleza animal, la que se erigía en tribunal, y no era lo que un hombre había hecho, sino lo que le había sucedido, lo que decidía si tenía razón o no, exactamente igual que procede el principio de honor caballeresco, aún hoy en vigor. Si se conservasen dudas sobre este origen del duelo y de sus formalidades, bastaría, para disiparlas por completo, leer la excelente obra de Mellingen *The history of duelling,* 1849. Aun en nuestros días, entre las personas que conforman su vida a esos preceptos (sabido es que, por lo general, no son precisamente ni las más instruídas ni las más razonables), hay algunas para quienes el resultado del duelo representa, efectivamente, la sentencia divina, en la diferencia que ha provocado el combate; ésa es, evidentemente, una opinión nacida de una larga transmisión hereditaria y tradicional.

Abstracción hecha de su origen, el principio de honor caballeresco tiene por objeto inmediato hacerse tributar, por la amenaza de la fuerza física, los testimonios exteriores de aprecio que se cree muy difícil o superfluo adquirir realmente. Es poco más o menos como si uno calentase con su mano la bola de un termómetro y quisiese demostrar, por la ascensión de la columna de mercurio, que su habitación está bien caldeada. Examinándolo más de cerca, he aquí el principio: del mismo modo que el honor burgués, que tiene por objeto las relaciones pacíficas de los hombres entre sí, consiste en la opi-

Digitized by Google

nión de que merecemos plena *confianza,* porque respetamos escrupulosamente los derechos de cada cual, así también el honor caballeresco consiste en la opinión de que somos *de temer,* pues estamos decididos a defender a ultranza nuestros propios derechos. La máxima de que vale más inspirar el temor que la confianza, no sería tan falsa, en vista del poco caso que se puede hacer de la justicia de los hombres, si viviésemos en el estado natural en que cada cual debe por sí mismo defender su persona y sus derechos. Pero no tiene aplicación en nuestra época de civilización, en que el Estado toma a su cargo la protección de la persona y de la propiedad; viene a ser como esos castillos y ruinas de la época del Derecho manual, inútiles y abandonados en medio de campos bien cultivados, de animadas carreteras y hasta de vías férreas. El honor caballeresco, por lo mismo que profesa la máxima precedente, se ha relegado necesariamente en esos prejuicios a la persona que el Estado no castiga sino ligeramente o no castiga en absoluto, en virtud del principio: *De minimis lex non curat* (La ley no se cuida de las cosas ínfimas), pues esos delitos sólo causan un daño insignificante, y a veces no son más que simples pantomimas. Para conservar su dominio en una esfera muy elevada, el Estado ha atribuído a la persona un valor cuya exageración es desproporcionada a la naturaleza, a la situación y al destino del hombre; lleva este valor hasta hacer del individuo algo sagrado, y, pareciéndole muy insuficientes las penas infligidas por el Estado contra las ofensas insignificantes a las personas, se encarga de castigarlas por sí mismo, siempre con castigos corporales y hasta con la muerte del ofensor. Hay, indudablemente, en el fondo el orgullo más desmesurado y el

Digitized by Google

ensoberbecimiento más repulsivo en olvidar la naturaleza real del hombre y pretender revestirle de una inviolabilidad y de una irreprochabilidad absolutas. Pero todo hombre decidido a mantener tales principios por la violencia y que profesa la máxima: *Quien me insulta o me pega debe perecer,* merece por eso ser expulsado de cualquier país (1). Es ver-

(1) El honor caballeresco es hijo del orgullo y de la locura. (La verdad opuesta a estos principios está claramente expresada en la comedia *El príncipe constante,* con estas palabras: *Esa es la herencia de Adán*). Es chocante que este orgullo extremado sólo se observe en el seno de esa religión que impone a sus adictos la extremada humildad; ni las épocas anteriores ni las otras partes del mundo conocen ese principio del honor caballeresco. Sin embargo, no hay que atribuir la causa de esto a la religión, sino al régimen feudal bajo cuyo imperio todo noble se consideraba como un soberano en pequeño; no reconocía entre los hombres ningún juez que estuviese sobre él; aprendía a atribuir a su persona una inviolabilidad y una santidad absoluta; por eso todo atentado contra esta persona, como un golpe o una injuria, le parecían un crimen que merecía la muerte. Así, pues, el principio del honor y el duelo eran, en un principio, una cuestión que sólo pertenecía a los nobles; más tarde se extendió a los militares, a los cuales se unieron después a veces, pero de una manera constante, las otras clases más elevadas, con el fin de no sufrir desprecios. Las ordalias, aunque hayan dado nacimiento a los duelos, no son el origen del principio del honor; no son más que su consecuencia y su aplicación; todo el que no reconoce a ningún hombre el derecho de juzgarle, apela al Juez divino. Las mismas ordalias no pertenecen exclusivamente al cristianismo; existen en el brahmanismo, aun-

Digitized by Google

dad que se anticipan toda clase de pretextos para defender este orgullo inconmensurable. De dos hombres intrépidos, se dice, ninguno cederá; en la más ligera colisión, llegarían a las injurias, luego a los golpes, y, por último, al asesinato; es, pues, preferible, por respeto a las conveniencias, saltar los grados intermedios y recurrir inmediatamente a las armas. Los detalles del procedimiento se han formulado con tal motivo en un sistema de una pedantería rígida, que tiene sus leyes y sus reglas y que es la fuerza más lúgubre del mundo; se puede ver en ese sistema, sin duda alguna, el panteón glorioso de la locura. Pero el mismo punto de partida es falso; en las cosas de mínima importancia (quedando siempre los asuntos graves diferidos a la decisión de los tribunales), de dos hombres intrépidos habrá siempre uno que ceda, el más cuerdo; cuando no se trata más que de opiniones, no se ocupará apenas de ello. Encontraremos la prueba de esto en el pueblo, o, por decir mejor, en todas las numerosas clases sociales que no admiten el principio del honor caballeresco; aquí las diferencias siguen su curso natural, y, sin embargo, el homicidio es cien veces menos frecuente que en la fracción mínima, 1 por 1.000 apenas, que se somete a ello; las mismas riñas son raras. Se supone, además, que este principio, con sus duelos, es una columna que sostiene el buen tono y los hermosos modales en la sociedad; que es un baluarte que pone al abrigo de los ataques de la brutalidad y de la grosería. Sin embargo, en Atenas, en Corinto, en Roma, había buena y hasta muy buena sociedad, modales elegantes y buen

---

que las más de las veces en épocas remotas, si bien todavía hoy quedan vestigios.

Digitized by Google

tono, sin que hubiese sido necesario implantar el honor caballeresco a guisa de coco. Verdad es, también, que las mujeres no reinaban en la sociedad antigua como entre nosotros. Además del carácter frívolo y pueril que toma así la conversación, puesto que se destierra todo asunto de conversación sólida y seria, la presencia de las mujeres en nuestra sociedad contribuye seguramente en gran parte a conceder al valor personal el dominio sobre cualquiera otra cualidad, siendo así que en realidad es un mérito muy subordinado, una simple virtud de subteniente, en la cual los mismos animales nos son superiores. En efecto, ¿no se dice "valeroso como un león"? Pero hay más; al contrario de la aserción anteriormente reproducida, el principio del honor caballeresco es a menudo el refugio seguro de la perversidad y de la poca honradez en los negocios graves, y al mismo tiempo, en los insignificantes, un asilo de la insolencia, de la imprudencia y de la grosería, por la sencilla razón de que nadie se cuida de arriesgar su vida queriendo castigarlas. En testimonio, vemos el duelo en todo su apogeo y practicado con la seriedad más sanguinaria, precisamente en esta nación que, en sus relaciones políticas y financieras, ha revelado una falta de honradez real; a los que han hecho la prueba puede preguntárseles de qué naturaleza son las relaciones privadas con los individuos de esta nación. Por lo que atañe a su urbanidad y a su cultura social, tienen desde larga fecha gran celebridad como modelos negativos.

Todos esos motivos que se alegan están, pues, mal fundados. Podría afirmarse con más razón que, así como el perro gruñe cuando se le gruñe y acaricia cuando se le acaricia, así también está en la naturaleza del hombre devolver hostilidad por hosti-

Digitized by Google

lidad y exasperarse e irritarse con las manifestaciones de desdén o de odio. Cicerón lo ha dicho ya: "*Habet quendam aculeum contumelia, quem parti prudentes ac viri boni difficillime possunt*" (Tiene cierto aguijón la injuria, que muy difícilmente pueden soportarle ni aun los varones prudentes y buenos). En efecto; en ninguna parte del mundo (si exceptuamos algunas sectas piadosas) se sufren con calma las injurias, y mucho menos los golpes. Sin embargo, la naturaleza no nos enseña nada que exceda a una represalia equivalente a la ofensa; no nos enseña a castigar de muerte al que nos acusase de mentira, de necedad o de cobardía. La antigua máxima germánica: *A una bofetada, una puñalada,* es de una superstición caballeresca indignante. En todo caso, a la cólera pertenece devolver o vengar las ofensas, y no al honor o al deber, a los cuales el principio del honor caballeresco impone su obligación. Es muy cierto que una acusación no ofende sino en cuanto que hiere; lo que lo demuestra es que la menor alusión apuntando al blanco, hiere mucho más profundamente que la acusación más grave cuando no es fundada. Por consiguiente, todo el que tiene la conciencia segura de no haber merecido una acusación puede desdeñarla, y la desdeñará. El principio del honor le exige, por el contrario, que revele una susceptibilidad que no siente y que vengue con la sangre ofensas que no le hieren en manera alguna. Es tener una opinión deleznable de su propio valor tratar de ahogar toda palabra que tienda a ponerle en duda. El verdadero aprecio de sí mismo dará la calma y el desdén real de las injurias; a falta suya, la prudencia y la buena educación nos mandan salvar las apariencias y disimular nuestra cólera. Si, además, llegamos a despo-

Digitized by Google

jarnos de esa superstición del principio del honor caballeresco; si nadie admitiese nunca que un insulto fué capaz de quitar o restituir nada al honor; si se estuviese convencido de que un agravio, una brutalidad o una grosería no pudieran justificarse al instante por la prisa que se pondría en dar satisfacción, es decir, a batirse, entonces todo el mundo llegaría inmediatamente a comprender que, cuando se trata de invectivas y de injurias, es el vencido quien sale vencedor de ese combate, y que, como dice Vincenzo Monti, hay injurias que, como procesiones de iglesia, vuelven siempre a su punto de partida. No bastaría ya, entonces como ahora, lanzar una grosería para poner el derecho de su parte; el juicio y la razón tendrían entonces una autoridad muy distinta, mientras que hoy, antes de hablar, deben ver si chocan con la opinión de los espíritus limitados y de los imbéciles a quienes irrita y alarma ya su sola aparición, sin lo cual la inteligencia puede encontrarse en el caso de jugar, en un golpe de dados, la cabeza donde reside, contra el cerebro mezquino, donde se alberga la estupidez. Entonces la superioridad intelectual ocuparía realmente en la sociedad la primacía que se debe y que hoy se da, aunque de una manera disfrazada, a la superioridad física y al valor en la asechanza; habría también, para los hombres eminentes, un motivo de menos para huir de la sociedad, como lo hacen actualmente. Ese cambio daría origen *al verdadero buen tono* y fundaría la *verdadera buena sociedad,* en la forma en que, sin duda, ha existido en Atenas, en Corinto y en Roma. A quien quiera convencerse de ello, recomiendo que lea el *Banquete,* de Jenofonte.

El último argumento en defensa del Código caballeresco será, indudablemente, concebido así: "¡No

Digitized by Google

faltaba más! Pero entonces un hombre podría dar un golpe a otro hombre". A lo cual yo podría responder, sin frases, que el caso se ha presentado muy a menudo en esos 999 por 1.000 de la sociedad, en la cual ese Código no se admite, sin que un solo individuo haya muerto, mientras que, en los que siguen sus preceptos, cada golpe en la regla se convierte en un asunto mortal.

Pero quiero examinar la cuestión más detalladamente. Me he tomado muy a menudo el trabajo de encontrar en la naturaleza animal e intelectual del hombre alguna razón válida o simplemente plausible, fundada, no en modos de hablar, sino en nociones claras, que pueda justificar la convicción, arraigada en una porción de la especie humana, de que un golpe es una cosa horrible; todas mis investigaciones han sido inútiles. Un golpe no es, y no será nunca, más que un mal físico insignificante, que cualquier hombre puede ocasionar a otro, sin demostrar nada con eso, sino que es más fuerte o más mañoso, o que el otro no estaba en guardia. El análisis no demuestra nada. Además, veo a ese mismo caballero, para quien un golpe recibido de la mano de un hombre parece el mayor de todos los males, recibir un golpe, diez veces más violento, de su caballo, y asegurar, arrastrando la pierna y disimulando su dolor, que no es nada. Entonces he supuesto que dependía de la mano del hombre. Sin embargo, veo a nuestro caballero, en un combate, recibir de la mano de un hombre estocadas y asegurar todavía que son bagatelas que no merece la pena de que se hable de ellas. Más tarde sé que golpes dados en las espaldas de plano no son tan terribles como los bastonazos, de tal manera que, muy recientemente aún, los discípulos de las escuelas mi-

Digitized by Google

litares sufrían los primeros y nunca los otros. Pero hay más: en una recepción de caballeros, esta clase de golpes de espada son un grandísimo honor. Y he aquí que he agotado todos mis motivos psicológicos y morales, y no me queda más que considerar la cosa como una antigua superstición, profundamente arraigada; como un nuevo ejemplo, al lado de tantos otros, de todo lo que se puede hacer creer a los hombres. Eso es lo que demuestra el hecho conocidísimo de que en China los bastonazos son un castigo civil, muy frecuentemente empleado aún para con los funcionarios de todos los grados; lo que demuestra que la naturaleza humana en los países remotos, aun entre las personas más civilizadas, no habla como entre nosotros (1).

Además, un examen imparcial de la naturaleza humana nos enseña que *pegar* es tan natural al hombre como morder lo es a los animales carnívoros, y dar cornadas a las bestias de cuernos; el hombre es, propiamente hablando, un animal *que pega*. Por eso nos rebelamos cuando a veces sabemos que un hombre ha mordido a otro; por el contrario, dar o recibir golpes es en el hombre un efecto tan natural como frecuente. Se comprende fácilmente que las personas de una educación superior traten de sustraerse a esos efectos, dominando recíprocamente sus inclinaciones naturales. Pero hay crueldad en hacer creer a una nación entera, o sólo a una clase

(1) Veinte o treinta bastonazos en el trasero son, por decirlo así, el pan cuotidiano de los chinos. Viene a ser como una corrección paternal de los mandarines, que nada tiene de infamante y que los chinos reciben dando las gracias. (Cartas edificantes y curiosas, ed. 1819.)—*Cita del autor.*

Digitized by Google

de individuos, que recibir un golpe es una desgracia terrible, que debe ser seguido de asesinato y homicidio. Hay demasiados males reales en este mundo para que sea lícito permitir aumentar su número, o crearlos imaginarios que traigan consigo otros demasiados reales; eso es lo que hace ese necio y perverso prejuicio. Como consecuencia, no puedo hacer otra cosa que desaprobar los gobiernos y los cuerpos legislativos que les auxilian, trabajando con ardor por hacer abolir, en lo civil como en lo militar, los castigos corporales. Creen obrar con eso en interés de la Humanidad, cuando, por el contrario, trabajan en consolidar ese extravío desnaturalizado y funesto, al cual ya se han sacrificado tantas víctimas. Para todas las faltas, aun las más graves, infligir golpes es el castigo que en el hombre se presenta primero al espíritu; es, pues, el más natural; quien no se somete a la razón, se someterá a los golpes. Castigar con un bastonazo moderado al que no se puede herir en su fortuna, cuando no la tiene, ni en su libertad, cuando se necesitan sus servicios, es un acto tan justo como natural. Por lo mismo, no pudiendo dar ninguna buena razón en contrario, se contentan con invocar la *dignidad del hombre,* manera de hablar que no se apoya en ninguna noción clara, sino siempre en el fatal prejuicio de que hablábamos antes. Un hecho reciente, de los más cómicos, viene a confirmar ese estado de cosas; muchos Estados acaban de reemplazar en el ejército los bastonazos por los golpes de lata; estos últimos, lo mismo que los otros, producen, indudablemente, un dolor físico y no se consideran, sin embargo, como infamantes ni deshonrosos.

Al estimular así el prejuicio que nos ocupa, se alienta al mismo tiempo el principio del honor caba-

Digitized by Google

lleresco y el duelo, mientras que, por otra parte, se esfuerzan, o más bien pretenden esforzarse, en abolir el duelo por medio de leyes (1). Así, pues, vemos ese fragmento del derecho del más fuerte, transportado a través de los tiempos, de la Edad Media hasta el siglo XIX, exhibirse aún hoy escandalosamente a plena luz; tiempo es, por tanto, de expulsarlo ignominiosamente. Hoy día, cuando está prohibido excitar metódicamente a perros o gallos para que se

(1) He aquí, a mi juicio, cuál es el verdadero motivo por el cual los gobiernos no se esfuerzan más que en la apariencia en proscribir los duelos, cosa muy fácil, especialmente en las universidades, de donde resulta que pretenden no poder conseguirlo: el Estado no está en condiciones de pagar los servicios de sus oficiales y de sus empleados civiles en su valor íntegro en dinero; así, pues, hace consistir la otra mitad de sus emolumentos en *honor,* representado por títulos, uniformes y condecoraciones. Para conservar ese precio ideal a una tasa elevada, es preciso, por todos los medios, mantener, avivar y hasta exaltar algo el sentimiento del honor; como a este efecto el honor burgués no basta, por la sencilla razón de que es la propiedad común de todo el mundo, se apela al auxilio del honor caballeresco, que se estimula como hemos demostrado. En Inglaterra, donde los sueldos de los militares y de los civiles son mucho más fuertes que en el Continente, no se necesita ese recurso; así, desde hace unos veinte años especialmente, el duelo está allí casi abolido por completo, y en las raras ocasiones en que aún se provoca, se burlan de él como de una locura. Es cierto que la gran *Anti-duelling Society,* que cuenta entre sus miembros una multitud de *lords,* de almirantes y de generales, ha contribuído mucho a ese resultado, y el Moloch tiene que carecer de víctimas.—*Nota del autor.*

Digitized by Google

batan unos contra otros (en Inglaterra, al menos, esos combates se castigan), nos es dado ver criaturas humanas excitadas, a pesar suyo, a combates a muerte; es ese ridículo prejuicio, ese principio absurdo del honor caballeresco, son sus estúpidos representantes y sus campeones quienes, por el menor incidente, imponen a los hombres la obligación de batirse entre sí como gladiadores. Propongo a los juristas alemanes que reemplacen la palabra *Durll,* derivada, probablemente, no del latín *duellum,* sino del español *duelo,* pena, queja, lamentación, por la palabra *Rittersetze* (combate de caballeros, como se dice: peleas de gallos o de bull-dogs). Hay, seguramente, amplio motivo para reír al ver el porte pedante con que se verifican todas esas locuras. No es menos indignante que ese principio, con su código absurdo, constituya un Estado en el Estado, que, no reconociendo otro derecho que el del más fuerte, tiraniza a las clases sociales que están bajo su dominio, estableciendo un tribunal permanente de la Santa Wehme. Cada cual puede ser citado por el otro a comparecer ante ese tribunal; los motivos de la citación, fáciles de encontrar, hacen el oficio de esbirros del tribunal, y la sentencia pronuncia la pena de muerte contra las dos partes. Es, naturalmente, la guarida desde el fondo de la cual el ser más despreciable, con la sola condición de pertenecer a las clases sometidas a las leyes del honor caballeresco, podrá amenazar y hasta matar a los hombres más nobles y mejores, que son, precisamente, aquellos a quienes odia. Ya que hoy la justicia y la policía han ganado bastante autoridad para que un pícaro no pueda detenernos en el camino real y gritarnos: ¡La bolsa o la vida!, sería tiempo de que el buen sentido ejerciese también bastante

Digitized by Google

autoridad para que el primer pícaro no pudiese, en medio de nuestra existencia más pacífica, molestarnos, gritando: ¡La honra o la vida! Hay que descargar, por fin, a las clases superiores del peso que las abruma; hay que librarnos del todo de esta angustia de saber que podemos, en cualquier instante, ser llamados a pagar con nuestra vida la brutalidad, la grosería, la necedad o la perversidad de un individuo que haya tenido el gusto de desencadenarlas contra nosotros. Es repugnante, es vergonzoso ver a dos jóvenes sin seso y sin experiencia, obligados a expiar con su sangre su menor querella. He aquí un hecho que demuestra a qué altura se ha elevado la tiranía de este Estado en el Estado, y adónde ha llegado el poder de ese prejuicio; se han visto a menudo personas que se matan de desesperación por no haber podido restablecer su honor caballeresco ofendido, ya porque el ofensor era de posición demasiado elevada o demasiado ínfima, ya por cualquier otra causa de desproporción que hacía imposible el duelo; ¿no es tragicómica esa muerte?

Todo lo que es falso y absurdo se revela finalmente, porque, llegado a su desarrollo perfecto, da como flor una contradicción; de igual manera, en el caso actual, la contradicción se explana bajo la forma de la más rigurosa antinomia; en efecto, el duelo está prohibido al oficial, y, sin embargo, éste está castigado con destitución cuando, en caso adverso, se niega a batirse.

Ya que estoy en esto, quiero ir más lejos con mi manera franca de hablar. Examinada con cuidado y sin pretensión esta gran diferencia que se hace pregonar tan en voz alta, entre matar a su adversario en un combate al aire libre y con armas iguales o por asechanza, se ve que está fundada simplemen-

Digitized by Google

te en que, como hemos dicho, este Estado en el Estado no reconoce otro derecho que el del más fuerte, y forma la base de su código después de haberlo elevado a la altura de un juicio de Dios. Lo que se llama, en efecto, un combate leal no demuestra otra cosa, sino que uno es *más fuerte o más mañoso* que el otro. La justificación que se busca en la publicidad del duelo presupone, pues, que el *derecho del más fuerte* es realmente un *derecho*. Pero, en realidad, la circunstancia de que mi adversario sepa defenderse mal, me da la *publicidad*, pero no el *derecho*, de matarle; ese derecho, o dicho de otra manera, mi *justificación moral*, sólo puede deducirse de los *motivos* que tengo para quitarle la vida. Admitamos ahora que estos motivos existan y sean suficientes: entonces no hay razón alguna para preocuparse de quién de nosotros dos maneja mejor la pistola o la espada; entonces es indiferente que yo le mate de esta o de la otra manera, por delante o por detrás. Porque, moralmente hablando, el derecho del más fuerte tiene más peso que el derecho del más astuto, y este último es el que se emplea cuando se mata en una riña; aquí el derecho del puño vale exactamente lo que el derecho del cerebro. Notemos, además, que en el mismo duelo practícanse ambos derechos, porque todo corte en la esgrima es una astucia. Si me tengo por moralmente autorizado para quitar la vida a un hombre, es una necedad abandonarme a la casualidad de que sepa manejar las armas mejor que yo, porque, en ese caso, él es quien después de haberme ofendido, me matará desahogadamente. Rousseau es de opinión que debe vengarse una ofensa, no por el duelo, sino por el asesinato; emite esta opinión en la nota 21, tan misteriosamente concebida, del IV

Digitized by Google

libro del *Emilio* (1). Pero aún está muy imbuída del prejuicio caballeresco que considera la acusación de mentira como justificadora del asesinato, siendo así que debiera saber que todo hombre ha merecido esa acusación innumerables veces y él mismo el primero y en alto grado. Es evidente que ese prejuicio que autoriza a matar al ofensor con la condición de que el combate se haga al aire libre y con armas iguales, considera el derecho de la fuerza como si fuese realmente un derecho, y el duelo como un juicio de Dios. El italiano que, inflamado de cólera, cose a

(1) He aquí la famosa nota a que Schopenhauer hace alusión:

"Una bofetada y un "mentís" recibido y sostenido tiene efectos civiles que ninguno, por prudente que sea, puede prevenir y cuya ofensa, tribunal alguno no puede vengar. La insuficiencia de las leyes devuelve, por lo mismo, al ofendido, su independencia; llega a ser entonces el único magistrado, el único juez entre el ofensor y él: él sólo es ministro e intérprete de la ley natural; él sólo se debe justicia y puede procurársela, y no hay sobre la tierra gobierno tan insensato como para castigarle por habérsela hecho en semejante caso. No digo con esto que vaya a batirse; esto sería una extravagancia; digo que se debe justicia y que tan sólo él debe dispensársela. Lejos de tanto edicto inútil contra los duelos, si yo fuese soberano, respondo que no habría jamás ni bofetadas ni "mentís" en mis Estados, y esto por un simple medio en el cual los tribunales no tendrían por qué mezclarse. Sea como sea, Emilio sabe de la justicia que en tales casos se debe a sí mismo y el ejemplo que él debe a la seguridad de las gentes de honor. Ni el hombre más dueño de sí puede impedir que le insulten, pero sí puede impedir que se alaben durante largo tiempo de haberle insultado."

Digitized by Google

cuchilladas al hombre que le ha ofendido, obra, al menos, de una manera lógica y natural; es más astuto, pero no más perverso que el que se bate en duelo. Si se me quisiera objetar que lo que me justifica de matar a mi adversario en duelo es que él, por su parte, se esfuerza en hacer otro tanto, yo respondería que al provocarle le he puesto en el caso de legítima defensa. Ponerse así mutua e intencionadamente en el caso de legítima defensa, no significa en el fondo otra cosa que buscar un pretexto plausible para el asesinato. Se podría encontrar una justificación en la máxima *Volenti non fit injuria* (no se perjudica a quien consiente), ya que se arriesga la vida de común acuerdo; pero a eso se puede replicar que *volens* no es exacto, porque la tiranía del principio de honor caballeresco y de su código absurdo es el alguacil que ha conducido a los dos campeones, o al menos a uno de los dos, ante ese tribunal sanguinario de la Santa-Wehme.

Me he extendido ampliamente sobre el honor caballeresco; pero lo hice con buena intención y porque la filosofía es el único Hércules que puede combatir los monstruos morales e intelectuales que hay en la tierra. Dos cosas distinguen principalmente el estado de la sociedad moderna y el de la sociedad antigua, y eso con detrimento de la primera, a la cual dan esas dos cosas un tinte serio, sombrío, siniestro, que no velaba a la antigüedad, lo cual hace que ésta aparezca cándida y serena, como la mañana de la vida. Esas dos cosas son: el principio del honor caballeresco y el mal venéreo, *par nobile fratrum!* (¡Noble pareja de hermanos!). Ambas han envenenado νειχος χαι φιλια de la vida. En realidad, la influencia del mal venéreo es mucho más exten-

Digitized by Google

sa de lo que a primera vista parece, porque esta influencia no sólo es física, sino también moral. Desde que el carcaj del amor lleva así flechas envenenadas, se ha introducido en la relación mutua de los sexos un elemento heterogéneo, hostil, que llamaré diabólico, elemento que hace que ese amor esté impregnado de una sombría y tímida desconfianza; los efectos indirectos de esa alteración en el fundamento de esa sociedad humana, se dejan sentir igualmente en grados diversos, en todas las demás relaciones sociales; pero su análisis detallado me llevaría demasiado lejos. Análoga, aunque de naturaleza distinta, es la influencia del principio del honor caballeresco, esa fuerza seria que hace a la sociedad moderna rígida, lúgubre e inquieta, ya que toda palabra fugitiva se analiza y se rumia. Mas ¡no es eso todo! Ese principio es un Minotauro universal, al que hay que sacrificar anualmente un gran número de hijos de buenas familias, elegidos, no en un solo Estado, como para el monstruo antiguo, sino en todos los países de Europa. Así, pues, ya es tiempo de atacar valerosamente y cuerpo a cuerpo a la primera, como yo acabo de hacerlo. ¡Ojalá el siglo XIX extermine a esos dos monstruos de los tiempos modernos! No desesperemos de ver a los médicos conseguir exterminar uno de ellos por medio de la profilaxia. Pero a la filosofía toca aniquilar la primera reformando las ideas; los gobiernos no han podido conseguirlo por la promulgación de leyes, y sólo el raciocinio filosófico puede atacar el mal en su raíz. Hasta ahora, si los gobiernos quieren abolir seriamente el duelo, y si el escaso éxito de sus esfuerzos proviene de su impotencia, vengo en proponerles una ley cuya eficacia garantizo y que no reclama ni operaciones sangrientas, ni patíbulos,

Digitized by Google

ni cadenas perpetuas. Es, por el contrario, un remedio insignificante, un pequeño remedio homeopático de los más fáciles; helo aquí: "Todo el que envíe o acepte un reto, recibirá *a la chinoise* (al modo chino) al aire libre, ante el cuerpo de guardia, doce bastonazos de manos del jefe; los portadores del reto, así como los testigos, recibirán seis cada uno. Para las consecuencias eventuales de los duelos verificados, se seguirá el procedimiento criminal correspondiente". Algún *caballero* me objetará, quizá, que después de haber sufrido ese castigo muchos "hombres de honor" serán capaces de saltarse la tapa de los sesos; a eso respondo: es mejor que esos necios se maten y que no que maten a otros hombres. Mas sé muy bien que en el fondo los gobiernos no persiguen seriamente la abolición de los duelos. Los sueldos de los empleados civiles, y especialmente los de los oficiales (a no ser en los grados elevados), son muy inferiores al valor de lo que producen. Se les salda la diferencia en honor. Este está representado por títulos y condecoraciones, y en una acepción más amplia, por el honor del cargo en general. Ahora bien; para este honor, el duelo es un excelente caballo de mano, cuya disciplina comienza ya en las Universidades. Con su sangre pagan las víctimas el déficit de sus sueldos.

Para no omitir nada, mencionemos aquí también el *honor nacional*. Es el honor de todo un pueblo considerado como miembro de la comunidad de los pueblos. No reconociendo esta comunidad otro fuero que el de la fuerza, y teniendo cada miembro, por consiguiente, que defender sus derechos, el honor de una nación no sólo consiste en la opinión bien fundamentada de que merece confianza (crédito), sino también de que es bastante fuerte para que

Digitized by Google

se la tema; así, una nación no debe dejar impune ningún atentado a sus derechos. El honor nacional combina, por tanto, el puntillo de honor burgués con el del honor caballeresco.

IV.—La gloria.

En lo que *se representa,* nos falta por examinar en último lugar la gloria. Honor y gloria son gemelos, pero a la manera de los Dióscuros, uno de los cuales, Pólux, era inmortal, y otro de ellos, Cástor, mortal; el honor es el hermano mortal de la inmortal gloria. Es evidente que esto no debe entenderse sino de la gloria más elevada, de la gloria verdadera y de buena cepa, porque hay seguramente muchas especies efímeras de gloria. Además, el honor sólo se aplica a cualidades que el mundo exige de todos los que se encuentran en condiciones semejantes; la gloria a cualidades que no se pueden exigir de nadie; el honor sólo se refiere a méritos que cada cual puede atribuirse a sí mismo. Mientras el honor no traspasa los límites en que nos somos personalmente conocidos, la gloria, a la inversa, precede en su vuelo al conocimiento del individuo y lo lleva como consecuencia tan lejos como vaya ella misma. Cada uno puede aspirar al honor; a la gloria, sólo las excepciones, porque no se adquiere sino por medio de las producciones excepcionales. Esas producciones pueden ser *actos* u *obras*: de ahí dos caminos para alcanzar la gloria. Un alma grande nos abre el camino de los actos; un gran talento nos hace capaces de seguir el de las obras. Cada uno de los dos tiene sus ventajas y sus inconvenientes propios. La diferencia capital

Digitized by Google

es que las acciones pasan y las obras permanecen. La acción más noble sólo tiene una influencia temporal; la obra del genio subsiste y actúa, por el contrario, bienhechora, elevando el alma a través de todas las edades. De las acciones no queda más que el recuerdo que cada vez se hace más débil, desfigurado e indiferente; es más: está destinado a borrarse por completo gradualmente, si la historia no lo recoge y lo transmite, petrificado, a la posteridad. Las obras, en cambio, son inmortales por sí mismas, y las obras escritas sobre todo, pueden sobrevivir a través de todos los tiempos. El nombre y el recuerdo de Alejandro el Grande, son lo único que queda hoy de él; pero Platón y Aristóteles, Homero y Horacio, están presentes por sí mismos; viven y obran directamente. Los Vedas, con sus Upanischads, están ante nosotros; pero de todas las acciones llevadas a cabo en su época, no ha llegado hasta nosotros la menor noticia (1). Otra desven-

(1) Así, pues, es hacer un mal cumplido el titular las *obras,* como está en moda hoy día, creyendo hacerles una honra, *actos.* Las obras son, por su esencia, de una naturaleza superior. Un acto nunca es más que una acción basada en un *motivo;* por consiguiente, algo aislado, transitorio, y perteneciente a ese elemento general y primitivo del mundo, a la *voluntad.* Una obra grande y bella es una cosa durable, porque su importancia es universal y porque procede de la inteligencia, de esa inteligencia inocente, pura, que se eleva como un perfume sobre ese mundo mezquino de la voluntad. Entre las ventajas de la gloria de las acciones está también la de producirse por lo general repentinamente con gran estrépito, tan grande a veces, que Europa entera se agita, al paso que la gloria de las obras no llega sino lenta e insensiblemente, tenue pri-

Digitized by Google

taja de las acciones es que dependen de la ocasión que, ante todo, debe darles la posibilidad de producirse: de donde resulta que su gloria no se ajusta únicamente a su valor intrínseco, sino también a las circunstancias que les dan importancia y esplendor. Depende, además, del testimonio de un reducido número de testigos oculares, cuando, como en la guerra, las acciones son puramente personales; así que puede ocurrir que no haya habido testigos o que éstos sean a veces injustos o estén prevenidos. Por otra parte, siendo las acciones algo práctico, tienen la ventaja de estar al alcance de la facultad de juicio de todos los hombres; así que se les hace justicia inmediatamente, en cuanto los datos se comprueban con exactitud, a menos que los motivos no puedan conocerse claramente o apreciarse con justicia hasta más tarde, porque, para comprender bien una acción, hay que conocer su motivo.

Por lo que a las obras se refiere, ocurre lo contrario; su producción no depende de la ocasión, sino únicamente de su autor, y siguen siendo lo que son en sí mismas y por sí mismas, mientras tanto que duran. Aquí, en cambio, la dificultad consiste en la facultad de juzgarlas, y la dificultad es tanto mayor cuanto que las obras son de una calidad más elevada: a veces faltan jueces competentes; otras

---

mero, luego cada vez más fuerte, y a veces no alcanza toda su fuerza más que al cabo de un siglo, pero entonces subsiste durante millares de años, porque las obras subsisten también. La otra gloria, pasada la primera explosión, se debilita gradualmente, va siendo cada vez menos conocida y acaba por existir solamente en la historia, en estado de fantasma.

Digitized by Google

veces faltan jueces imparciales y honrados. Además no es una sola instancia la que decide de su gloria; siempre ha lugar a apelar. En efecto; si, como hemos dicho, sólo la memoria de las acciones llega a la posteridad y llega tal como los contemporáneos la han transmitido, las obras, por el contrario, llegan ellas mismas y tales como son, salvo los fragmentos perdidos; aquí, pues, hay menos posibilidad de desnaturalizar los datos, y si a su aparición el ambiente ha podido ejercer alguna influencia perjudicial, ésta desaparece más tarde. Por mejor decir, el tiempo es el que produce, uno a uno, el reducido número de jueces verdaderamente competentes, llamados a juzgar, como seres excepcionales que son, otros seres aún más excepcionales: van depositando sucesivamente en la urna sus votos significativos, y con eso se establece, después de algunos siglos, un juicio plenamente fundado y que el transcurso de los tiempos no puede desmentir. Como se ve, la gloria de las obras es segura, infalible. Se necesita un concurso de circunstancias exteriores y una casualidad para que el autor llegue en vida a la gloria; el caso será tanto más raro cuanto más elevado y difícil sea el género de las obras. Así, Séneca ha dicho (Ep. 79), en un lenguaje incomparable, que la gloria sigue infaliblemente al mérito, como la sombra sigue al cuerpo, aunque, lo mismo que la sombra, camine tan pronto delante como detrás, y después de haber desarrollado este pensamiento, agrega: "Etiamsi omnibus tecum viventibus *silentium livor indiverit*, venient qui sine offensa, sine gratia, judicent" (Aunque por envidia no hablarán de nosotros nuestros contemporáneos, otros vendrán que sin favor ni pasión nos harán justicia); este pasaje nos demuestra al mismo

Digitized by Google

tiempo que el arte de ahogar perversamente los méritos con el silencio y con una fingida ignorancia, con el objeto de ocultar al público lo que es bueno en provecho de lo que es malo, ya era practicado por la canalla de la época en que vivía Séneca, como lo es por la canalla de la nuestra y que, tanto a unos como a otros, *la envidia les cierra la boca.*

Por lo general, la gloria es tanto más tardía cuanto más durable ha de ser, porque todo lo que es exquisito madura con lentitud. La gloria destinada a ser eterna, es como la encina que crece lentamente de su semilla: la gloria fácil y efímera se parece a las plantas anuales prematuras; en cuanto a la falsa gloria, es como esas malas hierbas que crecen a ojos vistas y que nos apresuramos a extirpar. Eso proviene de que cuando más pertenece un hombre a la posteridad, o dicho de otro modo, a la humanidad entera en general, más ajeno es a su época; porque lo que era no está destinado especialmente a ésta como tal, sino en cuanto que forma parte de la humanidad colectiva; así, pues, como esas obras no están teñidas del color local de su época, ocurre a menudo que la época contemporánea las deja pasar inadvertidas. Lo que ésta aprecia, son esas obras que tratan de las cosas fugitivas del día o que sirven al espíritu del momento; éstas le pertenecen por completo; viven y mueren con ella. Así, pues, la historia del arte y de la literatura nos enseña generalmente que las más elevadas producciones del espíritu humano han sido, por regla general, acogidas con disfavor, y han quedado desdeñadas hasta el día en que algunos espíritus elevados, atraídos por ellas, han reconocido su valor y les han señalado una consideración que desde entonces han conservado. En último análisis, todo eso se funda en

Digitized by Google

que cada uno no puede realmente comprender y apreciar sino lo que le es homogéneo. Ahora bien; lo homogéneo para el hombre limitado es lo limitado; para el trivial, lo trivial; para el espíritu difuso, lo difuso, y para el insensato, lo absurdo; lo que cada cual prefiere, son sus propias obras, en cuanto que son íntegramente de su misma naturaleza.

Ya el viejo Epicarmo, el poeta fabuloso, cantaba así:

Θαυματον ουδεν εστι, με ταυδ' ουτω λεγειν
Και ανδανειν αυτοισιν αντους, και δοκειν
Καλως πεφυκεναι, και γαρ ο κυων κυνι,
Καλλιστον ειμεν φαινεται, και βους βοι
Ονος δε ονω καλλιστον, ως δε ὐι.

Lo cual hay que traducirlo, a fin de que no se pierda para nadie:

"Nada asombroso es que yo hable en mi sentido, y los que se complacen en sí mismos crean que están repletos de méritos loables; del mismo modo, nada parece al perro más hermoso que el perro, al buey que el buey, al asno que el asno y al cerdo que el cerdo."

El brazo más vigoroso, cuando lanza un cuerpo ligero, no puede comunicarle bastante movimiento para volar lejos y herir con fuerza; el cuerpo caerá inerte y muy cerca, porque el objeto, careciendo de masa material propia, no puede admitir la fuerza exterior; tal será también la suerte de los pensamientos elevados y bellos, de las obras maestras del genio, cuando, para admitirlas, no se tropiece

Digitized by Google

más que con cerebros insignificantes, débiles o equivocados. Eso es lo que los sabios de todos los tiempos han deplorado sin cesar, al unísono. Jesús, hijo de Sirach, dice, por ejemplo: *"Quien habla a un loco, habla a un dormido. Cuando ha acabado, éste pregunta: ¿Qué hay?"* Y Hamlet: *"A Knavish speech sleeps in a fool's ear"* (Un discurso elocuente duerme en el oído de un necio). Goethe, a su vez:

Das giücklichste Wort es wird werhöhnt
Wern der Hörer ein Schiefor ist

(La palabra más acertada pasa desapercibida cuando el oyente es sordo.)

Y el mismo:

Du wirkest nicht, Alles bleibt so stumpf,
Sei guter Dinge!
Der Stein in Suinpf
Macht keine Riuge

(No puedes obrar; todo permanece inerte; ¡no te desconsueles! El guijarro arrojado en un estercolero no hace círculos.)

Y Lichtenberg: *"Cuando una cabeza y un libro, al chocar, producen un sonido hueco, ¿proviene eso siempre del libro?"* Y el mismo: *"Obras así son espejos; cuando un mono se mira en ellos, no pueden reflejar las facciones de un apóstol"*.

Reproduzcamos también la hermosa y conmovedora queja del viejo Gellert; vale la pena:

Das oft die allerbesten Gaben
Die wenigsten Bewundrer haben,

Digitized by Google

Und dass der grösste Theil der Welt
Das Sohlechte für das Gute hält;
Dies Uebel sicht man al e Tage,
Yedoch wie wehrt man dieser Pest?
Ych zweifie, dass sich diese Plage
Aus unsrer Welt verdrangn lässt.
Ein einzig Mittel ist anf Erden,
Allein es ist unendlich schwer:
Die Narren müsse weise werden;
Und seht sic werden's nimmernehr,
Nie Kennen sic den Werth der Duige.
Yhr Auge schliesst, nicht ihr Verstand:
Sie loben ewig das Geringe,
Weil sie das Gute nie gekannit.

("¡Cuántas veces las mejores cualidades encuentran menos admiradores y cuántas veces la mayoría de los hombres toma lo malo por lo bueno! Ese es un mal que se observa todos los días. Pero ¿cómo evitar esta peste? Dudo que esta calamidad pueda desterrarse de este mundo. No hay más que un solo medio en la tierra, pero es infinitamente difícil: que los necios se hagan discretos. Pero ¿cómo? Nunca lo llegarán a ser. No conocen el valor de las cosas; juzgan por la vista, no por la razón. Elogian constantemente lo que es pequeño, porque nunca han conocido lo que es bueno.")

A esta incapacidad intelectual de los hombres que hace, como dice Goethe, que sea menos raro ver nacer una obra eminente que verla reconocida y apreciada, se agrega su perversidad moral manifestada por la envidia. Porque por la gloria que se adquiere, hay un hombre más que se eleva por encima de los de su especie; éstos, pues, se rebajan otro tanto, de

Digitized by Google

manera que todo mérito extraordinario alcanza su gloria a costa de los que no tienen méritos:

Wenn wir Andern Ehre geben,
Müssen wir uns selbst entadeln
(Goethe: *Divan* V. V.)

(Cuando hacemos honor a los demás, debemos despreciarnos a nosotros mismos.)

Esto explica por qué, en cuanto sale a luz una obra superior en cualquier género, todas las numerosas medianías se ligan y se conjuran para impedir que se dé a conocer y para ahogarla si es posible. Su santo y seña tácito es: *"A bas le merite"* (Abajo el mérito). Los mismos que tienen méritos también y que están ya en posesión de la gloria que se les adjudica, no ven con gusto surgir una gloria nueva cuyo esplendor disminuirá el esplendor de la suya. El mismo Goethe ha dicho:

Hätt' ich gezandert zu werden,
Bis man mir's leben gegönnt,
Ych wäre noch nicht auf Erden,
Wie ihr begreifen Könnt.
Wenn ihr sebt wie sie sich geberden,
Die um etwas zu schemen
Mich gerne nöchten verneinen

(Si yo hubiese esperado para nacer que se me concediese la vida, yo estaría aún en este mundo, como podéis comprender, viendo cómo se las componen los que, para parecer algo, renegarían de mí con gusto.)

Así, pues, mientras que el *honor* encuentra fre-

Digitized by Google

cuentemente jueces equitativos, mientras que la envidia no lo ataca y a todo hombre se le concede de antemano, a crédito, la *gloria* debe conquistarse en lucha denodada, a despecho de la envidia, y un tribunal de jueces decididamente desfavorables es el que concede la palma. Podemos y queremos compartir el honor con cada uno, pero la gloria adquirida por otro disminuye la nuestra o nos hace más penosa su conquista. Además, la dificultad de llegar a la gloria por medio de las obras está en razón inversa del número de individuos de que se compone el público de esas obras y eso por motivos fáciles de comprender. Así, pues, el trabajo es mayor para con las obras cuyo fin es instruir que para con las que sólo se proponen entretener. Para las obras de filosofía la dificultad es mayor porque la enseñanza que prometen, dudosa por una parte, sin provecho material por otra, se dirige, para comenzar, a un público compuesto exclusivamente de competentes. Resulta de lo que acabamos de decir sobre las dificultades para llegar a la gloria, que el mundo vería nacer pocas obras inmortales o ninguna si los que pueden producirlas no lo hiciesen por el mismo amor a sus obras, por su propia satisfacción y si necesitasen para eso del estimulante de la gloria. Más aún: todo el que ha de producir lo bueno y lo verdadero y evitar lo malo arrostrará la opinión de las masas y de sus órganos; es decir, las despreciará. Así ha hecho observar muy exactamente Osorio, entre otros *(De gloria)*, que la gloria huye de los que la buscan y sigue a los que la desprecian, porque aquéllos se acomodan al gusto de sus contemporáneos y éstos lo afrontan.

Tan difícil como es conseguir la gloria es fácil conservarla. En eso está también en oposición con

Digitized by Google

el honor. Este se ajusta a cada cual, aun a crédito, y no se necesita más que conservarlo. Pero ésa es la tarea, porque una sola acción indigna lo hace perder irrevocablemente. Por el contrario, la gloria no puede realmente perderse nunca por la acción, o la obra que la ha producido queda para siempre cumplida y subsiste eternamente, y al autor le queda la gloria, aunque a la antigua no se añade una nueva. Sin embargo, si se extingue, si el autor no le sobrevive, es que era falsa, es decir, que no la había merecido; venía de un cálculo exagerado y momentáneo del mérito; era una gloria del género de la de Hegel, que Lichtenberg describe diciendo que había sido "*proclamada a trompetazos por un círculo de amigos y repercutida por el eco de los cerebros huecos; mas ¡cómo sonreirá la posteridad cuando, un día, llamando a la puerta de esas jaulas de palabras abigarradas, de esos encantadores nidos de una moda desaparecida, de esas viviendas de convenciones muertas, lo encuentre todo, todo absolutamente vacío y ni un pensamiento para responder con confianza:* ¡ENTRAD!"

En definitiva, la gloria se funda en lo que un hombre es en comparación de los demás. Es, pues, por esencia algo relativo y sólo puede tener un valor relativo. Desaparecería por completo si los demás llegasen a ser lo que el hombre célebre es ya. Una cosa no puede tener valor absoluto si conserva su precio en cualquier circunstancia; en el caso actual lo que tenga un valor absoluto será lo que un hombre es directamente y por sí mismo; eso es, por consiguiente, lo que constituirá necesariamente el valor y la felicidad de un gran corazón y de un gran talento. Lo preciso no es la gloria, sino merecerla. Las condiciones que hacen digno de ella

Digitized by Google

son, por decirlo así, la sustancia; la gloria no es más que el accidente; esta última obra sobre el hombre célebre como síntoma exterior que viene a confirmar a sus ojos la elevada opinión que tiene de sí mismo; pudiera decirse que, semejante a la luz que sólo se hace visible cuando es reflejada por un cuerpo, toda superioridad no adquiere la plena conciencia de sí misma sino por la gloria. Pero el mismo síntoma no es infalible, puesto que existe gloria sin mérito y mérito sin gloria. Lessing dice a este propósito de una manera encantadora: "*Hay hombres célebres; los hay que merecen serlo*". Sería, en verdad, una existencia bien miserable aquella cuyo valor o cuya depreciación dependiesen de lo que pareciese a los ojos de los demás, y tal sería la vida del héroe y del genio si el valor de su existencia consistiese en la gloria, es decir, en la aprobación de otro. Todo ser vive y existe, ante todo, por cuenta propia; por tanto, principalmente en sí y por sí. Lo que un hombre es, de cualquier modo que lo sea, lo es primero y por encima de todo; si, considerado así, su valor es mínimo, es que lo es también considerado en general. Por el contrario, la imagen de nuestro ser, tal como se refleja en los cerebros de los demás hombres, es algo secundario, derivado, eventual, que sólo muy indirectamente atañe al original. Además, los cerebros de las masas son un local demasiado miserable para que pueda encontrar allí su asiento nuestra verdadera felicidad. No se puede encontrar, en tal caso, más que una felicidad quimérica. ¡Qué sociedad abigarrada se ve reunida en ese templo de la gloria universal! Militares, ministros, charlatanes, estafadores, bailarines, cantantes, millonarios y judíos; sí, los méritos de todas esas personas son mucho más

Digitized by Google

apreciados, alcanzan más *aprecio sincero* que los méritos intelectuales, especialmente los de orden superior, que no logran de la mayoría más que *un aprecio a crédito*. Desde el punto de vista eudemonológico, la gloria no es, por lo tanto, sino el trozo más raro y más sabroso servido a nuestro orgullo y a nuestra vanidad. Pero se encuentra superabundántemente orgullo y vanidad en la mayoría de los hombres, aunque se disimule; quizá se encuentren esas dos condiciones en el más alto grado entre los que poseen por cualquier título derechos a la gloria, y que las más de las veces deben guardar mucho tiempo en su alma la conciencia incierta de su elevado valor, antes de tener ocasión de ponerla a prueba y después de hacerla reconocer; hasta entonces tienen el sentimiento de sufrir una secreta injusticia (1). En general, y como hemos dicho al comienzo de este capítulo, el valor atribuído a la opinión es completamente desproporcionado e irracional, hasta el punto de que Hobbes ha podido decir, en términos tan enérgicos como justos: *Omnis animi voluptas, omnisque alacritas in eo sita est, quod quis habeat quibuscum conferens se, possit magnifice sentire de se ipso.* (Todo goce del alma, toda satisfacción proviene de que, al compararse con los demás, pueda uno tener una elevada opinión de sí mismo. *De cive*, I, 5.) Así se explica el gran valor

(1) Como nuestro mayor placer consiste en que se nos admire, pero como los demás sólo muy difícilmente consienten en admirarnos, aun cuando la admiración esté plenamente justificada, resulta que el más feliz es aquel que de cualquier manera ha llegado a admirarse sinceramente a sí mismo. Sólo que no debe dejarse extraviar por los demás.

Digitized by Google

que se atribuye a la gloria y los sacrificios que se hacen con la sola esperanza de conquistarla algún día:

Fame is the spur, that the clear spirit doth raise
(That last infirmity of noble minds)
To scorn delights and live laborius days.

(La fama (esa última debilidad de las almas nobles) es la espuela que aguijonea a los espíritus eminentes a despreciar los placeres y a consagrar su vida al trabajo.)

Y en otra parte:

How hard it is to climb
The higts where Fame's proud temple shines, afar.

(¡Qué difícil es trepar a las alturas donde resplandece a lo lejos el suntuoso templo de la Fama!)

Por eso la más vanidosa de todas las naciones tiene siempre en la boca la palabra "gloria", y considera a ésta como el móvil principal de las grandes acciones y de las grandes obras. Sólo que como la gloria no es, indiscutiblemente, más que el eco, la imagen, la sombra, el síntoma del caso, y como, en último término, lo que se admira debe tener más valor que la admiración, síguese que lo que hace verdaderamente feliz no reside en la gloria, sino en lo que nos la atrae, en el mérito mismo, o, para hablar con más exactitud, en el carácter y las cualidades que fundan el mérito, ya en el orden moral, ya en el orden intelectual. Porque lo mejor que un hombre puede ser, debe serlo **necesariamente por** sí mismo; lo que se reflexiona sobre su ser en el

Digitized by Google

cerebro de los demás, lo que vale en su opinión, es accesorio y de interés secundario para él. Por consiguiente, el que merece la gloria, aun cuando no la consiga, posee ampliamente lo principal y tiene con qué consolarse de lo que falta. Lo que hace a un hombre digno de envidia no es ser tenido por grande por ese público tan incapaz de juzgar y a veces tan ciego, sino ser grande; la suprema dicha no es tampoco ver pasar su nombre a la posteridad, sino producir pensamientos que merezcan ser recogidos y meditados en todos los siglos. Eso es lo que no puede quitársele, «των εφ' ημιν;» todo lo demás es «των ουκ εφ' ημιν».

Cuando, por el contrario, la admiración misma es el objeto principal, es que el sujeto no es digno de ella. Tal ocurre, en efecto, con la falsa gloria, es decir, con la gloria no merecida. El que la posee, debe contentarse con ella por todo alimento, ya que no tiene las cualidades de que esta gloria debe ser el síntoma, el simple reflejo. Pero se cansará con frecuencia de ella; llega un momento en que, a despecho de la ilusión sobre sí mismo que la vanidad le proporciona, sentirá vértigo en esas alturas que no está hecho para habitar, o bien se despertará en él una vaga sospecha de no ser más que cobre dorado; experimenta el temor de ser desenmascarado y humillado como merece, especialmente cuando ya puede leer en la frente de los sabios el juicio de la posteridad. Se parece a un hombre que posee una herencia en virtud de un falso testamento. La resonancia de la verdadera gloria, de la que vivirá a través de todos los siglos futuros, no llega nunca a los oídos del que es objeto de ella, y, sin embargo, se le tiene por afortunado. La posibilidad de desarrollar las altas facultades a las cuales debe su

Digitized by Google

gloria, es decir, la posibilidad de obrar conforme a su naturaleza, el haber podido ocuparse solamente de los asuntos que le agradaban o que le divertían, eso es lo que le ha hecho feliz; sólo con estas condiciones se producen las obras que conquistarán la gloria. Por consiguiente, su gran alma, la riqueza de su inteligencia, cuya huella en sus obras atrae la admiración de los tiempos futuros, son la base de esta felicidad, como lo son también sus pensamientos, cuya meditación hará el estudio y las delicias de los espíritus más nobles a través de innumerables siglos. Haber merecido la gloria: eso es lo que compensa su valor, como también la propia recompensa. Que trabajos destinados a la gloria eterna la hayan obtenido ya a veces de los contemporáneos, ése es un hecho debido a circunstancias fortuitas y que no tienen gran importancia. Porque los hombres carecen, por lo general, de juicio propio, y, sobre todo, no tienen las facultades requeridas para apreciar las producciones de orden elevado y difícil; así que siguen siempre, en estas materias, la autoridad de otro, y la gloria suprema se concede de pura confianza por el 99 por 100 de los admiradores. Por eso, la aprobación de los contemporáneos, por numerosos que sean sus votos, tiene poca importancia para el pensador; no distingue más que el eco de algunas voces, poco numerosas, que a las veces no son más que un efecto del momento. ¿Se sentiría halagado un *virtuoso* por los aplausos de aprobación de su público si supiese que, excepto uno o dos individuos, el auditorio está compuesto en su totalidad de sordos que, para disimular mutuamente su enfermedad, aplauden ruidosamente en cuanto ven agitarse las manos del único que oye? ¡Qué pensaría si supiese también

Digitized by Google

que esos aplaudidores habían sido comprados para proporcionar el éxito más estruendoso al más miserable rascador! Esto nos explica por qué la gloria contemporánea sufre tan rara vez la transformación en gloria inmortal. D'Alembert expresa la misma idea en su magnífica descripción del templo de la gloria literaria: *El interior del templo no está habitado más que por muertos que no estaban allí en vida, y por algunos vivos que son puestos a la puerta, en su mayoría, cuando ya han muerto.*

Dicho sea de paso, elevar un monumento en vida a un hombre es declarar que, por lo que a él atañe, no se fía uno de la posteridad. Cuando, a pesar de todo, un hombre llega, durante su vida, a una gloria que las edades futuras han de confirmar, es en una edad avanzada; hay algunas excepciones a esta regla para los artistas y los poetas; pero hay muchas menos para los filósofos. Las semblanzas de hombres célebres por sus obras, semblanzas hechas, generalmente, en una época en que su celebridad estaba ya consolidada, confirman la regla anterior; nos los representamos, por lo general, viejos y muy blancos, especialmente a los filósofos. No obstante, desde el punto de vista eudemonológico, esto está perfectamente justificado. Tener gloria y juventud a la vez es demasiado para un mortal. Nuestra existencia es tan pobre, que sus bienes deben repartirse con más economía. La juventud tiene bastante riqueza propia; puede contentarse con ella. En la vejez, cuando goces y placeres han muerto, como los árboles en el invierno, es cuando el árbol de la gloria viene a florecer oportunamente como un verdor invernal. No hay mejor consuelo para el anciano que ver toda la fuerza de sus años juveniles

Digitized by Google

incorporarse a obras que no envejecen como su juventud.

Examinemos ahora más detenidamente el camino que conduce a la gloria por las ciencias, siendo éstas la rama que está más a nuestro alcance; podremos formular a este propósito la regla siguiente: la superioridad intelectual de que da testimonio la gloria científica, se manifiesta siempre por una combinación nueva de ciertos datos. Estos últimos pueden ser de especies muy diversas; pero la gloria atribuída a su combinación será tanto mayor y más extensa cuanto más generalmente conocidos y más accesibles a todos sean esos datos. Si esos datos son, por ejemplo, cifras, curvas, una cuestión especial de física, de zoología, de botánica o de anatomía, pasajes desfigurados de autores antiguos, inscripciones medio borradas o cuyo alfabeto nos falta, o puntos oscuros de historia, en todos esos casos la gloria que se adquirirá en combinarlas juiciosamente no se extenderá más lejos que el conocimiento mismo de esos datos, y, por consiguiente, no traspasará el círculo de un reducido número de hombres que viven de ordinario en el retiro y envidian la gloria de su profesión especial. Si, por el contrario, los datos son de los que el mundo conoce, si son, por ejemplo, facultades esenciales y universales del espíritu o del corazón humano, o bien fuerzas naturales cuya acción pasa constantemente ante nuestra vista, o bien la marcha, familiar a todos, de la naturaleza en general, entonces la gloria de haberlas sacado a luz por una combinación nueva, importante y evidente, se propagará con el tiempo en el seno de la humanidad civilizada. Porque, si los datos son accesibles a todos, su combinación lo será también por lo general. Sin embargo, la gloria

Digitized by Google

estará siempre en relación con la dificultad que hay que dominar. En efecto; cuanto más numerosos sean los hombres a quienes son conocidos estos datos, más difícil será combinarlos de una manera nueva y exacta a la vez, ya que una infinidad de espíritus lo habrán intentado y habrán agotado las combinaciones posibles. En cambio, los datos inaccesibles a la mayoría del público y cuyo conocimiento sólo se adquiere por medios largos y laboriosos, admitirán las más de las veces combinaciones nuevas; cuando se las aborda con un raciocinio recto y un juicio sano, se puede tener fácilmente la suerte de llegar a una combinación nueva y exacta. Pero la gloria así conseguida tendrá aproximadamente por límite el círculo mismo del conocimiento de estos datos. Porque la solución de los problemas de esta naturaleza exige, en verdad, mucho trabajo y estudio; por otra parte, los datos para los problemas de la primera especie, o la gloria que se ha de adquirir, que es precisamente la más elevada y la más vasta, son conocidas de todo el mundo sin esfuerzo; pero, si se necesita poco trabajo para conocerlos, se necesitará tanto más talento y hasta genio para combinarlas. Ahora bien; no hay trabajo que, por el valor propio o por el que se le atribuye, pueda sostener la comparación con el talento o el genio.

Resulta de ahí que los que saben que están dotados de una razón sólida y de un juicio recto, sin tener el sentimiento de poseer una inteligencia superior, no deben retroceder ante los largos estudios y las investigaciones laboriosas; con eso podrán elevarse por encima de los hombres, al alcance de los cuales están los datos universalmente conocidos, y penetrar en regiones apartadas, accesibles sólo a la

Digitized by Google

actividad del sabio. Porque aquí el número de los competentes es infinitamente menor, y un espíritu algo superior encontrará ocasión para una combinación nueva y exacta; el mérito de su descubrimiento podrá apoyarse, al mismo tiempo, en la dificultad de llegar al conocimiento de los datos. Pero la multitud no percibirá más que de lejos el ruido de los aplausos que esos trabajos merezcan al autor por parte de sus colegas de ciencia, únicos inteligentes en la materia. Prosiguiendo hasta su término el camino aquí indicado, se puede determinar el punto en que los datos, por su extrema dificultad de adquisición, bastan por sí solos, fuera de toda combinación, para consolidar una gloria. Tales son los viajes por países muy remotos y poco visitados; se hace uno célebre por lo que ha visto, no por lo que ha pensado. Este sistema tiene, además, la gran ventaja de que es más fácil comunicar a los demás las cosas que se han visto que las que se han pensado, del mismo modo que el público comprende más fácilmente las primeras que las segundas; de esa manera se encuentran también más lectores. Porque, como Asmus ha dicho ya:

Wenn jemand eine Reise thut,
So Kann er was erzählen.

(Después de un largo viaje, tenemos muchas cosas que contar.)

Pero resulta también que, cuando se conoce personalmente a hombres célebres de esta clase, se recuerda a menudo la observación de Horacio:

Coelum, non animum, mutant, qui trans mare currunt.

Digitized by Google

(Los que cruzan los mares mudan de clima, no de carácter. Ep. I, 11, v. 27.)

Por lo que atañe al hombre dotado de altas facultades intelectuales, el único que puede abordar la solución de esos grandes y difíciles problemas que tratan de las cosas generales y universales, éste hará bien, por una parte, en ensanchar su horizonte lo más posible; pero, por otra parte, deberá extenderlo igualmente en todas direcciones, sin extraviarse muy profundamente en alguna de esas regiones más especiales, conocidas sólo de pocos individuos; en otros términos: sin penetrar mucho en los detalles especiales de una sola ciencia, y mucho menos hacer micrología, en cualquier rama que sea. Porque no necesita dedicarse a las cosas difícilmente accesibles para huir de la multitud de los competentes; lo que está al alcance de todos le proporcionará precisamente materia para combinaciones nuevas, importantes y verdaderas. Pero por eso mismo su mérito podrá ser apreciado por todos los que conocen los datos, y ésta es la mayor parte del género humano. Esa es la razón de la inmensa diferencia entre la gloria reservada a los poetas y a los filósofos, y la accesible a los físicos, químicos, anatómicos, mineralogistas, zoólogos, filólogos, historiadores y demás.

Digitized by Google

CAPITULO V

PARANESIS Y MÁXIMAS

Aquí menos que en cuestión alguna tengo la pretensión de ser completo; de otro modo tendría que repetir las numerosas y en parte excelentes reglas de vida dadas por los pensadores de todos los tiempos, desde Theognis y el pseudo Salomón hasta La Rochefoucauld; no podría evitar tampoco muchos lugares comunes de los más manoseados. He renunciado también casi por completo a todo orden sistemático. Consuélese el lector, porque en tales materias un tratado completo y sistemático hubiera sido infaliblemente fastidioso. No he apuntado sino lo que me ha venido de buenas a primeras a la imaginación, lo que me ha parecido digno de comunicarse, y lo que, en lo que me era posible recordar, aún no se había dicho, al menos tan completamente y bajo esta misma forma; no hago, pues, más que espigar en este vasto campo donde otros han recolectado ya.

Sin embargo, para dar un poco de ilación a esta gran variedad de opiniones y de consejos relativos a mi asunto, los clasificaré en máximas generales y en máximas referentes a nuestra conducta para con nosotros mismos, luego para con los demás y, por

Digitized by Google

último, frente a la marcha de las cosas y de la suerte en este mundo.

I.—Máximas generales.

1.º Considero como la regla suprema de toda sabiduría en la vida la proposición enunciada por Aristóteles en su *Moral a Nicomaco* (VII, 12): «ο φρονιμος το αλνπον διωκει, ου το ηδο, lo que puede traducirse así: "El sabio persigue, no el placer, sino la ausencia del dolor". La verdad de esta sentencia se funda en que todo placer y toda felicidad son de naturaleza negativa; y el dolor es, por el contrario, de naturaleza positiva. (He desarrollado y probado esta tesis en mi obra principal, I, § 58.) Quiero, sin embargo, explicarlo además por un hecho de observación cotidiana. Cuando nuestro cuerpo entero está sano e intacto, excepto una parte insignificante herida o dolorida, la conciencia cesa de percibir la salud del conjunto; la atención se fija plenamente en el dolor de la parte lesionada, y el placer, determinado por el sentimiento total de la existencia, se borra. Del mismo modo, cuando nuestros negocios marchan bien, a no ser uno solo que va mal, éste, aunque sea de mínima importancia, nos asedia constantemente el cerebro, sobre él gira siempre nuestro pensamiento, y rara vez sobre las demás cosas más importantes que marchan a gusto nuestro. En ambos casos la *voluntad* está lesionada, la primera vez tal como *se objetiva* en el organismo, la segunda vez en los esfuerzos del hombre; en ambos casos vemos que su satisfacción siempre se produce negativamente, y que, en consecuencia, no se siente jamás directamente; a lo más, llega a la conciencia por vía refleja. Lo que hay de positivo,

Digitized by Google

por el contrario, es la obstrucción de la voluntad, la cual se manifiesta también directamente. Todo placer consiste en suprimir esta obstrucción, en despojarse de ella, y, por consiguiente, no puede ser sino de corta duración.

He aquí, pues, en qué se funda la excelente regla de Aristóteles reproducida anteriormente; que aconseja fijar nuestra atención, no en los goces y diversiones de la vida, sino en los medios de evitar en lo posible los males innumerables de que está sembrada. Si este camino no fuese el verdadero, el aforismo de Voltaire *Le bonheur n'est qu'un rêve, et la douleur est reelle* (La felicidad no es más que un sueño; en cambio, el dolor es positivo) sería tan falso como exacto es en realidad. Así, pues, cuando se quiere hacer el balance de la vida desde el punto de vista eudomonológico, no hay que hacer la cuenta de los placeres que se han saboreado, sino de los males que se han evitado. Además, la eudemonología, es decir, un tratado de la vida feliz, debe comenzar por enseñarnos que su mismo nombre es un eufemismo, y que por "vivir feliz" debe entenderse solamente "menos desgraciado"; en una palabra: tolerablemente. Y en realidad la vida no es para que se disfrute de ella, sino para que se sufra con ella, para que se desatienda uno de ella lo antes posible; eso es lo que indican expresiones tales como: en latín, *degere vitam, vitan defungi;* en italiano, *si scampa cori;* en alemán, *man mus suchen durch zukömmen, er wird schon durch die Welt kornuen,* y otras semejantes. Sí; es un consuelo en la vejez tener detrás de sí el trabajo de la vida. El hombre más feliz es, pues, el que pasa la vida sin grandes dolores, tanto en lo moral como en lo físico, y no el que tiene de su parte las alegrías más

Digitized by Google

vivas o los goces más intensos. Querer medir por éstos la felicidad de una existencia es recurrir a una medida falsa. Si a un estado libre de dolor viene a agregarse la ausencia del tedio, entonces se logra la felicidad en la tierra en lo que tiene de esencial, porque lo demás no es más que quimera. Síguese de ahí que nunca hay que comprar placeres a costa de dolores, ni aun a costa de su sola amenaza, puesto que eso sería pagar algo *negativo* y *quimérico* con algo *positivo* y *real*. En cambio, hay beneficio en sacrificar placeres para evitar dolores. En uno y otro caso, es indiferente que los dolores sigan o precedan a los placeres. No hay verdaderamente locura mayor que querer transformar este teatro de miserias en un lugar de placer y perseguir goces y alegrías en vez de tratar de evitar la mayor suma posible de dolores. ¡Cuántas personas incurren, sin embargo, en esta locura! El error es infinitamente menor en el que con una ojeada demasiado sombría considera este mundo como una especie de infierno, y no se ocupa más que de proporcionarse un albergue al abrigo de las llamas. El necio corre tras los placeres de la vida y encuentra una decepción; el sabio evita los males. Si a pesar de estos esfuerzos no lo consigue, la culpa es del destino, y no de su locura. Mas por poco que lo consiga, no quedará desilusionado, porque los males que haya evitado son de los más reales. Aun en el caso en que el esfuerzo para evitarlos hubiera sido excesivo, y en que hubiera sacrificado placeres inútilmente, no ha perdido nada en realidad; porque estos últimos son quiméricos, y dolerse de su pérdida sería mezquino o, mejor dicho, ridículo.

Por haber desconocido esta verdad en favor del optimismo, se ha abierto el manantial de muchas

Digitized by Google

calamidades. En efecto; en los momentos en que estamos libres de dolores, deseos inquietos hacen brillar a nuestra vista las quimeras de una felicidad que no tiene existencia real y nos inducen a perseguirlas; con eso atraemos al dolor, que es indiscutiblemente real. Entonces nos lamentamos de ese estado exento de dolores que hemos malogrado y que ahora se encuentra detrás de nosotros como un paraíso que hemos perdido por capricho, y quisiéramos en vano volver no pasado lo pasado. Parece que un espíritu maligno está ocupado constantemente, por los espejismos engañadores de nuestros deseos, en librarnos de ese estado exento de sufrimientos que es la felicidad suprema y real. El joven se imagina que ese mundo que aún no ha visto está allí para que se disfrute de él, que es la morada de una felicidad positiva que sólo huye de los que no tienen habilidad para apoderarse de ella. Está fortificado en su creencia por las novelas y las poesías, y por esa hipocresía que ostenta el mundo dondequiera, y siempre por las apariencias exteriores. Volveré dentro de poco sobre esto. En adelante, su vida no es sino la caza de la felicidad positiva, llevada a cabo con más o menos prudencia; y esta felicidad positiva es reputada por este título como compuesta de placeres positivos. En cuanto a los peligros a que nos exponemos es preciso afrontarlos cara a cara; esta caza impulsa a la persecución de piezas que no existen en manera alguna, y acaba por conducir a la desgracia real y positiva. Dolores, sufrimientos, enfermedades, pérdidas, cuidados, pobreza, deshonra y otras mil calamidades; ésas son las formas en que se presenta el resultado. El desengaño llega demasiado tarde. Si, por el contrario, se obedece a la regla aquí expuesta,

Digitized by Google

si se establece el plan de vida con la mira de evitar los sufrimientos, es decir, a desterrar la miseria, la enfermedad y cualquier otra molestia, entonces el resultado es real; se podrá conseguir algo, y tanto más cuanto menos se haya trastornado el plan para la persecución de esta quimera de la felicidad positiva. Esto concuerda con lo que Goethe, en las afinidades electivas, hace decir a Mitller, que siempre está ocupado de la felicidad de los demás: *El que quiere despojarse de un mal sabe siempre lo que quiere; el que busca más de lo que tiene, es más ciego que un atacado de cataratas.* Lo que recuerda ese hermoso adagio francés: *Le mieux est l'ennemi du bien.* (Lo mejor es enemigo de lo bueno.) De ahí se puede deducir igualmente la idea fundamental del cinismo, tal como la he expuesto en mi gran obra (tomo II, cap. 16). ¿Qué es, en efecto, lo que impulsaba a los cínicos a rechazar todos los goces sino el pensamiento de los dolores que van acompañados? Evitar éstos parecía más importante que proporcionarse los primeros. Profundamente penetrados y convencidos de la naturaleza negativa de todo placer y de la naturaleza positiva de todo sufrimiento, hacían todo lo posible por evitar los males, y para eso juzgaban necesario rechazar íntegra e intencionadamente los goces que consideraban como redes tendidas para entregarnos al dolor.

Indudablemente, todos nacemos en Arcadia, como dice Schiller; es decir, comenzamos la vida llenos de aspiraciones a la felicidad, al placer, y abrigamos la insensata esperanza de conseguirlos. Pero, por regla general, llega al punto el destino que nos agarra bruscamene y nos enseña que nada es *nuestro,* sino *suyo,* puesto que tiene un derecho indis-

Digitized by Google

cutible, no sólo sobre todo lo que poseemos y adquirimos, sobre mujer e hijos, sino hasta sobre nuestros brazos y nuestras piernas, nuestros oídos y nuestros ojos, y hasta sobre la nariz que llevamos en medio del rostro. En todo caso, no pasa mucho tiempo sin que la experiencia llegue a hacernos comprender que felicidad y placer son una *Fata Morgana* que, visible de lejos solamente, desaparece cuando uno se acerca a él; pero que, en cambio, sufrimiento y dolor tienen realidad y se presentan inmediatamente y por sí mismos, sin prestarse a la ilusión ni a la espera. Si la lección da sus frutos, entonces cesamos de correr tras la felicidad y el placer y nos dedicamos a obstruir en lo posible todo acceso al dolor y al sufrimiento. Reconocemos también que lo mejor que el mundo puede ofrecernos es una existencia sin dolores, tranquila, soportable, y a una vida así limitamos nuestras exigencias, a fin de poder disfrutar de ella con más seguridad. Porque, para no llegar a ser muy desgraciado, el medio más seguro es no aspirar a ser muy feliz. Esto es lo que ha reconocido Merck, el amigo de la juventud de Goethe, cuando ha escrito: *Esta condenada pretensión a la libertad, especialmente tal como la soñamos, lo echa todo a perder aquí. El que puede librarse de ella y sólo aspira a lo que tiene delante de sí, éste podrá abrirse paso por entre la espesura.* (Corresp. de Merck.) Es, pues, prudente rebajar a una escala muy modesta nuestras pretensiones a los placeres, a las riquezas, a las posiciones, a los honores, etc., porque éstas son las que nos traen mayores infortunios; es decir, la lucha por la felicidad, el esplendor y los goces. Tal conducta es ya sabia y prudente sólo porque es muy fácil ser extraordinariamente desgraciado y porque es, no

Digitized by Google

difícil, sino completamente imposible, ser muy feliz. El cantor de la prudencia ha dicho, con razón:

Auream quisquis mediocritatem
Diligit, tutus caret obsoleti
Sordibus tecti, caret invidenda
Sobrius aula.

Saevius ventis agitatur ingens
Pinus: et celsae graviore casu
Decidunt turres; feriuntque summos
Fulgura montes.

(Horacio, I. II, od. 10.)

(Todo el que ama la áurea medianía está libre de cuidados bajo un techo miserable, y no envidia, sobrio, los palacios. El alto pino es agitado muchas veces por los vientos, se derrumban con más estrépito las altas torres, y son las cimas de los montes donde el rayo suele herir.)

Todo el que se ha adentrado en las enseñanzas de mi filosofía sabe que toda nuestra existencia es una cosa que mejor fuera que no existiese, y que la suprema sabiduría consiste en negarla y en rechazarla; quien así piense no fundará grandes esperanzas sobre ninguna situación, no perseguirá con empeño nada en el mundo y no elevará grandes quejas a propósito de ninguna decepción; pero reconocerá la verdad de lo que dice Platón (Rep. X, 604): ουτε τι των ανδρωπινων αξιον μεγαλης σπουδης (Ninguna cosa humana es digna de una gran premura), y esta otra verdad del poeta persa:

¿Has perdido el imperio del mundo?
¡Bah!, no te aflijas; no es nada.

Digitized by Google

¿Has conquistado el imperio del mundo?
¡Bah!, no te alegres; no es nada.
Dolores y alegrías, todo pasa.
Todo pasa en el mundo; todo es nada.

(Answari Soheili.)

Lo que aumenta particularmente la dificultad de habituarse a miras tan elevadas es la hipocresía del mundo de que he hablado más arriba, y nada sería tan útil como desenmascararla pronto ante la juventud. Las magnificencias son, en su mayoría, puras apariencias, como decoraciones de teatro, y falta la esencia de la cosa. Así, buques empavesados y floridos, cañonazos, iluminaciones, timbales y trompetas, gritos de alegría, etc.; todo eso es la indicación, la enseña, el jeroglífico del *júbilo;* pero las más de las veces no existe la alegría; sólo ella está dispensada de venir a la fiesta. Donde realmente se presenta, llega, de ordinario, sin hacerse invitar ni anunciar, viene por sí misma y *sin cumplidos,* introduciéndose en silencio, a veces por los motivos más insignificantes y fútiles, en las ocasiones más vulgares, algunas veces en circunstancias que no son brillantes ni gloriosas. Como el oro en Australia, se encuentra dispersa aquí y allá, según el capricho del azar, sin regla ni ley, las más de las veces en polvo fino, muy rara vez en densas masas. Pero también en todas estas manifestaciones de que hemos hablado el único objeto es hacer creer a los demás que la alegría es de la fiesta; la intención es producir la ilusión en los demás.

Y como con la alegría, sucede con la tristeza. ¡Con qué porte melancólico avanza ese largo y lento convoy! La fila de coches es interminable. Pero

Digitized by Google

mirad un poco en el interior; todos están vacíos, y el difunto, en realidad, no es conducido al cementerio más que por todos los cocheros de la ciudad. ¡Imagen fiel de la amistad y de la consideración en este mundo! Eso es lo que yo llamo la falsedad, la indignidad y la hipocresía de la conducta humana. Tenemos también un ejemplo en las recepciones solemnes con sus numerosos invitados en trajes de etiqueta; éstos son como la representación de la sociedad elevada y noble; pero en lugar suyo han venido el dolor, la violencia y el tedio; porque donde hay muchos convidados hay mucha morralla, aunque todos lleven cruces en el pecho. En efecto; la verdadera buena sociedad está en todas partes, pero es, necesariamente, muy restringida. En general, estas fiestas y estos regocijos llevan siempre en sí algo que suena a hueco o, por mejor decir, que suena en falso, precisamente por la miseria de nuestra existencia, y que por lo mismo todo contraste hace que resalte mejor la verdad. Pero, visto desde fuera, todo eso produce efecto, y ése es el fin que se busca. Chamfort dice de una manera encantadora: *La société, les cercles, les salons, ce qu'on apelle le monde, est une pièce miserable, un mauvais opera, sans intérêt, qui se soutient un peu par les machines, les costumes et les décorations.* (La sociedad, los círculos, los salones, lo que se llama gran mundo, es una pieza miserable, una mala ópera, sin interés, que se sostiene solamente por las máquinas, los trajes y las decoraciones.) Las academias y las cátedras de filosofía son, igualmente, la enseña, el simulacro exterior de la sabiduría; pero, las más de las veces, ésta se abstiene de la fiesta y se la encuentra en otras partes. Las campanadas, los trajes sacerdotales, el porte piadoso, son la enseña, el

Digitized by Google

disfraz de la devoción, y así sucesivamente. De este modo, casi todas las cosas del mundo pueden llamarse nueces vacías; el hueso es raro por sí mismo, es más, muy raramente está cobijado en el cascarón. Hay que buscarle en otra parte, y no se observa, de ordinario, nada más que por una casualidad.

2.° Cuando se quiere apreciar la condición de un hombre desde el punto de vista de su felicidad, no se debe enterar uno de lo que le divierte, sino de lo que le entristece; porque cuanto más insignificante sea en sí lo que le aflige, más feliz será el hombre; se necesita encontrarse en cierto estado de bienestar para ser sensible a bagatelas; en la desgracia no se las siente.

3.° Hay que guardarse de fundar la felicidad de la vida en una *base amplia*, elevando numerosas pretensiones a la felicidad; establecida sobre tal fundamento, se desmorona más fácilmente, porque entonces da origen infaliblemente a más desastres. Con el edificio de la felicidad ocurre en este respecto lo contrario que con todos los demás, que son tanto más sólidos cuanto más ancha es su base. Poner sus pretensiones lo más bajo posible en proporción de los recursos de toda especie; ése es el camino más seguro para evitar grandes desgracias.

En general, es una locura de las mayores y de las más divulgadas tomar, de cualquier manera que sea, grandes medidas para la vida. Porque, primero, para hacerlo se cuenta con una vida larga, íntegra, a la cual llegan pocas personas. Además, aun cuando se viviese una existencia tan larga, no se dejaría de comprender que es demasiado corta para los planes concebidos; su ejecución reclama

Digitized by Google

siempre más tiempo de lo que se suponía; está además expuesta, como todas las cosas humanas, a tantos fracasos y a tantos obstáculos de cualquier naturaleza, que rara vez se los puede llevar a su término. Finalmente, aun cuando se hubiese conseguido lograrlo todo, se observa que se ha desdeñado tener en cuenta modificaciones que el tiempo produce en *nosotros mismos;* no se ha reflexionado que ni para crear ni para gozar nuestras facultades permanecen invariables toda la vida. Resulta de ahí que trabajamos a menudo para adquirir cosas que, una vez obtenidas, no están a nuestra altura; sucede también que nos empleamos en los trabajos preparatorios de una obra algunos años, que en el ínterin nos quitan insensiblemente las fuerzas necesarias para su conclusión. Del mismo modo, algunas riquezas adquiridas a costa de grandes fatigas y de numerosos peligros no pueden a veces servirnos ya, y encontramos que hemos trabajado para los demás; resulta también de aquí que muchas veces no estamos en estado de ocupar un puesto logrado al fin, después de haberle perseguido y ambicionado durante largos años. Las cosas han llegado demasiado tarde para nosotros, o, al contrario, somos nosotros los que llegamos demasiado tarde para las cosas; especialmente cuando se trata de obras o de producciones, el gusto de la época ha cambiado; ha surgido una nueva generación que no toma ningún interés en estas materias, o muchos otros nos han precedido por caminos más cortos, y así sucesivamente. Todo lo que hemos expuesto en este párrafo tercero, Horacio lo ha tenido presente en los siguientes versos:

Digitized by Google

Quid aeternis minorem
consiliis animum fatigas?

(L. II, oda 11, vs. 11 y 12.)

(¿Para qué fatigar con proyectos eternos nuestro débil espíritu?)

Este desprecio tan común está determinado por la inevitable ilusión óptica de los ojos del espíritu, que nos hace ver la vida como infinita o como muy corta, según que la vemos a la entrada o al término de nuestra carrera. Esta ilusión tiene, sin embargo, su lado bueno; sin ella, no produciríamos nada **grande.**

Pero nos ocurre, por lo general, en la vida, lo que le sucede al viajero: a medida que avanza los objetos toman formas distintas de las que ostentaban de lejos, y se modifican, por decirlo así, a medida que uno se aproxima a ellos. Tal ocurre principalmente con nuestros deseos. A veces encontramos otra cosa, mejor de lo que buscábamos; a veces también lo que buscamos lo encontramos por un camino completamente distinto del que inútilmente hemos seguido hasta entonces. Otras veces, allí donde pensábamos encontrar un placer, una felicidad, una alegría, se nos presenta una enseñanza, una explicación, un conocimiento; es decir, un bien duradero y real en lugar de un bien pasajero y engañoso. Este es el pensamiento que circula, como una base fundamental, a través de todo el libro de Wilhelm Meister, novela intelectual y, por lo mismo, de una cualidad superior a todas las demás, aun a las de Walter Scott, que no son sino obras morales; es decir, que sólo consideran la naturale-

Digitized by Google

za humana por el lado de la voluntad. En *La flauta encantada,* jeroglífico grotesco, pero expresivo y significativo, encontramos igualmente este mismo pensamiento fundamental, simbolizado en rasgos gruesos y forzados como los de las decoraciones de teatro; la simbolización sería perfecta si, en el desenlace, Tamino, atacado por el deseo de poseer a Tamina, en lugar de ésta, no exigiese y no obtuviese más que la iniciación en el templo de la Sabiduría; en cambio, Papageno, el enemigo necesario de Tamino, conseguirá a su Papagena. Los hombres superiores y nobles perciben pronto esta enseñanza del destino y se prestan a ella con sumisión y gratitud; comprenden que en este mundo se puede encontrar la instrucción, pero no la felicidad; se habitúan a cambiar esperanzas por conocimientos; se contentan y dicen, finalmente, con Petrarca:

Altro diletto che 'mparar, non provo.

Hasta pueden llegar a no seguir sus deseos y sus aspiraciones más que en apariencia, por decirlo así, y como en broma, mientras que en realidad y en la seriedad de su fuero interior no esperan sino la instrucción, lo que les reviste entonces de un tinte contemplativo, genial y elevado. En ese sentido se puede decir también que ocurre con nosotros como con los alquimistas, que mientras buscaban el oro han inventado la pólvora, la porcelana, medicamentos y hasta leyes naturales.

II.—Concerniente a nuestra conducta para con nosotros mismos.

4.° La mano de obra que ayuda a elevar un edi-

Digitized by Google

ficio no conoce el plan de conjunto o no lo tiene siempre a la vista; tal es, también, la posición del hombre mientras está ocupado en devanar, uno a uno, los días y las horas de su existencia, por respecto al conjunto de su vida y al carácter total de ésta. Cuanto más digno, considerable, significativo e individual es este carácter, más necesario y benéfico es para el individuo echar de cuando en cuando una mirada hacia un plan modesto de vida. Verdad es que, para ello, le es preciso haber dado ya un paso en el γνωθι σαυτόν (conócete a ti mismo); debe saber, pues, lo que quiere realmente, principalmente y ante todo; debe conocer lo que es esencial a su felicidad y lo que sólo viene en segunda o en tercera línea; es preciso que se dé cuenta, en conjunto, de su vocación, de su oficio y de sus relaciones con el mundo. Si todo eso es importante y elevado, entonces el aspecto del plan reducido de su vida le fortificará, le sostendrá, le elevará más que cualquier otra cosa; este examen le alentará al trabajo y le apartará de los senderos que pudieran extraviarle.

El viajero, sólo cuando llega a una eminencia, abarca de una ojeada y reconoce el camino recorrido, con sus rodeos y sus sinuosidades; asimismo, sólo en el término de un período de nuestra existencia, y a veces de la vida entera, reconocemos la verdadera conexión de nuestras acciones, de nuestras obras y de nuestras producciones, su enlace precioso, su encadenamiento y su valor. En efecto; mientras estamos absortos en nuestra actividad, obramos sólo con arreglo a las propiedades inquebrantales de nuestro carácter, bajo la influencia de los motivos y en la medida de nuestras facultades, es decir, por una necesidad absoluta; no hacemos, en un momento dado, sino lo que en aquel momen-

Digitized by Google

to nos parece justo y conveniente. Sólo el porvenir nos permite apreciar el resultado, y la mirada retrospectiva, dirigida al conjunto, es la única que nos revela el *cómo y por qué*. Así, pues, en el momento en que realizamos las mayores acciones y en que creamos obras inmortales, no tenemos la conciencia en su verdadera naturaleza; sólo nos parecen lo más apropiado para nuestro objeto actual y lo mejor correspondiente a nuestras intenciones; no tenemos otra impresión que la de haber hecho, precisamente, lo que debía hacerse actualmente; sólo más tarde resaltan en plena luz del conjunto y de su encadenamiento nuestro carácter y nuestras facultades; por los detalles, vemos entonces cómo hemos seguido el único camino verdadero, entre tantos caminos torcidos, como por inspiración y guiados por nuestro genio. Todo lo que acabamos de decir es cierto en la teoría como en la práctica, y se aplica igualmente a los hechos inversos, es decir, a lo malo y a lo falso.

5.º Un punto importante para la sabiduría en la vida es la proporción, en la cual consagramos una parte de nuestra atención al presente y otra al porvenir, a fin de que uno no nos eche a perder el otro. Hay muchas personas que viven demasiado en el presente: son las frívolas; otras, que viven demasiado en el porvenir: son las tímidas y las inquietas. Rara vez se guarda el justo medio. Esos hombres que, impulsados por sus deseos y sus esperanzas, viven únicamente en el porvenir, los ojos siempre fijos hacia adelante, que corren con impaciencia hacia las cosas futuras, porque creen que éstas van a traerles inmediatamente la verdadera felicidad,

Digitized by Google

pero que, entretanto, dejan huir el presente, que desdeñan, sin disfrutar de él, se parecen a esos asnos a los cuales, en Italia, se les hace apresurar el paso por medio de una gavilla de heno, colgada de un bastón, delante de su cabeza; ven siempre la gavilla delante de sí y tienen la esperanza de cogerla. Esos hombres, en efecto, se fatigan durante toda su existencia sin vivir perpetuamente más que *ad interim,* hasta su muerte. Así, pues, en lugar de ocuparnos, sin cesar y exclusivamente, de planes y de inquietudes del futuro, o de entregarnos, por el contrario, a la nostalgia del pasado, nunca debiéramos olvidar que sólo el presente es real, que sólo él es cierto y que, por el contrario, el porvenir se presenta, casi siempre, distinto de lo que pensábamos, y que el pasado ha sido diferente también; lo cual hace que, en resumen, porvenir y pasado sean ambos de mucha menor importancia de lo que parece. Porque la lejanía, que empequeñece los objetos para la vista, los abulta para el pensamiento. Sólo el presente es verdadero y efectivo; es el tiempo realmente ocupado, y en él se funda exclusivamente nuestra existencia. Así, pues, debe merecernos siempre una buena acogida; debiéramos disfrutar, con la plena conciencia de su valor, de toda hora soportable y libre de contrariedades o de dolores actuales, es decir, no turbarla con desilusiones del pasado o aprensiones para el porvenir. ¡Habrá algo más insensato que rechazar una buena hora presente o echarla a perder por inquietud del porvenir o por disgusto del pasado! Demos su tiempo, es claro, a la inquietud y hasta al arrepentimiento; después, por lo que atañe a los hechos consumados, debemos decir:

Digitized by Google

Αλλα τα μεν πρτετυχθαι εασομεν αλνυμενοι περ,
θυμον εν στηδεσσι φιλον δαμασαντες αναγκη;

(Demos al olvido todo lo pasado, aunque nos cueste sentimiento; es necesario ahogar la cólera en nuestro pecho.)

en cuanto al porvenir:

Ητοι ταυτα θεων εν γουνασι κειται;

(Descansa enteramente en las rodillas de los dioses.)

en cambio, por lo que atañe al presente, hay que pensar como Séneca: *Singulas dies, singulas vitas puta* (Cada día es una vida aislada), y hacer este tiempo, único real, lo más agradable posible.

Los únicos males futuros que deben, con razón, alarmarnos son aquellos cuya llegada y cuyo momento son seguros. Pero hay muy pocos que se encuentren en este caso, porque los males son: o simplemente posibles o, a lo sumo, verosímiles, o bien son ciertos, pero es dudosa la época de su llegada. Si uno se preocupa de las dos especies de desgracias, no se tiene ya un solo momento de reposo. Por consiguiente, a fin de no perder la tranquilidad de nuestra vida, por males cuya existencia o cuya época son indecisas, debemos habituarnos a considerar los unos como si nunca debiesen suceder, y los otros, como si no debiesen ocurrir con seguridad inmediatamente.

Pero cuanto más reposo nos deja el miedo, más agitados estamos por los deseos, las codicias y las pretensiones. La canción tan conocida de Goethe: *Ich hab'mein Sach auf nichts gestellt* (He puesto mi anhelo en nada), significa en el fondo que sólo

Digitized by Google

cuando se ha despojado de todas sus pretensiones y se ha reducido a la existencia tal como es, desnuda y escueta, puede el hombre adquirir esa calma del espíritu que es la base de la felicidad humana, porque esa calma es indispensable para gozar del presente, y, por lo tanto, de la vida entera. A este efecto deberíamos siempre igualmente recordar que el día de *hoy* no viene más que una sola vez y nunca más. Pero nos imaginamos que volverá mañana; sin embargo, *mañana* es otro día que tampoco llega más que una vez. Olvidamos que cada día es una parte integrante y, por consiguiente, irreparable de la vida, y lo consideramos como contenido de la vida, de la misma manera que los individuos están contenidos en la noción del conjunto. Apreciaríamos y saborearíamos también mejor el presente si, en los días de bienestar y de salud, reconociésemos hasta qué punto, durante la enfermedad o la aflicción, el recuerdo nos representa como infinitamente envidiable cada hora libre de dolores o de privaciones; es como un paraíso perdido, como un amigo desconocido. Pero, por el contrario, vivimos nuestros hermosos días sin disfrutar de ellos, y sólo cuando los malos llegan quisiéramos recordar los otros. Dejamos pasar al lado nuestro, sin disfrutar de ellas y sin concederles una sonrisa, mil horas serenas y agradables, y más tarde, en las épocas sombrías, dirigimos hacia ellas nuestras vanas aspiraciones. En lugar de obrar así, debiéramos festejar siempre toda actualidad soportable, incluso los más insignificantes que con tanta indiferencia dejamos escapar o que hasta rechazamos impacientemente; deberíamos acordarnos siempre de que este presente se precipita en aquel mismo instante en esa apoteosis del pasado, o en lo suce-

Digitized by Google

sivo, radiante con la luz de la permanencia, es conservado por la memoria, para presentarse a nuestros ojos como el objeto de nuestra más ardiente aspiración, cuando, especialmente en las horas de infortunio, el recuerdo viene a levantar el velo.

6.° *Restringirse hace feliz.*—Cuanto más reducido es nuestro círculo de visión, de acción y de contacto, más felices somos; cuanto más vasto es, más atormentados o inquietos nos sentimos. Porque, al mismo tiempo que él, se agrandan y se multiplican los dolores, los deseos y las alarmas. Por este motivo los ciegos no son tan desgraciados como pudiéramos creer *a priori;* se puede juzgar por la calma dulce, casi jovial, de sus facciones. Esta regla nos explica también, en parte, por qué la segunda mitad de nuestra vida es más triste que la primera. En efecto, en el transcurso de nuestra existencia el horizonte de nuestras miras y de nuestras relaciones va ensanchándose. En la infancia está limitado a la vecindad más próxima y a las relaciones más íntimas; en la adolescencia se extiende considerablemente; en la edad viril abarca todo el curso de nuestra vida, y se amplía muchas veces hasta las relaciones más remotas, hasta los Estados y los pueblos; en la vejez abarca las generaciones futuras. Por el contrario, toda limitación, aun en las cosas del espíritu, es provechosa a nuestra felicidad. Porque cuando menos excitación de la voluntad hay, menos sufrimientos habrá; ahora bien, sabemos que el sufrimiento es positivo y la felicidad simplemente negativa. La limitación del círculo de acción quita a la voluntad las ocasiones exteriores de excitación; la limitación del espíritu quita las ocasiones interiores. Esta última

Digitized by Google

sólo tiene el inconveniente de abrir paso al tedio, que se convierte en el origen indirecto de innumerables sufrimientos, porque se recurre a todos los medios para desterrarlo; se prueban distracciones, reuniones, lujo, juego y otras mil cosas; de ahí perjuicios, ruina y desgracias de todas clases. *Difficilis in otio quies.* Para mostrar, en cambio, cuán benéfica es la limitación exterior para la felicidad humana, en cuanto puede serlo cualquier cosa, cuán necesaria, incluso, le es, no tenemos más que recordar que el único género de poema que intenta pintar seres felices, el idilio, los representa siempre esencialmente colocados en una situación y en un círculo de los más limitados. Este mismo sentimiento produce también el placer que sentimos en lo que llaman cuadros de costumbres. En consecuencia, encontraremos felicidad en la mayor *sencillez* posible de nuestras relaciones y hasta en la *uniformidad* del género de vida, mientras esta uniformidad no engendre el tedio; con esta condición llevamos más ligeramente la vida y su carga inseparable; gracias a ella la existencia fluirá como un arroyuelo, sin olas y sin torbellinos.

7.° Lo que importa, en último resultado, para nuestra felicidad o para nuestra desgracia, es lo que llena y ocupa la conciencia. Todo trabajo puramente intelectual proporcionará, en total, más recursos al espíritu capaz de dedicarse a él, que la vida real con sus alternativas constantes de éxitos y de fracasos, con sus sacudidas y sus tormentos. Verdad es que eso exige ya disposiciones de espíritu preponderantes. Hay que observar, además, que, por una parte, la actividad exterior de la vida nos distrae, nos aparta del estudio y quita al espíritu la tranqui-

Digitized by Google

lidad y el recogimiento exigidos, y que, por otra parte, la ocupación continua del espíritu hace más o menos incapaz de mezclarse en el bullicio y el tumulto de la vida real; es, pues, prudente suspender esa ocupación cuando ciertas circunstancias necesitan de una actividad práctica y enérgica.

8.° Para vivir con *prudencia* perfecta y para sacar de la propia experiencia todas las enseñanzas que encierra, es necesario volver muchas veces hacia atrás por medio del pensamiento y recapitular lo que se ha visto, hecho, aprendido y sentido al mismo tiempo en la vida; hay que comparar también el juicio de antaño con la opinión actual, los proyectos y las aspiraciones con su resultado y con la satisfacción que el resultado nos ha producido. La experiencia nos sirve así de profesor particular, que viene a darnos lecciones privadas. Se le puede considerar también como el texto, siendo el comentario la reflexión y los conocimientos. Mucha reflexión y muchos conocimientos con poca experiencia son como esas ediciones cuyas páginas presentan dos líneas de texto y cuarenta de comentario. Mucha experiencia, acompañada de poca reflexión y de instrucción, recuerdan esas ediciones bipontinas (1) que no tienen notas y dejan muchos pasajes sin comprender en el texto.

A estos preceptos se refiere la máxima de Pitágoras que aconseja pasar revista, antes de dormirse por la noche, a lo que se ha hecho por el día. El hombre que vive en el tumulto de los negocios o de los placeres sin rumiar nunca su pasado y que se contenta con devanar el ovillo de su vida, pierde

(1) Del antiguo editor Bipont, de cuyas ediciones solía tomar Schopenhauer las citas de los libros clásicos.

Digitized by Google

toda razón clara; su espíritu se convierte en un caos, y en sus pensamientos penetra cierta confusión, de que da testimonio su conversación abrupta, fragmentaria y, por decirlo así, desmenuzada. Este estado será tanto más pronunciado cuanto mayor sea la agitación exterior y la suma de impresiones, y menor la actividad interna del espíritu.

Observemos aquí que, después de un lapso de tiempo, cuando las relaciones y las circunstancias que obraban sobre nosotros han desaparecido, no podemos hacer volver y revivir la disposición y la sensación producidas entonces en nosotros, pero lo que podemos recordar son nuestras *manifestaciones* en esta ocasión. Ahora bien; éstas son el resultado, la expresión y la medida de aquéllas. Por consiguiente, la memoria o el papel debieran conservar con cuidado las huellas de las épocas importantes de nuestra vida. Para eso, es muy útil escribir un diario.

9.º Bastarse a sí mismo, ser todo en todo por sí y poder decir: "*Omnia mea mecum porto*" (todo lo mío conmigo lo llevo), ésa es, seguramente, para nuestra felicidad, la condición más favorable; así, pues, no debemos cansarnos de repetir la máxima de Aristóteles: «Η ευδαιμονια των αυταρχων εστι». ("La dicha es de los que se bastan a sí mismos". Mor. a Eud, 7, 2. En el fondo, es lo que expresa de un modo encantador la sentencia de Chamfort que encabeza este tratado). Porque, por una parte, no hay que contar con seguridad más que consigo mismo; por otra, las fatigas y los inconvenientes, el peligro y las molestias que la sociedad trae consigo, son innumerables e inevitables.

No hay camino que nos aleje más de la felicidad

Digitized by Google

que la gran vida, la vida de fiestas y de banquetes, lo que llaman los ingleses la *high life*, porque, al tratar de transformar nuestra miserable existencia en una sucesión de alegrías, de placeres y de goces, no se puede menos de sentir hastío, sin contar con las medidas recíprocas que se comunican en este mundo y que son su acompañamiento obligado (1).

Y en primer lugar, toda sociedad exige, necesariamente, un acomodamiento recíproco, un temperamento; así, cuanto más numerosa es, más insípida se hace. No se puede ser *verdaderamente uno mismo* sino mientras está uno solo; por consiguiente, quien no ama la soledad no ama la libertad, porque no es uno libre sino estando solo. Toda sociedad tiene por compañera inseparable el disimulo, y reclama sacrificios que cuestan tanto más caros cuanto más marcada es la propia individualidad. Por consiguiente, cada cual huirá, soportará o amará la soledad en proporción exacta del valor de su propio yo. Porque en él siente el mezquino toda su mezquindad y el espíritu elevado toda su grandeza; en resumen, cada cual se aprecia en él por su verdadero valor. Además, un hombre es tanto más esencial y necesariamente aislado, cuanto ocupa una posición más elevada en la jerarquía de la naturaleza. Entonces es un verdadero goce para ese hombre que el aislamiento físico esté en relación con su aislamiento intelectual; si eso no puede ser, la frecuente vecindad

(1) Así como nuestro cuerpo está envuelto en sus ropas, así nuestro espíritu está revestido de mentiras. Nuestras palabras, nuestras acciones, todo nuestro ser es embustero y sólo a través de esta envoltura se puede adivinar a veces nuestro pensamiento verdadero, como a través del traje las formas del cuerpo.

Digitized by Google

de seres heterogéneos le molesta; hasta se le hace funesta, porque le roba su *yo*, y no tiene nada que ofrecerle en recompensa. Además, mientras la naturaleza ha puesto la mayor desemejanza, en lo moral como en lo intelectual, entre los hombres, la sociedad, no teniendo en cuenta esto, los hace a todos iguales o, mejor dicho, a esta desigualdad natural sustituye las distinciones y los grados artificiales de la situación y de la posición, que muchas veces son diametralmente opuestos a esta jerarquía que ha establecido la naturaleza. Los que por naturaleza están colocados debajo, se sienten muy a gusto con esta organización social, pero al escaso número de los que están colocados encima no les tiene cuenta; así, pues, se esconden, por lo general, de la sociedad, de donde resulta que el vulgo domina en ella en cuanto se hace numerosa. Lo que hace repugnante la sociedad a los espíritus superiores es la igualdad de derechos y de aspiraciones que se derivan de ella, enfrente de la desigualdad de las facultades y de las producciones (sociales) de los demás. La llamada buena sociedad aprecia los méritos de todas clases, excepto los méritos intelectuales; éstos son como contrabando. Impone el deber de manifestar una paciencia ilimitada para toda tontería, toda locura, todo absurdo, toda estupidez; los méritos personales, por el contrario, se ven forzados a mendigar su perdón o a ocultarse, porque la superioridad intelectual, sin concurso alguno de la voluntad hiere por su sola existencia. Además, esta supuesta buena sociedad no sólo tiene el inconveniente de ponernos en contacto con personas a quienes no podemos ni aprobar ni amar, sino que no nos permite que seamos nosotros mismos, que seamos tales como conviene a nuestra naturaleza; nos obli-

Digitized by Google

ga, a fin de acomodarnos al diapasón de los demás, a empequeñecernos y hasta a deformarnos. Discursos ingeniosos o buenas salidas no son de uso más que en una sociedad ingeniosa; en la sociedad vulgar, son detestados por completo, porque para agradar en ésta hay que ser absolutamente insípido y limitado. En tales reuniones debe uno abandonar, con una penosa abnegación de sí mismo, las tres cuartas partes de su personalidad, para asimilarse a las demás. Es cierto que, en cambio, se adquieren estas otras; pero cuanto más amor propio se tiene, más se verá que aquí la ganancia no oculta la pérdida y que esto redunda en detrimento nuestro, porque las personas son, por lo general, insolventes, es decir, que no tienen en su trato nada que pueda indemnizarnos del tedio, de las fatigas y de los disgustos que proporcionan, ni del sacrificio de sí mismo que imponen; de donde resulta que casi toda sociedad es de tal calidad, que el que la trueca por la soledad hace un buen cambio. A eso viene a agregarse que la sociedad, con la mira de suplir a la superioridad verdadera, es decir, a la intelectual, que no sufre y que es rara, ha adoptado sin motivos una superioridad falsa, convencional, basada en leyes arbitrarias, que se propaga por tradición entre las clases elevadas, y que al mismo tiempo, varía como un santo y seña; es lo que llama el *bon ton*, "*fashionableness*" (El buen tono, la distinción). Sin embargo, cuando ocurre que esta especie de superioridad entra en pugna con la verdadera, la debilidad de la primera no tarda en manifestarse. Por lo demás, "quand le bon ton arrivée, le bon sens se retire" (Cuando el buen tono llega, el buen sentido se retira). En general, no se puede estar al unísono perfecto más que consigo mismo; no se puede estar

Digitized by Google

con el amigo, no se puede estar con la mujer amada, porque las diferencias de la individualidad y del carácter producen siempre una disonancia, por débil que sea. Así, pues, la paz verdadera y profunda del corazón y la perfecta tranquilidad del espíritu, esos bienes supremos en la tierra, después de la salud, no se encuentran más que en la soledad, y, para ser permanentes, en la retirada absoluta. Cuando, en este caso, el yo es elevado y rico, se disfruta de la situación más feliz que puede encontrarse en este mundo mezquino. Sí, digámoslo francamente; por íntimamente que la amistad, el amor y el matrimonio unan a las criaturas, no quiere uno, plenamente y de buena fe, más que a sí mismo o a lo más a su hijo. Por consiguiente, cuanto menos necesidad se tenga, a causa de condiciones objetivas o subjetivas, de ponerse en contacto con los hombres, mejor se encontrará uno. La soledad y el desierto permiten abarcar de una sola mirada todos sus males y sufrirlos de una vez; la sociedad, por el contrario, es *insidiosa;* oculta males inmensos, a veces irreparables, tras una apariencia de gran mundo, de conversaciones, de entretenimientos, de sociedad y otras cosas semejantes. Un estudio importante para los hombres sería aprender pronto a gustar de la soledad, ese manantial de felicidad y de tranquilidad intelectual.

De todo lo que acabamos de exponer, resulta que el que lleva la mejor parte es el que sólo cuenta consigo mismo y que puede en todo ser él todo para sí mismo. Cicerón ha dicho: *"Nemo potest non beatissimus esse, qui est totus aptus ex sese, quique in se uno ponit omnia"* (El que no depende sino de sí mismo y busca en sí todos sus bienes tiene que ser necesariamente el más dichoso de los hombres. Pa-

Digitized by Google

rad. II). Además, cuanto más tiene en sí el hombre menos pueden servirle de algo los demás. Esta seguridad de poder bastarse por completo, es lo que impide al hombre de rico y vigoroso interior, llevar a la vida común los grandes sacrificios que exige, y menos buscarla a costa de una notable abnegación de sí mismo. En cambio, el sentimiento opuesto es lo que hace a los hombres vulgares tan sociables y tan acomodaticios; pues les es, en efecto, más fácil resistir a los demás que a sí mismos. Notemos aquí una vez más que lo que tiene un valor real no es apreciable en el mundo, y que lo que se aprecia no suele tener valor. Encontramos la prueba y el resultado de esto en la vida retirada de cualquier hombre de mérito y de distinción. Síguese de aquí, que será para el hombre eminente hacer demostración positiva de prudencia restringir, si es preciso, las necesidades, nada más que para poder conservar o ampliar su libertad y contentarse con lo menos posible para su persona, cuando el contacto con los hombres es inevitable.

Lo que por otra parte hace a los hombres sociables es que son incapaces de resistir la soledad y de resistirse a sí mismos cuando están solos. Su vacío interior y su fatiga de sí mismos les impulsan a buscar la sociedad, a recorrer los países extranjeros y a emprender viajes. Su espíritu, careciendo del resorte necesario para imprimirse movimiento propio, trata de dárselo por el vino, y muchos de ellos acaban así por llegar a ser beodos. Con este mismo fin necesitan la excitación continua que viene del exterior y especialmente de la producida por seres de su especie, porque es la más enérgica de todas. A falta de esta irritación exterior, su espíritu se doblega bajo su propio peso y cae en un letargo

Digitized by Google

abrumador (1). Pudiera decirse igualmente que cada uno de ellos no es más que una menuda fracción de la idea de la humanidad, necesitando ser adicionado con muchos de sus semejantes para constituir en cierto modo una conciencia humana entera; por el contrario, el que es un hombre completo, un hombre *por excelencia,* éste no es una fracción; representa una unidad entera y, por consiguiente, se basta a sí mismo. En este sentido se puede comparar la sociedad vulgar a esas orquestas rusas compuestas exclusivamente de trompetas, y en las cuales

(1) Todo el mundo sabe que se alivian los males sufriéndolos en común: entre esos males los hombres parecen enumerar el tedio, y por eso se agrupan a fin de aburrirse en común. Así como el amor a la vida no es en el fondo más que el miedo a la muerte, así también el *instinto social* de los hombres no es un sentimiento directo, es decir, no se funda en el *amor de la sociedad,* sino en el *temor de la soledad,* porque no es precisamente la afortunada presencia de los demás lo que se busca; se huye más bien de la aridez y la desolación del aislamiento, así como de la monotonía de la propia conciencia; para evitar la soledad, toda compañía es buena, hasta la mala, y se somete uno de buen grado a la fatiga y a la violencia que toda sociedad trae necesariamente consigo. Pero cuando el disgusto de todo eso ha tomado predominio, cuando, como consecuencia, se ha acomodado uno a la soledad y se ha endurecido contra la impresión primera que produce, de manera que no siente esos efectos que hemos señalado más arriba, entonces se puede tranquilamente estar siempre solo; no se suspirará más por el mundo, precisamente porque no es una necesidad directa y porque se ha acostumbrado uno en lo sucesivo a las propiedades bienhechoras de la soledad.

Digitized by Google

cada instrumento sólo tiene una nota; tan sólo por su coincidencia exacta se produce la armonía musical. En efecto, el espíritu de la mayoría de las personas es monótono, como esa trompeta que no emite tampoco más que un sonido; parecen realmente no tener nunca más que un solo e idéntico asunto de pensamiento y ser incapaces de tener otro. Esto explica, a la vez, cómo es que sean tan fastidiosos y tan sociables, por qué van tan a gusto en manada: *The gregariousness of mankind.* (El instinto borreguil.) Es la monotonía de su propio ser, lo insoportable a cada uno de ellos: *Omnis stultitia laborat fastidio sui.* (Toda tontería acaba por alarmarse a sí misma.) Sólo reunidos y por su reunión son algo, como aquellos tocadores de trompetas. El hombre inteligente, por el contrario, es comparable a un *virtuoso* que ejecuta su concierto *por sí solo* o bien en un piano. Semejante a ese último, que es por sí solo una orquesta en pequeño, es un mundo en pequeño, y lo que los demás no son sino por una acción de conjunto, él lo ofrece en la unidad de una sola conciencia. Como el piano, él no es una parte de la sinfonía, sino que está hecho para él solo y para la soledad; cuando debe tomar parte en el concierto con los demás, únicamente puede hacerlo como voz principal con acompañamiento, también como el piano, o para dar el tono en la música vocal, siempre como el piano. El que gusta de cuando en cuando asomarse al mundo, podrá sacar de la comparación anterior la regla de que lo que falta en realidad a las personas con las cuales está en relación debe suplirse, hasta cierto punto, por la cantidad. El comercio de un solo hombre inteligente pudiera bastarle; pero, si no encuentra más que mercancía de calidad ordinaria, será bueno tenerla

Digitized by Google

a granel, para que la variedad y la acción combinadas produzcan algún efecto, por analogía con la orquesta de trompetas rusas, ya mencionada; ¡y que el cielo le conceda la paciencia que le será precisa!

Es aún a ese vacío interior y a esa nulidad de las personas a lo que hay que atribuir el hecho de que, cuando algunos hombres de condición superior se agrupan con la mira de un fin noble e ideal, el resultado será casi siempre el siguiente: se encontrarán algunos miembros de esa *plebs* de la humanidad que, semejante a los gusanos, pulula e invade todas las cosas en cualquier lugar, siempre dispuesta a apoderarse de todo indistintamente para aliviar su tedio y otras veces su indigencia; se encontrarán algunos, digo, que se insinúen en la asamblea o se introduzcan a fuerza de importunidad, y entonces, o bien destruirán al punto toda la obra, o bien la modificarán, al extremo de que el resultado será aproximadamente lo contrario del fin primitivo.

Se puede considerar también la sociabilidad entre los hombres como un medio de calentarse recíprocamente el espíritu, análogo a la manera como se calientan mutuamente el cuerpo cuando, por los grandes fríos, se hacinan y se agrupan unos contra otros. Pero quien posee en sí mismo mucho calor intelectual no necesita tales hacinamientos. Se encontrará en el segundo volumen de esta colección, en el capítulo final, un apólogo imaginado por mí a este propósito (1). La consecuencia de todo eso es

(1) He aquí el apólogo:

En un crudo día de invierno, un rebaño de puercoespines se habían apretado unos contra otros para librarse del frío, prestándose mutuamente calor. Pero apenas en con-

Digitized by Google

que la sociabilidad de cada cual está en razón inversa de su valor intelectual; decir de alguien: "Es muy insociable", significa, poco más o menos: "Es un hombre dotado de elevadas facultades".

La sociedad ofrece al hombre intelectualmente colocado en posición superior una doble ventaja: la primera, estar consigo mismo, y la segunda, no estar con los demás. Se apreciará esta última si se reflexiona en todo lo que el comercio del mundo trae consigo de violencia, de pena y hasta de peligros. *Tout nôtre mal vient de ne pouvoir être seul* (Todo nuestro mal viene de no poder estar solos), ha dicho La Bruyère. La sociabilidad pertenece a las inclinaciones peligrosas y perniciosas, porque

---

tacto, sintieron el escozor de los pinchazos de sus espinas, lo que les hizo separarse. Cuando la necesidad de calentarse les obligó a juntarse de nuevo, volvió a ocurrir lo propio, de modo que la lucha contra ambos sufrimientos les hizo ir de una en otra posición hasta que se colocaron a una distancia media que les hizo soportable la situación. Del mismo modo el deseo de sociedad, nacido del vacío y de la monotonía de su propio interior, empuja a unos hombres hacia otros; pero sus numerosas cualidades repelentes y sus insoportables defectos les dispersan de nuevo. La distancia media que acaban por encontrar, y gracias a lo cual la vida en común llega a ser posible, es la cortesía; son las buenas formas sociales. En Inglaterra se advierte a quien no sabe guardar esta distancia: *Keeps your distance!* Claro que en realidad, y así las cosas, la necesidad de mutuo calórico sólo a medias queda satisfecha; pero, en cambio, no se sienten las picaduras de los pinchazos. No obstante, quien posee suficiente calórico propio, prefiere permanecer apartado de la sociedad para no darse malos ratos.

Digitized by Google

nos pone en contacto con seres que, en gran mayoría, son moralmente malos e intelectualmente limitados o descentrados. El hombre insociable es el que no tiene necesidad de todas esas personas. Tener suficiente fuerza en sí para poder prescindir de la sociedad es ya una gran felicidad, por lo mismo que casi todos nuestros males derivan del mundo, y que la tranquilidad de espíritu, que, después de la salud, forma el elemento más esencial de nuestra felicidad, está puesta en peligro y no puede existir sin largos momentos de soledad. Los filósofos cínicos renunciaron a los bienes de toda especie para gozar de la felicidad que da la calma intelectual; renunciar a la sociedad con el fin de conseguir el mismo resultado es escoger el medio más prudente. Bernardino de Saint-Pierre dice, con razón y de una manera encantadora: *La dièt e des aliments nous rendre la santé du corps, et celle des hommes la tranquilité de l'âme.* (La abstención de alimentos nos devuelve la salud del cuerpo; la de relaciones sociales (hombres), la tranquilidad del alma.) Así, pues, el que se ha hecho temprano a la soledad y a quien ésta se ha hecho querida ha adquirido una mina de oro. Pero esto no se concede a todos. Porque así como la miseria es la que primero aproxima a los hombres, así también más tarde, descartada la necesidad, les congrega el tedio. Sin esos dos motivos, cada cual permanecería probablemente aislado, aun cuando sólo fuese porque en la soledad el ambiente que nos rodea corresponde a esta importancia exclusiva, a esa cualidad de criatura única que cada cual posee a sus propios ojos, pero que la corriente tumultuosa del mundo ha reducido a la nada, en vista de que cada paso le da un mentís doloroso. En este sentido, la soledad es el estado

Digitized by Google

natural de cada uno; lo repone, nuevo Adán, en su condición primitiva de felicidad, en el estado apropiado a su naturaleza.

¡Sí; pero Adán no tenía padre ni madre! Por eso la soledad no es natural al hombre, puesto que a su llegada al mundo no se encuentra solo, sino en medio de padres, hermanos y hermanas, o, dicho de otra manera, en el seno de una vida en común.

Por consiguiente, el amor de la soledad no puede existir como inclinación primitiva, debe nacer como un resultado de la experiencia y de reflexión, y producirse siempre en relación con el desarrollo de la fuerza intelectual propia y en proporción de los progresos de la edad; de donde se sigue que, en resumen, el instinto social de cada individuo estará en relación inversa de su edad. El niño pequeño lanza gritos de miedo y se lamenta en cuanto se le deja solo, aunque no sea más que por un momento. Para los muchachos jóvenes, tener que estar solos es una severa penitencia. Los adolescentes se reúnen entre sí; únicamente los dotados de una naturaleza más noble y un espíritu más elevado buscan ya a veces la soledad; sin embargo, pasar todo un día solo les es aún difícil. Para el hombre maduro es cosa fácil; puede estar mucho tiempo aislado, y tanto más cuanto más avanza en la vida. En cuanto al anciano, único sobreviviente de generaciones desaparecidas, muerto, por una parte, a los goces de la vida, por otra elevado por encima de ellos, la soledad es su verdadero elemento. Pero en cada individuo, considerado separadamente, los progresos de la inclinación al retiro y al aislamiento estarán siempre en razón directa de su valor intelectual. Porque, como hemos dicho ya, no es una inclinación puramente natural, provocada directa-

Digitized by Google

mente por la necesidad, es más bien solamente el efecto de la experiencia adquirida y meditada; se consigue, especialmente, después de haberse convencido de la miserable condición moral e intelectual de la mayoría de los hombres; y lo peor que hay en esta condición es que las imperfecciones morales del individuo conspiran con sus imperfecciones intelectuales y se auxilian mutuamente; se producen entonces los fenómenos más repulsivos, que hacen repugnante y hasta insoportable el comercio de la gran mayoría de los hombres. Y he aquí cómo, aunque haya tantas cosas malas en este mundo, la sociedad es todavía la peor; el mismo Voltaire, francés, y francés sociable, se ha visto obligado a decir: *La terre est couverte de gens qui ne méritent pas qu'on leur parle.* (La tierra está llena de personas que no merecen que se les hable.) El tierno Petrarca, que tan vivamente y con tanta constancia ha amado la soledad, da el mismo motivo:

Cercato ho sempre solitaria vita
(Le rive il sanno, e le campagne, e i boschi),
Per fuggir quest' ingegni storti e loschi,
Che la strada del ciel' hanno smarita.

(Siempre he buscado vida solitaria (las riberas lo saben y las campiñas y los bosques) para huir de esos espíritus deformes y miopes que han perdido el camino del cielo.)

Da los mismos motivos en su hermoso libro *De vita solitaria,* que parece haber servido de modelo a Zimmermann, por su célebre obra intitulada *De la soledad.* Chamfort, con su manera sarcástica, expresa preciosamente este origen secundario e indirecto de la insociabilidad, cuando dice: *On dit quel-*

Digitized by Google

quefois d'un homme qui vit seul: il n'aime pas la société. C'est souvent comme si l'on disait d'un homme qu'il n'aime pas la promenade, sous le prétexte qu'il ne se promene pas volontier le soir dans la forêt de Bondy. (Se dice algunas veces de un hombre que vive solo: no le gusta la sociedad. Es como si se dijese de un hombre que no le gusta el paseo, bajo el pretexto de que no se pasea con gusto por la tarde en el bosque de Bondy.) En el mismo sentido dice Saadi, el persa, en el *Gulistan*: *Desde este momento, despidiéndonos del mundo, hemos seguido el camino del aislamiento; porque la seguridad está en la soledad.* Angel Silecio (1), alma dulce y cristiana, dice lo mismo en su original y místico lenguaje:

Herodes is ein Feind; der Joseph der Berstand,
Dem macht Gott die Gesahr in Traum ibelcaunt.
Die Welt is Bethelem, Egipten *Einsamkeit*:
Fleuch, meine seele! fleuch, sonst stirbest du vor Leid.

(Herodes es un enemigo; José es la razón, a quien Dios revela en sueño (en espíritu) el peligro. El mundo es Belén, el Egipto la *soledad,* huye, ¡alma mía!, huye o morirás de dolor.)

En este sentido se expresa también Giordano Bruno: *Tanti uomini, che in terra hanno voluto gustare vita celeste, dissero con una voce: ecce elongavi*

(1) Poeta alemán (1624-1677) autor de extrañas y oscuras poesías líricas, de epigramas y de escritos polémicos contra el protestantismo, de cuya religión se convirtió, llegando a mariscal en la corte de Juan Scheffler, príncipe obispo de Breslau.

Digitized by Google

fugiens et mansi in solitudine. (Todos los hombres que en la tierra han querido gustar la vida celestial, dijeron a una voz: he aquí que me alejé huyendo y permanecí en la soledad.) Así se expresa también, hablando de sí mismo, Saadi el Persa, en el *Gulistan: Fatigado de mis amigos en Damasco, me retiré al desierto, junto a Jerusalén, para disfrutar de la sociedad de los animales.* En una palabra: todos aquellos a quienes Prometeo había amasado de la mejor arcilla, han hablado en el mismo sentido. En efecto; ¿qué goces pueden encontrar esos seres privilegiados en el comercio de las criaturas con las cuales no pueden tener relaciones para establecer una vida en común, sino por el intermedio de la parte más baja y vil de su naturaleza, es decir, por todo lo que hay en ésta de incoloro, trivial y vulgar? Estos seres ordinarios no pueden elevarse a la misma altura que los primeros y no tienen otro recurso, como no tendrán otra misión, que rebajarles a su mismo nivel. Desde este punto de vista, es un sentimiento aristocrático el que fomenta la inclinación al aislamiento y a la soledad. Todos los indigentes son sociables hasta dar lástima; en cambio se distingue, cuando un hombre es de noble calidad, en que no encuentra gusto en los demás, en que prefiere cada vez más la soledad y en que adquiere insensiblemente, con la edad, la convicción de que, salvo raras excepciones, no hay término medio en el mundo entre la soledad y la vulgaridad. Esta máxima, por dura que parezca, ha sido expresada por el mismo Angel Silesio, a pesar de toda su caridad y ternura cristianas:

Die Einsamkeit int noth; doch sei nur nicht gemein;
So kannst du überall in einer wüste seyn.

Digitized by Google

(La soledad es penosa; pero no seas vulgar, y podrás estar, no obstante, en un desierto.)

Principalmente, por lo que atañe a los espíritus ilustres, es muy natural que esos verdaderos educadores del género humano sientan tan poca inclinación a ponerse en comunicación frecuente con los demás, como puede sentir el pedagogo a mezclarse en los juegos ruidosos de la cuadrilla de niños que le rodean. Porque, nacidos para guiar a los demás hombres hacia la verdad en el océano de sus errores, para sacarles del abismo de su grosería y de su vulgaridad, para elevarlos hacia la luz de la civilización y del perfeccionamiento, deben vivir entre ellos, verdad es, pero sin pertenecerles realmente; se sienten, por consiguiente, desde su juventud, criaturas sensiblemente distintas; pero la convicción clara de ello no les llega, insensiblemente, a medida que avanzan en edad; entonces tienen buen cuidado de añadir la distancia física a la distancia intelectual que les separa del resto de los hombres y velan por que nadie, a no ser que se haya liberado más o menos de la vulgaridad general, se les aproxime demasiado.

Resulta de todo eso que el amor de la soledad no se presenta directamente y en estado de instinto primitivo, sino que se desarrolla indirectamente, en particular en los espíritus distinguidos, y, progresivamente, no sin tener que dominar el instinto natural de sociabilidad, y hasta combatir en ocasiones alguna sugestión mefistofélica:

Hor' auf, mit deinem Gram zu spielen,
Der, wie ein Geier, dir am Leben frisst:

Digitized by Google

Die sehlechteste Gesellschaft lässt dich fühlen
Dars du ein Mensch mit Menschen bist.

(Cesa de jugar con tu pena, que, semejante a un buitre, te devora la existencia; la peor compañía te hace comprender que eres un hombre entre los hombres.)

La soledad es el patrimonio de todos los espíritus superiores (1); a veces les ocurrirá que se entristezcan, pero la escogerán siempre como el menor de dos males. No obstante, con los progresos de la edad, el *sepere aude* (atrévete a saber) se hace cada vez más fácil y natural a este respecto; hacia los sesenta años, la inclinación a la soledad llega a ser completamente natural, casi instintiva. En efecto; todo conspira entonces para favorecerla. Los resortes que mueven más enérgicamente a la sociedad, a saber: el amor de las mujeres y el instinto sexual, no obran ya en ese momento; la desaparición del sexo hace nacer en el anciano cierta capacidad de bastarse a sí mismo, que poco a poco absorbe totalmente el instinto social. Se está curando de mil decepciones y mil locuras; la vida de acción ha cesado por lo general; ya no se tiene nada que esperar; no hay que formar planes y proyectos; la generación a la cual se pertenece realmente no existe; rodeado de una raza extraña, se encuentra uno ya objetiva y esencialmente aislado. Además de eso, el vuelo del tiempo es acelerado, y todavía se quisiera emplearlo intelectualmente. Porque en este

(1) El hombre es un ser sociable, decía también Aristóteles; por eso, el que voluntariamente se aparta de sus semejantes, o es un degenerado, o un ser superior a la especie **humana.**

Digitized by Google

momento, con tal de que el cerebro haya conservado sus fuerzas, los estudios de todas clases se han hecho más fáciles y más interesantes que nunca por la gran suma de conocimientos y de experiencia adquirida, por la meditación, progresivamente profundizada de todo pensamiento, así como por la gran aptitud para el ejercicio de todas las facultades intelectuales. Se ve claro en muchas cosas que antaño estaban como envueltas en una niebla; se consiguen resultados y se siente íntegramente su superioridad. A causa de una dilatada experiencia se ha cesado de esperar gran cosa de los hombres, ya que, a lo sumo, no ganan con ser conocidos más de cerca; por el contrario, sabe uno que, salvo algunas raras excepciones, no se encuentran de la naturaleza humana más que ejemplares muy defectuosos y a los cuales vale más no tocar. No está uno expuesto a las ilusiones comunes; se ve al punto lo que cada hombre vale, y rara vez se sentirá el deseo de entrar en relación más íntima con él. Por último, cuando se reconoce en la soledad una amiga de juventud, la costumbre del aislamiento y del trato consigo mismo está implantada, y es entonces una segunda naturaleza. Así, pues, el amor de la soledad, esa cualidad que hasta entonces había que conquistar, por una lucha, contra el instinto de sociabilidad, es en lo sucesivo natural y sencillo; se está a gusto en la soledad, como el pez en el agua. Por lo que todo hombre superior que posee una individualidad distinta de las otras y que, por consiguiente, ocupa un lugar único, se sentirá aliviado en su vejez por esta posición completamente aislada, aunque haya podido sentirse abrumado por ella durante su juventud.

Indudablemente, cada cual poseerá su parte co-

Digitized by Google

rrespondiente de este privilegio real de la edad, en la medida de sus fuerzas intelectuales; el espíritu eminente es el que la adquirirá antes que todos los demás, pero en grado menor la conseguirá cada cual. Sólo las naturalezas más pobres y más vulgares serán en la vejez tan vulgares como antes; entonces estarán en pugna con esa sociedad, con la cual no encajan; y a lo más serán tolerados, en vez de ser buscados como antaño.

Se puede ver también un aspecto teológico en la relación inversa de que acabamos de hablar entre el número de años y el grado de sociabilidad. Cuanto más joven es el hombre, más tiene que aprender en todas direcciones; ahora bien: la Naturaleza sólo le ha reservado la enseñanza mutua que cada cual recibe en el comercio de sus semejantes, y que hace que se pueda llamar la sociedad humana una gran casa de educación, *bell-lancasteriana* (1), en vista de que los libros y las escuelas son instituciones artificiales, muy distantes del plan de la Naturaleza. Es, pues, muy útil para el hombre frecuentar la institución natural de educación, tanto más asiduamente cuanto más joven es.

Nihil est ab omni parte beatum (Nada es perfecto en todas sus partes), ha dicho Horacio, y: *No hay loto sin tallo,* dice un proverbio indio; así también la soledad, al lado de tantas ventajas, tiene sus ligeros inconvenientes y sus insignificantes incomodidades, pero son nimias comparadas con las de la sociedad, hasta el punto de que, a un hombre que tiene valor propio, siempre le parecerá más fácil prescindir de los demás que mantener relaciones

(1) *Bell-Lancaster' sche.* Alusión a cierto sistema pedagógico empleado en Alemania.

Digitized by Google

con ellos. Entre estos inconvenientes hay uno de que no nos damos cuenta tan fácilmente como de los demás; es el siguiente: así como a fuerza de vivir constantemente encerrado en una habitación nuestro cuerpo se hace tan sensible a toda impresión exterior que el menor airecillo le afecta enfermizamente, así también nuestro carácter se hace tan sensible con la soledad y el aislamiento prolongados, que nos sentimos inquietos, afligidos o molestados por los acontecimientos más insignificantes, por una palabra, por un simple gesto, en tanto que el que está constantemente entre el tumulto no presta atención a estas bagatelas.

Puede encontrarse un hombre que, principalmente en su juventud, por más que su justa aversión a sus semejantes le haya hecho huir muchas veces a la soledad, no pueda sufrir el vacío; yo le aconsejo que se habitúe a llevar consigo a la sociedad una parte de su soledad; que aprenda a estar solo, hasta cierto punto, aun en el mundo; por consiguiente, que no comunique en seguida a los demás lo que piensa; por otra parte, que no atribuya demasiado valor a lo que dicen, sino más bien que no espere gran cosa de ellos, en lo moral como en lo intelectual, y, por consiguiente, que fortifique en sí esa indiferencia respecto de sus opiniones, que es el medio más seguro de practicar constantemente una loable tolerancia. De esta manera, aunque entre ellos no esté por completo en su centro, adoptará respecto a ellos, una actitud más puramente objetiva; lo cual le protegerá contra un contacto demasiado íntimo con el mundo y, por consiguiente, contra toda mancha, y, con mayor motivo, contra toda lesión. Existe una notable descripción dramática de esa sociedad, rodeada de barreras o de res-

Digitized by Google

tricciones, en la obra *El Café,* o sea *La Comedia Nueva,* de Moratín; se la encuentra en el carácter de Don Pedro, especialmente en las escenas segunda y tercera del primer acto.

En este orden de ideas podemos comparar también la sociedad a una hoguera, a la cual se calienta el sabio, pero sin poner la mano en ella, como el necio, que después de haberse quemado huye a la fría soledad y gime de lo que quema el fuego.

10. La *envidia* es natural a los hombres; sin embargo, es un vicio y una desgracia a la vez (1). Debemos, pues, considerarla como una enemiga de nuestra felicidad, y tratar de ahogarla como a un espíritu maligno. Esto nos recomienda Séneca con estas hermosas palabras: *Nostra nos sine comparatione delectent: nunquam erit felix quem torquebit felicior.* (Disfrutemos de lo que tenemos sin hacer comparaciones; jamás habrá dicha para aquel a quien otra mayor atormente. De ira, III.) Y en otra parte: *Quum adspexeris quot te antecedant, cogita quot sequantur* (En vez de pensar en cuantos están sobre ti, piensa en cuantos están debajo. Ep. 15); así, pues, debemos considerar más a menudo aquellos cuya condición es peor que aquellos cuya situación parece mejor que la nuestra. Cuando nos hieran desgracias reales, el consuelo más eficaz, aunque derivado del mismo origen que la envidia, será la contemplación de sufrimientos mayores que los nuestros, y además de ello, el trato con perso-

(1) La *envidia* de los hombres demuestra en qué modo se sienten desgraciados; su constante *atención* a todo lo que hacen o no hacen los demás demuestra cómo se aburren.

Digitized by Google

nas que se encuentren en nuestro caso, con los *sociis malorum* (nuestros compañeros de infortunio).

Eso por lo que atañe al aspecto activo de la envidia. Por lo que toca al lado pasivo, hay que observar que ningún odio es tan implacable como la envidia; así, pues, en lugar de ocuparnos sin cesar, con ardor, en excitar ésta, haríamos mejor en renunciar a este goce, como a muchos otros placeres, en vista de sus funestas consecuencias.

Existen *tres aristocracias:* 1.ª, la de la sangre y la posición; 2.ª, la del dinero; 3.ª, la del talento. Esta última es, en realidad, la más distinguida, y se hace reconocer como tal, con la condición de que se le deje tiempo. ¿No dijo ya el propio Federico el Grande: *Les âmes privilegiés rangent à l'egal des souverains?* (Las almas privilegiadas se colocan al nivel de los soberanos); y lo decía a su mariscal de la corte, que se asombraba de que Voltaire fuese llamado a ocupar un puesto en una mesa reservada únicamente a los soberanos y a los príncipes de la sangre, mientras que ministros y generales comían en la del mariscal. Cada una de estas aristocracias está rodeada *de un ejército especial de envidiosos,* secretamente exacerbados contra cada uno de sus miembros, y ocupados, cuando creen no tener que temerle, en hacerle entender de mil maneras: "No eres más que nosotros". Pero estos esfuerzos manifiestan precisamente su convicción de lo contrario. La conducta a seguir con respecto a los *envidiados* consiste en mantener a cierta distancia a todos los que componen esas cuadrillas, y en evitar todo contacto con ellos, de manera que queden separados por un ancho abismo; cuando esto no es posible, hay que sufrir con calma extraordinaria los esfuerzos de la envidia, con lo cual iremos secando

Digitized by Google

la fuente poco a poco. Eso es lo que vemos aplicar constantemente. En cambio, los miembros de una de estas aristocracias se entenderán muy bien, por lo general, y sin sentir envidia hacia las personas que forman parte de cada una de las otras dos, y eso porque cada cual pone en su balanza su mérito como equivalente del de los demás.

11. Hay que meditar mucho y profundamente un proyecto antes de ponerlo en obra, y aun después de haberlo examinado escrupulosamente hay que tener en cuenta la insuficiencia de toda ciencia humana; vistos los límites de nuestros conocimientos, siempre puede haber circunstancias que ha sido imposible analizar o prever, y que pudieran falsear el resultado de toda nuestra especulación. Esta reflexión pondrá siempre un peso en el platillo negativo de la balanza, y nos inclinará en los asuntos importantes a no mover nada sin necesidad: *Quieta non movere.* (No mover lo que está en reposo.) Pero una vez tomada la decisión, y puesto mano a la obra, cuando todo puede seguir su curso y no tenemos más que esperar el resultado, no hay que atormentarse con reflexiones reiteradas sobre lo que se ha hecho, y con inquietudes, siempre renacientes, sobre el peligro posible; por el contrario, hay que descargar el espíritu de este asunto, cerrar todas esas dependencias del pensamiento y tranquilizarse con la convicción de haberlo examinado todo con madurez y oportunamente. Eso es lo que aconseja hacer también el proverbio italiano *Legala bene, e poi lascia la andare* (Sangra de firme, y después déjalo correr), que Goethe traduce: *Du sitte gut und reite getrost.* (Hiere bien, y después déjala correr (la sangre).) Si a pesar de todo sale mal el asunto,

Digitized by Google

es porque todas las cosas humanas están sometidas a la mutualidad y al error. Sócrates, el más sabio de los hombres, necesitaba un *demonio* tutelar para ver la verdad, o al menos evitar los pasos falsos en sus asuntos personales; lo cual demuestra que la razón humana no basta. Así, pues, esa sentencia, atribuída a un Papa, de que nosotros mismos somos culpables, al menos en parte, de las desgracias que nos acaecen, no es cierta sin reservas y siempre, aunque lo sea en la mayoría de los casos. Este sentimiento es el que hace que los hombres oculten lo más posible su desgracia y que traten, en cuanto pueden conseguirlo, de poner cara de satisfacción. Temen que se atribuya la desgracia a culpa suya.

12. En presencia de un acontecimiento desgraciado ocurrido ya, el cual, por consiguiente, no hay medio de variar, es preciso no abandonarse a la idea de que pudiera ser de otro modo, y menos reflexionar en lo que hubiera podido hacerle variar; porque eso es lo que lleva la gradación del dolor hasta el punto en que se hace insoportable, y convierte al hombre en un «εαυτοντιμορουμενος» (1). Hagamos más bien como el rey David, que asediaba sin descanso a Jehová con sus oraciones y con sus súplicas durante la enfermedad de su hijo, y que, cuando éste hubo muerto, hizo una pirueta castañeteando los dedos y no volvió a pensar más en ello. El que no es bastante ligero de espíritu para conducirse de esa manera debe refugiarse en el terreno del fatalismo y penetrarse de esa alta verdad: que

(1) "El que se atormenta a sí mismo". Título de una de las más famosas comedias de Terencio.

Digitized by Google

todo lo que llega, llega negligentemente y, por lo tanto, inevitablemente.

No obstante, esa regla sólo tiene valor en un sentido. Es válida para aliviarnos y calmarnos inmediatamente en un caso de infortunio; pero cuando, como sucede las más de las veces, la culpa es, al menos en parte, de nuestra propia negligencia o de nuestra propia temeridad, entonces la meditación repetida y dolorosa de los medios que hubieran podido impedir el funesto acontecimiento es una mortificación saludable, propia para servirnos de lección y de enmienda para el porvenir. Sobre todo, no hay que tratar de excusar, de desfigurar o de empequeñecer a los propios ojos las faltas de que uno es culpable con toda evidencia; hay que confesarlas y representarlas en toda su extensión, a fin de poder tomar la firme decisión de evitarlas en el porvenir. Verdad es que así se proporciona uno el dolorosísimo sentimiento del descontento de sí mismo; pero «ὁ μη δαρεις ανθρωπος ου παιδευεναι» (El hombre no castigado, no escarmienta.)

13. En todo lo que atañe a nuestra felicidad o a nuestra desgracia, *hay que atar corto a nuestra fantasía;* así, ante todo, conviene no hacer castillos en el aire; nos cuestan muy caros, porque inmediatamente después tenemos que demolerlos con muchos suspiros. Pero debemos procurar aún más no atormentar el corazón con angustias representándonos vivamente desgracias que son puramente posibles. Porque si éstas fuesen completamente imaginarias, o al menos pudieran ocurrir en una eventualidad muy remota, sabríamos inmediatamente, a nuestro despertar de ese sueño, que todo ello no era más que ilusión; por consiguiente, sentiríamos tan-

Digitized by Google

to más regocijo por la realidad que resulta ser mejor, y de ahí sacaríamos una advertencia contra accidentes muy remotos, aunque posibles. Sólo que nuestra fantasía no juega fácilmente con tales imágenes; tan sólo construye, por pura diversión, fantasías risueñas. La tela de sus sueños sombríos son desgracias que, aunque remotas, nos amenazan efectivamente en cierto modo; ésos son los objetos que agranda, cuya posibilidad hace resaltar más de lo justo y que pinta con los colores más terribles. Al despertar no podemos sacudir ese sueño como lo hacemos con un sueño agradable, porque este último es desmentido sin demora por la realidad, y no deja, a lo sumo, tras sí, más que una débil esperanza de realización. En cambio, cuando nos abandonamos a ideas negras *(blue devils)*, nos aproximamos a las imágenes que no se alejan tan fácilmente; porque la posibilidad del acontecimiento, de una manera general, está alejada, y no siempre nos hallamos en condiciones de evaluar su grado exacto; entonces se transforma al punto en probabilidad, y henos aquí víctimas de la angustia. Por eso no debemos considerar lo que interesa a nuestra felicidad o a nuestra desgracia sino con los ojos de la razón y del juicio; hay que reflexionar primero seca y fríamente; después, obrar puramente con nociones e *in abstracto*. La imaginación debe quedar sin ejercicio, porque no sabe juzgar; sólo puede presentar a los ojos imágenes que conmueven el alma desinteresadamente, y a veces muy dolorosamente. Por la noche es cuando debiera observarse más estrictamente esta regla. Porque si la oscuridad nos torna medrosos y nos hace ver por todas partes figuras terribles, la indecisión de las ideas, que le es análoga, produce el mismo resultado; en efecto, la in-

Digitized by Google

certidumbre engendra la falta de seguridad; por eso los objetos de nuestra meditación, cuando atañen a nuestros propios intereses, toman fácilmente por la noche una apariencia amenazadora y se convierten en espantajo; en ese momento, la fatiga ha revestido al espíritu y al juicio de una oscuridad subjetiva, la inteligencia está agobiada y θορυβουμενος (turbada) y no puede examinar nada a fondo. Esto ocurre las más de las veces por la noche, en la cama; estando el espíritu en tensión, el juicio no tiene su plena fuerza de acción, pero la imaginación está aún activa. La noche da entonces a todo ser y a toda cosa su tinte negro. Así, pues, nuestros pensamientos, en el momento de dormirnos o cuando nos despertamos por la noche, nos hacen ver los objetos tan desfigurados y tan desnaturalizados como un sueño; los veremos tanto más negros y más terroríficos cuanto que tocan más de cerca a circunstancias personales. Por la mañana, esos espantajos desaparecen lo mismo que los sueños; tal es lo que significa el proverbio español: *Noche tinta, blanco el día* (1). Pero desde que comienza la noche, tan pronto como la bujía está encendida, la razón, lo mismo que el ojo, ve menos claro que durante el día; así que este momento no es favorable a las meditaciones sobre asuntos serios, y principalmente sobre asuntos desagradables. La mañana es la hora favorable para lo contrario, como, en general, para cualquier trabajo, sin excepción: trabajo intelectual o físico. Porque la mañana es la juventud del día; todo es alegre, fresco y fácil; nos sentimos vigorosamente y disponemos de todas nuestras facultades. No hay que abreviarla levantándose tarde, ni

(1) En español en el texto alemán.

Digitized by Google

gastarla en ocupaciones o en conversaciones vulgares; por el contrario, hay que considerarla como la esencia de la vida, y, por decirlo así, como algo sagrado. En cambio, la tarde es la vejez del día; estamos abatidos, habladores y aturdidos. Cada día es una *vida en pequeño;* cada despertar y cada levantarse, un nacimiento en pequeño; cada fresca mañana, una juventud en pequeño, y cada acostarse con su noche de sueño, una muerte en pequeño.

Pero, en general, el estado de salud, el sueño, la alimentación, la temperatura, el estado del tiempo, el ambiente y muchas otras condiciones exteriores influyen considerablemente sobre nuestra disposición, y ésta, a su vez, sobre nuestros pensamientos. De ahí viene que nuestra manera de considerar las cosas, lo mismo que nuestra aptitud para producir alguna obra, está hasta tal punto subordinada al tiempo y aun al lugar. Así dice Goethe:

Nehmt die gute Stimmumg wahr,
Denn sie kommut so selten.

(Aprovechaos de la buena disposición, porque llega muy rara vez.)

No sólo a las concepciones objetivas y los pensamientos originales debemos esperarlos *cuando* les place venir, sino que también la meditación concienzuda de un negocio personal nunca suele prosperar a una hora fijada de antemano y en el momento en que queremos entregarnos a ella; escoge, por el contrario, ella misma su oportunidad, y sólo entonces se desenvuelve espontáneamente el hilo de las ideas más convenientes, y sólo entonces podemos seguirle con completa eficacia.

Digitized by Google

Para mejor refrenar la fantasía, como recomendamos, no hay que permitirla evocar y representar con demasiada viveza los agravios, daños, pérdidas, ofensas, humillaciones, vejaciones, etc., sufridos en el pasado, porque con eso agitamos de nuevo la indignación, la cólera y tantas otras odiosas pasiones, por mucho tiempo aplacadas, que vuelven a infectar nuestra alma. Según una bella comparación del neoplatónico Proclo, así como se encuentra en cada ciudad, al lado de los nobles y de las personas distinguidas, el populacho más ínfimo (οχλος), asimismo, en todo hombre, aun el más noble y más elevado, se encuentra el elemento bajo y vulgar de la naturaleza humana, y por momentos, pudiera decirse, de la naturaleza bestial. Este populacho no debe ser excitado al tumulto; no hay que permitirle tampoco asomarse a las ventanas, porque su aspecto es muy feo. Ahora bien; esas producciones de la fantasía, de que hablábamos hace poco, son los demagogos de este populacho. Agreguemos que la menor contrariedad, provenga de los hombres o de las cosas, si nos ocupamos constantemente en rumiarla y en representárnosla con colores vivos y en una escala abigarrada, puede llegar a convertirse en un monstruo que nos pone fuera de nosotros. Al contrario, hay que tomar muy prosaica y muy fríamente todo lo que es desagradable, a fin de atormentarse lo menos posible.

Así como algunos objetos diminutos, poniéndolos muy cerca del ojo, acortan el campo de la visión y ocultan el mundo exterior, así también los hombres y las cosas de nuestra vecindad más próxima, aun cuando fuesen los más insignificantes y los más indiferentes, ocuparán a menudo nuestra atención y nuestros pensamientos más de lo conveniente, y

Digitized by Google

alejarán ideas y asuntos importantes. Hay que reaccionar contra esta tendencia.

14. A la vista de bienes que no poseemos, decimos espontáneamente: "¡Ah, si eso fuese mío!", y este pensamiento nos hace penosa la privación. En lugar de eso, debiéramos preguntarnos muy a menudo: ¿Qué ocurriría *si eso no fuese mío?* Con eso quiero decir que debiéramos, a veces, esforzarnos por representarnos los bienes que poseemos como nos parecerían después de haberlos perdido; y hablo aquí de los bienes de todas clases: riqueza, salud, amigos, querida, esposa, hijos, caballos y perros; porque las más de las veces sólo la pérdida de estas cosas nos enseña su valor. Por el contrario, el método que recomendamos aquí tendrá por primer resultado hacer que su posesión nos haga inmediatamente más felices que antes, y, en segundo lugar, hará que nos precavamos por todos los medios contra su pérdida; de este modo no arriesgaremos nuestros bienes, no irritaremos a nuestros amigos, no expondremos a la tentación la fidelidad de nuestra esposa, cuidaremos de la salud de nuestros hijos, y así sucesivamente. Muchas veces tratamos de borrar el tinte sombrío del presente con especulaciones sobre probabilidades favorables, y nos imaginamos toda suerte de esperanzas quiméricas, cuyo encanto está preñado de decepciones; así que éstas no dejan de llegar en cuanto aquéllas han venido a estrellarse contra la dorada realidad. Más valdría escoger las malas probabilidades por temas de nuestras especulaciones; eso nos llevaría a tomar disposiciones con el objeto de disiparlas y nos proporcionaría, a veces, agradables sorpresas cuando estas probabilidades no se realizasen. ¿No está

Digitized by Google

uno mucho más alegre al salir de un mal paso? Hasta es saludable representarnos en la imaginación ciertas grandes desgracias que pueden eventualmente venir a herirnos; eso nos ayuda a resistir más fácilmente males menos graves cuando vienen efectivamente a abrumarnos, porque nos consolamos entonces con un pensamiento sobre esas desgracias considerables que no se han realizado. Pero hay que tener cuidado, al practicar esta regla, de no olvidar la anterior.

15. Los acontecimientos y los asuntos que nos conciernen se producen y se suceden aisladamente sin orden y sin relación mutua, en contraste chocante unos con otros, y sin otro lazo que el referirse a nosotros; de aquí resulta que los pensamientos y los cuidados necesarios debieran estar claramente separados, a fin de corresponder a los intereses que los han provocado. En consecuencia, cuando emprendemos una cosa, hay que acabar con ella, haciendo abstracción de cualquier otro negocio, a fin de realizar, de disfrutar o de sufrir cada cosa en su tiempo, sin cuidarse de todo lo demás; debemos tener, por decirlo así, dependencias para nuestros pensamientos y no abrir más que una sola mientras las demás están cerradas. Encontramos con ello la ventaja de no echar a perder todo placer actual, y de no abandonar todo reposo por la preocupación de alguna pasada inquietud; aprendemos, además, que un pensamiento no destierra a otro, que el cuidado de un negocio importante no hace desdeñar muchos pequeños, etc. Pero el hombre capaz de pensamientos nobles y elevados no debe dejar su espíritu absorberse por negocios personales y preocuparse de cuidados ínfimos hasta el

Digitized by Google

punto de no abrir acceso a sus elevadas meditaciones, porque eso sería verdaderamente *propter vitam, vivendi perdere causas.* (Perder, por vivir, las verdaderas causas de la vida.) Es indudable que para hacer ejecutar a nuestro espíritu todas esas maniobras y contramaniobras debemos, como en otras muchas circunstancias, ejercer una violencia sobre nosotros mismos; sin embargo, debiéramos agotar la fuerza en la reflexión de que el hombre sufre del mundo exterior numerosas y potentes violencias a las cuales ninguna existencia puede sustraerse, pero que un insignificante esfuerzo ejercido sobre sí mismo y bien aplicado puede obviar a menudo una gran presión exterior; tal como una corte insignificante en el círculo, vecino del centro, corresponde a una hendedura a veces céntupla en la periferia. Nada nos preserva mejor de las molestias exteriores como el constreñirnos a nosotros mismos; ésta es la significación de la siguiente sentencia de Séneca: *Si tibi vis omnia subjicere, te subjice rationi.* (Si queréis que todas las cosas se os sometan, empezad por someteros previamente a la razón.) Además, esta violencia sobre nosotros mismos la tenemos siempre en nuestro poder, y en un caso extremo, o bien cuando se fija en nuestro punto más sensible, tenemos la facultad de aflojarla un poco, mientras que la presión exterior no tiene para nosotros consideraciones, miramiento, ni compasión. Por eso es prudente prevenir ésta con la otra.

16. Limitar sus deseos, refrenar sus codicias, dominar su cólera, recordando continuamente que cada individuo nunca puede alcanzar más que una parte infinitamente pequeña de lo que es deseable,

Digitized by Google

y que, en cambio, males sin número deben herir a cada uno; en una palabra, «απεχειν και ανεχειν» *(abstinere et sustinere,* abstenerse y sostenerse): he aquí la regla sin cuya observación, ni riqueza ni poder podrán impedirnos sentir nuestra miserable condición. A este propósito dice Horacio:

> Inter cuncta leges, et percontabere doctos
> Qua ratione queas traducere leniter ævun;
> Ne te semper inops agitet vexetque cupido;
> Ne pavor et rerum mediocriter utilium spes.

(Sin embargo, lee y conversa con los doctos; busca así el pasar la vida dulcemente; de otro modo, el deseo, dejándote desear siempre, te inquietará y te herirá sin el miedo y la esperanza de las cosas levemente útiles.)

17. «Ο βιος εν τη κινησει εστι» (La vida está en el movimiento), ha dicho Aristóteles, con razón: del mismo modo que nuestra vida física consiste únicamente en un movimiento incesante, así también nuestra vida interior e intelectual exige una ocupación constante, una ocupación en cualquier cosa, por la acción o el pensamiento; eso es lo que demuestra ya esa manía de las personas desocupadas que no piensan en nada de ponerse inmediatamente a tamborilear con los dedos o a jugar con el primer objeto que les viene a la mano. Es que la agitación constituye la esencia de nuestra existencia; una inacción completa se hace muy pronto insoportable, porque engendra el más horrible tedio. Moderando este instinto es como se le puede satisfacer metódicamente y con más fruto. La actividad es indispensable para la dicha; es preciso que el hombre obre, haga algo si le es posible, o aprenda al menos al-

Digitized by Google

guna cosa; sus fuerzas exigen empleo, y él mismo no trata más que de verle producir un resultado cualquiera. Bajo este respecto, su mayor satisfacción consiste en hacer algo, en confeccionar algo —un cesto o un libro—; pero lo que le da felicidad inmediata es ver cómo día por día crece su obra bajo sus manos y verla llegar a su perfección. Una obra de arte, un escrito o una simple obra manual producen enteramente este efecto; entiéndase bien, sin embargo, que cuanto más noble es la naturaleza del trabajo más elevado es el goce. Los más felices en este respecto son los hombres de dotes superiores, que se sienten capaces de hacer las obras más importantes, más vasta y más vigorosamente razonadas. Eso difunde en toda su existencia un interés de orden superior, comunicándole un condimento que falta a los demás; así que la vida de éstos es insípida al lado de la suya. En efecto, para los hombres eminentes, la vida y el mundo, al lado del interés común, material, tienen otro más elevado; un interés formal integrado por los materiales de sus futuras creaciones; y es en reunir esos materiales en el curso de su existencia de lo que se ocupan activamente, en cuanto su parte de las miserias terrestres les da un momento de reposo. Su inteligencia es doble también, hasta cierto punto; una parte es para los asuntos ordinarios (objetos de la voluntad), y se parece a la de todo el mundo; la otra es para la concepción puramente objetiva de las cosas. Viven así una vida doble, de espectadores y actores a la vez, mientras que los demás no son más que actores. Sin embargo, es preciso que todo hombre se ocupe en algo, en la medida de sus facultades. Puede comprobarse la influencia perniciosa de la ausencia de actividad regular, de cualquier trabajo

Digitized by Google

que sea, durante los viajes de recreo de larga duración, en que de cuando en cuando se siente uno desgraciado, por la sola razón de que, privado de toda ocupación real, encuéntrase, por decirlo así, fuera de su elemento natural. Tomarse molestias y luchar contra los obstáculos es una necesidad para el hombre, como cavar lo es para el topo. La inmovilidad que produciría la satisfacción completa de un goce permanente, le sería insoportable. Vencer obstáculos es la plenitud del goce en la existencia humana, ya estos obstáculos sean de una naturaleza material, como en la acción y el ejercicio, o de naturaleza espiritual, como en el estudio y las investigaciones; la lucha y la victoria hacen al hombre feliz. Si la ocasión le falta, se la crea como pueda, según que su individualidad le impulse, cazará o jugará al boliche, o arrastrado por la inclinación inconsciente de su naturaleza, urdirá intrigas, maquinará engaños o cualquier otra villanía, nada más que para poner término al estado de inmovilidad que no puede soportar. *Difficilis in otio quies* (Difícil es la quietud en el ocio).

18. No son *las imágenes de la fantasía,* sino *nociones claramente concebidas,* las que hay que tomar por guía de los trabajos. Las más de las veces ocurre lo contrario. Examinándolo bien, se observa que lo que en nuestras determinaciones viene en último recurso a dar la sentencia decisiva no son, de ordinario, nociones y juicios, sino que es una imagen de la fantasía que las representa y sustituye. No sé ya en qué novela de Voltaire o de Diderot la virtud se aparece siempre al héroe, colocada, como el Hércules adolescente, en la encrucijada de la vida, bajo la forma de su anciano gobernante, que tiene en la

Digitized by Google

mano izquierda su tabaquera y en la derecha un polvo de tabaco y está moralizando; el vicio, en cambio, bajo la forma de la camarera de su madre. Particularmente durante la juventud se fija el fin de nuestra felicidad bajo la forma de ciertas imágenes que se presentan ante nosotros y que persisten muchas veces durante la mitad y a veces durante la totalidad de la vida. Esos son verdaderos duendes que nos asedian, apenas tocados, desaparecen y viene la experiencia a enseñarnos que no cumplen nada de lo prometido. De ese género son las escenas particulares de la vida doméstica, civil, social o rural, las imágenes de nuestra habitación y de nuestras cercanías, las insignias honoríficas, etc., etc.; *"chaque fou a sa marotte"* (cada loco tiene su tema); la imagen de la mujer amada es una también. Es muy natural que sea así; porque siendo lo que se ve lo *inmediato,* obra más inmediatamente sobre nuestra voluntad que la noción, el pensamiento abstracto, que sólo da lo *general* sin lo *particular;* ahora bien; este último es precisamente el que contiene la realidad; la noción no puede, pues, obrar sino mediatamente sobre la voluntad. Y, sin embargo, sólo la noción cumple la palabra; así, pues, es un testimonio de cultura intelectual poner en ella sola toda nuestra fe. Por momentos se dejará sentir seguramente la necesidad de explicar o de parafrasear por medio de algunas imágenes, sólo que *"cum grano salis"* (con un grano de sal).

19. La regla anterior cabe en esta otra máxima general: que hay que dominar siempre la impresión de todo lo que es presente y visible. Eso, en comparación del simple pensamiento, del conocimiento puro, es incomparablemente más enérgico, no en vir-

Digitized by Google

tud de su materia y de su valor, que son a menudo muy insignificantes, sino en virtud de su forma, es decir, de la visibilidad y de la presencia directa, que penetra el espíritu cuyo reposo turba o cuyos planes echa por tierra. Porque lo que es presente, lo que es visible, pudiendo abarcarse fácilmente de una mirada, obra siempre de una sola vez y con toda su fuerza; por el contrario, los pensamientos y las razones, debiendo meditarse, exigen tiempo y tranquilidad y no pueden estar en cualquier momento y plenamente presentes al espíritu. Por eso una cosa agradable, a la cual la reflexión nos hace renunciar, nos encanta todavía con su aspecto; del mismo modo, una opinión cuya incompetencia absoluta comprendemos, nos impresiona; una ofensa nos hiere, aunque sepamos que no merece más que el desprecio; de igual manera, diez razones contra la presencia de un peligro caen por tierra con la falsa apariencia de su presencia real, etc. En todas estas circunstancias lo que prevalece es la primitiva sinrazón de nuestro ser. Las mujeres están sujetas con frecuencia a tales impresiones, y pocos hombres tienen una razón bastante preponderante para no tener que sufrir sus efectos. Cuando no podemos dominarlos por completo sólo con el pensamiento, lo mejor que podemos hacer es neutralizar una impresión con la impresión contraria; por ejemplo, la impresión de una ofensa con visitas a las personas que nos estiman, la impresión de un peligro que nos amenaza con la vista real de los medios propios para evitarlo. Un italiano, cuya historia nos cuenta Leibnitz (Nuevos ensayos, lib. I, cap. II, § 11), consiguió hasta resistir a los dolores del tormento; para ello, mediante una resolución tomada de antemano, impuso a su imaginación la idea de no perder de

Digitized by Google

vista un solo instante la imagen de la pena a que le hubiera hecho condenar una confesión; así que gritaba de cuando en cuando: "*Io ti vedo*" (te veo), palabras que explicó más tarde diciendo que se referían al patíbulo. Por la misma razón, cuando todos los que nos rodean son de una opinión diferente de la nuestra y obran en consecuencia, es muy difícil no dejarse doblegar, aun cuando uno estuviese convencido de que están en el error. Para un rey fugitivo, perseguido y viajando verdaderamente de incógnito, el ceremonial de subordinación que observe su compañero y confidente cuando están a solas debe ser un cordial casi indispensable para que el infortunado no llegue a dudar de su propia existencia.

20. Después de hacer resaltar, desde el capítulo II, el gran valor de la *salud* como condición primaria y más importante de nuestra felicidad, quiero indicar aquí algunas reglas muy generales de conducta, para fortificarla y conservarla.

Para endurecerse, es preciso, mientras se disfruta de buena salud, someter el cuerpo, en su conjunto como en cada una de sus partes, a muchos esfuerzos y fatigas, y habituarse a resistir a todo lo que puede afectarle, aunque sea de un modo rudo. Por el contrario, en cuanto se manifiesta un estado mórbido, ya del todo, ya de una parte, se debe recurrir inmediatamente al procedimiento contrario; es decir, cuidar de todas maneras el cuerpo o su parte enferma; porque lo que es delicado y débil no es susceptible de endurecimiento.

Los músculos se fortifican; los nervios, por el contrario, se debilitan con un empleo excesivo. Conviene, pues, ejercitar los primeros por medio de es-

Digitized by Google

fuerzos convenientes y economizar a los segundos todo desgaste; por consiguiente, guardemos a nuestros ojos de toda luz demasiado viva, sobre todo cuando es reflejada, contra todo esfuerzo a media luz, contra la fatiga de mirar mucho tiempo los objetos demasiado pequeños; preservemos nuestros oídos igualmente de los ruidos demasiado fuertes; pero, ante todo, evitemos a nuestro cerebro toda lucha forzada, demasiado sostenida o intempestiva; de consiguiente, hay que dejarle reposar durante la digestión, porque en ese momento esa misma fuerza vital que, en el cerebro, forma los pensamientos, trabaja con todos sus esfuerzos en el estómago y en los intestinos, preparando el quimo y el quilo; igualmente debe reposar después de un trabajo muscular considerable. Porque para los nervios motores, como para los nervios sensitivos, no ocurren las cosas de la misma manera; y así como el dolor sentido en un miembro lesionado tiene su verdadero asiento en el cerebro, de igual modo no son los brazos y las piernas los que se mueven y trabajan, sino el cerebro, es decir, esa porción del cerebro que, por intermedio de la medula alargada y de la medula espinal, excita los nervios de estos miembros y los hace así moverse. Por consiguiente, la fatiga que sentimos en los brazos o en las piernas tiene su asiento real en el cerebro; por eso los miembros cuyo movimiento está sometido a la voluntad, es decir, parte del cerebro, son los únicos que se fatigan, mientras que aquellos cuyo trabajo es involuntario, como, por ejemplo, el corazón, son infatigables. Evidentemente, entonces es perjudicar al cerebro exigir de él actividad muscular enérgica y tensión de espíritu, sea simultáneamente o sólo después de un corto intervalo. Esto no está, de ningún modo, en contradicción

Digitized by Google

con el hecho de que al comienzo de un paseo o, en general, durante cortas marchas, se siente una actividad reforzada del espíritu; porque en este último caso aún no hay fatiga de las partes respectivas del cerebro, y, por otra parte, esta ligera actividad muscular, acelerando la respiración, hace subir al cerebro la sangre arterial mejor oxigenada. Pero hay que dar, sobre todo al cerebro, la cantidad de sueño necesaria para su descanso, porque el sueño es al cerebro lo que la cuerda al péndulo (Véase el volumen II de *El mundo como voluntad y como representación*). Esta cantidad debe ser tanto mayor cuanto más desarrollado y activo sea el cerebro; sin embargo, pasar de ahí sería malgastar el tiempo, porque el sueño pierde entonces en intensidad lo que gana en extensión (Véase *El mundo como voluntad y como representación,* vol. II) (1). En general, penetrémonos bien del hecho de que nuestro pensar no es otra cosa que la función orgánica del cerebro, y, por tanto, en lo que atañe a la fatiga y al reposo, obra de una manera análoga a cualquier otra actividad orgánica. Un esfuerzo excesivo fatiga el cerebro como fatiga los ojos. Se ha dicho con razón: el cerebro piensa como el estómago digiere. La idea de un alma inmaterial, simple, esencial y constantemente pensante, y por tanto infatigable, que estuviese como alojada en el cerebro y no tuviera necesidad de nada en el mundo, ha impulsado seguramente a más de un hombre a una conducta insensata; Federico el Grande, por ejemplo, ¿no intentó prescindir en absoluto del sueño?

(1) El sueño es una porción de *muerte* que tomamos *anticipada,* y por medio de la cual recobramos y renovamos la vida agotada en el espacio de un día. *Le sommeil*

Digitized by Google

Los profesores de filosofía debieron no fomentar esa ilusión, perjudicial hasta en la práctica, con su filosofía ortodoxa para mujeres viejas. Hay que aprender a considerar las fuerzas intelectuales como si fuesen en absoluto funciones fisiológicas, a fin de saber dirigirlas, economizarlas o fatigarlas en consecuencia; debe recordarse que todo sufrimiento, toda incomodidad, todo desorden en cualquier parte del cuerpo afecta al espíritu. Para penetrarse de esta verdad, hay que leer a Cabanis: *Des rapports du physique et du moral de l'homme.*

Por haberse negado a seguir ese consejo, muchos espíritus nobles y muchos grandes sabios han padecido en su vejez de imbecilidad, volviendo a una nueva infancia y llegando hasta la locura. Si, por ejemplo, algunos célebres poetas ingleses de nuestro siglo, como Walter Scott, Wordsworth, Southey y muchos otros, llegados a la vejez y aun desde los sesenta años, se han hecho intelectualmente obtusos e impotentes, y hasta imbéciles, hay que atribuirlo indudablemente a que, seducidos por honorarios elevados, han ejercido todos la literatura como un oficio, escribiendo por dinero. Este oficio impulsa a una fatiga contra la naturaleza; todo el que unce su pegaso al yugo y azuza a su musa con el látigo,

---

est un emprunt fait à la mort (*). El sueño pide prestado a la muerte para conservar la vida. O bien, es el *interés pagado provisionalmente a la muerte,* que es el pago íntegro del capital. El reembolso total se exige en un plazo tanto más largo cuanto más elevado es el interés y más metódicamente se paga.

(*) ***El sueño es un préstamo hecho a la muerte.*** **En francés en el texto.**

Digitized by Google

tendrá que expiarlo de la misma manera que el que ha rendido a Venus un culto forzado. Sospecho que el mismo Kant, a una edad avanzada, cuando ya era célebre, se entregó a un trabajo excesivo y provocó con eso la segunda infancia en que vivió sus cuatro últimos años.

Cada mes del año tiene una influencia especial y directa, es decir, independiente de las condiciones meteorológicas, sobre nuestra salud, sobre el estado general de nuestro cuerpo y hasta sobre el estado de nuestro espíritu.

III.—Concernientes a nuestra conducta para con los demás.

21. Para andar por el mundo es útil llevar consigo una amplia provisión de *circunspección* y de *indulgencia*: la primera nos garantiza contra los perjuicios y las pérdidas; la segunda nos pone a salvo de disputas y de querellas.

Quien está llamado a vivir entre los hombres no debe rechazar de una manera absoluta ninguna individualidad, desde el momento en que está ya determinada y dada por la naturaleza, aunque sea la individualidad más perversa, más lastimosa o más ridícula. Debe aceptarla como algo inmutable, y que, en virtud de su principio eterno y metafísico, debe ser tal como es; a lo sumo, debe decirse: "Es necesario que haya también de esa especie". Si toma la cosa de otra manera, comete una injusticia y provoca al otro a un combate a muerte. Porque nadie puede modificar su individualidad propia, es decir, su carácter moral, sus facultades intelectuales, su temperamento, su fisonomía, etc. Si, pues, condena-

Digitized by Google

mos su ser sin reserva, no le quedará más recurso que combatir contra nosotros como contra un enemigo mortal, desde el momento en que no queremos reconocerle el derecho de existir sino a condición de llegar a ser distinto de lo que es inmutablemente. Por eso, cuando se quiere vivir entre los hombres, hay que dejar a cada uno existir y aceptarlo con la individualidad que le ha correspondido, cualquiera que ella sea; hay que preocuparse únicamente de utilizarla en cuanto lo permiten su cualidad y su organización, pero sin esperar modificarla y sin condenarla pura y simplemente por ser tal como es. He aquí la verdadera significación del proverbio: "*Vivir y dejar vivir*". Sin embargo, la tarea es menos fácil que equitativa, y dichoso aquel a quien se concede poder evitar para siempre individualidades. Entretanto, para aprender a soportar a los hombres, es bueno ejercitar la paciencia con los objetos inanimados que, en virtud de una necesidad mecánica o de cualquier otra necesidad física, contrarían obstinadamente nuestra acción; tenemos para esto ocasiones todos los días. Después se aprende a ejercitar con los hombres la paciencia así adquirida, y se acostumbra uno al pensamiento de que ellos también, siempre que son para nosotros un obstáculo, lo son forzosamente, en virtud de una necesidad natural tan vigorosa como aquella en virtud de la cual obran los objetos inanimados; que, por consiguiente, es tan insensato indignarse de su conducta como de una piedra que viene a rodar a nuestros pies. Respecto de muchos individuos, lo más prudente es decirse: "*No puedo cambiarle, pues voy a utilizarlo*".

22. Es sorprendente ver hasta qué punto se manifiesta en la conversación la homogeneidad o la he-

Digitized by Google

terogeneidad de espíritu y de carácter entre los hombres; esta diferencia se hace sensible en la ocasión más insignificante. Entre dos personas de naturalezas esencialmente desemejantes, que hablen de los asuntos más indiferentes, más opuestos, cada frase de una desagrada más o menos a la otra; a veces, una palabra llega a hacerla montar en cólera. Cuando, por el contrario, se parecen, sienten en seguida cierta conformidad en todo que, cuando la homogeneidad es muy marcada, puede fundarse en una armonía perfecta y llegar hasta el unísono. Así se explica primeramente por qué los individuos muy vulgares son tan sociables y encuentran tan fácilmente excelente sociedad, lo que llaman "personas buenas y amables". Lo contrario ocurre con los hombres que no son vulgares, y serán tanto menos sociables cuanto más distinguidos son; de tal suerte que, a veces, en su aislamiento, pueden sentir una verdadera alegría en haber descubierto en otro una fibra cualquiera, por insignificante que sea, de la misma naturaleza que la suya. Porque cada cual no puede ser a otro hombre sino lo que éste es al primero. Como el águila, los espíritus realmente superiores vagan por la altura, solitarios. Eso explica, en segundo lugar, cómo los hombres de la misma disposición se reúnen tan pronto como si se atrajesen magnéticamente: las almas hermanas se saludan desde lejos. Podrá observarse eso con más frecuencia entre las personas de sentimientos bajos o de débil inteligencia; pero es sólo porque éstos se llaman legión, mientras que los buenos y los nobles son y se llaman las naturalezas escogidas. Así ocurrirá, por ejemplo, que en alguna vasta asociación, fundada con el objeto de que dé resultados efectivos, dos pícaros taimados se reconocen mutuamente

Digitized by Google

tan pronto como si llevasen un cartel, y se unen inmediatamente para tramar algún abuso o alguna traición. De igual manera, supongamos *per impossibile,* una sociedad numerosa, compuesta enteramente de hombres inteligentes e ingeniosos, excepto dos imbéciles que formen parte de ella también; estos dos se sentirán simpáticamente atraídos el uno hacia el otro, y pronto, cada uno de los dos, se alegrará en el fondo de su corazón de haber encontrado siquiera y al fin un hombre razonable. Es realmente curioso el ver por uno mismo cómo dos seres, principalmente entre los que están atrasados en lo moral y en lo intelectual, se reconocen a primera vista, tienden con ardor a juntarse, se saludan con amor y alegría y corren uno hacia otro como antiguos conocidos; esto es tan sorprendente que se siente uno tentado a admitir, según la doctrina búdica de la metempsícosis, que estaban ya unidos por la amistad en una vida anterior.

Sin embargo, hay un hecho que, aun en el caso de gran armonía, mantiene a los hombres separados unos de otros, y que llega hasta producir en ellos una disonancia pasajera; es la diferencia de la disposición del momento, que es casi siempre distinta en cada uno, según su situación momentánea, la ocupación, el ambiente, el estado de su cuerpo, la corriente actual de sus ideas, etc. Esto es lo que produce disonancias entre los individuos que mejor se acomodan. Trabajar sin descanso en corregir lo que hace nacer estas molestias y en establecer la igualdad de la temperatura ambiente sería el efecto de una suprema cultura intelectual. Podrá apreciarse la magnitud de lo que puede producir para la sociedad la igualdad de sentimientos, por el hecho de que los miembros de una reunión, aunque sea

Digitized by Google

muy numerosa, se inclinarán a comunicarse recíprocamente sus ideas, a tomar parte sinceramente en el interés y en el sentimiento general, en cuanto viene a impresionarles en el mismo instante y de la misma manera algo exterior, un peligro, una esperanza, una noticia, la vista de una cosa extraordinaria, un espectáculo, la música o cualquier otra cosa. Porque estos motivos subyugan todos los intereses particulares y hacen nacer de esa suerte la unidad de disposición. A falta de tal influencia objetiva, se recurre, por lo general, a cualquier medio subjetivo, y entonces la botella es la destinada habitualmente a dar una disposición común a la reunión. El te y el café se emplean igualmente con este objeto.

Pero este mismo desacuerdo que produce tan fácilmente, en cualquier reunión, la diversidad de humor momentánea, da también la explicación parcial del siguiente fenómeno: que cada uno aparece como idealizado, a veces, hasta transfigurado en el recuerdo, cuando éste no está ya bajo el dominio de esa influencia pasajeramente perturbadora o de cualquier otra semejante. La memoria obra a la manera de la lente convergente en la cámara oscura; reduce todas las dimensiones y produce de esa suerte una imagen mucho más bella que el original. Cada ausencia nos proporciona parcialmente la ventaja de ser vistos bajo este aspecto. Porque aunque para acabar su obra, el recuerdo idealizador exige un tiempo considerable, sin embargo, su trabajo comienza inmediatamente. Por eso es prudente no presentarse a los conocidos y a los buenos amigos sino con largos intervalos de tiempo; al volverse a ver, se notará que el recuerdo ya ha trabajado.

23. Nadie puede ver *por encima de sí mismo.*

Digitized by Google

Quiero decir con esto que no se puede ver en otro más de lo que es uno mismo, porque cada cual no puede comprender a otro sino en la medida de su propia inteligencia. Si ésta es de la especie más ínfima, todos los dones intelectuales más elevados no le impresionarán de ningún modo, y no observará en este hombre de tan altas dotes sino lo más vil que hay en su individualidad, a saber: todos los defectos y todas las debilidades de temperamento y de carácter. He aquí de qué estará compuesto el grande hombre a los ojos del hombre vulgar. Las facultades intelectuales más eminentes del uno no existen para el otro, como no existen los colores para el ciego. Es que el mayor talento es invisible para el que no lo tiene; y todo cálculo es el producto del valor del estimado por la esfera de apreciación del estimador.

De aquí resulta que, cuando se conversa con otro, se pone uno siempre a su nivel, ya que todo lo que se tiene de más desaparece, y hasta la abnegación de sí mismo, que exige esta nivelación, queda perfectamente desconocida. Si, pues, se reflexiona cómo la mayoría de los hombres tienen sentimientos y facultades de ínfima categoría, en una palabra, en lo vulgares que son, se verá que es imposible hablar con ellos sin hacerse uno mismo *vulgar* durante ese intervalo (por analogía con la transmisión de la electricidad); se comprenderá entonces el significado propio y la verdad de esta expresión alemana: "*sich gemein machen*" (aparearse con el compañero), y se tratará de evitar toda compañía con la cual no pueda uno comunicarse sino mediante la *partie honteuse* (la parte vergonzosa) de su propia naturaleza. Se comprenderá, igualmente, que en presencia de imbéciles y de insensatos, no hay más que *una* ma-

Digitized by Google

nera de demostrar que se tiene razón: no hablar con ellos. Pero ¿no es verdad que entonces podrán encontrarse en sociedad muchos hombres en la situación de un bailarín que entra en un baile donde no hay más que lisiados? ¿Con quién bailará?

24. Concedo toda mi consideración, como a un elegido entre ciento, al que, estando desocupado, porque espera algo, no se pone inmediatamente a golpear o a tamborilear con todo lo que le viene a las manos, con su bastón, su cuchillo, su tenedor o con cualquier otro objeto. Es probable que ese hombre piense en algo. Se conoce en la cara de la mayoría de las personas que en ellas la vista reemplaza al pensar; tratan de asegurarse de su existencia haciendo ruido, a no ser que tengan un cigarro en la mano, que les hace el mismo servicio. Por la misma razón, son todo ojos, todo oídos para todo lo que pasa a su alrededor.

25. La Rochefoucauld ha observado muy exactamente que es difícil estimar mucho a un hombre y amarle mucho a la vez. Hay que escoger, pues, entre mendigar el amor o el aprecio de las personas. Su amor es siempre interesado, aunque por diversos motivos. Además, las condiciones en que se adquiere ese amor no son siempre a propósito para enorgullecernos de él. Ante todo, se hará uno amar a medida que limite sus pretensiones para encontrar talento y corazón en los demás, y eso seriamente, sin disimulo, y no en virtud de esa indulgencia que trae el origen del desprecio. Para completar las premisas que ayudarán a sacar las consecuencias, recordemos esa sentencia tan verdadera de Helvecio: "*El grado de talento necesario para agradarnos es una*

Digitized by Google

medida constante exacta del grado de talento que tenemos". Sucede todo lo contrario cuando se trata del aprecio de las personas; no se les arranca sino luchando cuerpo a cuerpo; así que lo oculta las más de las veces. Por eso nos proporciona una satisfacción interior mucho mayor; está en proporción con nuestro valor, lo cual no es cierto, directamente del amor de las personas, porque éste es subjetivo y el aprecio objetivo. Pero el amor nos es seguramente más útil.

26. La mayoría de los hombres son tan personales que en el fondo nada tiene interés a sus ojos más que ellos mismos, tan sólo ellos. De ahí resulta que, de cualquier cosa que se hable, piensan inmediatamente en sí mismo, y que todo lo que, aunque sea por casualidad y remotamente, se refiere a algo que les afecta, atrae y cautiva de tal manera toda su atención, que no tienen libertad para penetrar en la parte objetiva de la conversación; de igual manera, no hay razones válidas para ellos desde el momento en que contrarían su interés o su vanidad. Así, pues, se distraen tan fácilmente, tan fácilmente se ofenden o se afligen, que, aun cuando se hable con ellos desde un punto de vista objetivo sobre cualquier materia, no puede uno menos de evitar en el discurso todo lo que pueda tener una relación posible, acaso molesta, con el precioso y delicado *yo* que tiene uno delante de sí; nada les interesa más que este *yo*, y, siendo así que no tienen ni sentido ni sentimiento para lo que hay de verdadero y de notable, o de bello, de delicado y de ingenioso en las palabras de otro, poseen la más exquisita sensibilidad para todo lo que, más remota e indirectamente, puede afectar a su mezquina vanidad o refe-

Digitized by Google

rirse desventajosamente, de cualquier manera que sea, a su inapreciable *yo*. Se parecen por su susceptibilidad a esos gozquecillos cuya pata es tan fácil pisar por descuido y cuyos chillidos hay que sufrir después; o bien a un enfermo cubierto de llagas y magulladuras a quien hay que evitar cuidadosamente tocar. Los hay que llevan esto tan lejos, que sienten exactamente como una ofensa la opinión y el juicio que se les revela o que no se disimula bien, al hablar con ellos; se callan, verdad es, de momento; pero después, el que no tiene bastante experiencia, reflexionará y se machacará en vano la cabeza por saber con qué ha podido atraerse su rencor y su odio. Pero asimismo, es también muy fácil halagarlos y conquistarlos. Por consiguiente, su sentencia está comprada generalmente; no es más que un decreto a favor de su partido o de su clase, y no un juicio objetivo e imparcial. Eso proviene de que en ellos la voluntad excede con mucho a la inteligencia y de que su débil entendimiento está completamente sometido al servicio de la voluntad, de la cual no puede librarse un solo momento.

Esta lastimosa subjetividad de los hombres, que les hace referirlo todo a ellos y volver, desde cualquier punto de partida, inmediatamente y en línea recta, hacia su persona, está superabundantemente fomentada por la *astrología,* que refiere la marcha de los grandes cuerpos del universo al tímido *yo,* y que encuentra una correlación entre los cometas en el cielo y las querellas y miserias en la tierra. Siempre ha pasado así, aun en las épocas más remotas (Véase, por ejemplo, a Stobeo, *Eclogae,* I, cap. XXII, IX, pág. 478).

27. No hay que desesperar a cada absurdo que

Digitized by Google

se dice en público o en la sociedad, que se imprime en los libros y que es bien acogido, o al menos no es refutado; no hay que creer tampoco que quedará eternamente admitido. Sepamos, para consuelo nuestro, que más tarde e insensiblemente, el absurdo se rumiará, se elucidará, se meditará, se examinará, se discutirá, y las más de las veces se juzgará con justicia al fin y al cabo, de suerte que, después de un transcurso de tiempo variable en razón directa de la dificultad del asunto, casi todo el mundo acabará por comprender lo que el espíritu lúcido había visto a primera vista. Verdad es que en el ínterin hay que tener paciencia. Porque un hombre de juicio justo, entre personas que están en el error, se parece a aquel cuyo reloj marcha bien en una ciudad donde todos los relojes andan desarreglados. El sabe la hora exacta; pero ¿qué le importa? Todo el mundo se guía por los relojes públicos, que marcan una hora falsa, aun los que saben que sólo el reloj del primero da la hora verdadera.

28. Los hombres se parecen a los niños que toman malas costumbres cuando se les mima; así que no hay que ser muy indulgente ni muy amable para con nadie. Del mismo modo que, en general, no se perderá un amigo por haberse negado a prestarle dinero, sino más bien por habérselo prestado, de igual manera no se le perderá por una actitud altanera y un poco desdeñosa, sino más bien por un exceso de amabilidad y de atenciones; entonces se hace altanero, insoportable, y no tarda en producirse la ruptura. Lo que no pueden soportar los hombres, sin volverse arrogantes y vanidosos, es la idea de que se necesite de ellos. En algunas personas, esa idea nace ya sólo porque se establezcan

Digitized by Google

relaciones o bien se hable a menudo familiarmente con ellas; se imaginan en seguida que estamos obligados a soportarles, y tratarán de traspasar los límites de la cortesía. Por eso hay tan pocos individuos que se pueden tratar con intimidad; especialmente, hay que privarse de cualquier familiaridad con naturalezas inferiores. Si, por desgracia, un individuo de esta clase se imagina que yo tengo mucha más necesidad de él de lo que él tiene necesidad de mí, entonces experimentará súbitamente un sentimiento como si yo le hubiese robado algo; tratará de vengarse y de reintegrarse en su supuesta propiedad. No tener nunca y de ninguna manera necesidad de los otros y hacérselo comprender; ese es el único modo de conservar nuestra superioridad entre los conocidos: en consecuencia, es prudente hacer sentir a todos, hombres y mujeres, que se puede muy bien prescindir de ellos; esto fortifica la amistad; es muy útil también dejar que se introduzca a veces, en nuestra actitud para con la mayoría de ellos, una partícula de desdén; con eso concederán más valor a nuestra amistad. *"Chi non istima, vien stimato"* (Quien no estima es estimado), dice muy bien un proverbio italiano. Pero, si alguien tiene realmente valor a juicio nuestro, hay que disimulárselo como si fuese un crimen. Eso no es precisamente encantador, pero, en cambio, es cierto. Apenas si los perros sufren la excesiva benevolencia; mucho menos los hombres.

29. Las personas de especie más noble y dotadas de facultades más eminentes revelan, principalmente en su juventud, una falta sorprendente de conocimiento de los hombres y del arte de vivir; así se dejan fácilmente engañar o extraviar; al paso que

Digitized by Google

las naturalezas inferiores saben mucho mejor, y más pronto, salir del apuro en el mundo; eso proviene de que, a falta de experiencia, se debe juzgar *a priori* y de que, en general, ninguna experiencia vale lo que el *a priori*. En las personas de inteligencia vulgar, este *a priori* les es proporcionado por su propio *yo*, en tanto que no lo es en las de naturaleza noble y distinguida, porque en esto precisamente se diferencian éstas de aquéllas. Evaluando, pues, los pensamientos y los actos de los hombres vulgares con arreglo a los suyos propios, el cálculo resulta falso.

Pero aun cuando un hombre haya aprendido *a posteriori*, es decir, por las lecciones de otro y por su propia experiencia, lo que hay que esperar de los hombres, aun cuando haya comprendido que los cinco sextos de ellos están conformados, en lo moral como en lo intelectual, de tal forma que, el que no se ve obligado por las circunstancias a ponerse en relación con ellos, hace mejor en evitarlos desde luego y en sustraerse lo más posible a su contacto; aun cuando este hombre no pueda, a pesar de todo, tener un conocimiento *suficiente* de la pequeñez y de la mezquindad de los demás, tendrá que extender y que completar esta noción durante toda su vida; pero hasta entonces hará muchos cálculos falsos en detrimento suyo. Además, aunque penetrado de las enseñanzas recibidas, le ocurrirá a veces que, encontrándose en una sociedad de personas a quienes todavía no conoce, se maraville al verlas a todas aparentar en sus conversaciones que son razonables, leales, sinceras, honradas y virtuosas, y acaso inteligentes e ingeniosas también. Pero que esto no le extravíe; ello proviene sencillamente de que la naturaleza no hace como los malos poetas, que, cuando

Digitized by Google

tienen que presentar un pícaro o un necio, se ceban en él tan groseramente y con una intención tan acentuada, que se ve asomarse, por decirlo así, detrás de cada uno de esos personajes al autor desautorizando constantemente su carácter y sus discursos, y diciendo en alta voz y a manera de advertencia: "Este es un granuja, ese otro un imbécil; no hagas caso de lo que diga". La naturaleza, por el contrario, obra a la manera de Shakespeare y de Goethe; en sus obras, cada personaje, aunque sea el diablo mismo, mientras está en escena, habla como debe hablar; está concebido de una manera tan objetivamente real, que nos atrae y nos obliga a tomar parte en sus intereses; semejante a las creaciones de la naturaleza, es el desarrollo de un principio interior, en virtud del cual sus discursos y sus actos parecen naturales y, por consiguiente, necesarios. El que cree que en el mundo los diablos nunca andan sin cuernos y los locos sin cascabeles, será siempre víctima o juguete de ellos. Agreguemos a todo eso que, en sus relaciones, las personas hacen lo que la luna y los jorobados, es decir, que no nos enseñan nunca más que una cara; tienen un talento innato para transformar su rostro por medio de una mímica hábil, con un disfraz que representa muy exactamente *lo que debieran ser,* en realidad; ese disfraz, cortado exclusivamente a la medida de su individualidad, se adapta y se ajusta tan bien, que la ilusión es completa. Cada cual se la pone siempre que se trata de hacerse acoger bien. No debe uno tampoco fiarse de él más que de su disfraz de tela encerada, recordando el excelente proverbio italiano: *Non è si tristo cane, che non meni la coda* (No hay perro tan malo que no menee la cola).

Digitized by Google

Preservémonos, en todo caso, de formarnos una opinión muy favorable de un hombre a quien acabamos de conocer; por lo general, nos sentiríamos desilusionados con gran confusión nuestra, y acaso con detrimento propio. Otra observación digna de notarse: precisamente en las cosas pequeñas, en que no se piensa en preocuparse del gesto, revela el hombre su carácter; en acciones insignificantes, a veces en simples modales, puede observarse fácilmente ese egoísmo ilimitado, sin consideración hacia nadie, que no se desmentirá después en las cosas grandes, sino que se disimulará. ¡Cuántos semejantes detalles no nos pasan inadvertidos! Cuando un individuo se conduce sin discreción alguna en los incidentes nimios de la vida cotidiana, en los asuntos insignificantes de la vida, a los cuales se aplica el *"De minimis lex non curat"* (La ley no se venga de las cosas más insignificantes), cuando no busca en esas ocasiones más que su interés o su comodidad, en detrimento de otro, o se apropia lo que está allí para servir a todos, etc., este individuo (estad convencidos de ello) no tiene en el corazón el sentimiento de la justicia; será también un pícaro en las circunstancias importantes, siempre que la ley o la fuerza no le aten las manos; no permitáis a ese hombre que cruce vuestros umbrales. Sí, lo afirmo; quien viola sin escrúpulo los reglamentos de su *Casino,* violará igualmente las leyes del Estado en cuanto pueda hacerlo sin peligro (1).

(1) Si en los hombres, tales como son en su mayoría, lo bueno aventajase a lo malo, sería más cuerdo fiarse de su justicia, de su equidad, de su fidelidad, de su afecto o de su caridad que de su temor; pero, como sucede lo contrario, lo contrario es lo más cuerdo.

Digitized by Google

Cuando un hombre con quien estamos en relaciones más o menos íntimas nos hace algo que nos desagrada o nos molesta, no nos queda sino preguntarnos si tiene o no bastante valor, a juicio nuestro, para que aceptemos de parte suya, una segunda vez y en ocasiones cada vez más repetidas, un tratamiento semejante o seguramente un poco más acentuado (perdonar y olvidar significan tirar por la ventana experiencias adquiridas con mucha dificultad). En el caso afirmativo, todo está dicho; porque hablar sencillamente no serviría de nada; entonces hay que dejar pasar la cosa, con o sin admonición; pero debemos recordar que, de esta manera, nos atraemos benévolamente la repetición. En la segunda alternativa, debemos romper, inmediatamente y para siempre, con el querido amigo, y, si es un sirviente, despedirle. Porque, en otro caso, hará inevitable y exactamente lo mismo, o algo completamente análogo, aun cuando en este momento nos jurase lo contrario, muy en voz alta y muy sinceramente. Se puede olvidarlo todo, todo excepto a uno mismo, excepto a su propio ser. En efecto; el carácter es absolutamente incorregible, porque todas las acciones humanas parten de un principio íntimo, en virtud del cual un hombre debe obrar siempre lo mismo en idénticas circunstancias, y no puede obrar de otra manera. Leed mi Memoria premiada sobre la pretendida libertad de la voluntad, y desterrad toda ilusión. Reconciliarse con un amigo con el cual se había roto es, pues, una debilidad que habrá que expiar cuando éste en la primera ocasión propicia, vuelva a hacer exactamente lo mismo que había producido la ruptura, y hasta con algo más de seguridad, porque tiene la secreta conciencia de sernos indispensable. Esto se aplica igual-

Digitized by Google

mente a los domésticos despedidos que vuelve uno a tomar a su servicio. No debemos tampoco, y por los mismos motivos, confiar en que un hombre *se porte* de la misma manera que una vez anterior, cuando han cambiado las circunstancias. Por el contrario, la disposición y la conducta de los hombres cambian tan pronto como su interés; las instrucciones que los mueven, emiten sus letras de cambio a plazo tan breve, que habría que tener la vista más corta aún que el plazo, para dejarlas pasar sin protesta.

Supongamos ahora que quisiéramos saber cómo obrará una persona en una situación en que intentamos colocarla; para ello no habrá que fiarse de sus promesas y sus protestas. Porque, aun admitiendo que hable sinceramente, no por eso deja de hablar de una cosa que ignora. Es, pues, por la apreciación de las circunstancias en las cuales va a encontrarse y de su conflicto con su carácter, por lo que tendremos que dar cuenta de su actitud.

En tesis general, para adquirir la comprensión nítida, profunda y tan necesaria de la verdadera y triste condición de los hombres, es eminentemente instructivo emplear, como comentario a sus procedimientos y a su conducta en el terreno de la vida práctica, sus procedimientos y su conducta en el dominio literario, y viceversa. Eso es muy útil para no engañarse, ni sobre uno mismo ni sobre ellos. Pero en el curso de este estudio ningún rasgo de gran infamia o necedad que encontremos ya en la vida, ya en la literatura, debe ser materia para entristecernos o irritarnos; debe servir únicamente para instruirnos en cuanto que nos presenta un complemento del carácter de la especie humana, que será bueno no olvidar. De esta manera, examinare-

Digitized by Google

mos el asunto como el mineralogista considera un ejemplar bien caracterizado de un mineral que le viene a las manos. Hay excepciones, las hay incomprensiblemente grandes, y las diferencias entre las individualidades son inmensas; pero, considerado en conjunto, como se ha dicho hace mucho, el mundo es malo; los salvajes se devoran entre sí, y los civilizados se engañan mutuamente, y he aquí lo que se llama la marcha del mundo. Los Estados, con sus ingeniosos mecanismos, dirigidos contra el exterior y el interior, y con sus medios de violencia, ¿qué son sino medidas establecidas para trazar límites a la iniquidad ilimitada de los hombres? ¿No vemos en la historia entera a cada rey, en cuanto se ha consolidado sólidamente y su país disfruta de alguna prosperidad, aprovecharse para caer con su ejército, como con una partida de bandidos, sobre los Estados vecinos? ¿No son en el fondo todas las guerras actos de bandidaje? En la remota antigüedad, así como durante buena parte de la Edad Media, los vencidos se hacían esclavos de los vencedores; lo cual, en el fondo, equivale a decir que debían trabajar para éstos; pero los que pagan contribuciones de guerra deben hacer otro tanto, es decir, entregar el producto de su trabajo anterior. *Dans toutes les guerres, il ne s'agit que de voler* (En todas las guerras no se trata más que de robar), ha escrito Voltaire; y que los alemanes se lo tengan por dicho.

30. Ningún carácter es tal que se pueda abandonar a sí mismo y dejarse ir por completo; necesita ser guiado por nociones y máximas. Pero si, llevando las cosas al extremo, se quisiese hacer del carácter, no el resultado de la naturaleza innata,

Digitized by Google

sino únicamente el producto de una deliberación razonada, por consiguiente, un carácter íntegramente adquirido y artificial, pronto se vería confirmada la sentencia latina que dice: *Naturam expelles furca, tamen usque recurret* (Echad lo natural, que ya volverá a todo galope).

En efecto, se podrá comprender muy bien, hasta descubrir y formular admirablemente una regla de conducta para con los demás, y, sin embargo, en la vida real, se pecará desde un principio contra ella. Sin embargo, no hay que perder valor por eso y creer que sea imposible dirigir la conducta en la vida social por reglas y máximas abstractas, y que valga más, por consiguiente, dejarse ir a lo que salga. Porque ocurre con éstas como con todas las instrucciones y direcciones prácticas; comprender la regla es una cosa y aprender a aplicarla es otra. La primera se adquiere de una vez por la inteligencia; la segunda, poco a poco por el ejercicio. Se enseñan al discípulo las teclas de un instrumento, las paradas y los ataques al florete; pues bien; se engaña inmediatamente, a pesar de la mejor voluntad, y se imagina entonces que recordar esas lecciones en la rapidez de la lectura musical o en el ardor del combate, es cosa casi imposible. Y, sin embargo, poco a poco, a fuerza de titubear, de caer y de levantarse, el ejercicio acaba por enseñárselas; lo mismo ocurre con las reglas de gramática, cuando se aprende a leer y a escribir en latín. No de otro modo el palurdo se hace cortesano; el cerebro obtuso, un hombre distinguido del gran mundo; el hombre franco, taciturno; el noble, sarcástico. Sin embargo, esta educación de uno mismo, obtenida así por una dilatada costumbre, obrará siempre como un esfuerzo venido de lo exterior, al cual la natu-

Digitized by Google

raleza nunca cesa de oponerse y a pesar del cual llega a veces a estallar inopinadamente. Porque toda conducta que tiene por modelos máximas abstractas se refiere a una conducta movida por la inclinación primitiva e innata, como un mecanismo hecho de mano de hombre, un reloj, por ejemplo, en que la forma y el movimiento se imponen a una materia que les es extraña, se refiere a un organismo vivo, donde forma y materia se penetran mutuamente y se identifican. Esta relación entre el carácter adquirido y el carácter natural, confirma el pensamiento enunciado por el Emperador Napoleón: *Tout ce qui n'est pas naturel est imparfait* ("Todo lo que no es natural es imperfecto"). Esto es cierto en todo y por todos en lo físico como en lo moral, y la única excepción de esta regla que recuerdo, es la venturina natural, que no vale lo que la artificial.

Así, pues, guardémonos de cualquier *afectación*. Esta provoca siempre el desprecio: en primer lugar, es un engaño, y como tal una cobardía, porque se funda en el miedo; además, implica condenación de sí mismo por sí mismo, puesto que se quiere aparentar lo que no se es y calcula uno ser mejor de lo que es. El hecho de afectar una cualidad, de vanagloriarse de ella, es una confesión de que no se posee. Cuando una persona se jacte de cualquier cosa: valor o instrucción, inteligencia o ingenio, éxitos con las mujeres o riquezas, nobleza, etc., se podrá deducir que es precisamente en este respecto en lo que le falta algo; porque el que posee real y completamente una cualidad, no piensa en exhibirla ni en afectarla; está perfectamente tranquilo bajo este respecto. Este es también el sentido del proverbio español: *Herradura que chacolotea, clavo le fal-*

Digitized by Google

ta (1). No se debe, indudablemente, como hemos dicho, aflojar por completo las riendas y revelarse en absoluto tal como uno es; porque el aspecto malo y bestial de nuestra naturaleza es considerable y necesita ocultarse; pero eso no legitima más que el acto negativo, el disimulo, pero de ningún modo el positivo, la simulación. Hay que saber también que se reconoce la afectación en un individuo aun antes de notar claramente lo que afecta con exactitud. Al fin y al cabo, eso no puede durar mucho y el disfraz acabará por caer un día. "*Nemo potest personam diu ferre fictam. Ficta cito in naturam suam recidunt*" (Séneca, *De clem.*) (Nadie puede llevar mucho tiempo el disfraz. Todo lo que está disfrazado vuelve al punto a su naturaleza).

31. Del mismo modo que se lleva el peso del propio cuerpo sin sentirlo, como se sentiría el de todo cuerpo extraño que se quisiera mover, asimismo sólo se notan los defectos y los vicios de los demás y no los propios. Cada cual posee en otro un espejo en el cual puede ver con claridad sus propios vicios, sus defectos, sus modales groseros y repugnantes. Pero hace, comúnmente, como el perro que ladra al espejo porque no sabe que es él mismo quien se ve allí y se imagina ver a otro perro. Quien critica a los demás, trabaja en su propia enmienda. Por consiguiente, los que tienen una tendencia habitual a someter tácitamente en su fuero interno las costumbres de los hombres y, en general, todo lo que hacen o no hacen, a una *crítica atenta* y severa, ésos trabajan también en corregirse y perfeccionarse a sí mismos; porque tendrán bastante equidad o al menos bastante orgullo y vanidad para evitar

(1) En español en el texto alemán.

Digitized by Google

lo que tantas veces y tan rigurosamente han censurado. Lo contrario es lo cierto para los tolerantes, a saber: "*Hanc veniam damus petimusque vicissim*" (Concedemos y reclamamos el perdón a nuestra vez). El Evangelio moraliza admirablemente sobre los que ven la paja en el ojo del vecino y no ven la viga en el suyo; pero es que la naturaleza del ojo no le permite sino mirar al exterior, no puede verse a sí mismo; por eso, notar y censurar los defectos de los demás es un medio propio para hacernos sentir los nuestros. Necesitamos un espejo para corregirnos. Esta regla es buena, igualmente, cuando se trata del estilo y de la manera de escribir; el que en estas materias admira cualquier nueva locura, en lugar de censurarla, acaba por imitarla. De ahí viene que en Alemania esas clases de locuras se propaguen tan pronto. Los alemanes son muy tolerantes: es fácil darse cuenta de ello. *Hano veniam damus petimusque vicissim;* he aquí su divisa.

32. El hombre de noble condición, durante su juventud, cree que las relaciones esenciales y decisivas, las que crean los verdaderos lazos entre los hombres, son de naturaleza *ideal,* es decir, están fundadas en la conformidad de carácter, de inclinación, de espíritu, de gusto, de inteligencia, etc.; pero más tarde nota que son las *reales,* es decir, las que se fundan en algún interés material. Estas son las que forman la base de todas las relaciones, y la mayoría de los hombres ignora totalmente que existan otras. Por consiguiente, cada cual es escogido en razón de su cargo, de su profesión, de su país o de su familia, en general, según la posición y el papel que les ha concedido la *conveniencia;* según ella, se escoge las personas y se las clasifica como artícu-

Digitized by Google

los de fábrica. Por el contrario, lo que un hombre es en sí y por sí, como hombre, en virtud de sus cualidades propias, no se toma en consideración sino a capricho, por excepción; cada cual echa esas cosas a un lado en cuanto le conviene y hace como que lo ignora con gran despreocupación. Cuanto más valor personal tiene un hombre, menos podrá convenirle esa clasificación; así que tratará de sustraerse a ella. Notemos, sin embargo, que esta manera de proceder está basada en que en este mundo, donde reinan la miseria y la indigencia, los recursos que sirven para desterrarlas son lo esencial y necesariamente predominante.

33. Del mismo modo que el papel moneda circula en vez de la plata, así también, en lugar del aprecio y de la amistad verdaderos, sus demostraciones y sus apariencias, imitadas lo más naturalmente posible, son las que tienen curso en el mundo. Verdad es que se pudiera preguntar si hay verdaderamente personas que merezcan el aprecio y la amistad sincera. Sea como quiera, tengo más confianza en un perro leal, cuando mueve la cola, que en todas esas demostraciones y fórmulas en que tan abundante se muestra la llamada *gente bien educada*.

La verdadera, la sincera amistad presupone que uno toma una parte enérgica, puramente objetiva y completamente desinteresada en la felicidad y en la desgracia del otro, y esta participación supone, a su vez, una verdadera identificación del amigo con su amigo. El egoísmo de la naturaleza humana es de tal manera opuesto a ese sentimiento, que la amistad verdadera forma parte de esas cosas, de las que no se sabe, como de la gran serpiente de mar, si pertenecen a la fábula o si existen en algún lugar.

Digitized by Google

Sin embargo, encuéntranse a veces entre los hombres algunas relaciones que, aunque se funden esencialmente en motivos secretamente egoístas y de naturaleza diferente, van, no obstante, adicionadas con un grano de esa amistad verdadera y sincera, la cual basta para darles tal sello de nobleza, que pueden, en este mundo de imperfecciones, llevar con algún derecho el nombre de amistad. Se elevan muy por encima de las relaciones de todos los días; éstas son, a decir verdad, de tal naturaleza, que no dirigiríamos la palabra a la mayoría de nuestros conocidos si oyésemos cómo hablan de nosotros en nuestra ausencia.

Además de los casos en que se necesitan socorros serios y sacrificios considerables, la mejor ocasión para probar la sinceridad de un amigo es el momento en que le anunciáis una desgracia que acaba de ocurriros. Entonces veréis esbozarse en sus facciones una aflicción verdadera, profunda e inmaculada, o, por el contrario, con su calma imperturbable, por un rasgo que se bosqueja fugitivamente, confirmará la máxima de La Rochefoucauld: *Dans l'adversité de nos meilleurs amis, nous trouvons toujours quelque chose qui ne nous déplàit pas* (En la adversidad de nuestros mejores amigos encontramos siempre algo que no nos desagrada) (1). Los que habitualmente se llaman amigos, apenas pueden en esas ocasiones reprimir el estremecimiento insignificante, la ligera sonrisa de la satisfacción. Hay pocas cosas que ponen a las personas tan de buen humor como el relato de alguna calamidad que a uno le ha sobrevenido poco ha, o la confesión sin-

(1) En realidad, La Rochefoucauld no dice: nous trouvons *toujours,* sino nous trouvons *souvant*...

Digitized by Google

cera que se les hace de alguna debilidad personal. Esto es en verdad característico.

El alejamiento y las ausencias largas perjudican a cualquier amistad, bien que no se confiese de buena gana. Aunque las personas fuesen nuestros más queridos amigos, insensiblemente, con el transcurso del tiempo, se evaporan hasta el estado de nociones abstractas, lo que hace que nuestro interés por ellos se convierta cada vez más en un asunto de raciocinio, de tradición, por decirlo así; el sentimiento vivo y profundo está reservado para los que tenemos a la vista, aun cuando éstos no fuesen más que animales que nos gustan. De tal modo la naturaleza humana es guiada por los sentidos. Una vez más tiene razón Goethe, al decir:

Die Gegenwart ist eine mächtige Göttin.

(*Tasso*, acto IV, esc. IV.)

(El presente es una poderosa divinidad.)

Los *amigos de la casa* suelen estar bien llamados con ese nombre, porque están más adheridos a la casa que al dueño; se parecen a los gatos más que a los perros.

Los amigos se dicen sinceros; los sinceros son los enemigos; así que, para aprender a conocerse a sí mismo, se debiera tomar su censura como se tomaría una medicina amarga.

¿Cómo se puede suponer que los amigos son raros en la necesidad? Sucede lo contrario. Apenas se ha hecho amistad con un hombre, helo aquí inmediatamente en la necesidad, y ved cómo os pide el dinero.

Digitized by Google

34. ¡Cómo hay que ser novicio para creer que revelar ingenio y buen juicio es un medio de hacerse acoger bien en la sociedad! Muy al contrario; eso despierta en la mayoría de las personas un sentimiento de odio y de rencor, tanto más acerbo cuanto que el que lo siente no está autorizado a declarar el motivo; más aún: se lo disimula a sí mismo. He aquí en detalle de cómo ocurre esto: de dos interlocutores, en cuanto uno observa y comprueba una gran superioridad en el otro, deduce tácitamente, y sin tener de ello conciencia absoluta, que este otro observa y comprueba en el mismo grado la inferioridad y el espíritu limitado del primero. Esta oposición excita su odio, su rencor, su rabia más amarga. Así, Gracián dijo, con razón: *Para ser bienquisto, el único medio es vestirse la piel del más simple de los brutos* (1). Revelar talento y juicio, ¿no es una manera desfigurada de acusar a los otros su incapacidad y su necedad? Una naturaleza vulgar se rebela a la vista de una naturaleza opuesta; el factor secreto de la rebeldía es la envidia. Porque satisfacer la vanidad es, como se puede ver en cualquier ocasión, un goce que, entre los hombres, excede a cualquier otro, pero que no es posible sino en virtud de una comparación entre ellos mismos y los demás. Sin embargo, no hay méritos de que se enorgullezcan más que de los de la inteligencia, supuesto que en ésos se funda su superioridad respecto de los animales. Es, pues, la mayor temeridad demostrarles una superioridad intelectual marcada, sobre todo ante testigos. Eso provoca su venganza, y, por lo general, tratarán de

(1) En español en el original. Del *Oráculo manual y arte de prudencia.*

Digitized by Google

ejercerla por medio de injurias, porque así pasan del dominio de la inteligencia al de la voluntad, en el cual todos somos iguales. Si, pues, la posición y la riqueza pueden contar siempre con la consideración en la sociedad, las cualidades intelectuales no deben contar con ella de ningún modo; lo mejor que puede sucederles es que no se preste atención a ellas; si se les presta, se las considera como una especie de impertinencia, o como un bien que su propietario ha adquirido por medios ilícitos, y de que tiene la audacia de jactarse; así que cada cual se propone en silencio infligirle ulteriormente alguna humillación a este propósito, y no se espera para eso más que una ocasión favorable. Apenas si, por una actitud de las más humildes, conseguirá arrancar el perdón de su superioridad de espíritu como se arranca una limosna. Sadi dice en el *Gulistan*: *Sabed que en el hombre ininteligente hay cien veces más aversión contra el inteligente que la que éste siente hacia el primero.* Por el contrario, la *inferioridad* intelectual equivale a una carta de recomendación. Porque el sentimiento bienhechor de la superioridad es para el espíritu lo que el calor es para el cuerpo; cada cual se aproxima al individuo que le proporciona esta sensación, por el mismo instinto que le impulsa a acercarse al hogar o a pasear al sol. Ahora bien; para eso únicamente es bueno el ser decididamente inferior: en facultades intelectuales entre los hombres, en belleza entre las mujeres. Hay que confesar que, para aparentar inferioridad no simulada, en presencia de muchas personas, es preciso poseer una dosis respetable de ella. En cambio, ved con qué cordial amabilidad va una joven medianamente linda al encuentro de la que es horrorosamente fea. El sexo masculino no

Digitized by Google

concede gran valor a las facultades físicas, aunque prefiera uno encontrarse al lado de un hombre más pequeño que de un hombre más alto que uno mismo. En consecuencia, entre los hombres, los imbéciles y los ignorantes son los más buscados y más mimados en todas partes; entre las mujeres, las feas; inmediatamente se les crea la reputación de tener un corazón excelente, toda vez que cada cual necesita un pretexto para justificar su simpatía a sus ojos y a los de los demás. Por la misma razón, toda superioridad de espíritu tiene la propiedad de aislar: se huye de ella, se la odia, y, para tener un pretexto, se atribuye al que la posee defectos de toda clase (1). La belleza produce entre las mujeres el mismo efecto; las jóvenes, cuando son muy bellas, no encuentran amigas, ni siquiera compañe-

(1) Para *abrirse camino en el mundo,* amistades y camaradería son, entre todos, el medio más poderoso. Ahora bien; *las grandes capacidades dan orgullo,* y en este caso no está uno acostumbrado a adular a los que no las tienen, y ante los cuales, a causa de eso mismo, hay que disimular y renegar de sus altas cualidades. La conciencia de no poseer más que recursos limitados obra a la inversa: se acomoda perfectamente con la humildad, la afabilidad y la complacencia, y el respeto hacia lo que es malo; ayuda, por consiguiente, a hacerse amigos y protectores.

Esto no se aplica solamente a los cargos del Estado, sino también a los empleos honoríficos, a las dignidades y hasta a la gloria en el mundo de las ciencias; así, por ejemplo, en las academias, la medianía bonachona e inofensiva ocupa siempre el alto puesto, y las personas de mérito entran más tarde o no entran; lo mismo ocurre en todas las cosas.

Digitized by Google

ras. Que no sueñen con presentarse en ninguna parte para ocupar el puesto de señorita de compañía; en cuanto se presenten, el semblante de la dama en cuya casa esperan entrar se nublará; porque, sea por cuenta propia, sea por cuenta de sus hijas, no necesita de ningún modo una linda figura; por el contrario, no ocurre lo mismo cuando se trata de las ventajas de la posición; porque éstas no obran, como los méritos personales, por efecto de contraste y de relieve, sino por vía de reflexión, como los colores que nos rodean cuando se reflejan en el semblante.

35. La pereza, el egoísmo y la vanidad representan muchas veces la parte más importante en la confianza que demostramos a otro: pereza cuando, para no examinar, analizar y obrar por nosotros mismos, preferimos confiarnos a otro; egoísmo cuando la necesidad de hablar de nuestras cosas nos lleva a hacerle alguna confidencia; vanidad cuando estas cosas son de tal naturaleza que nos ensoberbecen. Pero para ello exigimos nada menos que se aprecie nuestra confianza.

Nunca debiéramos, por el contrario, irritarnos por la desconfianza, porque implica un cumplido a la honradez; a saber: la confesión sincera de su extraordinaria rareza, en virtud de la cual pertenece a esas cosas cuya existencia se pone en duda.

36. He expuesto en mi *Moral* una de las bases de la cortesía, esa virtud cardinal de los chinos; la otra es la siguiente: La cortesía se funda en un convenio tácito para no notar unos en otros la miseria moral e intelectual de la condición humana y para no echársela en cara mutuamente; de donde

Digitized by Google

resulta, en beneficio de ambas partes, que aparezca menos fácilmente.

Cortesía es prudencia; descortesía es, pues, necedad; crearse enemigos por grosería, sin necesidad y con gran satisfacción de ánimo, es locura; es como si se prendiese fuego a su casa. Porque la cortesía es, como las fichas del tresillo, una moneda notoriamente falsa; economizarla demuestra sinrazón; gastarla con liberalidad, razón. Todas las naciones terminan sus cartas con *Votre très-humble serviteur, Your most obedient servant, Suo devotissimo servo;* sólo los alemanes suprimen el *diener* (servidor), porque dicen que no es cierto. Por el contrario, el que lleva la cortesía hasta el sacrificio de intereses reales se parece a un hombre que diese monedas de oro en vez de fichas. Así como la cera, dura y resistente por naturaleza, se hace tan maleable mediante un poco de calor, que toma las formas que quieran dársele, así se puede, con un poco de cortesía y de amabilidad, hacer dóciles y complacientes hasta a hombres hostiles y rudos. Así, pues, la cortesía es al hombre lo que el calor a la cera.

La cortesía es, verdaderamente, una ardua tarea, en cuanto que nos impone testimonios de consideración para todos, siendo así que la mayoría no merece ninguno; además, exige que finjamos el más vivo interés cuando debemos alegrarnos de no tenerlo. Unir la cortesía a la dignidad es un golpe maestro.

Como las ofensas consisten siempre en el fondo en manifestaciones de falta de consideración, no nos pondrían tan fácilmente fuera de nosotros si, por una parte, no albergásemos una opinión muy exagerada de nuestro valor y de nuestra dignidad,

Digitized by Google

lo cual es orgullo desmesurado, y si, por otra parte, nos hubiésemos dado cuenta de lo que por lo general cree y piensa cada cual respecto de los demás en el fondo de su corazón. ¡Qué chocante contraste entre la susceptibilidad de la mayoría de las personas por la más ligera alusión crítica dirigida contra ellas, y lo que tendría que oír si pudiesen sorprender lo que dicen de ellas sus conocidos! Más nos valdría recordar siempre que la cortesía no es más que un disfraz burlón; de esta manera no nos pondríamos a soltar gritos de pavo real siempre que el disfraz se alza un poco o se quita por un instante. Cuando un individuo se hace francamente grosero es como si se despojase de sus ropas y se presentase *in puris naturalibus*. Hay que confesar que así está muy feo, como la mayoría de las personas en ese estado.

37. Nunca hay que tomar como modelo a otro para lo que se quiere hacer o no hacer, porque las situaciones, las circunstancias y las relaciones no son siempre idénticas, y porque la diferencia de carácter da también un tono muy distinto a la acción; por eso, *duo cum faciunt idem, non est idem*. (Cuando dos hacen lo mismo, ya no es lo mismo.) Después de una madura reflexión, después de una meditación seria, hay que obrar conforme al propio carácter. Así, pues, también en *la práctica* es indispensable *la originalidad;* sin ella, lo que uno hace no está de acuerdo con lo que uno es.

38. No combatáis la opinión de nadie; pensad que si se quisiese disuadir a las personas de todos los absurdos en que creen no se habría acabado aun cuando se llegase a la edad de Matusalén.

Digitized by Google

Abstengámonos también en la conversación de cualquier observación crítica, aunque se haga con la mejor intención, porque herir a las personas es fácil; corregirlas, difícil, si no imposible.

Cuando los absurdos de una conversación que estamos en el caso de escuchar comienzan a irritarnos, debemos imaginar que asistimos a una escena de comedia entre dos locos. *Probatum est.* (Está probado.) El hombre nacido para instruir al mundo sobre los asuntos más importantes y más serios, puede decirse afortunado cuando sale sano y salvo.

39. El que quiere que su opinión tenga crédito, debe enunciarla fríamente y sin pasión. Porque cualquier arrebato procede de la voluntad; luego a *ésta* y no a la inteligencia, que es fría por naturaleza, se debe atribuir el juicio emitido. En efecto; siendo la voluntad el principio radical en el hombre, y no siendo el conocimiento más que secundario y accesorio, se debe considerar el juicio emitido como nacido de la voluntad excitada, más bien que de la excitación de la voluntad producida por el juicio.

40. No hay que elogiarse a sí mismo, aunque se tenga derecho. Porque la vanidad es cosa tan común, y el mérito, por el contrario, es cosa tan rara, que siempre que parece que nos alabamos, por indirectamente que sea, todos apostarán ciento contra uno a que lo que ha hablado por nuestra boca es la vanidad, porque no tiene bastante razón para comprender el ridículo de la jactancia. No obstante, Bacon de Verulamio pudiera muy bien no estar del todo equivocado cuando pretende que el *semper aliquid haeret* (siempre queda algo) no es

Digitized by Google

cierto solamente de la calumnia, sino también de la alabanza de sí mismo, y cuando la recomienda en dosis moderadas.

41. Cuando sospecháis que alguien miente, fingid credulidad; entonces se hace desvergonzado, miente más gravemente y se le descubre. Si notáis, por el contrario, que una verdad que quisiera disimular se le sustrae en parte, haceos el incrédulo, a fin de que, provocado por la contradicción, agregue todas sus reservas.

42. Consideremos todos nuestros asuntos personales como secretos; más allá de lo que los buenos amigos ven con sus propios ojos hay que permanecer plenamente desconocido. Porque lo que puedan saber tocante a las cosas más inocentes puede sernos funesto en ciertas ocasiones. En general, vale más manifestar la razón por todo lo que se calla que por todo lo que se dice. Efecto de prudencia es en el primer caso; de vanidad, en el segundo. Las ocasiones de callarse y las de hablar preséntanse en igual número, pero muchas veces preferimos la fugitiva satisfacción que proporcionan las últimas al provecho durable que sacamos de las primeras. Debiera uno negarse a ese alivio de espíritu que se siente en hablarse a veces en voz alta a sí mismo, lo cual ocurre fácilmente a las personas nerviosas, para que no se tomase la costumbre; porque con eso el pensamiento se hace de tal manera el alma y el hermano de la palabra que, insensiblemente, llegamos a hablar también con los demás como si pensásemos en voz alta; y, sin embargo, la prudencia ordena abrir una ancha zanja entre el pensamiento y la palabra.

Digitized by Google

Parécenos, a veces, que los demás no pueden, de ningún modo, creer en una cosa que nos interesa, siendo así que no piensan, de ninguna manera, en dudar de ella; si nos ocurre que despertamos en ellos esa duda, entonces no podrán, en efecto, concedernos gran crédito. Pero no nos traicionamos únicamente en la idea de que es imposible que no se note; así que nos precipitamos desde una gran altura por efecto de un vértigo, es decir, del pensamiento de que no es posible permanecer sólidamente adherido en este lugar y que la angustia de quedar allí es tan punzante que vale más abreviarla; esta ilusión se llama vértigo.

Por otra parte, ha de saberse que las personas, aun las que sólo revelan una mediana perspicacia, son excelentes matemáticos cuando se trata de los asuntos personales de los demás; en estas materias, dada una sola cantidad, resuelven los problemas más complicados. Si, por ejemplo, se les cuenta una historia pasada suprimiendo todos los nombres y todas las demás indicaciones sobre las personas, hay que librarse de introducir en la narración el menor detalle positivo y especial, como la localidad, la fecha o el nombre de un personaje secundario, o cualquier otra cosa que tenga con el asunto la conexión más remota, con ayuda de la cual su perspicacia algebraica deduzca lo demás. La exaltación de la curiosidad es tal en estos casos que, con su socorro, la voluntad espolea los flancos del entendimiento, que, impulsado de esa manera, llega a los resultados más distantes. Porque, a medida que los hombres tienen poca aptitud y curiosidad para las verdades *generales,* están ávidos de verdades individuales.

Por eso el silencio ha sido recomendado con tan-

Digitized by Google

tas instancias por todos los doctores en sabiduría con los argumentos más diversos en apoyo suyo. No tengo, pues, necesidad de decir más, y me contentaré con reproducir algunas máximas árabes muy enérgicas y poco conocidas: *Lo que tu enemigo no debe saber, no lo digas a tu amigo. Debo guardar mi secreto; es mi prisionero; en cuanto lo suelto, me convierto yo en su prisionero. Del árbol del silencio cuelga su fruto: la tranquilidad.*

43. No hay dinero mejor colocado que aquel que nos hemos dejado robar, porque nos ha servido inmediatamente para comprar prudencia.

44. No guardemos animosidad contra nadie, en lo posible; contentémonos con notar los "procedimientos" de cada uno, recordémoslos, para establecer con eso el valor de cada cual, al menos en lo que nos atañe, y para regular, en consecuencia, nuestra actitud y nuestra conducta para con las personas; estemos siempre bien convencidos de que el carácter no cambia jamás; olvidar una acción villana es tirar por la ventana dinero penosamente adquirido. En cambio, siguiendo mi recomendación, estará uno protegido contra la loca confianza y la loca amistad.

Ni amar ni odiar: esta regla encierra la mitad de toda sabiduría. *No decir nada y no creer nada*: he ahí la otra mitad. En verdad que debiéramos volver la espalda a un mundo que hace necesarias reglas como éstas y como las siguientes.

45. Revelar cólera u odio en las palabras o en los ademanes es inútil, peligroso, imprudente, ridículo y vulgar. No se debe, pues, manifestar cóle-

Digitized by Google

ra u odio sino por actos. La segunda manera obtendrá tantos más éxitos cuanto mejor se preserve uno de la primera. Los únicos animales venenosos son los de sangre fría.

46. *Parler sans accent* (Hablar sin pasión): esta antigua regla de las personas de mundo enseña que debe dejarse a la inteligencia de los demás el cuidado de descifrar lo que habéis dicho; su comprensión es lenta, y antes de que haya terminado estáis ya muy lejos. Por el contrario, *parler avec accent* (hablar con pasión) significa dirigirse al sentimiento, y entonces todo está trastornado. Hay personas a las cuales, con un gesto cortés y un tono amistoso, se les puede decir, en realidad, tonterías sin peligro inmediato.

IV.—Concernientes a nuestra conducta frente a la marcha del mundo y frente a la suerte.

47. Cualquier forma que revista la existencia humana, sus elementos siempre son semejantes; así que las condiciones esenciales siguen siendo idénticas, ya se viva en una cabaña, ya en la corte, ya en un convento, ya en el ejército. A pesar de su variedad, los acontecimientos, las aventuras, los accidentes felices o desgraciados de la vida recuerdan los artículos de confitería; las figuras son numerosas y variadas, las hay contorneadas y las hay abigarradas; pero todo está amasado de la misma pasta; y los incidentes ocurridos a uno se parecen a los sobrevenidos a otros mucho más de lo que éste pudiera creer al oírlos contar. Los acontecimientos de nuestra vida se asemejan también a las imágenes del kaleidoscopio: a cada vuelta las vemos distin-

Digitized by Google

tas, siendo así que en realidad es siempre lo mismo lo que tenemos delante de los ojos.

48. Tres fuerzas dominan el mundo, ha dicho muy exactamente un antiguo: «συνεσις, κρατος, και τυχη» (prudencia, fuerza y fortuna). Esta última es, a mi juicio, la más influyente. Porque el curso de la vida puede compararse a la marcha de un buque. La suerte, la «τυχη» la *secunda aut adversa fortuna* (la próspera o adversa fortuna), desempeña el oficio del viento, que rápidamente nos arrastra hacia adelante o hacia atrás, mientras nuestros propios esfuerzos y nuestras molestias sirven de débil socorro. Su oficio es el de los remos; cuando éstos, después de muchas horas de trabajo, nos han hecho avanzar un poco, he aquí que de repente una bocanada de viento nos hace retroceder otro tanto. Si el viento, por el contrario, es favorable, nos arrastra tan bien que podemos prescindir de remos. Un proverbio español expresa con una energía incomparable el poder de la fortuna: *Da ventura a tu hijo, y échalo en el mar* (1).

Pero el azar es una potencia maligna, en la cual hay que fiarse lo menos posible. Y, sin embargo, ¿cuál es, entre todos los dispensadores de bienes, el único que, cuando nos da, indica al mismo tiempo, sin dejar lugar a engaño, que no tenemos ningún derecho a aspirar a sus dones, que debemos dar gracias por ello, no a nuestros méritos, sino a su sola bondad y favor, y que precisamente a causa de eso podemos abrigar la regocijadora esperanza de recibir con humildad muchos otros dones poco merecidos también? El azar; él, que sabe ese

(1) En español en el texto alemán.

Digitized by Google

arte regalado de hacer comprender que, opuesto a su favor y a su gracia, cualquier mérito carece de fuerza y de valor.

Cuando se dirige la vista hacia atrás en el camino de la vida, y cuando, abarcando en conjunto su curso tortuoso y pérfido como el laberinto, se ven tantas dichas fracasadas, tantas desgracias provocadas, se inclina uno fácilmente a exagerar las acusaciones que se dirige uno a sí mismo. Porque la marcha de nuestra existencia no es, únicamente, obra propia: es el producto de dos factores, a saber: la serie de acontecimientos y la serie de nuestras decisiones, que sin cesar se cruzan y se modifican recíprocamente. Además, nuestro horizonte, para ambos factores, es siempre muy limitado, supuesto que no podemos predecir nuestras decisiones muy anticipadamente, y menos prever los acontecimientos; en ambas series, sólo las del momento nos son bien conocidas. Por eso, mientras nuestro fin está aún distante, no podemos siquiera enderezar el rumbo hacia él; a lo más, podemos dirigirnos aproximadamente y por probabilidades; muchas veces debemos andar bordeando. En efecto; todo lo que podemos hacer es decidirnos cada vez con arreglo a las circunstancias presentes, con la esperanza de acertar con el fin principal. En este sentido, los acontecimientos y nuestras resoluciones importantes son comparables a dos fuerzas que obran en distintas direcciones y cuya diagonal representa la marcha de nuestra vida. Terencio ha dicho: *In vita est hominum quasi cum ludas tesseris: si illud, quod maxime opus est jactu, non cadit, illus quod cecidit forte, id arte ut corrigas* (Ocurre con la vida humana como en una partida de dados; si no se acierta con el dado que más se necesita,

Digitized by Google

hay que aprovecharse del que ha caído en suerte); es una especie de tric-trac lo que Terencio ha debido tener presente en este pasaje. Podemos decir más brevemente: la suerte baraja las cartas y nosotros jugamos. Pero, para expresar lo que quiero decir con esto, la mejor comparación es la siguiente: Las cosas se suceden en la vida como en el juego de ajedrez: combinamos un plan, pero éste queda subordinado a lo que quiera hacer el adversario; en la vida, a la suerte. Las modificaciones que nuestro plan sufre, en consecuencia, son las más de las veces tan considerables que apenas si en la ejecución se distinguen por algunos rasgos fundamentales.

Por lo demás, en el transcurso de nuestra existencia hay algo superior a todo eso. Es, en efecto, una verdad vulgar, y muchas veces confirmada, que somos con frecuencia más necios de lo que creemos; en cambio, haber sido más cuerdo de lo que se suponía es un descubrimiento que hacen sólo los que se han encontrado en ese caso, y aun entonces lo hacen mucho tiempo después. Hay en nosotros algo más profundo que el cerebro. En efecto; en los grandes momentos, en los pasos importantes de la vida, obramos sin conocimiento exacto de lo que nos conviene hacer, movidos por un impulso interno; se diría que es un instinto nacido de lo más profundo de nuestro ser, y después criticamos nuestra conducta en virtud de nociones precisas, pero a la vez mezquinas, adquiridas, hasta tomadas de reglas generales, o, con arreglo al ejemplo de lo que otros han hecho, y así sucesivamente, sin considerar que *una cosa no es para todos;* de esta manera, nos hacemos fácilmente injustos para con nosotros mismos. Pero el fin demuestra quién ha teni-

Digitized by Google

do razón, y sólo una vejez alcanzada sin dificultad autoriza para juzgar la cuestión así en relación al mundo exterior como con relación a uno mismo.

Acaso este impulso interno esté guiado, sin que nos demos cuenta de ello, por sueños proféticos, olvidados al despertar, que dan así precisamente a nuestra vida ese tono siempre armónico, esa unidad dramática que no podría darle la conciencia cerebral, tantas veces vacilante, fatigada y tan fácilmente variable; eso es, quizá, lo que hace que el hombre llamado a producir grandes obras en una rama especial, tenga desde su juventud el sentimiento íntimo y secreto de ello, y trabaje con la mira de ese resultado, como la abeja en la construcción de su colmena. Pero, en cada hombre, lo que le impulsa es lo que Baltasar Gracián llama *la gran sindéresis* (1), es decir, el cuidado instintivo y enérgico de sí mismo, sin el cual el ser perece. Obrar en virtud de *principios abstractos* es difícil, y no se consigue sino después de un laborioso aprendizaje, y aun entonces, no siempre; es más, muchas veces son insuficientes esos mismos principios. En cambio, cada cual posee ciertos *principios innatos y concretos,* encerrados en su carne y en su sangre, porque son el resultado de todo su pensar, su sentir y su querer. La mayoría de las veces no los conoce *in abstracto,* y sólo dirigiendo sus miradas a la vida pasada nota que los ha obedecido sin cesar y que ha sido guiado por estos principios como por un hilo invisible. Estos principios, según su cualidad, le conducirán a su suerte o a su desgracia.

49. Nunca se debiera perder de vista la acción

(1) En castellano en el texto alemán.

Digitized by Google

que ejerce el tiempo ni la movilidad de las cosas; por consiguiente, en todo lo que ocurre actualmente, habría que evocar en seguida la imagen de lo contrario; así, en la felicidad, representarse vivamente el infortunio; en la amistad, la enemistad; durante el buen tiempo, el malo; en el amor, el odio; en la confianza y la expansión, la traición y el arrepentimiento, y lo contrario, igualmente. Así encontraríamos un manantial inagotable de sabiduría para este mundo, porque seríamos siempre prudentes y no nos dejaríamos engañar tan fácilmente. Por lo demás, en la mayoría de los casos no haríamos así más que anticipar la acción del tiempo. No hay, quizá, ninguna noción para la cual sea tan indispensable la experiencia como para la exacta apreciación de la inconstancia y de la vicisitud de las cosas. Como cada situación, en el tiempo de su duración, existe necesariamente, y por lo tanto, con pleno derecho, parece ser que cada año, cada mes, cada día va a conservar ese pleno derecho para la eternidad. Pero nada conserva ese derecho de actualidad, y sólo el cambio es la cosa inmutable. El hombre prudente es el que no abusa de la estabilidad aparente y prevé, además, la dirección en que se operará el próximo cambio (1). Lo que hace que

(1) El *azar* ejerce un papel tan importante en todas las cosas humanas que, cuando tratamos de evitar, con sacrificios inmediatos, algún peligro que nos amenaza remotamente, éste desaparece a menudo por un giro imprevisto que toman los acontecimientos, y no sólo se pierden los sacrificios hechos, sino que el cambio que han producido se hace desventajoso en presencia del nuevo estado de cosas. Así que, con nuestras medidas, no debemos penetrar demasiado en el porvenir; hay que contar tam-

Digitized by Google

los hombres consideren generalmente el estado precario de las cosas o la dirección de su curso, como si nunca debiese cambiar, es que, teniendo los efectos a la vista, no comprenden las causas; ahora bien, éstas son las que llevan en sí el germen de los futuros cambios; el efecto, que es lo único que existe a sus ojos, no contiene nada semejante. Se atienen al resultado, y en cuanto a las causas que ignoran, suponen que, habiendo podido producir el efecto, serán también capaces de conservarlo. Tienen en eso la ventaja de que, cuando se engañan, es siempre al unísono; así que la calamidad que ese error nativo atrae sobre ellos es siempre general, mientras que el pensador, cuando se engaña, queda, además, aislado. Digamos, de paso, que esto confirma mi aserto de que el error proviene siempre de una conclusión de efecto a causa. (Véase *El mundo como voluntad y como representación,* volumen I.)

Sin embargo, sólo en teoría conviene *anticipar el tiempo,* previendo su efecto, y no prácticamente, lo cual quiere decir que no hay que usurpar el porvenir, exigiendo *antes* de tiempo lo que sólo puede venir *con* él. Todo el que trate de hacerlo sentirá que no hay usurero peor y más intratable que el tiempo, y que, cuando se pide el pago adelantado, exige más enormes intereses que cualquier judío. Por ejemplo, por medio de la cal viva y del calor se puede desarrollar la vegetación de un árbol, hasta el punto de hacer que en unos días broten sus hojas, sus flores y sus frutos; pero después perece.

---

bién con el azar y afrontar audazmente más de un peligro, fundándose en la esperanza de verle desaparecer, como tantas sombrías nubes de tormenta.

Digitized by Google

Cuando el adolescente quiere ejercer desde luego, aun durante pocos días, la potencia genital del hombre hecho y derecho, y realizar a los diecinueve años lo que le será fácil a los treinta, el tiempo le hará el pago adelantado; pero una parte de la fuerza de sus años venideros, y quizá una parte misma de su vida, servirá de interés. Hay enfermedades que no se pueden curar conveniente y radicalmente sino dejándoles seguir su curso natural; entonces desaparecen por sí mismas sin dejar rastro. Pero si trata uno de reponerse inmediatamente, en seguida, entonces el tiempo tendría que hacer el pago adelantado; la enfermedad se retirará, pero el interés estará representado por un gran debilitamiento y por males crónicos para toda la vida. Cuando, en tiempo de guerra o de disturbios, se quiere encontrar dinero muy pronto, en seguida, se ve uno obligado a vender a la tercera parte de su valor, y acaso menos, inmuebles o papeles del Estado, cuyo valor íntegro se alcanzaría si se dejase pasar el tiempo, es decir, si se esperasen algunos años, en vez de obligarle a hacer adelantos. O bien se necesita cierta suma para hacer un largo viaje: se podría reunir el dinero necesario en uno o dos años, ahorrando de sus rentas; pero no se quiere esperar; se pide a préstamos o bien se coge del capital; en otros términos: el tiempo está llamado a hacer un pago adelantado. Aquí el interés será el desorden, haciendo irrupción en la hacienda, y un *déficit* permanente y creciente, de que no puede uno desembarazarse. Esa es, pues, la usura practicada por el tiempo, y todos los que no pueden esperar serán víctimas suyas. No hay empresa más costosa que el querer precipitar el curso acompasado del tiempo. Preservémonos también de deberle intereses.

Digitized by Google

50. Entre los cerebros vulgares y las cabezas sensatas hay una diferencia característica que se señala a menudo en la vida ordinaria: es que los primeros, cuando reflexionan en un principio posible cuya magnitud quieren apreciar, no buscan y no consideran sino lo que *puede haber sucedido* ya de semejante, en tanto que los segundos piensan por sí mismos en lo que *pudiera suceder;* éstos piensan, como dice un proverbio español, que *lo que no acaece en un año, acaece en un rato* (1). Por lo demás, la diferencia de que hablo es muy natural, porque, para abarcar de una mirada lo que *puede suceder,* se necesita discernimiento, y para ver lo que *ha sucedido,* bastan los sentidos.

Sea nuestra máxima: ¡Hagamos sacrificios a los espíritus malignos! Esto quiere decir que no hay que retroceder ante ciertos dispendios de cuidados, de tiempo, de incomodidades, de estorbos, de dinero o privaciones, cuando así se puede cerrar el acceso a la eventualidad de una desgracia y hacer que, cuanto más grave sea un accidente, más débil, remota e inverosímil, se haga su posibilidad. El ejemplo, pues, más sorprendente, en apoyo de esta regla, es la prima de seguros. Esta es un sacrificio frecuente y general en aras de los espíritus malignos.

51. Ningún acontecimiento debe provocar en nosotros grandes explosiones de júbilo ni muchas quejas, en parte, a causa de la versatilidad de todas las cosas, que puede en cualquier momento modificar la situación, y en parte, a causa de la facilidad de nuestro juicio en engañarnos sobre lo que

(1) En español en el texto alemán.

Digitized by Google

nos es beneficioso o perjudicial; así ha ocurrido que todos, al menos una vez en su vida, gimieron por lo que más tarde resultó ser lo más afortunado para ellos o se alegraron de lo que luego fué origen de sus mayores sufrimientos. El sentimiento que recomendamos aquí lo ha expresado Shakespeare en los hermosos versos siguientes:

> Y have felt so many quirks of joy and grief,
> That the firs face of neither, on the start,
> Can woman me unto it.

(He sentido tantas sacudidas de alegría y de dolor, que el primer aspecto y choque imprevisto de una u otro no pueden ya volverme impresionable como una mujer. *Bien está lo que bien parece.* Acto III, esc. 2.ª)

El hombre que permanece tranquilo en los reveses prueba que sabe cuán inmensos y múltiples son los males posibles en la vida, y que no considera la desgracia que sobreviene en cierto momento sino como una pequeña parte de lo que pudiera suceder; ése es el sentimiento estoico que obliga a no ser jamás *conditionis humanae oblitus* (olvidadizo de la condición humana), sino a recordar sin cesar el triste y deplorable destino general de la existencia humana, así como el número infinito de sufrimientos a que está expuesta. Para avivar ese sentimiento no hay más que dirigir una mirada alrededor de uno mismo; en cualquier lugar se tendrá a la vista esa lucha, esos tormentos por una miserable e insignificante existencia. Entonces perderá uno sus pretensiones, sabrá acomodarse a la imperfección de todas las cosas y de todas las condiciones, y se verán venir los desastres para aprender a evitarlos

Digitized by Google

o a soportarlos. Porque los reveses grandes o pequeños son el elemento de nuestra vida. Eso es lo que debiera tenerse siempre presente en el espíritu, sin lamentarse por ello y contorsionarse, con Beresford, como un «δυσκολος» (díscolo, de mal carácter), a causa de las *miseries of human life* (miserias de la vida humana), y menos *in pulicis morsu Deum invocare* (invocar a Dios por una picadura de pulga), es preciso, como «ευλαβης» (perspicaz), llevar tan lejos la prudencia en prevenir y alejar las desgracias, vengan de los hombres o de las cosas, y perfeccionarse tanto en ese arte que, semejante a un zorro astuto, se evite con gallardía cualquier accidente (que muchas veces no es más que una torpeza disfrazada), pequeño o grande.

La razón principal por la cual un acontecimiento desgraciado es menos duro de soportar cuando lo hemos considerado de antemano como posible y hemos tomado nuestra determinación, como se suele decir, es la siguiente: cuando pensamos con calma en una desgracia antes de que se produzca, como en una simple posibilidad, distinguimos claramente y por todas partes su magnitud, y tenemos entonces la noción como de algo acabado y fácil de abarcar de una mirada; de manera que, cuando llega efectivamente, no puede obrar con más peso del que tiene en realidad. Si, por el contrario, no hemos tomado esas precauciones, si nos coge sin preparación, el espíritu atemorizado no puede, a primera vista, medir exactamente su extensión, y, no pudiendo verla de una sola mirada, se inclina a considerarlo como inconmensurable, o, al menos, como mucho mayor de lo que es verdaderamente. Así, la oscuridad y la incertidumbre agrandan cualquier peligro. Agreguemos que seguramente, al con-

Digitized by Google

siderar así de antemano una desgracia como posible, hemos meditado al mismo tiempo en los motivos que tendremos para consolarnos y sobre los medios de remediarlo, o por lo menos nos hemos familiarizado con su vista.

Pero nada nos hará soportar con más calma las desgracias que convencernos bien de la verdad que he establecido firmemente (remontándome a sus principios primeros) en mi obra premiada sobre la libertad de la voluntad, enunciándola así: *Todo lo que ocurre, desde lo más grande a lo más pequeño, ocurre necesariamente.* Porque el hombre sabe bien pronto resignarse a lo que es inevitablemente necesario, y el conocimiento del precepto enunciado le hace considerar todos los acontecimientos, aun los que producen los azares más extraños, tan necesarios como los que derivan de las leyes mejor conocidas y se conforman a las previsiones más exactas. Remito, pues, al lector a lo que he dicho (véase *El mundo como voluntad y como representación)* sobre la influencia calmante que ejerce la noción de lo inevitable y de lo necesario. Cualquier hombre que se haya penetrado de eso comenzará por hacer valerosamente lo que puede hacer, luego sufrirá valerosamente lo que debe sufrir.

Podemos considerar los accidentes nimios que vienen a molestarnos a cada momento como destinados a tenernos en continua inquietud, a fin de que la fuerza necesaria para resistir las grandes desgracias no se relaje en los días felices. En cuanto a las menudencias cotidianas, a los roces en las relaciones entre los hombres, a los choques insignificantes, a los inconvenientes y a otras cosas semejantes, hay que estar acorazado contra ellas, es decir, no sólo no tomarlas a pecho y rumiarlas, sino

Digitized by Google

ni siquiera sentirlas; no nos dejemos afectar por todo eso, rechacémoslos con el pie como los guijarros que están tirados por la calle, y no hagamos nunca de ellos un objeto íntimo de reflexión y de meditación.

52. Las más de las veces, lo que las personas llaman por lo común la suerte son simplemente sus propias tonterías. No podemos penetrarnos bastante de aquel hermoso pasaje de Homero *(Ilíada,* XXIII, 313 y siguientes) donde recomienda la «μῆλις» es decir, una prudente circunspección. Porque si no se expían las faltas más que en el otro mundo, en éste se pagan ya las tonterías, aunque de cuando en cuando sean perdonadas en determinadas ocasiones.

No es el temperamento violento, es la prudencia lo que hace parecer terrible y amenazador; de tal manera, el cerebro del hombre es un arma más terrible que la garra del león.

El hombre de mundo perfecto será aquel a quien la indecisión nunca le haga detenerse y a quien nada haga apresurarse tampoco.

53. El valor es, después de la prudencia, una condición esencial a nuestra felicidad. Es indudable que no pueden darse ni una ni otra de estas cualidades; se hereda la primera del padre, y la segunda, de la madre; sin embargo, por una resolución bien tomada y por el ejercicio, se llega a aumentar la parte que se posee. En este mundo, donde la suerte es de bronce, hay que tener un carácter de bronce, acorazado contra el destino y armado contra los hombres. Porque toda esta vida no es más que un combate; se nos disputa cada paso, y Vol-

Digitized by Google

taire dice, con razón: *On ne réussit dans ce monde, qu'à la pointe de l'épée, et on meurt les armes à la main.* (Sólo con la punta de la espada se triunfa en este mundo; se muere con las armas en la mano.) Así que es de un alma cobarde dejarse abatir, perder valor y gemir, en cuanto las nubes se agrupan o simplemente asoman en el horizonte. Sea nuestra divisa:

Tu ne cede malis, sed contra audentior ito.

(No cedas a las adversidades, sino, por el contrario, marcha audazmente contra ellas.)

Mientras hay duda sobre el resultado de una cosa peligrosa, mientras queda una posibilidad para que el resultado sea favorable, no os debilitéis, no penséis más que en la resistencia; así como no hay que desesperar del buen tiempo mientras aún queda en el cielo un rinconcito azul. Hay que llegar a poder decir:

Si fractus illabatur orbis
Impavidum ferient ruinae.

(Si el orbe se desmoronase, sus ruinas caerán sobre él, sin asustarle.)

Ni la existencia misma, ni, con mayor razón, sus bienes, merecen, en definitiva, tan cobarde terror y tantas angustias:

Quocirca vivite fortes,
Fortiaque adversis opponite pectora rebus.

Digitized by Google

(Por lo cual, vivid virtuosos y oponed un ánimo vigoroso a las adversidades.)

Sin embargo, es posible un exceso: el valor puede degenerar en temeridad. Por eso la poltronería es necesaria en cierto modo para la conservación de nuestra existencia en la tierra; la cobardía es el exceso de esta medida. Esto es lo que Bacon de Verulamio ha expuesto tan bien en su explicación etimológica del *terror panicus* (terror pánico), explicación que deja muy atrás la que se nos ha conservado, debida a Plutarco. (De Iside et Osiri, 14.) Bacon la hace derivar de *Pan* purificando la Naturaleza; después añade: *Natura enim rerum omnibus viventibus indidit metum, ac formidinem, vitae atque suae essentiae conservatricem, ac mala ingruentia vitantem et depellentem. Veruntamen eadem natura modum tenere nescia est; sed timoribus salutaribus semper vanos et inanes admiscet; adeo ut omnia (si intus conspici darentur). Panicis terroribus pletissima sint, praesertim humana.* (La Naturaleza puso en todas las cosas vivientes el miedo y el temor, para conservar la vida y su esencia y evitar y alejar los peligros. Sin embargo, esta misma Naturaleza no sabe guardar la medida: a los temores saludables mezcla siempre los vanos e infundados: de tal manera, que (si pudiésemos penetrar en su interior) veríamos a todos los seres, y especialmente a los humanos, llenos de terrores pánicos. *De sapientia veterum,* VI.) Por lo demás, lo que caracteriza al terror pánico es que quien lo experimenta no se da cuenta claramente de sus motivos; los presupone más que los conoce, y en caso de necesidad, da el miedo mismo por motivo del miedo.

Digitized by Google

CAPITULO VI

DE LA DIFERENCIA DE LAS ÉPOCAS DE LA VIDA

Voltaire ha dicho, admirablemente:

Qui n'a pas l'esprit de son âge,
de son âge a tout le malheur.

(Quien no tiene el espíritu de su edad, tiene de su edad todos los defectos.)

Debemos, pues, para terminar estas consideraciones eudemonológicas, dirigir una ojeada a las modificaciones que la edad produce en nosotros.

En todo el curso de nuestra vida no poseemos más que el *presente*, y nada fuera de él. La única diferencia es, en primer lugar, que en el comienzo vemos delante de nosotros un gran porvenir, y al fin un gran pasado detrás de nosotros; en segundo lugar, que nuestro temperamento, pero nunca nuestro carácter, recorre una serie de modificaciones conocidas, que dan a cada una un matiz distinto al presente.

He expuesto en mi gran obra (vol. II, cap. 31) cómo y por qué en la *infancia* nos inclinamos mucho más al *conocimiento* que a la *voluntad*. En eso,

Digitized by Google

precisamente, se funda esa felicidad de la primera cuarta parte de la vida que nos ha de hacer ver después, detrás de nosotros, como un paraíso perdido. Durante la infancia tenemos relaciones poco numerosas y necesidades limitadas, y, por consiguiente, poca excitación de la voluntad; la mayor parte de nuestro ser está ocupada en *conocer*. La inteligencia, como el cerebro, que a los siete años alcanza a todo su grandor, se desarrolla precozmente aunque no madure hasta más tarde, y estudia esa existencia aún nueva, en que todo, absolutamente todo, está revestido del barniz brillante que le presta el encanto de la novedad. De ahí viene que nuestros años de infancia son una poesía ininterrumpida. Porque la esencia de la poesía, como la de todas las artes, consiste en percibir en cada cosa aislada la idea platónica, es decir, lo esencial y lo que es común a la *especie* en general; cada objeto nos aparece como representando todo su género, y *un caso* vale por mil. Aunque parezca que en las escenas de nuestra edad temprana no nos hemos ocupado más que del objeto o del acontecimiento actual, y aun y en cuanto que nuestra voluntad del momento estaba interesada en él, en el fondo no es así, sin embargo. En efecto; la vida, con toda su importancia, se ofrece a nosotros tan nueva aún, tan fresca, con impresiones tan poco enmohecidas por su repetición frecuente, que, con todo nuestro aire infantil, nos ocupamos, en silencio y sin intención declarada, en percibir en las escenas y los acontecimientos aislados la esencia misma de la vida, los tipos fundamentales de sus formas y de sus imágenes. Vemos, como lo expresa Spinoza, todas las cosas y las personas *sub specie aeternitatis* (bajo la forma de la eternidad). Cuanto más jóve-

Digitized by Google

nes somos, más cada cosa aisladamente representa para nosotros el género entero. Este efecto va disminuyendo gradualmente de año en año; y eso es lo que determina la diferencia tan considerable de impresión que sobre nosotros producen los objetos en la juventud o en la edad madura. Las experiencias y los conocimientos adquiridos durante la infancia y la primera juventud llegan a ser después los tipos constantes y las rúbricas de todas las experiencias y conocimientos ulteriores, por decirlo así, las categorías bajo las cuales clasificamos, a veces sin darnos cuenta exacta, todo lo que encontramos más tarde. Así se forma, desde nuestros años de infancia, el fundamento sólido de nuestra manera, superficial o profunda, de contemplar el mundo; se desarrolla y se completa en lo sucesivo, pero no cambia en los puntos principales. Luego en virtud de esta manera de ver, puramente objetiva, por consiguiente poética, esencial a la infancia, cuando está sostenida por el hecho de que la voluntad está aún muy lejos de manifestarse con toda su energía, el niño se ocupa mucho más en conocer que en querer. De ahí esa mirada seria, contemplativa de algunos niños, que Rafael ha aprovechado tan afortunadamente para sus ángeles, especialmente en el cuadro de la Madonna de la capilla Sixtina. Por eso, igualmente, los años de infancia son tan felices que su recuerdo va siempre unido a un doloroso sentimiento. Mientras que por una parte nos consagramos así, con toda nuestra seriedad, al conocimiento *intuitivo* de las cosas, por otra parte la educación se ocupa en proporcionarnos ***nociones***. Pero las nociones no nos dan la esencia propia de las cosas; ésta, que constituye el fondo y el verdadero contenido de todos nuestros conocimientos,

Digitized by Google

se funda principalmente en la comprensión *intuitiva* del mundo. Pero esta última sólo podemos adquirirla por nosotros mismos y no puede en manera alguna *enseñarse*. De donde resulta que nuestro valor intelectual, lo mismo que nuestro valor moral, no entra del exterior en nosotros, sino que sale de lo más profundo de nuestro ser, y toda la ciencia pedagógica de un Pestalozzi nunca llegaría a hacer de un imbécil de nacimiento un pensador; ¡no, mil veces no!, imbécil ha nacido y debe morir imbécil. Esta comprensión contemplativa del mundo exterior, nuevamente ofrecida a nuestra vista, explica también por qué todo lo que se ha visto y aprendido en la infancia se graba tan enérgicamente en la memoria. En efecto; nos hemos ocupado exclusivamente de ello, nada nos ha distraído, y hemos considerado las cosas que veíamos como únicas de su especie, aún más, como las únicas existentes. Más tarde, el número considerable de las cosas entonces conocidas nos quita el valor y la paciencia. Si se quiere recordar aquí lo que he expuesto en el volumen segundo de mi gran obra, a saber: que la existencia *objetiva* de todas las cosas, es decir, la *representación* pura, es siempre agradable, mientras que su existencia objetiva, que está en el *querer*, en la volición, está mezclada de dolor y de pena, entonces se admitirá, como expresión resumida de esto, la proposición siguiente: todas las cosas son bellas a la *vista* y horribles en su *esencia* (1). Resulta de todo lo que precede que, du-

(1) No es fácil traducir esta proposición con el vigor que tiene en el original, donde, además de ser tan expresiva, forma un elegante juego de vocablos. Dice así el texto alemán: *Alle Dinge sind herrlich zu* SEHN, *aber*

Digitized by Google

rante la infancia, los objetos nos son conocidos mucho más por el lado de la *vista,* es decir, de la representación, de la objetividad, que por el del *ser,* que es al mismo tiempo el de la voluntad. Como el primero es el lado alegre de las cosas, y su lado subjetivo y horrible nos es aún desconocido, el entendimiento joven toma todas las imágenes que la realidad y el arte le presentan por otros tantos seres felices; se imagina que tan bellas como son en el *ver,* tanto y más lo son en el *ser.* Así que la vida le parece un edén; ésa es la Arcadia donde todos hemos nacido. Resulta más tarde la sed de la vida real, la necesidad impulsiva de obrar y de sufrir, arrastrándonos irresistiblemente en el tumulto del mundo. Aquí aprendemos a conocer la otra faz de las cosas, la del *ser,* es decir, de la voluntad, que viene a cruzarse a cada paso. Entonces se acerca poco a poco la gran desilusión; y cuando ha llegado, se dice: *L'âge des illusions est passé* (La edad de las ilusiones ha pasado), y así avanza cada vez más y se hace más completa. Por lo que podemos decir que durante la infancia la vida se presenta como una decoración de teatro, vista desde lejos; durante la vejez, como la misma, vista desde cerca.

He aquí también un sentimiento que viene a contribuir a la felicidad de la infancia: así como en el comienzo de la primavera todo follaje tiene el mismo color y la misma forma, así en la primera infancia nos parecemos todos y estamos perfectamente de acuerdo. En la pubertad es cuando comienza la diferencia que va siempre aumentando, como la de los radios de un círculo.

---

schrecklich zu SENN; que literalmente sería: Todas las cosas son bellas en el *ver,* pero horribles en el *ser.*

Digitized by Google

Lo que molesta, lo que hace desgraciados los años de juventud, el resto de esa primera mitad de la vida tan preferible a la segunda, es la persecución de la felicidad, emprendida con la firme suposición de que puede encontrarse en la existencia. Ese es el origen de la esperanza siempre desengañada, que engendra, a su vez, el descontento. Las imágenes engañosas de un vago sueño de felicidad flotan ante nuestros ojos bajo formas caprichosamente escogidas y en vano buscamos casi siempre descontentos de nuestro estado y de nuestra vecindad, cualesquiera que sean, porque a ellos atribuímos lo que nos recuerda la inanidad y la miseria de la vida humana, que conocemos por primera vez en ese momento, después de haber esperado otra cosa muy distinta. Se ganaría mucho con destruir en edad temprana, por medio de enseñanzas adecuadas, esa ilusión propia de la juventud de que hay grandes cosas que ver en este mundo. Ocurre, por el contrario, que la vida se nos hace conocer por la poesía antes de revelarse por la realidad. En la aurora de nuestra juventud, las escenas que el arte nos describe exhíbense brillantes delante de nuestra vista, y henos aquí atormentados del deseo de verlas realizadas, de coger el arco iris. El joven espera su vida bajo la forma de una novela interesante. Así nace esa ilusión que he descrito en el segundo volumen de mi obra ya citada. Porque lo que presta su encanto a todas esas imágenes es precisamente que son imágenes y no realidades, y que al contemplarlas nos encontramos en el estado de calma y de contento perfecto del conocimiento puro. Realizarse significa ser dominado por la voluntad, y esto produce dolores infaliblemente. Aquí debo remitir tam-

Digitized by Google

bién al lector, a quien el asunto interese, al segundo volumen de mi libro.

Si, pues, el carácter de la primera mitad de la vida es una aspiración inagotable a la felicidad, el de la segunda mitad es la aprehensión de la desgracia. Porque en este momento se ha reconocido más o menos claramente que toda felicidad es quimérica y todo sufrimiento es, por el contrario, real. Entonces los hombres, al menos los de juicio sensato, en lugar de aspirar a los goces, no buscan más que una condición exenta de dolores y de molestias (1). Cuando, en mis años de juventud, oía yo llamar a mi puerta, me ponía muy alegre porque me decía: "¡Ah! Por fin". Más tarde, en la misma situación, mi impresión era más próxima al terror, porque pensaba: "¡Ay! ¡Ya!" Los seres distinguidos y bien dotados, los que por lo mismo no pertenecen en absoluto al resto de los hombres y se encuentran más o menos aislados en proporción de sus méritos, experimentan frente a la sociedad humana estos dos sentimientos opuestos: en su juventud, el de estar abandonados; en la edad madura, el de ser *libertados*. El primero, que es penoso, proviene de su ignorancia; el segundo, que es agradable, de su conocimiento del mundo. Eso hace que la segunda mitad de la vida, como la segunda parte de un período musical, tenga menos fogosidad y más tranquilidad que la primera; lo cual proviene de que la juventud forja mil castillos en el aire sobre la felicidad y los goces que puede encontrar en la tierra, consistiendo la única dificultad en alcanzarlos, mientras que la vejez sabe que no tiene nada que

(1) En la edad madura sabe uno precaverse mejor contra la desgracia; en la juventud, soportarla.

Digitized by Google

encontrar; tranquila a este respecto, saborea cualquier presente soportable y se deleita con poca cosa.

Lo que el hombre maduro ha ganado con la experiencia de la vida, lo que hace que vea el mundo de otra manera que el adolescente y el joven, es, ante todo, la *falta de prevención*. Él, el primero, comienza a ver las cosas simplemente y a tomarlas por lo que son; mientras que a los ojos del joven y del adolescente, una ilusión compuesta de ensueños creados por sí mismos, de prejuicios transmitidos y de fantasías extrañas, ocultaba o deformaba el mundo verdadero. La primera tarea que la experiencia tiene que llevar a cabo es despojarnos de las quimeras y de las nociones falsas acumuladas durante la juventud; garantir contra ellas a los jóvenes sería, indudablemente, la mejor educación que se les pudiera dar, aunque fuese simplemente negativa; pero es un asunto muy difícil. Con este fin habría que comenzar por reducir lo más posible el horizonte del niño, no proporcionarle en sus límites más que nociones claras y exactas y no ensancharlo sino gradualmente, después que tuviera el conocimiento exacto de todo lo que dentro de estos límites está situado, y teniendo siempre cuidado de que no quede nada de oscuro, nada que haya comprendido a medias o equivocadamente. De aquí resultaría que sus nociones sobre las cosas y sobre las relaciones humanas, aunque restringidas y sencillas, serían, sin embargo, claras y verdaderas, de manera que no habría necesidad más que de ampliación y no de corrección; así se continuaría hasta que el niño se hubiese convertido en joven. Este método exige que no se permita la lectura de novelas; débese reemplazarlas por biografías convenientemente escogidas, como por ejemplo, la de

Digitized by Google

Franklin o la historia de *Antonio Reiser*, por Moritz, y otras.

Mientras somos jóvenes, nos imaginamos que los acontecimientos y los personajes importantes y de transcendencia, harán su aparición en nuestra existencia con tambor y trompeta; en la edad madura, una mirada retrospectiva nos indica que todos se han deslizado sin ruido, por la puerta de escape, y casi desapercibidos.

Así se puede, desde el punto de vista que nos ocupa, comparar la vida a un tapiz bordado, del cual cada uno no ve, en la primera mitad de su existencia, más que el anverso, y en la segunda el reverso; este último lado es menos bello, pero más instructivo, porque permite reconocer el enlace de los hilos.

La superioridad intelectual, aun la más extraordinaria, no hará valer plenamente su autoridad en la conversación sino después de los cuarenta años. Porque la madurez propia de la edad y los frutos de la experiencia pueden aventajarse con mucho, pero nunca pueden reemplazarse por la inteligencia; estas condiciones proporcionan, aun al hombre más vulgar, un contrapeso que oponer a la fuerza del más elevado espíritu, mientras éste es aún más joven. No hablo aquí más que de la personalidad, no de las obras.

Ningún hombre algo superior, ninguno de los que no pertenecen a esa mayoría de los 5/6 de los hombres tan estrictamente dotados por la naturaleza podrá despojarse de cierto tinte de melancolía cuando ha pasado de los cuarenta años. Porque, como era natural, ha juzgado a los demás por sí mismo y ha sido desengañado; ha comprendido que están muy atrasados con respecto a él, ya por el

Digitized by Google

cerebro, ya por el corazón, las más de las veces por las dos cosas, y que nunca podrán saldar su cuenta; así que evita todo trato con ellos, como, por lo demás, todo hombre amará u odiará la soledad, es decir, su propia sociedad, en proporción de su valor interior. Kant trata también de este género de misantropía en la *Crítica del Juicio,* al final de la nota general, en el párrafo 29 de la primera parte.

Es un mal síntoma, en lo moral como en lo intelectual, para un joven, encontrarse fácilmente en medio de las intrigas humanas, estar allí a gusto y penetrar como preparado de antemano; eso anuncia vulgaridad. Por el contrario, una actitud descontenta, vacilante, torpe y forzada es, en tales circunstancias, el indicio de una naturaleza de noble especie.

La serenidad y el valor con que nos lanzamos a vivir durante la juventud provienen también, en parte, de que al trepar a la colina, no vemos la muerte situada al pie de la otra vertiente. Una vez franqueada la cumbre, vemos con nuestros ojos la muerte, que hasta entonces sólo conocíamos de oídas, y como en ese momento las fuerzas vitales comienzan a disminuir, nuestro valor se debilita al mismo tiempo; una seriedad sombría sucede a la petulancia juvenil y se imprime en nuestras facciones. Mientras somos jóvenes, creemos que la vida no tiene fin, dígasenos lo que se quiera, y usamos el tiempo con prodigalidad. A medida que envejecemos nos hacemos más económicos. Porque, en edad avanzada, cada día de la vida que transcurre provoca en nosotros el sentimiento que experimenta el condenado a cada paso que le acerca al cadalso.

Considerada desde el punto de vista de la juven-

Digitized by Google

tud, la vida es un porvenir infinitamente dilatado; desde el punto de vista de la vejez, es un pasado muy corto, de tal manera, que al principio se nos presenta como los objetos vistos por el lente pequeño de un anteojo de campaña. Hay que haber envejecido, es decir, haber visto mucho, para reconocer cuán corta es la vida. Cuanto más se avanza en edad, más insignificantes nos parecen las cosas humanas, por mucho que lo sean; la vida, que durante la juventud estaba allí ante nosotros firme y como inmóvil, nos parece ahora una fuga rápida de apariciones efímeras, y se comprende la nada de las cosas de este mundo. El tiempo mismo, durante la juventud, marcha a paso lento; así que la primera cuarta parte de nuestra vida no sólo es la más feliz, sino también la más larga; deja, pues, muchos más recuerdos, y cada hombre puede, en cualquier ocasión, contar de esta primera cuarta parte más acontecimientos que de las dos siguientes. En la primavera de la vida, como en la primavera del año, los días acaban por hacerse de una longitud abrumadora. En el otoño de la vida, como en el otoño del año, son cortos, pero serenos y más constantes.

¿Por qué en la vejez, la vida que uno tiene detrás de sí parece tan breve? Porque la tenemos por tan corta como el recuerdo que conservamos de ella. En efecto; todo lo que en ella ha sido insignificante y una gran parte de lo que ha sido doloroso, han huído de nuestra memoria; ha quedado, por consiguiente, muy poca cosa. Porque, del mismo modo que nuestra inteligencia, en general, es muy imperfecta, así también la memoria; debemos, pues, ejercitar nuestros conocimientos y rumiar nuestro pasado, sin lo cual ambos desaparecen en

Digitized by Google

el abismo del olvido. Pero no nos gusta volver con el pensamiento a las cosas insignificantes ni, por lo general, a las cosas desagradables, lo cual debiera ser, sin embargo, indispensable para conservarlas en la memoria. Ahora bien; las cosas insignificantes se hacen cada vez más numerosas porque muchos hechos, que a primera vista nos parecen importantes, pierden todo interés a medida que se repiten; las repeticiones son frecuentes al principio, pero en lo sucesivo se hacen innumerables. Así que recordamos mejor nuestros años de juventud que los que han seguido. Cuanto más tiempo vivimos, menos acontecimientos hay que parezcan demasiado graves o demasiado significativos para que merezcan rumiarse, lo cual es, sin embargo, el único medio de conservar el recuerdo de ellos, ya que, apenas han pasado, los olvidamos. Y por eso el tiempo huye, dejando cada vez menos rasgos tras sí.

Pero no nos gusta tampoco volver a las cosas desagradables, especialmente cuando ofenden nuestra vanidad, y esto es lo que ocurre con más frecuencia, porque pocas cosas desagradables nos ocurren que no sean por culpa nuestra. Olvidamos, pues, igualmente muchas cosas penosas. Por la eliminación de esas dos categorías de acontecimientos, nuestra memoria se hace tan corta, y se hace cada vez más, a proporción que es más larga la urdimbre de acontecimientos. Así como los objetos situados en la ribera se hacen cada vez más pequeños, vagos e indistintos a medida que nuestra barca se aleja, así se borran los años transcurridos, con nuestras aventuras y nuestras acciones. Ocurre también que la memoria y la imaginación nos trazan una escena de nuestra vida, desaparecida mucho ha, con tanta vivacidad, que nos parece que data de la

Digitized by Google

víspera, y se nos presenta muy próxima a nosotros. Este efecto resulta de que nos es imposible representarnos de una vez el largo espacio de tiempo que ha transcurrido entre entonces y ahora, y que no podemos abarcarle con la mirada en un solo cuadro; además, los acontecimientos verificados en este intervalo se han olvidado en gran parte, y no nos queda más que un conocimiento general, *in abstracto,* una simple noción, y no una imagen. Entonces, ese pasado lejano y aislado se presenta tan cercano, que parece que era ayer; el tiempo intermediario ha desaparecido y nuestra vida entera nos parece de una brevedad incomprensible. A veces, en la vejez, ese largo pasado que tenemos detrás de nosotros, y, por consiguiente, nuestra misma edad, puede en ciertos momentos parecernos fabuloso; lo que resulta principalmente de que vemos siempre ante nosotros el mismo presente inmóvil. En definitiva, todos esos fenómenos interiores están fundados en que no es nuestro ser por sí mismo, sino sólo su imagen visible, lo que existe bajo la forma del tiempo y en que el presente es el punto de contacto entre el mundo exterior y nosotros, entre el objeto y el sujeto.

Puede preguntarse también por qué en la juventud la vida parece extenderse ante nosotros para perderse de vista. Es, en primer lugar, porque necesitamos espacio para alojar en ella las esperanzas ilimitadas de que la poblamos, y para cuya realización el mismo Matusalén hubiera muerto demasiado joven; después, porque tomamos por escala de su medida el reducido número de años que tenemos ya detrás de nosotros; pero su recuerdo es dilatado y rico en materiales, porque la novedad ha dado importancia a todos los acontecimientos; así

Digitized by Google

que nos gusta volver a ellos por el pensamiento; muchas veces los evocamos en nuestra memoria y acabamos por fijarlos en ella.

Parécenos a veces que deseamos ardientemente encontrarnos en un lugar distante, siendo así que en realidad no sentimos más que el *tiempo* que hemos pasado allí cuando éramos más jóvenes y más frescos. Y he aquí cómo el *tiempo* nos engaña bajo el disfraz del *espacio*. Vamos al sitio tan deseado y nos damos cuenta de la ilusión.

Existen dos medios para llegar a una edad muy avanzada, con la condición *sine qua non* de poseer una constitución intacta; para explicarlo pongamos el ejemplo de dos lámparas que arden; una arderá mucho tiempo, porque, con poco aceite, tiene una mecha muy pequeña; la otra, porque, con una gran mecha, tiene también mucho aceite; el aceite es la fuerza vital; la mecha es el empleo de ella aplicado a cualquier uso.

En lo que a la fuerza vital respecta, podemos comparar, hasta los treinta y seis años, a los que viven de los intereses de un capital; lo que se gasta hoy se reemplaza mañana. A partir de esa época, somos semejantes a un rentero que comienza a gastar su capital. Al principio, la disminución no es sensible, la mayor parte del gasto se reemplaza todavía por sí misma, y el insignificante *déficit* que resulta pasa inadvertido. Poco a poco aumenta, se hace aparente, y su mismo aumento crece cada día; nos invade cada vez más; cada hoy es más pobre que cada ayer, y no hay esperanza de detención. Como la caída de los cuerpos, la pérdida se acelera rápidamente, hasta la desaparición total. El caso más triste es aquel en que ambas cosas, fuerza vital y fortuna (y ésta no como término de compara-

Digitized by Google

ción, sino en realidad), están en camino de fundirse simultáneamente; así, el amor de la riqueza aumenta con la edad. En cambio, en nuestros primeros años, hasta la mayor edad y algo más, somos, bajo el respecto de la fuerza vital, semejantes a los que, sobre todos los intereses, añaden algo al capital; no sólo lo que se gasta se renueva por sí solo, sino que el mismo capital aumenta. Esto ocurre también a veces con el dinero, gracias a los cuidados previsores de un tutor, hombre honrado. ¡Oh juventud afortunada! ¡Oh triste vejez! A pesar de todo eso, hay que economizar las fuerzas de la juventud. Aristóteles observa *(Política,* lib. último, cap. 5) (1) que, entre los vencedores en los juegos olímpicos no se han encontrado más que dos o tres que, vencedores una primera vez como jóvenes, hayan triunfado como hombres hechos, porque los esfuerzos prematuros que exigen los ejercicios preparatorios agotan de tal manera las fuerzas, que faltan más tarde, en la edad viril. Lo que es cierto de la fuerza muscular lo es aún más de la fuerza nerviosa, cuyas producciones intelectuales no son más que las manifestaciones; por eso los *ingenia praecocia*, los niños prodigios, esos frutos de una educación de invernadero, que asombran en su edad temprana, llegan a ser más tarde cerebros perfectamente vulgares. Hasta es muy posible que un exceso de aplicación precoz y forzada al estudio de las lenguas antiguas sea la causa que ha hecho caer más tarde tantos sabios en un estado de parálisis y de infancia intelectual.

He notado que el carácter, en la mayoría de los

(1) En realidad es en el cap. 8, no en el 5, donde se encuentra la observación citada por Schopenhauer.

Digitized by Google

hombres, parece adaptarse más particularmente a una de las edades de la vida, de manera que a esa edad se presentan bajo su aspecto más favorable. Unos son personas amables, y nada más; otros, en su edad madura, son hombres enérgicos y activos, a los cuales la edad, al avanzar, quita todo su valor; otros, por fin, se presentan más ventajosamente en la vejez, durante la cual son más dulces, porque tienen más experiencia y más calma; eso ocurre con frecuencia entre los franceses; debe provenir de que el carácter mismo tiene algo de juvenil, de viril o de senil, en armonía con la edad correspondiente o enmendado por esa edad.

Así como en un buque no nos damos cuenta de su marcha sino porque vemos los objetos situados en la ribera alejarse hacia atrás y, por consiguiente, hacerse más pequeños, así nos damos cuenta de que nos vamos haciendo viejos y cada vez más viejos, en que personas de una edad más avanzada nos parecen jóvenes.

Ya hemos examinado más arriba cómo y por qué, a medida que se envejece, todo lo que se ha visto, todas las acciones y todos los acontecimientos de la vida dejan huellas cada vez menos palpables. Así considerada, la juventud es la única edad en que vivimos con plena conciencia; la vejez sólo tiene una semiconciencia de la vida. Con los progresos de la edad, esta conciencia disminuye gradualmente; los objetos pasan con rapidez delante de nosotros sin dejarnos impresión, semejantes a esos productos del arte que no nos chocan más que cuando los hemos visto muchas veces; se hace la tarea que se tiene que hacer, y después no se sabe siquiera si se ha hecho. Mientras la vida se hace cada vez más inconsciente, mientras marcha a gran-

Digitized by Google

des pasos hacia la inconsciencia completa, la huída del tiempo se acelera por lo mismo. Durante la infancia, la novedad de las cosas y de los acontecimientos hace que todo se imprima en nuestra conciencia; así que los días son tan largos que se pierden de vista. Lo mismo nos ocurre, y por la misma causa, en los viajes, cuando un mes nos parece más largo que cuatro en casa. A pesar de esta novedad, el tiempo, que nos *parece* más largo, se nos *hace,* en la infancia como en el viaje, mucho más largo en realidad que en la vejez o en casa. Pero insensiblemente la inteligencia se enmohece de tal manera por la costumbre de las mismas percepciones, que cada vez más acaba por deslizarse sobre él sin impresionarle, lo que hace que los días se hagan cada vez más insignificantes, y, de consiguiente, cada vez más cortos; las horas del niño son más largas que los días del anciano. Vemos, pues, que el tiempo de la vida tiene un movimiento acelerado, como el de una esfera que rueda sobre un plano inclinado; y del mismo modo que en un disco que gira, cada punto corre tanto más aprisa cuanto más distante está del centro, asimismo, para cada uno y proporcionalmente a su distancia del comienzo de su vida, el tiempo transcurre cada vez más aprisa. Se puede, pues, admitir que la longitud del año, tal como lo calcula nuestra disposición del momento, está en relación inversa del cociente del año dividido por la edad; cuando, por ejemplo, el año es el 10 de la edad, parece diez veces más largo que cuando es el 1/50. Esta diferencia en la rapidez del tiempo ejerce la influencia más decisiva sobre nuestra manera de ser en cada edad de la vida. Hace primero que la infancia, aunque apenas abarque más que quince años, sea, sin embargo, el pe-

Digitized by Google

ríodo más largo de la existencia, y, por consiguiente, el más rico en recuerdos; hace, además, que en todo el transcurso de la vida estemos sometidos al tedio en relación inversa de nuestra edad. Los niños necesitan constantemente pasar el tiempo, sea con los juegos o con el trabajo; si el pasatiempo cesa, son atacados inmediatamente de un formidable tedio. Los adolescentes están todavía muy expuestos a él y temen mucho las horas desocupadas. En la edad viril, el tedio va desapareciendo; y para los ancianos el tiempo es siempre demasiado corto y los días vuelan con la rapidez de la flecha. Entiéndase bien que hablo de hombres y no de brutos envejecidos. La aceleración en la marcha del tiempo suprime, pues, las más de las veces, el tedio en una edad más avanzada; por otra parte, las pasiones, con sus tormentos, comienzan a mitigarse; de aquí resulta que en resumen, y con tal de que nos encontremos en buen estado de salud, la carga de la vida es en realidad más ligera que durante la juventud; así que, al intervalo que precede a la aparición de la debilidad y de las enfermedades de la vejez, se llaman "los mejores años". Acaso lo sean, en efecto, desde el punto de vista de nuestra tranquilidad; pero, en cambio, los años de juventud, en que todo hace impresión, en que cada cosa entra en la conciencia, tiene la ventaja de ser la estación fertilizante del espíritu, la primavera que hace brotar los vástagos. En efecto; las verdades profundas no se adquieren sino por la intuición y no por la especulación, es decir, su primera percepción es inmediata y provocada por la impresión momentánea; no puede, pues, producirse, sino en cuanto que la impresión es enérgica, viva y profunda. Todo depende, pues, bajo este respecto, del

Digitized by Google

empleo de los años de juventud. Más tarde, podemos obrar con más fuerza sobre los demás y hasta sobre el mundo entero, porque estamos acabados y completos, y no dependemos de la impresión; pero el mundo obra menos sobre nosotros. Estos años son, pues, la época de la acción y de la producción; los primeros son los de la comprensión y el conocimiento intuitivo.

En la juventud domina la contemplación; en la edad madura, la reflexión; por eso la primera es la época de la poesía; la segunda, la de la filosofía. En la práctica, igualmente, se determina uno por la percepción y su impresión durante la juventud; más tarde, por la reflexión. Eso proviene, en parte, de que en la edad madura las imágenes se han presentado y agrupado alrededor de las nociones en número suficiente para darles importancia, peso y valor, así como para moderar al mismo tiempo, para la costumbre, la impresión de las percepciones. Por el contrario, la impresión de todo lo que es visible y, por consiguiente, del aspecto exterior de las cosas, es tan preponderante durante la juventud, especialmente en los cerebros vivos y ricos de imaginación, que los jóvenes consideran el mundo como un cuadro; se preocupan principalmente del efecto y de la figura que hacen en él, mucho más que de la disposición interior que despierta en ellos. Eso se ve en la vanidad de su persona y en su coquetería.

La mayor energía y la más elevada tensión de las fuerzas intelectuales se manifiestan indudablemente durante la juventud y hasta los treinta y cinco años lo más tarde; a partir de esa época, disminuyen, aunque insensiblemente. Sin embargo, la edad siguiente y hasta la vejez, no carecen de com-

Digitized by Google

pensaciones intelectuales. En este momento la experiencia y la instrucción han adquirido toda su riqueza; se ha tenido tiempo y ocasión de considerar las cosas bajo todos sus aspectos y de meditarlas; se las ha comparado unas con otras, y se han descubierto los puntos por donde se tocan, las partes por donde se unen; ahora, por consiguiente, es cuando se las comprende bien y en su encadenamiento completo. Todo está aclarado. Por eso se saben más a fondo las cosas que ya se sabían en la juventud, porque para cada noción se tienen muchos más datos. Lo que se creía saber cuando se era joven, se sabe realmente en la edad madura; además, se sabe efectivamente más y se poseen conocimientos razonados en todas las direcciones, y por lo mismo, sólidamente encadenados, mientras que en la juventud nuestro saber es defectuoso y fragmentario. Sólo el hombre llegado a una edad muy avanzada tendrá una idea completa y exacta de la vida, porque la abarca con la mirada en su conjunto y en su curso natural, y, sobre todo, porque no la ve como los demás, únicamente del lado de la entrada, sino también del lado de la salida; así colocado, reconoce plenamente la nada, mientras que los demás son juguete de esa ilusión constante de que ahora es cuando va a venir lo verdaderamente bueno. En cambio, durante la juventud, hay más concepción; síguese que está uno en estado de producir más con lo poco que se conoce; en la edad madura, hay más discernimiento, más penetración y más fondo. Ya durante la juventud se recogen los materiales de sus nociones, de sus opiniones originales y fundamentales; es decir, de todo lo que un espíritu privilegiado está destinado a dar en regalo al mundo, pero sólo muchos años más

Digitized by Google

tarde se hace dueño de su asunto. La mayoría de las veces se encontrará que los grandes escritores no han producido sus obras maestras sino hacia los cincuenta años. Mas no por eso la juventud deja de ser la raíz del árbol del conocimiento, aunque sea la copa del árbol la que lleva los frutos. Pero así como cada época, aun la más lastimosa, se cree más sabia que todas las que la han precedido, de igual manera a cada edad el hombre se cree superior a lo que era antes; ambas cosas inducen a error muchas veces.

Durante los años del crecimiento físico, cuando aumentamos igualmente en fuerzas intelectuales y en conocimientos, el *hoy* se habitúa a mirar el *ayer* con desdén. Esta costumbre se arraiga y persevera aun cuando la decadencia de las fuerzas intelectuales ha comenzado y el hoy debiera mirar el ayer con consideración; se desprecian demasiado en ese momento las producciones y los juicios de los años de juventud.

Es de notar, sobre todo, que aunque el cerebro o el entendimiento sea tan innato en cuanto a sus propiedades fundamentales como el carácter, el corazón de los hombres, sin embargo, no permanece tan invariable, pues está sometido a muchas modificaciones que, en conjunto, se producen metódicamente, porque provienen de que por una parte su fase es física y por otra su tejido es empírico. Siendo eso así, su fuerza propia tiene un crecimiento continuo hasta su punto culminante, y después, su decrecimiento continuo hasta la imbecilidad. Pero, por otra parte, el tejido sobre el cual se ejerce toda esta fuerza y que la mantiene en actividad, es decir, el contenido de los pensamientos y del saber, la experiencia, los conocimientos, el ejercicio del

Digitized by Google

discernimiento y la perfección que de aquí resulta: toda esta materia es una cantidad que crece constantemente hasta el momento en que, sobreviniendo la debilidad definitiva, la inteligencia deja escaparlo todo. Esta condición del hombre de estar compuesto de una parte absolutamente variable, el carácter, y de otra, la inteligencia, que varía regularmente y en dos direcciones opuestas, explica la diversidad del aspecto bajo la cual se manifiesta y de su valor en las diferentes épocas de su vida.

En un sentido más amplio, puede decirse también que los cuarenta primeros años de la existencia proporcionan el texto, y los treinta siguientes el comentario, que nos hace entonces comprender bien el sentido verdadero, luego la moral y todas las sutilezas.

Particularmente, al término de la vida hay algo que recuerda el final de un baile de máscaras, cuando los enmascarados se retiran. En ese momento se ve cuáles eran aquellos con quienes se ha estado en contacto durante su vida. En efecto, los caracteres han salido a luz, las acciones han dado sus frutos, las obras han encontrado su exacta apreciación y todas las fantasmagorías se han desvanecido. Porque para eso se ha necesitado tiempo. Pero lo más extraño es que uno no se conoce y se comprende bien a sí mismo, y su fin, y sus aspiraciones, especialmente en lo que concierne a las relaciones con el mundo y con los hombres, sino al fin de su vida. Muchas veces, aunque no siempre, habrá que clasificarse más abajo de lo que se suponía poco ha; pero a veces también se concederá uno un puesto superior; en este último caso, eso proviene de que no se tenía un conocimiento suficiente de la pequeñez del mundo, y el fin de la

Digitized by Google

vida estaba colocado a demasiada altura. Se aprende a conocer aproximadamente lo que cada uno vale.

Se acostumbra a llamar a la juventud la época feliz y a la vejez la época triste de la vida. Eso sería cierto si las pasiones hiciesen feliz. Pero ellas son las que bambolean a la juventud de aquí para allá, dándole pocas alegrías y muchas preferencias. En cambio, no agitan más a la edad fría, que reviste en seguida un tinte contemplativo; porque el conocimiento se hace libre y toma grandes vuelos. Ahora bien; el conocimiento está, por sí mismo, exento de dolor; por consiguiente, cuanto más predomine en la conciencia, más feliz será ésta. No hay más que reflexionar que todo goce es negativo y el dolor, positivo, para comprender que las pasiones no podrían hacer feliz, y que la edad no es de sentir porque algunos goces le estén prohibidos; todo goce no es más que la satisfacción de una necesidad, y no es uno desgraciado por perder el goce al mismo tiempo que la necesidad, como no lo es por no poder comer después de haber comido o deber velar después de toda una noche de sueño. Platón (en su introducción a la *República*) tiene razón al juzgar a la vejez feliz por estar despojada del instinto sexual que hasta entonces nos molestaba continuamente. Casi se pudiera sostener que las fantasías diversas e incesantes que engendra el instinto sexual, así como las emociones que de aquí resultan, mantienen en el hombre una benigna y constante demencia mientras está bajo la influencia de ese instinto o de ese diablo de que se ve poseído sin cesar, hasta el punto de no llegar a ser completamente razonable sino después de haberse librado de él. Sin embargo, es positivo que, en general,

Digitized by Google

y abstracción hecha de todas las circunstancias y condiciones individuales, es propio de la juventud un aire de melancolía, y cierta serenidad propia de la vejez; y eso solamente porque el joven es aún el esclavo, no el señor de ese demonio que difícilmente le concede una hora de libertad y que es también el autor, directo o indirecto, de casi todas las calamidades que hieren o amenazan al hombre. La edad madura tiene la serenidad del que, rompiendo cadenas que llevó durante mucho tiempo, disfruta en lo sucesivo de la libertad de sus movimientos. Por otra parte, pudiera decirse que, una vez extinguida la inclinación sexual, se ha consumido el verdadero eje de la vida y no queda más que la envoltura, o que la vida se parece a una comedia cuya representación, comenzada por hombres vivos, es terminada por autómatas revestidos de los mismos trajes.

Sea lo que quiera, la juventud es el momento de la agitación; la edad madura, el del reposo; eso basta para juzgar de sus placeres respectivos. El niño alza ávidamente las manos hacia el espacio, tras todos esos objetos tan abigarrados y tan diversos que ve ante sí; todo eso lo excita, porque su sensorio es aún muy fresco y muy joven. Lo mismo ocurre, pero con más energía, en lo que atañe al joven. El también es excitado por el mundo de colores brillantes y de figuras múltiples; y su imaginación le atribuye inmediatamente más valor de lo que el mundo puede ofrecer. Así la juventud está llena de exigencias y de aspiraciones a lo vago, que le quitan ese reposo sin el cual no hay felicidad. Con la edad, todo eso se calma, ya porque la sangre se ha enfriado y la excitabilidad del sensorio ha disminuído, ya porque la experiencia, enseñándonos

Digitized by Google

sobre el valor de las cosas y sobre el contenido de los goces, nos ha despojado poco a poco de las ilusiones, de las quimeras y de los prejuicios que ocultaban hasta entonces el aspecto libre y nítido de las cosas, de manera que las conocemos ahora todas más exactas y más claramente; las tomamos por lo que son, y adquirimos en mayor o menor grado la convicción de la nada de todas las cosas terrestres. Esto es lo que da a todos los ancianos, aun a los de una inteligencia muy vulgar, cierto tinte de sabiduría que les distingue de los más jóvenes. Además, todo eso produce principalmente la calma intelectual, que es un elemento importante, y hasta la condición y la esencia de la felicidad. Mientras el joven cree que podría conquistar en este mundo quién sabe cuántas maravillas sólo con que sepa encontrarlas, el viejo está penetrado de la máxima del Ecclesiastés: "Todo es vanidad", y sabe bien ahora que todas las nueces están huecas, por doradas que puedan ser.

Sólo en una edad avanzada llega el hombre plenamente al *nil admirari* de Horacio; es decir, a la convicción directa, sincera y firme de la vanidad de todas las cosas y de la inanidad de todas las pompas del mundo; ¡nada de quimeras ya! No se mece más con la ilusión de que reside en alguna parte, en el palacio o en la cabaña, una felicidad especial mayor que aquella de que él mismo disfruta, y en lo que hay de esencial en ella siempre que está libre de todo dolor físico o moral. No hay tampoco distinción, a su juicio, entre lo grande y lo pequeño, entre lo noble y lo vil, medidos por la escala de aquí abajo. Eso da al anciano una tranquilidad particular de ánimo que le permite mirar sonriendo los vanos prestigios de este mundo. Está

Digitized by Google

completamente desengañado; sabe que la vida humana, hágase lo que se haga por ataviarla y emperejilarla, no tarda en revelarse en toda su miseria a través de esos oropeles de feria; sabe que, hágase lo que se haga por pintarla y adornarla, es, en resumen, siempre la misma cosa; una existencia cuyo valor real hay que calcular por la ausencia de los dolores y no por la presencia de los placeres, y aún menos del fausto (Horacio, 1. I, ep. 12 v. 1-4). El rasgo fundamental y característico de la vejez es el desengaño; han desaparecido las ilusiones que daban a la vida su encanto y a la actividad su aguijón; se ha reconocido la nada y la vanidad de todas las magnificencias de este mundo, especialmente de la pompa y del esplendor de las grandezas; se ha experimentado la insignificancia de lo que hay en el fondo de casi todas esas cosas que se desean y de esos goces a que se aspira, y se ha llegado así poco a poco a convencerse de la pobreza y del vacío de la existencia. Sólo a los sesenta años se comprende bien el primer versículo del Ecclesiastés. Pero eso es lo que da también a la vez cierto tinte lúgubre.

Se cree, comúnmente, que la enfermedad y el tedio son el patrimonio de la ancianidad. La primera no le es esencial, especialmente cuando se tiene la esperanza de llegar a una vejez muy avanzada, porque *crescente vita, crescit sanitas et morbus* (A medida que avanza la vida, crecen la salud y la enfermedad). Y en cuanto al tedio, he demostrado más arriba por qué la vejez tiene menos que temerlo que la juventud; el tedio no es tampoco el compañero obligado de la soledad, hacia la cual nos arrastra, efectivamente, la edad por motivos fáciles de comprender; sólo acompaña a los que han co-

Digitized by Google

nocido los goces de los sentidos y los placeres de la sociedad y han dejado su espíritu sin enriquecer y sus facultades sin desarrollar. Verdad es que en una edad avanzada las fuerzas intelectuales declinan también; pero donde ha habido muchas, siempre quedarán bastantes para combatir el tedio. Además, como hemos demostrado, la razón gana en vigor con la experiencia, los conocimientos, el ejercicio y la reflexión; el juicio se hace más penetrante y se aclara el encadenamiento de las ideas; se adquieren cada vez más en todas las materias perspectivas de conjunto sobre las cosas; la combinación, siempre variada, de los conocimientos que ya se poseen, las adquisiciones nuevas que vienen a agregarse, favorecen en todas direcciones los progresos continuos de nuestro desarrollo intelectual, en el cual el espíritu encuentra a la vez su ocupación, su alivio y su premio. Todo eso compensa, hasta cierto punto, el debilitamiento intelectual de que hablábamos. Sabemos, además, que en la vejez el tiempo corre más rápidamente; así neutraliza el tedio. El debilitamiento de las fuerzas corporales no es muy perjudicial, salvo el caso en que se necesiten esas fuerzas para la profesión que se ejerce. La pobreza durante la vejez es una desgracia. Si se la ha evitado y si se ha conservado la salud, la vejez puede ser una parte muy soportable de la vida. La comodidad y la seguridad son sus principales necesidades; por eso se ama entonces más que nunca el dinero, porque suple las fuerzas que faltan. Abandonado de Venus, querrá uno tratar de solazarse con Baco. La necesidad de ver, de viajar, de aprender, está reemplazada por la de enseñar y hablar. Es una dicha para el anciano haber conservado el amor del estudio, o de la música, o

Digitized by Google

del teatro, y, en general, la facultad de ser impresionado hasta cierto punto de las cosas exteriores; eso ocurre para algunos hasta en la edad más avanzada. Lo que el hombre "tiene por sí mismo", nunca le aprovecha tanto como en la vejez. Verdad es que la mayoría de los individuos, habiendo sido en todo tiempo obtusos de entendimiento, se hacen cada vez más autómatas a medida que avanzan en la vida; piensan, dicen, hacen siempre lo mismo, y ninguna impresión exterior puede cambiar el curso de sus ideas o hacerles producir algo nuevo. Hablar a semejantes viejos es escribir en la arena; la impresión se borra casi instantáneamente. Una vejez de esta especie no es verdaderamente más que el *caput mortuum* de la vida. La naturaleza parece haber querido simbolizar el advenimiento de esta segunda infancia por una tercera dentición que se declara en algunos casos raros entre los ancianos.

El debilitamiento de todas las fuerzas en la vejez progresivamente, y cada vez más y más, es, en verdad, una triste cosa; pero es necesaria, y hasta bienhechora; de lo contrario, la muerte, de la cual es preludio, se haría demasiado penosa. Así, que la ventaja principal que proporciona una edad muy avanzada, es la *eutanasia* (1), es decir, la muerte

(1) La vida humana, propiamente hablando, no puede llamarse ni larga ni corta, porque, en el fondo, es la escala con que medimos todas las demás dimensiones de tiempo. El *Oupanischad* del Veda (*Oupnehat*, II, 53) concede cien años para la *duración natural de la vida.* Yo creo que con razón, porque he notado que los que han pasado de noventa años acaban por la *eutanasia,* es decir, que mueren sin enfermedad, sin apoplejía, sin convulsión, sin estertor, hasta sin palidecer, las más de las veces sen-

Digitized by Google

muy fácil, sin enfermedad que la preceda, sin convulsiones que la acompañen; una muerte en que no se siente uno morir. He dado una descripción de ella en el segundo volumen de mi gran obra, en el cap. 41.

Por mucho tiempo que se viva, no se posee nada más que el presente indivisible; el recuerdo pierde cada día por el olvido más de lo que gana con el crecimiento.

La diferencia fundamental entre la juventud y la vejez será siempre ésta: que la primera tiene la vida en perspectiva, y la segunda, la muerte; que, por consiguiente, una posee un pasado corto con largo porvenir, y otra, lo contrario. Indudablemente, el anciano no tiene delante de sí más que la muerte, pero el joven tiene la vida; y ahora se

---

tados, principalmente después de la comida; sería más exacto decir que no mueren, sino que cesan de vivir. En el Antiguo Testamento (*Salmos* XC, 10), la duración de la vida humana se calcula en setenta, a lo más en ochenta años, y lo que es también de notar, Herodoto (I, 32, y III, 22) dice lo mismo. Pero esto es falso, y es el resultado de una interpretación grosera y superficial de la experiencia cotidiana. Porque si la duración natural de la vida fuese de setenta a ochenta años, los hombres que estuviesen entre setenta y ochenta años debían morir *de vejez;* mas no es eso lo que ocurre; mueren, como los jóvenes, *por enfermedad;* pero la enfermedad es una anomalía, de manera que no es el fin natural. Sólo entre los noventa y los cien años se hace normal morir *de vejez,* sin enfermedad, sin lucha, sin convulsiones, sin estertor, a veces sin palidecer, en una palabra, de *eutanasia.* Así que en esto tiene razón el *Oupanischad* cuando señala en cien años la duración natural de la vida.

Digitized by Google

trata de saber cuál de las dos perspectivas ofrece más inconvenientes y, si bien mirado, no es preferible tener la vida detrás que delante de sí: ya el Ecclesiastés ha dicho: *"El día de la muerte es mejor que el día del nacimiento"*. En todo caso, pedir el vivir mucho tiempo es un deseo temerario. Porque *"quien larga vida vive, mucho mal vide"*, dice un proverbio español (1).

No están, como suponía la astrología, las existencias individuales inscritas en los planetas; sino que está grabada la marcha del mundo en general, en cuanto que corresponden por su orden cada uno a una edad y en cuanto que la vida está gobernada por cada uno de ellos. A los diez años de edad, rige *Mercurio*. Como éste, el hombre se mueve con rapidez y facilidad en una órbita muy reducida; la menor bagatela es para él una perturbación; pero aprende mucho y con soltura, bajo la dirección del dios de astucia y de la elocuencia. Con los veinte años comienza el reinado de *Venus*: el amor y las mujeres le poseen por entero. A los treinta años es *Marte* el que domina; el hombre es entonces violento, robusto, audaz, belicoso y altanero. A los cuarenta años, gobiernan los cuatro planetas menores: el campo de su vida aumenta; es *frugi*, es decir, se consagra a lo útil, por la virtud de *Ceres;* tiene su hogar doméstico, por *Vesta;* ha aprendido lo que necesita saber, por la influencia de *Palas;* y como *Juno*, la esposa gobierna, como señora de la casa (2). A los cincuenta años domina *Júpiter;*

(1) En castellano en el texto alemán.

(2) Ya sé que se han descubierto después 62 planetoides telescópicos; pero de eso no quiero saber nada. Así obro con ellos como los profesores de filosofía conmigo;

Digitized by Google

el hombre ha sobrevivido a la mayor parte de sus contemporáneos, y se siente superior a la generación actual. Estando en plena posesión de sus fuerzas, es rico de experiencia y de conocimiento; tiene (en la medida de su individualidad y de su posición) autoridad sobre todos los que le rodean. No se deja mandar, porque quiere dirigir también. Es ahora el más apto, en su esfera, para ser guía y dominador. Así culmina *Júpiter,* con él, el quincuagenario. Pero después, a los sesenta años, llega *Saturno,* y con él la pesadez, la lentitud y la tenacidad del *plomo*:

> But old folks, many feing as they were dead;
> Unwieldy, slow, heavy and pale as lead

"Pero algunos ancianos parecen muertos; son pálidos, tardíos, pesados e inertes como el plomo" (Shakespeare, *Romeo and Julieta,* acto II, escena V).

Por último, viene *Urano;* es el momento de ir al cielo, según se dice. No puedo contar aquí a *Neptuno* (así se le ha llamado por irreflexión), desde el momento en que no puedo llamarle sino con su verdadero nombre, que es *Eros.* Sin lo cual hubiera querido demostrar cómo el comienzo se enlaza con el fin, y de qué manera está Eros en conexión misteriosa con la Muerte, conexión en virtud de la cual el *Orcus* o *Amenthes* de los egipcios (según Plutarco, *De Iside et Osiri,* cap. 29), es el «λαμβανων χαι διδους», por consiguiente, no sólo "*el que toma*", sino también "*el que da*"; es decir, que hubiera de-

---

hago como que los ignoro, porque desacreditan mi mercancía.

Digitized by Google

mostrado cómo la muerte es el gran *reservoir de la vie* (depósito de la vida). Sí; de ahí, del *Orcus*, viene todo, y ahí ha sido ya lo que tiene vida ahora: ¡siquiera fuésemos capaces de comprender el mecanismo por medio del cual se practica esto!; entonces todo estaría claro.

FIN

Digitized by Google

ÍNDICE

Págs.

PRÓLOGO..... 5
INTRODUCCIÓN..... 77
CAPÍTULO I.—División fundamental..... 79
— II.—De lo que uno es..... 91
— III.—De lo que uno tiene..... 125
— IV.—De lo que uno representa..... 137
— V.—Parénesis y máximas..... 216
I.—Máximas generales..... 217
II.—Concernientes a nuestra conducta para con nosotros mismos. 229
III.—Concernientes a nuestra conducta para con los demás..... 279
IV.—Concernientes a nuestra conducta frente a la marcha del mundo y frente a la suerte..... 313
— VI.—De la diferencia de las épocas de la vida..... 328

Digitized by Google

BIBLIOTECA DE BOLSILLO

Van publicados:

Mahoma.— EL KORAN.

Platón.— DIALOGOS. **Tomo I (Lysis, Laches, Charmides, Apología de Sócrates, Criton y Eutifron), seguidas de** JENOFONTE. **Noticias socráticas.**

Schopenhauer.— PARERGA Y PARALIPOMENA. **(Aforismos sobre la sabiduría de la vida.)**

Nietzsche.— ASI HABLABA ZARATHUSTRA. **(Un libro para todos y para ninguno.)**

Homero.— LA ILIADA.

Marx y Engels.— EL CAPITAL, MANIFIESTO COMUNISTA y PRECIOS, SALARIOS Y GANANCIAS. **(Los tres en un tomo.)**

LEYES DE MANU. **(Manava-Dharma-Sastra.)**

Petronio.— EL SATIRICON.

Cervantes.— EL INGENIOSO HIDALGO DON [illegible] DE LA MANCHA. **(Con una magnífica reproducción del retrato de Cervantes reputado como auténtico, de Jáuregui.)**

Ibarreta.— LA RELIGION AL ALCANCE DE TODOS y JESUCRISTO ES UN M TO, **de Brandés (los dos en un tomo).**

Homero.— LA ODISEA. **La Batracomiomaquia, los Himnos y los Epigramas (todo en un volumen).**

Los estoicos. Epitecto, MAXIMAS; **Marco Aurelio,** PENSAMIENTOS; **Boecio,** DE LA CONSOLACION POR LA FILOSOFIA **(los tres en un volumen).**

Platón.— DIALOGOS. **Tomo II (Protágoras, Gorgias, Fedro).**

Pierre Louys.— LAS CANCIONES DE BILITIS.

Sucesivamente y sin interrupción irán apareciendo las mejores obras de la literatura universal, todas precedidas de una biografía de sus autores y de un interesante estudio crítico, al precio invariable de 2,50 pesetas en rústica y 4 encuadernadas finamente en simil-ante o tela flexible. Por correo 0,25 más; a reembolso, 0,50.

Digitized by Google